

ÉL TIENE UN CORAZÓN DE HIELO...
PERO POR ELLA, QUEMARÍA EL MUNDO.

twisted
LOVE

TWISTED
LIBRO UNO

ANA HUANG

CROSS
BOOKS

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Playlist	
1. Ava	
2. Alex	
3. Ava	
4. Ava	
5. Alex	
6. Ava	
7. Alex	
8. Ava	
9. Alex	
10. Ava	
11. Ava	
12. Ava	
13. Alex	
14. Ava	
15. Ava	
16. Alex	
17. Ava	
18. Alex	
19. Ava	
20. Alex	
21. Ava	
22. Alex	
23. Ava	

24. Ava
25. Ava
26. Ava
27. Ava
28. Alex
29. Ava
30. Ava
31. Alex
32. Ava
33. Alex
34. Alex
35. Alex
36. Ava
37. Alex
38. Alex
39. Ava
40. Alex
41. Ava
42. Ava
43. Ava
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemará el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.... Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos... A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

ANA HUANG

twisted
LOVE

TWISTED
LIBRO UNO



Playlist

«Twisted» - MISSIO
«Ice Box» - Omarion
«Feel Again» - One Republic
«Dusk Till Dawn» - ZAYN & Sia
«Set Fire to the Rain» - Adele
«Burn» - Ellie Goulding
«My Kind of Love» - Emeli Sandé
«Writing's on the Wall» - Sam Smith
«Ghost» - Ella Henderson
«What Doesn't Kill You» - Kelly Clarkson
«Wide Awake» - Katy Perry
«You Sang to Me» - Marc Anthony

Ava

Había cosas peores que quedarse tirada en mitad de la nada durante una tormenta.

Por ejemplo, me podría estar persiguiendo un oso cabreado. O podrían haberme atado a una silla en un sótano oscuro para obligarme a escuchar en bucle «Barbie Girl» de Aqua hasta querer arrancarme el brazo de un mordisco con tal de no volver a escuchar el estribillo otra vez.

Pero que hubiera cosas peores no significaba que esto no fuera una mierda.

Basta. Piensa en positivo.

—Seguro que aparece un taxi... ahora mismo. —Me quedé mirando el móvil, muerta de desesperación, cuando me saltó otra vez el mensaje en la aplicación que ponía «Buscando conductor», el mismo que llevaba apareciendo media hora.

Normalmente me habría tomado la situación con más filosofía, porque, oye, por lo menos el móvil me funcionaba y había conseguido refugiarme del diluvio en una parada de autobús. Pero la fiesta de despedida de Josh empezaba en una hora, y todavía tenía que recoger la tarta sorpresa de la pastelería, y además pronto empezaría a anochecer. Me gusta ver el vaso medio lleno, pero tampoco soy idiota. A nadie (y menos a una universitaria con cero conocimientos de lucha) le apetece estar de noche sola en medio de la nada.

Tendría que haberme apuntado a las clases de defensa personal que me dijo Jules.

Repasé todas mis opciones. El autobús que tenía que coger en esta parada no pasaba los fines de semana, y la mayor parte de mis amigas no

tenían coche. Bridget tenía chófer personal, pero estaba en un evento de la embajada hasta las siete. No me funcionaba la aplicación de taxis, y tampoco había visto pasar ni un solo coche desde que se había puesto a llover. De cualquier forma, no pensaba ponerme a hacer autostop (he visto demasiadas pelis de terror, gracias).

Solo me quedaba una única opción, una que no quería. Pero tampoco estaba para elegir.

Busqué el contacto en el móvil, recé para mis adentros y le di al botón de llamar.

Un tono. Dos. Tres.

Vamos, cógelo. O no. No estaba segura de qué era mejor, si ser asesinada o tener que aguantar a mi hermano. Por supuesto, siempre estaba la opción de que mi hermano me asesinara por haber llegado a esta situación, pero ese era un problema de mi yo del futuro.

—¿Qué pasa?

Arrugué la nariz al escuchar su saludo.

—Hola también a ti, queridísimo hermano. ¿Qué te hace pensar que pasa algo?

Josh resopló.

—A ver, me acabas de llamar. No me llamarías si no estuvieras metida en algún lío.

Era verdad. Preferíamos mandarnos mensajes, y además vivíamos puerta con puerta (cosa que no fue idea mía), así que ni siquiera nos escribíamos.

—No diría que estoy metida en ningún lío —dije—, sino más bien que... me he quedado tirada. No tengo transporte público cerca ni puedo pillar un taxi.

—Joder, Ava. ¿Dónde estás? —Le dije dónde y añadió—: Pero ¿qué coño haces ahí? ¡Eso está a una hora del campus!

—Tampoco seas dramático. Tenía una sesión de fotos de compromiso en un sitio que estaba a media hora. Tres cuartos de hora con tráfico.

Sonó un trueno que hizo temblar las ramas de unos árboles cercanos. Me dio un escalofrío y me encogí debajo de la marquesina, aunque no sirvió de mucho. La lluvia se inclinó y las gotas empezaron a clavarse en mi piel como agujas.

Escuché un ruido que venía del lado de Josh, seguido de un gemido suave.

Me quedé paralizada. Estaba segura de que no lo había oído bien, pero volvió a sonar. Otro gemido. Abrí los ojos con horror.

—¿Estás... haciéndolo? —grité en un susurro, aunque no había nadie cerca.

El sándwich que me había zampado antes de la sesión de fotos amenazaba con volver a hacer aparición. No había nada (repito: nada) más asqueroso que escuchar a un familiar en mitad del acto sexual. Tan solo pensarlo me daba arcadas.

—Técnicamente no —dijo Josh con un tono impertinente.

La palabra «técnicamente» no ayudaba mucho.

No hacía falta ser un genio para descifrar la vaga respuesta de Josh. Quizás no estuviera haciéndolo, pero estaba haciendo algo, y no tenía ningún interés en averiguar qué era ese algo.

—Josh Chen.

—Oye, tú eres la que me ha llamado. —Debió de tapar el auricular con la mano, porque no entendí muy bien lo que me dijo después. Escuché una risita de mujer seguida de un chillido y me dieron ganas de prenderme fuego los oídos, los ojos, el cerebro—. Un colega me ha cogido el coche para ir a por hielo —dijo Josh, con la voz recuperada—. Pero no te preocupes, que me hago cargo. Mándame la ubicación exacta y ten el móvil a mano. ¿Tienes el espray de pimienta que te regalé por tu cumple el año pasado?

—Sí. Gracias, por cierto.

Yo habría preferido un estuche para la cámara, pero Josh me había comprado un pack de ocho botes de espray de pimienta. No los había usado nunca, lo que significaba que los ocho botes (menos el que llevaba en el bolso) seguían muertos de risa al fondo de mi armario.

Mi hermano no pilló el sarcasmo de la respuesta. Para ser un estudiante de Medicina que sacaba sobresalientes, era un poco corto.

—De nada. Estate atenta, que enseguida va para allá. Y ya hablaremos luego de tu absoluta falta de instinto de supervivencia.

—Yo no tengo falta de instinto de supervivencia —protesté. ¿Se decía así?— No es culpa mía que no haya... Un momento, ¿has dicho que «va para allá»? ¿Quién? ¡Josh!

Demasiado tarde. Ya había colgado.

Para una vez que lo necesitaba, me despachaba por una de sus follamigas. Me sorprendía que no se hubiera preocupado más, teniendo en cuenta que Josh inventó el «sobre» de sobreprotector. Desde «el incidente» se había tomado muy a pecho cuidarme como si fuera al mismo tiempo mi hermano y mi guardaespaldas. No podía culparle (nuestra infancia estaba llena de zonas oscuras, o eso me habían contado) y lo quería a rabiar, pero su preocupación constante era exagerada.

Me senté de lado en el banco y abracé la mochila, dejando que el cuero agrietado me calentara la piel mientras esperaba a que apareciera el amigo misterioso. Podía ser cualquiera. A Josh no le faltaban amigos. Siempre había sido don Popular. En el instituto: jugador de baloncesto, delegado y rey del baile de graduación; en la universidad: miembro de la hermandad Sigma y alumno número uno.

Yo era todo lo contrario. No es que fuera impopular, pero siempre evitaba ser el foco de atención y prefería tener un grupo pequeño de amigos que uno enorme de conocidos. Mientras Josh era el alma de la fiesta, yo me sentaba en una esquina y soñaba con todos los lugares que quería visitar y a los que probablemente no iría nunca. Porque era probable que mi fobia se interpusiera en mi camino.

Mi maldita fobia. Sabía que todo era psicológico, pero parecía físico. Las náuseas, la taquicardia, ese miedo que me paralizaba las extremidades...

Por lo menos la lluvia no me daba miedo. Podía evitar el océano, los lagos y las piscinas, pero la lluvia... habría sido difícil.

No sabía cuánto tiempo llevaba acurrucada en la parada del autobús, maldiciendo mi falta de previsión al rechazar la propuesta de los Grayson de llevarme de vuelta a la ciudad después de la sesión de fotos. No quería causarles molestias y creí que podría pedir un taxi y volver al campus de Thayer en media hora, pero justo al marcharse ellos se abrieron los cielos y, bueno, ahí me quedé.

Ya estaba oscureciendo. Los grises se mezclaban con los azules del crepúsculo, y una parte de mí tenía miedo de que el misterioso amigo no apareciera, pero Josh nunca me había dejado tirada. Si alguno de sus amigos se atreviese a fracasar en la misión de recogerme, al día siguiente Josh le partiría las piernas. Era estudiante de Medicina, pero no tenía reparos en usar la violencia si la situación lo requería, especialmente si la situación tenía algo que ver conmigo.

El resplandor de los faros atravesó la cortina de lluvia. Entorné los ojos con el corazón desbocado por la incertidumbre y el recelo mientras intentaba discernir si el coche era de un amigo de mi hermano o de un psicópata. Esa zona de Maryland era bastante segura, pero nunca se sabe.

Cuando mis ojos se ajustaron a la luz suspiré de alivio, pero unos segundos después volví a entrar en tensión.

La buena noticia era que reconocía el Aston Martin negro y brillante que se había parado delante de mí. Era de uno de los amigos de Josh, lo que significaba que mi nombre no iba a acabar saliendo en el informativo local.

¿La mala noticia? Que la persona que conducía el Aston Martin era la última que quería (o esperaba) que fuera a recogerme. No era el típico amigo que dice: «Te hago el favor de ir a rescatar a tu hermana pequeña». Era más bien de los que dicen: «Como me mires mal te destruiré a ti y a toda tu familia», y que además lo dicen con tanta tranquilidad que no te darías cuenta de que el mundo está ardiendo a tu alrededor hasta que solo fueras un montoncito de cenizas delante de sus zapatos Tom Ford.

Me pasé la punta de la lengua por los labios secos mientras el coche se detenía delante de mí y la ventanilla del copiloto descendía.

—Sube.

No levantó la voz (nunca la levantaba), pero aun así podía oírle alto y claro en mitad de la lluvia.

Alex Volkov era una fuerza de la naturaleza, y me daba la impresión de que hasta la meteorología se rendía ante él.

—No estarás esperando a que te abra la puerta —dijo al ver que no me movía. Parecía tan encantado como yo con toda aquella situación.

Menudo caballero.

Apreté los labios y reprimí una respuesta sarcástica mientras me levantaba del banco y me metía en el coche. Olía bien, como a colonia de especias y a cuero fino italiano. Yo no llevaba ninguna toalla ni nada para poder poner en el asiento, así que solo me quedaba rezar para no estropear aquella tapicería tan cara.

—Gracias por recogerme. Te lo agradezco —dije en un intento de romper el hielo. Fracagé estrepitosamente.

Alex no me respondió, ni siquiera me miró mientras conducía por las intrincadas curvas de las carreteras que llevaban de regreso al campus. Conducía de la misma manera en que caminaba, hablaba y respiraba:

pausada y calmadamente, con una amenaza de muerte velada en la mirada hacia cualquier idiota que se atreviera a cruzarse en su camino.

Era todo lo contrario a Josh, y por eso me seguía sorprendiendo que aun así fueran mejores amigos. A mí, personalmente, Alex me parecía un gilipollas. Seguro que tenía sus razones para serlo, o algún trauma psicológico que lo había convertido en un robot sin sentimientos. Según lo poco que me había contado Josh, la infancia de Alex debió de ser todavía peor que la nuestra, aunque no había podido sonsacarle muchos detalles. Lo único que sabía era que los padres de Alex habían muerto cuando él era pequeño y le habían dejado una jugosa herencia cuyo valor se había multiplicado por cuatro cuando la cobró a los dieciocho años. Aunque tampoco es que lo necesitara, porque en el instituto había inventado un *software* financiero que lo convirtió en multimillonario antes de poder siquiera votar.

Con un cociente intelectual de 160, Alex Volkov era un genio, o casi. Era el único alumno de la historia de Thayer que había terminado en solo tres años una carrera de cinco, seguida de un máster en Administración de Empresas. A los veintiséis ya era jefe de Operaciones de una de las empresas de desarrollo inmobiliario más importantes del país. Era una leyenda, y lo sabía.

Mientras tanto, yo me conformaba con acordarme de comer mientras hacía malabares con las clases, las extraescolares y mis dos empleos: recepcionista de la galería McCann y fotógrafa *freelance* para todo aquel que quisiera contratarme. Graduaciones, fiestas de compromiso, cumpleaños de perros, hacía todo lo que me saliera.

—¿Vas a ir a la fiesta de Josh? —pregunté, por sacar algún tema de conversación. El silencio me estaba matando.

Alex era el mejor amigo de Josh desde que habían compartido habitación en Thayer ocho años antes, y desde entonces todos los años Alex venía a casa en Acción de Gracias y en otras celebraciones, pero aun así sentía que no lo conocía de verdad. No cruzábamos palabra, salvo para decir algo relacionado con Josh o para pasarnos la fuente de las patatas en la cena o algo así.

—Sí.

Pues nada. Se acabó el tema de conversación.

Mi mente empezó a deambular por las millones de cosas que tenía que hacer ese fin de semana: editar las fotos del compromiso de los Grayson, terminar la memoria para la beca World Youth Photography, ayudar a Josh a hacer la maleta para...

¡Mierda! Se me había olvidado la tarta de Josh.

La había encargado dos semanas antes porque era el plazo mínimo para un sitio como Crumble & Bake. Era el postre favorito de Josh, una tarta de tres capas de chocolate negro glaseada con caramelo y rellena de *mousse* de chocolate. Solo se daba el gusto el día de su cumpleaños, pero ya que se iba un año al extranjero, me imaginé que no le importaría romper su propia regla.

—Oye... —dije con la mejor sonrisa que pude—. No me mates, pero tenemos que pasar por Crumble & Bake.

—No. Ya vamos tarde. —Alex se detuvo en un semáforo. Ya habíamos vuelto a la civilización, y a través de las ventanillas salpicadas de lluvia se perfilaban los contornos de un Starbucks y un Panera.

Mi sonrisa no funcionó.

—Es un desvío pequeño. Serán quince minutos como mucho. Tengo que recoger la tarta de Josh, ya sabes, la de Muerte por Chocolate que le encanta. Dentro de dos días se va a Centroamérica un año entero, y allí no tendrán Crumble & Bake, así que...

—Basta. —Los dedos de Alex apretaron el volante y mi mente desequilibrada y hormonal de pronto reparó en lo bonitos que eran. Probablemente parezca una locura, ¿cómo se pueden tener los dedos bonitos? Pues él los tenía. Físicamente, todo en él era bello. Los ojos de color verde jade que resplandecían como esquirlas de un glaciar bajo unas cejas oscuras; la mandíbula afilada y elegante, los pómulos esculpidos, la figura esbelta y el cabello grueso castaño claro que parecía peinado y despeinado al mismo tiempo. Era como una estatua viviente salida de un museo renacentista.

Me invadieron unas ganas repentinas de alborotarle el pelo como a un niño, aunque solo fuera para que dejara de ser tan perfecto (algo frustrante para el resto de los mortales), pero no quería morir, así que mantuve las manos sobre el regazo.

—¿Si te llevo a Crumble & Bake, te callarás?

No había duda de que se arrepentía de haberme recogido. Sonreí ampliamente.

—Si quieres.

Él hizo una mueca.

—Vale.

¡Bien!

Ava Chen: Uno.

Alex Volkov: Cero.

Cuando llegamos a la pastelería me desabroché el cinturón, y estaba a punto de salir cuando Alex me agarró del brazo y me hizo volver a sentarme. Al contrario de lo que había esperar, su tacto no era frío, sino candente, y me traspasó la piel y los músculos hasta inundar mi estómago de calor.

Tragué saliva. Malditas hormonas.

—¿Qué? Ya vamos tarde, y están a punto de cerrar.

—No puedes salir así. —En la comisura de la boca le brotó un gesto de desaprobación.

—¿Así, cómo? —pregunté, confusa. Llevaba vaqueros y una camiseta, nada escandaloso.

Alex señaló con la cabeza mi pecho. Bajé la mirada y se me escapó un grito de horror. La camiseta. Blanca. Mojada. Transparente. No es que se transparentara un poco y dejara entrever ligeramente el sujetador. Es que se me veía todo. El sujetador de encaje rojo, los pezones duros (gracias, aire acondicionado), el tinglado completo.

Crucé los brazos sobre el pecho y las mejillas se me pusieron del mismo color que el sujetador.

—¿Llevo así todo este rato?

—Sí.

—Podrías habérmelo dicho.

—Te lo acabo de decir. Ahora mismo.

A veces me daban ganas de estrangularlo. De verdad. Y eso que yo no era violenta. Seguía siendo la misma chica que dejó de comer muñecos de jengibre durante varios años después de ver *Shrek* porque le parecía que se estaba comiendo a algún miembro de la familia de Gingy o, lo que es peor, al propio Gingy; pero algo en Alex me despertaba mi parte más oscura.

Respiré hondo y dejé caer los brazos por instinto, olvidando las transparencias de mi camiseta, hasta que la mirada de Alex se volvió a fijar en mi pecho.

Me volví a ruborizar, pero no me apetecía seguir discutiendo con él. Crumble & Bake cerraba en diez minutos y no había tiempo que perder.

No sé si fue él, la lluvia o la hora y media que me había pasado debajo de la parada del autobús, pero antes de que pudiera contenerme, me dio un arrebato de frustración.

—En vez de quedarte mirándome las tetas como un gilipollas, ¿podrías dejarme una chaqueta? Porque necesito recoger la tarta para despedir por todo lo alto a mi hermano, tu mejor amigo, antes de que se vaya al extranjero.

Mis palabras se quedaron flotando en el aire y entonces me llevé la mano a la boca, horrorizada. ¿Acababa de pronunciar la palabra «tetas» delante de Alex Volkov mientras lo acusaba de ser un baboso? ¿Y le había llamado gilipollas?

Dios, por favor, haz que me parta un rayo ahora mismo, no me enfadaré. Te lo prometo.

Alex entornó los ojos ligeramente. Ese gesto estaba entre los cinco más expresivos que le había provocado en ocho años, así que algo era.

—Créeme, no te estaba mirando las tetas —dijo, con una voz tan fría como para transformar las gotas de humedad sobre mi piel en témpanos de hielo—. No eres mi tipo, incluso aunque no fueras la hermana de Josh.

Ay. Yo tampoco estaba interesada en Alex, pero a ninguna chica le gusta ser despachada con esa desfachatez por alguien del sexo opuesto.

—En fin. Tampoco hace falta ponerse así —murmuré—. Oye, la pastelería cierra en dos minutos. Déjame tu chaqueta y vámonos de una vez.

Había pagado por adelantado, así que lo único que quedaba era recoger la tarta.

En la mandíbula se le marcó un músculo.

—Yo voy a por ella. No vas a salir así del coche, ni aunque lleves puesta mi chaqueta.

Alex sacó un paraguas de debajo del asiento y salió del coche con un movimiento fluido. Se movía como una pantera, ágil pero intensamente. Si hubiera querido, habría podido ganar una pasta como modelo de pasarela, aunque dudo que en ningún momento se le ocurriera hacer nada semejante.

Volvió en menos de cinco minutos con la caja rosa y verde de Crumble & Bake bajo el brazo. Me la tiró sobre las piernas, cerró el paraguas y salió del aparcamiento en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Sabes sonreír? —pregunté, echando un vistazo a la caja para asegurarme de que había recogido el pedido correcto. En efecto. Marchando una Muerte por Chocolate. Y añadí—: A lo mejor te ayuda con tu enfermedad.

—¿Qué enfermedad? —preguntó con tono aburrido.

—Palometidoporelculitis. —Ya le había llamado gilipollas, ¿qué importaba un insulto más?

Puede que me lo imaginara, pero me pareció ver una pequeña curva en sus labios antes de contestar:

—No. Es una enfermedad crónica.

Se me helaron las manos y la mandíbula se me desencajó.

—¿Acabas de hacer... un chiste?

—En primer lugar, explícame qué hacías en ese sitio. —Alex evadió mi pregunta y cambió de tema tan rápido que me dio un tirón en la espalda.

Había hecho un chiste. No me lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Tenía una sesión de fotos con unos clientes. Hay un lago muy bonito en...

—Ahórrame los detalles. No me importan.

Se me escapó un gruñido.

—¿Para qué has venido tú? No pensaba que te gustara hacer de chófer.

—Estaba por la zona, y eres la hermana pequeña de Josh. Si te murieras, no habría quien lo aguantara.

Alex detuvo el coche en la puerta de mi casa. Al lado, en casa de Josh, las luces centelleaban y por las ventanas se veía a la gente bailando y riendo.

—Qué mal gusto tiene Josh para los amigos —solté—. No sé qué ve en ti. Espero que el palo que tienes metido por el culo te perfora algún órgano vital. —Y como de pequeña me enseñaron buenas maneras, añadí—: Gracias por traerme.

Salí del coche. La lluvia se había convertido en llovizna, y olía a tierra mojada y a las hortensias de la jardinera de la entrada. Me duché, me cambié y me uní a la segunda mitad de la fiesta. Josh no me echó la bronca

por haberme quedado tirada o por llegar tarde, y menos mal, porque no estaba de humor.

No suelen durarme mucho los enfados, pero en ese momento me hervía la sangre y me daban ganas de pegarle un puñetazo en la cara a Alex Volkov.

Era tan insensible y creído y... y... todo. Me exasperaba.

Por lo menos no tenía que verle muy a menudo. Josh solía quedar con él en el centro, y Alex no iba nunca a Thayer, y eso que era exalumno.

Gracias a Dios. Si tuviera que ver a Alex más de unas pocas veces al año, me volvería loca.

Alex

—Deberíamos irnos a un sitio más... íntimo. —La rubia deslizó sus dedos a lo largo de mi brazo, y sus ojos almendrados brillaron de excitación mientras se pasaba la lengua por los labios—. O no. Lo que te apetezca.

Hice una mueca que no se podía considerar una sonrisa, pero fue suficiente para expresar lo que estaba pensando. «No soportarías lo que me apetece.»

A pesar de su vestido corto y de sus sugerentes palabras, parecía la típica chica a la que le gustaba hacer el amor y ese tipo de tonterías.

Yo no hacía el amor ni ese tipo de tonterías.

Yo follaba de una manera concreta, y solo a un tipo específico de mujer a la que le gustara ese rollo. No era BDSM duro, pero tampoco suave. Estaban prohibidos los besos y el contacto cara a cara. Las mujeres solían estar de acuerdo, y luego a mitad del asunto intentaban cambiar las normas, entonces yo paraba y les señalaba la puerta. No tengo paciencia con las personas que no saben ceñirse a un acuerdo tan simple.

Por eso tenía un listado de nombres conocidos cuando necesitaba desfogarme, y ambas partes sabíamos lo que había.

La rubia no iba a entrar en el listado.

—Hoy no —dije, dándole vueltas al cubito de hielo de mi copa—. Es la fiesta de despedida de mi amigo.

Señalé con la mirada a Josh, que disfrutaba de la atención femenina. Se despatarró en el sofá, uno de los pocos muebles que quedaban después de haber desmantelado la casa para marcharse un año, y sonrió mientras tres chicas le hacían carantoñas. Siempre había sido el más carismático de los dos. Mientras yo inquietaba a las personas, él las relajaba, y su

acercamiento al sexo femenino era el opuesto al mío. Su lema era: «Cuantas más, mejor». A esas alturas ya debía de haberse tirado a la mitad de la población femenina del área metropolitana de Washington D. C.

—Que se apunte también él. —La rubia se acercó tanto que me rozó el hombro con las tetas—. No me importa.

—A mí tampoco —saltó su amiga, una morena bajita que había estado callada todo el rato, pero que desde que entré por la puerta me había estado devorando con la mirada como si fuera un pedazo de carne—. Lyss y yo hacemos todo juntas.

La insinuación no podría haber sido más explícita ni aunque se la hubiera tatuado en el escote.

La mayoría de los tíos se habrían lanzado de cabeza, pero yo ya estaba aburrido de la conversación. Nada me ponía menos que la desesperación, que olía aún más fuerte que su perfume.

No me molesté en contestar. En lugar de eso, examiné la habitación en busca de algo más interesante que me llamara la atención. Si hubiera sido la fiesta de cualquiera que no fuera Josh, habría pasado de ir. Entre mi puesto de jefe de Operaciones en el Grupo Archer y mi... proyecto paralelo, ya tenía suficiente para no tener que ir a reuniones sociales sin sentido. Pero Josh era mi mejor amigo (uno de los pocos cuya compañía aguantaba más de una hora seguida) y el lunes se iba a Centroamérica para trabajar como médico voluntario durante un año. Así que tenía que fingir que me gustaba estar ahí.

Una risa deslumbrante estalló en el aire, y me hizo buscar con la mirada a quién pertenecía.

Ava. Por supuesto.

La hermana pequeña de Josh siempre estaba contenta y risueña. No me habría extrañado que hubieran empezado a brotar flores por el suelo que pisaba, o que un corrillo de animales del bosque la siguiera por una pradera o por donde quiera que fueran las chicas como ella.

Estaba apoyada en una esquina con sus amigas, con la cara resplandeciente mientras se reía de algo que había dicho una de ellas. Me pregunté si sería una risa auténtica o falsa. La mayoría de las risas o, mejor dicho, la mayoría de las personas, eran falsas. Todas las mañanas se levantaban y se ponían una máscara de quien quisieran ser ese día, de cómo querían presentarse ante el mundo. Sonreían a la gente que odiaban, se reían

de chistes que no tenían gracia y les lamían el culo a aquellos contra quienes conspiraban en secreto.

No los juzgaba. Al igual que todo el mundo, yo también llevaba varias máscaras que tapaban unas cuantas capas de mi ser. Pero, al contrario que los demás, el peloteo y las charlas de ascensor me interesaban tanto como inyectarme lejía en las venas.

Aunque, conociendo a Ava, su risa era auténtica.

Pobrecilla. El mundo se la comería viva en cuanto saliera de la burbuja de Thayer.

No es mi problema.

—¡Oye! —Josh apareció a mi lado, con el pelo revuelto y la sonrisa amplia. Las garrapatas habían desaparecido... No, perdón, estaban bailando una canción de Beyoncé como si estuvieran en un casting para un concurso de talentos, rodeadas de un corrillo de babosos que las miraban con la lengua fuera. Hombres. La verdad es que mi género tenía poca dignidad y un cerebro de chorlito—. Gracias por venir, tío. Perdona que no te haya saludado hasta ahora. Estaba... ocupado.

—Ya he visto. —Arqueé la ceja al ver la marca de pintalabios que le habían dejado en la comisura de la boca—. Tienes una mancha en la cara.

Josh sonrió.

—Medalla de honor. Por cierto, ¿no te habré interrumpido?

Miré a la rubia y la morena, que habían pasado a enrollarse entre ellas al ver que no captaban mi interés.

—No. —Negué con la cabeza—. Me apuesto cien pavos a que no sobrevives un año entero en Villa Culo del Mundo. Sin chicas, sin fiestas... Antes de que llegue Halloween ya estás de vuelta.

—¡Hombre de poca fe! Claro que habrá chicas, y la fiesta va donde yo vaya. —Josh sacó una cerveza fría de una neverita cercana y la abrió—. De hecho, quería hablar contigo. De lo de marcharme —aclaró.

—No me digas que te vas a poner sentimental. Como hayas comprado pulseritas de la amistad, me piro.

—Vete a la mierda —rió—. No te compraría joyas ni aunque me pagaras. No, me refiero a Ava.

Detuve la copa a un centímetro de mis labios antes de acercarla, y el dulce ardor del *whisky* me resbaló por la garganta. Odio la cerveza. Sabe a

meado, pero es la bebida oficial de las fiestas de Josh, así que yo siempre llevo mi propia botella de Macallan.

—¿Qué pasa con ella?

Josh y su hermana eran uña y carne, aunque a veces discutían tanto que me daban ganas de amordazarlos. Suponía que así eran las relaciones entre hermanos; aunque yo no había vivido la experiencia.

El *whisky* se me agrió en la boca y bajé el vaso con una mueca.

—Me preocupa. —Josh se pasó la mano por la barbilla y se puso serio—. Ya sé que es mayorcita y que puede cuidar de sí misma... Hasta que se queda tirada en medio de la nada. Por cierto, gracias por ir a buscarla. Pero nunca ha estado sola tanto tiempo y a veces es un poco... ingenua.

Empezaba a intuir adónde quería llegar Josh con todo aquello, y no me gustaba nada. Pero nada.

—No va a estar sola, tiene amigas.

Las señalé con la cabeza. Una pelirroja con curvas vestida con una falda dorada que le daba aspecto de bola de discoteca eligió ese momento para subirse a una mesa y empezar a perrear al ritmo de la canción que sonaba por los altavoces.

Josh resopló.

—¿Jules? Es un lastre, no me sirve. Stella es igual de ingenua que Ava, y Bridget... Bueno, tiene guardaespaldas, pero no suele quedar tanto con ellas.

—No te preocupes. Thayer es muy seguro, el índice de delincuencia es casi cero.

—Ya, pero me quedaría más tranquilo si alguien la vigilara, ¿sabes?

Mierda. El tren se dirigía directo al precipicio y no podía hacer nada por detenerlo.

—No voy a preguntar, sé que tienes un montón de mierdas en tu vida, pero ha roto con su ex hace un par de semanas y él la ha estado acosando. Siempre supe que era un mierda, pero ella nunca me hizo ni caso. De cualquier forma, si puedes echarle un ojo, aunque solo sea para que no la maten, ni la secuestren, ni nada de eso... Te lo agradecería.

—Ya me debes unas cuantas por todas las veces que te he salvado el culo —dije con sorna.

—Pero si te ha encantado hacerlo. A veces eres un muermo —dijo Josh—. Entonces, ¿eso es un sí?

Volví a mirar a Ava. Tenía veintidós años, cuatro menos que Josh y yo, pero podía aparentar ser más joven y al mismo tiempo ser más mayor por la manera en que se comportaba, como si lo hubiera visto todo: lo malo, lo bueno, lo absolutamente horrible... y aun así creyera en la bondad.

Era estúpido y al mismo tiempo digno de admiración.

Debió de darse cuenta de que la estaba mirando, porque paró la conversación y me miró de frente, y se sonrojó ante mi mirada inquebrantable. Se había cambiado la camiseta y los vaqueros por un vestido violeta que se le enrollaba en las rodillas.

Qué pena. El vestido era bonito, pero mi mente volvió al coche, cuando llevaba la camiseta mojada que se le había pegado como una segunda piel y que le marcaba los pezones a través del decadente encaje rojo del sujetador. Hablaba en serio cuando dije que no era mi tipo, pero me había alegrado la vista. Me había imaginado levantándole la camiseta, retirando el sujetador con los dientes y acercando la boca a aquellas dulces y durísimas cumbres...

Me arranqué de la cabeza esa fantasía perturbadora de inmediato. ¿Qué coño me pasaba? Era la hermana de Josh. Inocente, con ojos de corderito, tan dulce que me daban ganas de vomitar. Todo lo contrario a las mujeres frías y sofisticadas que solían gustarme dentro y fuera de la cama. Con estas últimas no tenía que preocuparme por los sentimientos, porque habían aprendido a no tenerlos conmigo. Pero Ava era todo sentimiento, con un toque de insolencia.

Esbocé un amago de sonrisa cuando me acordé de su última frase un rato antes. «Espero que el palo que tienes metido por el culo te perfora algún órgano vital.»

No era lo peor que me habían dicho, ni de lejos, pero no me esperaba algo tan agresivo por su parte. Nunca la había oído insultar a nadie. El hecho de haberla sacado de sus casillas me produjo un placer perverso.

—Alex —dijo Josh.

—No sé, tío. —Alejé la mirada de Ava y su vestido violeta—. No me gusta hacer de canguro.

—Por suerte no es ninguna niña —bromeó—. Mira, sé que es mucho pedir, pero eres la única persona que tengo claro que no va a...

—¿Follársela?

—Joder, tío. —Parecía que se hubiera tragado un limón—. Ni se te ocurra relacionar esa palabra con mi hermana. Qué asco. Pero... Sí, me

refiero a que no es tu tipo, y aunque lo fuera, jamás harías eso.

Me atravesó un destello de culpa al recordar la fantasía galopante que acababa de tener hacía unos segundos. Era hora de que llamara a alguien de mi lista para dejar de fantasear con Ava Chen.

—Pero es más que eso —continuó Josh—. Eres la única persona en quien confío, además de mi familia. Y sabes cómo me preocupa Ava, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que ha pasado con su ex. —Se le ensombreció la expresión—. Te lo juro, como vuelva a ver a ese cabrón...

Suspiré.

—Yo me encargo de ella. No te preocupes.

Me iba a arrepentir de esto. Lo sabía, y aun así ahí estaba, renunciando a mi vida, como mínimo durante un año entero. No solía hacer muchas promesas, pero cuando las hacía, las cumplía. Me comprometía al máximo. Lo que significaba que si le prometía a Josh que cuidaría de Ava, tendría que cuidar de ella, joder, y tenía que ser algo más que un mensaje de control cada dos semanas.

Ahora estaba bajo mi protección.

Un mal presentimiento se deslizó por mi cuello y empezó a apretarme, cada vez más fuerte, hasta que empezó a faltarme el oxígeno y se me nubló la vista.

Sangre. Por todas partes.

En mis manos. En mi ropa. Salpicada en la alfombra que tanto le gustaba, la que se compró en su último viaje a Europa.

Me invadió una repentina necesidad de ponerme a frotar la alfombra, de arrancar todas aquellas partículas sangrientas de las suaves fibras de lana, una por una. Pero no podía moverme.

Solo pude quedarme ahí mirando aquella grotesca escena en mitad de mi salón, un lugar que tan solo un cuarto de hora antes rebosaba calor y risas y amor. Ahora estaba frío e inerte, como los tres cadáveres a mis pies.

Parpadeé y todo desapareció: las luces, los recuerdos, la soga alrededor de mi cuello.

Pero volverían. Siempre lo hacían.

—Eres el mejor —dijo Josh, que había recuperado la sonrisa ahora que había aceptado una misión que no me incumbía en absoluto. Yo no era

protector, sino destructor. Yo rompía corazones, fulminaba a mis competidores empresariales y no me importaban las consecuencias. Si alguien era tan estúpido como para enamorarse de mí o cabrearme (cosas que siempre advertía que nadie hiciera), es que quería meterse en problemas —. ¡Te traeré algo! Aunque no sé el qué. Café. Chocolate. Kilos de lo que sea que cultiven allí. Y te debo un favor de la hostia para el futuro.

Forcé una sonrisa. Antes de que pudiera decir nada, me sonó el teléfono y le hice un gesto:

—Ahora vuelvo, tengo que cogerlo.

—Sin prisa, tío. —Josh ya había vuelto a entretenerse con la rubia y la morena que habían estado antes conmigo y quienes encontraron mucha más diversión en mi mejor amigo. Cuando salí al patio trasero a contestar la llamada, ya le habían metido los brazos debajo de la camiseta.

—Дядько —dije, usando el término ucraniano para «tío».

—Alex. —La voz de mi tío sonó áspera y ronca debido a las décadas acumulando cigarrillos y a los disgustos de la vida—. Espero no haberte interrumpido.

—No. —Contemplé el jaleo de dentro a través de la puerta de cristal. Josh llevaba viviendo desde antes de graduarnos en la misma casa destartalada de dos pisos a las afueras del campus de Thayer. Habíamos compartido habitación hasta que yo me gradué y me mudé a Washington D. C. para estar más cerca de la oficina (y para huir de las hordas de alumnos borrachos y ruidosos que desfilaban todas las noches por el campus y los barrios de alrededor).

Todo el mundo había ido a la fiesta de despedida de Josh, y cuando digo todo el mundo, me refiero a la mitad de la población de Hazelburg, Maryland, donde estaba Thayer. Era uno de los chicos más populares de la ciudad, y me imaginé que todos iban a echar de menos sus fiestas, casi tanto como a él.

Para alguien que siempre se quejaba de estar hasta arriba de tareas, invertía bastante tiempo en alcohol y en sexo. Y no afectaba lo más mínimo a su rendimiento. El cabrón tenía una nota media de ocho.

—¿Te has hecho cargo del asunto? —me preguntó mi tío.

Escuché el ruido de un cajón abriéndose y cerrándose, seguido del chasquido de un mechero. Le había dicho mil veces que dejara de fumar, pero no me hacía ni caso. Cuesta mucho acabar con los viejos hábitos, sobre

todo con los viejos hábitos malos para la salud, así que Ivan Volkov ya había llegado a una edad a la que no le importaba lo más mínimo.

—Todavía no. —La luna colgaba baja del cielo, arrojando destellos de luz que serpenteaban por las zonas oscuras del patio. Luz y sombra. Dos caras de la misma moneda—. Lo haré. Ya queda poco.

Justicia. Venganza. Salvación.

Durante dieciséis años me había consumido la búsqueda de esas tres cosas. Era lo primero en lo que pensaba al despertarme, lo único con lo que soñaba, lo único que me provocaba pesadillas. Mi razón de ser. Incluso en situaciones en las que me distraía con otras cosas (el juego de estrategias políticas de la empresa, el placer fugaz de enterrarme en el denso calor de un cuerpo excitado), esto acechaba en mi conciencia, conduciéndome a la cima de la ambición y de la crueldad.

Dieciséis años puede parecer mucho tiempo, pero se me da bien el juego a largo plazo. Me da igual cuántos años esperar con tal de que el final valga la pena.

Y el final del hombre que destrozó mi familia será glorioso.

—De acuerdo. —Mi tío tosió y apreté los labios.

Un día de estos le convencería para dejar de fumar. La vida me había arrebatado cualquier atisbo de sentimentalismo hacía años, pero Ivan era mi único familiar vivo. Me acogió, me crio como a su propio hijo y me apoyó en mi arduo camino hacia la venganza, por lo que al menos le debía eso.

—Pronto tu familia estará en paz —dijo.

Quizás. ¿Y yo también? Esa era una pregunta para otro momento.

—La semana que viene tenemos reunión de la junta directiva —dije para cambiar de tema—. Pasaré el día en la ciudad. —Mi tío era el director ejecutivo del Grupo Archer, la empresa de desarrollo inmobiliario que había fundado una década antes con mi asesoramiento. Desde mi adolescencia tuve madera para los negocios.

La sede del Grupo Archer se encontraba en Filadelfia, pero teníamos oficinas por todo el país. Como yo vivía en Washington D. C., el centro neurálgico real de la empresa estaba allí, pero las reuniones de la junta se seguían celebrando en la sede.

Yo podría haber ascendido a director ejecutivo hacía años, gracias al acuerdo con mi tío cuando fundamos la empresa, pero el puesto de jefe de Operaciones me permitía más flexibilidad hasta que terminara lo que tenía

que hacer. De cualquier forma, todo el mundo sabía quién movía los hilos detrás del trono. Ivan era un buen director ejecutivo, pero mis estrategias eran las que habían catapultado a la empresa al olimpo después de una década yerma.

Estuve hablando de trabajo con mi tío un rato más antes de colgar y volver a unirme a la fiesta. Los engranajes de mi cerebro se pusieron en marcha mientras pasaba lista a todos los eventos de la tarde: mi promesa a Josh, el apoyo de mi tío por el contratiempo que había sufrido mi plan de venganza. Este año no podía fallar a ninguno de los dos.

Ordené mentalmente las piezas de mi vida en distintos patrones, visualizando cada situación de principio a fin, sopesando los pros y los contras y estudiando las grietas potenciales hasta que llegué a una resolución.

—¿Todo bien? —me gritó Josh desde el sofá, donde la rubia le besaba el cuello mientras las manos de la morena se familiarizaban íntimamente con el territorio por debajo del cinturón.

—Sí. —Mi mirada se volvió a clavar en Ava. Estaba en la cocina, parecía preocupada por la tarta de Crumble & Bake que no se habían terminado de comer. En la piel morena le brillaba una pátina de sudor de tanto bailar, y su pelo negro azabache le caía sobre los ojos como una nube —. Respecto a lo que me has dicho antes... Tengo una idea.

Ava

—Espero que sepas apreciar lo buena amiga que soy —bostezó Jules mientras dábamos tumbos por el patio delantero hacia casa de Josh— por levantarme al amanecer para ayudar a tu hermano a limpiar y a hacer la maleta, cuando además me cae fatal.

Me reí y le pasé el brazo por los hombros.

—Luego te invito a un café de caramelo del Morning Roast. Te lo prometo.

—Vale, vale. —Hizo una pausa—. ¿En vaso grande, con extra de *toppings* crujientes?

—Sabes que sí.

—Bueno. —Volvió a bostezar—. Entonces sí que merece la pena.

Jules y Josh no se llevaban muy bien, que digamos. Siempre me pareció raro, teniendo en cuenta que se parecían un montón. Los dos eran extrovertidos, carismáticos, muy inteligentes y, sobre todo, unos rompecorazones.

Jules era la versión en carne y hueso de Jessica Rabbit, con la melena roja brillante, la piel cremosa y unas curvas que me hacían mirar con tristeza mi propio cuerpo. En general, estaba satisfecha con mi cuerpo, pero como miembro del Club de las Tetas Pequeñas, me habría gustado tener una o dos tallas más de sujetador sin tener que recurrir a la cirugía estética. Irónicamente, Jules a veces se quejaba de que su copa D le daba dolor de espalda. Debería haber una app con un menú donde se pudiera elegir el tamaño de tus tetas con un solo clic.

Como decía, la mayor parte del tiempo estaba satisfecha con mi cuerpo, pero nadie (ni siquiera las supermodelos o las estrellas de cine) es inmune a

las inseguridades.

Pero quitando las quejas por sus tetas, Jules era la persona más segura que conocía, además de mi hermano, cuyo ego era tan grande como para abarcar toda la Costa Este de Estados Unidos y hacer hueco para Texas. Supongo que tenía motivos para serlo, teniendo en cuenta que siempre había sido el niño prodigio y, aunque me doliera reconocerlo porque era mi hermano, tampoco era nada feo. Casi uno noventa de estatura, cabello negro y grueso y una estructura ósea envidiable, que nunca dejaba que se le olvidara a nadie. Estaba convencida de que Josh era capaz de encargarse de una escultura de sí mismo para ponerla en su propio patio delantero.

Jules y Josh nunca decían por qué se llevaban tan mal, pero yo sospechaba que era porque se veían reflejados el uno en el otro.

La puerta de entrada estaba abierta, así que no nos molestamos en llamar.

Para mi sorpresa, la casa estaba bastante limpia. Josh había retirado casi todos sus muebles la semana anterior, por lo que lo único que quedaba por guardar era el sofá (que irían a recoger más tarde), algunos utensilios de cocina y el cuadro abstracto y raro del salón.

—¿Josh? —Mi voz retumbó por el espacio vacío mientras Jules se sentaba en el suelo y se hacía un ovillo con expresión gruñona. No hace falta jurar que no le gustaba madrugar—. ¿Dónde estás?

—¡En el dormitorio! —Se oyó un golpe en el piso de arriba, seguido de una maldición ahogada. Un minuto después, Josh bajó con una caja de cartón enorme—. Son mierdas varias que voy a donar —explicó, dejándola en la encimera de la cocina.

Arrugué la nariz.

—Ponte una camiseta, haz el favor.

—¿Y privar a J. R. de este bombón mañanero? —dijo Josh con una sonrisita—. No soy tan cruel.

No era la única que creía que Jules se parecía a Jessica Rabbit; Josh siempre la llamaba por las iniciales, lo cual la sacaba de sus casillas. Aunque, por otro lado, todo lo que hacía Josh la sacaba de sus casillas.

Jules levantó la vista y frunció el ceño.

—Por favor, he visto abdominales mejores en el gimnasio del campus. Haz caso a Ava y ponte una camiseta antes de que os enseñe la cena que comí anoche.

—Quien se pica, ajos come —dijo Josh alargando las palabras y acariciándose los abdominales con la mano—. Lo único que se va a enseñar aquí es...

—¡Vale ya! —Agité los brazos en el aire para dar por terminada la conversación antes de que llegara a algún punto traumatizante—. Basta de charleta. Vamos a hacer la maleta antes de que pierdas el vuelo.

Por suerte, Josh y Jules se comportaron durante la hora y media siguiente mientras hacíamos la maleta con todas las cosas que faltaban, y las cargábamos en el todoterreno que Josh había alquilado para la mudanza.

Al final, lo único que quedaba era el cuadro.

—Dime que también te vas a deshacer de eso. —Contemplé el gigantesco lienzo—. Aunque no sé cómo te va a caber en el coche.

—Nada, déjalo aquí. A él le gusta.

—¿A quién?

Por lo que tenía entendido, todavía nadie había alquilado la casa de Josh. Pero aún era julio, así que seguramente volaría al acercarse el inicio del curso.

—Ya verás.

No me gustaba esa sonrisa. Nada de nada.

El rumor de un potente motor invadió el aire.

La sonrisa de Josh se ensanchó.

—De hecho, ahora mismo lo vas a ver.

Jules y yo intercambiamos miradas, nos abalanzamos a la puerta y la abrimos.

En la entrada acababa de aparcar un Aston Martin de sobra conocido. Tenía la puerta abierta y de ella salió Alex, más guapo que lo que cualquier ser humano tenía derecho a ser, con vaqueros, cazadora y una camisa negra con los puños remangados.

Se quitó las gafas de sol y se nos quedó mirando, sin inmutarse ante la pequeña fiesta de bienvenida que le habíamos montado en la entrada.

Aunque yo no tenía muchas ganas de bienvenida.

—Pero... Pero si es Alex —balbuceé. —Y está guapíííísimo, he de añadir. —Jules me dio un codazo en las costillas y solté un gruñido. ¿Qué más daba que estuviera bueno? Era un imbécil.

—Qué pasa, tío. —Josh le chocó la mano a Alex—. ¿Y tus cosas?

—Luego las trae la empresa de mudanzas. —Alex miró de reojo a Jules, quien lo contemplaba como a un juguete nuevo. Además de Josh, Alex era el único tío que nunca se había rendido a sus encantos, lo cual le intrigaba aún más. No podía resistirse a ningún reto, probablemente porque tenía a la mayor parte de los tíos comiendo de su mano antes siquiera de abrir la boca.

—Espera. —Levanté la mano mientras el corazón amenazaba con salirse del pecho—. Cómo que la empresa de mud... No te vas a mudar aquí.

—Pues sí. —Josh me pasó el brazo por los hombros y le brillaron los ojos con maldad—. Te presento a tu nuevo vecino, hermanita.

Pasé la mirada como una pelota de ping-pong de Alex a él y de él a Alex, a quien no podía aburrirle más la conversación.

—No. —Solo había una razón por la que Alex Volkov dejaría su acogedor ático de Washington para mudarse otra vez a Hazelburg, y me apostaba mi cámara nueva a que no tenía nada que ver con la nostalgia de su época de universitario—. No, no, no, no, no.

—Sí, sí, sí, sí, sí.

Lancé a mi hermano una mirada asesina.

—No necesito un canguro. ¡Tengo veintidós años!

—¿Quién ha dicho nada de canguros? —reculó Josh—. Va a cuidarme la casa. Tengo que volver aquí dentro de un año, así que tiene sentido.

—Y una mierda. Quieres que me vigile.

—Eso es un servicio extra. —Josh suavizó las formas—. No viene mal tener a alguien de confianza cuando yo no esté, especialmente después de todo lo de Liam.

Sentí una punzada de dolor con la mención de mi ex. Liam me había estado acribillando a mensajes desde que le había pillado poniéndome los cuernos un mes y medio atrás. Incluso había aparecido varias veces por la galería donde yo trabajaba, suplicándome otra oportunidad. Habíamos salido durante varios meses, y aunque no estaba enamorada de él ni nada parecido, la situación había sacado a relucir todas mis inseguridades. A Josh le preocupaba que Liam se pasara de la raya, pero, para ser sinceros, Liam no era más que un niño pijo con pantalones de pinza que vivía de las rentas. Era difícil que hiciera nada que pudiera descolocarle la gomina del pelo.

Estaba más avergonzada por haber salido con él que preocupada por mi integridad física.

—Sé cuidar de mí misma. —Me deshice del brazo de Josh—. Llama a la empresa de mudanzas para cancelar esto —le dije a Alex, quien nos había ignorado completamente mientras miraba la pantalla de su móvil—. No tienes que mudarte aquí. ¿Es que no tienes... cosas que hacer en Washington?

—Washington está a veinte minutos —dijo sin mirarme.

—Que conste que a mí me parece perfecto que te mudes aquí —saltó Jules. Traidora. —¿Cortas el césped sin camiseta? Si no, te lo recomiendo.

Alex y Josh fruncieron el ceño a la vez.

—Tú. —Josh la señaló con el dedo—. Ni se te ocurra hacer de las tuyas cuando no esté.

—Es muy tierno que te creas con derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—Me importa una mierda lo que hagas con tu vida. Pero me preocupa cuando metes a Ava en tus movidas.

—Noticia de última hora: tampoco tienes derecho a decirle nada a Ava. Sabe pensar por sí misma.

—Es mi hermana...

—Y mi mejor amiga...

—Acuérdate de cuando casi la arrestan por tu culpa...

—Eso es agua pasada. Fue hace tres años...

—¡Vamos a ver! —Me llevé los dedos a las sienes. Josh y Jules eran como dos niños pequeños—. Dejad de discutir. Josh, deja de intentar controlarme. Jules, deja de provocarle.

Josh se cruzó de brazos.

—Como tu hermano mayor, mi deber es protegerte o nombrar a alguien para sustituirme cuando yo no esté.

Me había criado con él, y por eso reconocí la expresión de su cara. No iba a cambiar de opinión.

—¿Entiendo que Alex es el sustituto? —pregunté con resignación.

—Yo no sustituyo a nadie —dijo Alex con frialdad—. No hagas ninguna tontería y todo irá bien.

Dejé escapar un lamento y me cubrí la cara con las manos.

Iba a ser un año muy largo.

Ava

Dos días después, Josh ya estaba en Centroamérica y Alex había terminado de mudarse. Había estado mirando cómo los empleados de la empresa de mudanzas metían en la casa de al lado un televisor de plasma gigante y todo tipo de cajas, y el Aston Martin de Alex ya formaba parte de mi paisaje diario.

Ya que seguir dándole vueltas a la situación no me ayudaba mucho, decidí sacarle provecho de alguna forma.

En verano la galería cerraba los jueves, y no tenía ningún encargo de fotografía pendiente, así que decidí pasar la tarde haciendo mis famosas galletas *red velvet*.

Acababa de empaquetarlas en una cestita cuando escuché el inconfundible rugido del coche de Alex aparcando en la entrada, seguido del golpe de una puerta.

Mierda. Bueno, estaba preparada. Claro que sí.

Me sequé el sudor de las manos en los muslos. No podía ponerme nerviosa por llevarle unas galletas, por el amor de Dios. Alex había venido a comer en Acción de Gracias los últimos ocho años, y a pesar de todo su dinero y su atractivo, era humano. Intimidante, pero humano, al fin y al cabo.

Además, se supone que tenía que cuidarme, y no creo que arrancarme la cabeza fuera una buena manera de hacerlo, ¿no?

Con este pensamiento cogí la cesta, las llaves y el móvil y fui a su casa. Menos mal que Jules estaba en las prácticas de Derecho, porque si la hubiera escuchado otra vez decir lo bueno que estaba Alex, habría gritado.

Una parte de mí pensaba que lo hacía para fastidiarme, pero a otra parte le preocupaba que a Jules le gustara Alex de verdad. Que mi mejor amiga se liara con el mejor amigo de mi hermano podría abrir una caja de Pandora que no me apetecía tener que cerrar.

Llamé al timbre, tratando de controlar mi corazón desbocado mientras esperaba a que saliera Alex. Me habría gustado dejar la cesta tirada en el umbral y salir corriendo, pero habría sido un impulso cobarde, y yo no era ninguna cobarde. Al menos la mayor parte de las veces.

Pasó un minuto.

Volví a tocar el timbre.

Por fin, escuché el sonido amortiguado de sus pasos acercándose, hasta que abrió la puerta y me encontré cara a cara con Alex. Se había quitado la chaqueta, pero por lo demás llevaba el traje del trabajo: camisa blanca de Thomas Pink, pantalón y zapatos de Armani, corbata azul de Brioni.

Recorrió con la mirada mi pelo (recogido en un moño), mi cara (que abrasaba como la arena al sol, no sé por qué) y mi ropa (mi conjunto favorito de camiseta de tirantes y pantalón corto) antes de reparar en la cesta. Durante todo el rato mantuvo una expresión hierática.

—Son para ti. —Señalé la cesta que había puesto delante—. Son galletas —añadí innecesariamente, porque, en fin, tenía ojos y creo que podía ver perfectamente que eran galletas—. Un regalo de bienvenida.

—Un regalo de bienvenida —repitió.

—Sí. Ya que eres nuevo... en el barrio. —Parecía idiota—. Ya sé que no quieres estar aquí, igual que yo tampoco quiero que estés... —Mierda, eso no ha sonado muy bien—. Pero ya que somos vecinos, deberíamos acordar una tregua.

Alex arqueó una ceja.

—No sabía que hiciera falta ninguna tregua. No estamos en guerra.

—No, pero... —Se me escapó un suspiro de frustración. No entendía por qué tenía que hacerlo tan difícil—. Intento ser maja, ¿vale? Vamos a tener que vernos durante todo el año, así que me gustaría que nos facilitáramos la vida. Coge las malditas galletas. Puedes comértelas, puedes tirarlas, puedes darle de comer a tu mascota la serpiente *Nagini*, lo que quieras.

Hizo una mueca.

—¿Me acabas de llamar Voldemort?

—¿Qué? ¡No! —O puede que sí—. Lo de la serpiente es un ejemplo. No tienes pinta de tener una mascota peludita.

—En eso tienes razón. Pero tampoco tengo ninguna serpiente. —Me quitó la cesta de las manos—. Gracias.

Parpadeé. Y volví a parpadear. ¿Alex Volkov me acababa de dar las gracias? Había esperado que cogiera las galletas y me diera con la puerta en las narices. Nunca me había dado las gracias por nada.

Excepto quizás aquella vez que me pidió que le pasara el puré de patatas en una cena, pero estaba borracha, así que tenía un recuerdo borroso.

Todavía estaba en *shock* cuando añadió:

—¿Quieres pasar?

Estaba soñando. Tenía que estar soñando. Porque las probabilidades en la vida real de que Alex me invitara a pasar a su casa eran más bajas que resolver de cabeza una ecuación diferencial.

Me pellizqué. Ay. Vale, no era un sueño. Solo un encuentro extremadamente surrealista.

Me pregunté si quizás los extraterrestres habrían abducido a Alex mientras volvía a casa y lo habrían sustituido por un impostor mucho más simpático y civilizado.

—Vale —dije, porque tenía curiosidad. A ver, nunca había estado en casa de Alex, y tenía curiosidad por ver cómo había dejado la casa de Josh.

Se había mudado dos días antes, por lo que esperaba encontrarme un montón de cajas desperdigadas, pero todo estaba tan limpio y ordenado que parecía que llevara viviendo años allí. Un elegante sofá gris y un televisor de plasma de ochenta pulgadas dominaban el salón, acentuado con una mesa baja blanca, lámparas industriales y el cuadro abstracto de Josh. Me fijé en una máquina de café en la cocina y en una mesa de cristal con sillas blancas acolchadas en el comedor, pero por lo demás, no había muchos más muebles. Había una diferencia abismal con la casa de Josh, que era un acogedor batiburrillo de libros, prendas deportivas y recuerdos que había traído de sus viajes.

—Eres bastante minimalista, ¿no? —Examiné una extraña escultura de metal que parecía un cerebro explotando, pero que debía de haber costado más que mi alquiler mensual.

—No entiendo el motivo de coleccionar cosas que no uso ni me gustan.
—Alex puso las galletas en la mesa de café y se acercó al mueble bar que

tenía en una esquina—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. —Me senté en el sofá, sin saber muy bien qué hacer o decir.

Se sirvió un vaso de *whisky* y se sentó frente a mí, pero no lo suficientemente lejos. Me llegó el olor de su colonia, que olía a algo silvestre y caro, con un toque de especias. Olía tan deliciosa que quise enterrar la cara en su cuello, aunque no se lo habría tomado muy bien.

—Tranquila —dijo con tono seco—. No muerdo.

—Estoy tranquila.

—Tienes los nudillos blancos.

Bajé la mirada y me di cuenta de que estaba apretando tan fuerte los bordes del sofá que, efectivamente, se me habían puesto los nudillos blancos.

—Me gusta cómo has dejado la casa. —Fruncí el ceño. Menudo cliché—. Aunque no has puesto fotos.

De hecho, no había ningún objeto personal, nada que hiciera ver que estábamos en un hogar y no en una tienda de muebles.

—¿Para qué quiero poner fotos?

No supe distinguir si era una broma o no. Probablemente no. Alex no bromeaba, a excepción del otro día en su coche.

—Por los recuerdos —dije, como si le estuviera explicando algo muy básico a un niño pequeño—. ¿Para recordar a gente y momentos?

—No necesito fotos para eso. Los recuerdos están aquí. —Se señaló la sien.

—Los recuerdos siempre se acaban desvaneciendo. Las fotos no. —Por lo menos, no las digitales.

—Los míos no. —Dejó el vaso de cristal en la mesa, y se le ensombreció la mirada—. Tengo una memoria superior.

Se me escapó una carcajada sin querer.

—Parece que alguien se tiene en muy alta estima.

Me lanzó una sonrisa de superioridad.

—No estoy alardeando. Tengo hipertimesia, también llamada memoria autobiográfica muy superior. Búscalo.

Hice una pausa. Eso no me lo esperaba.

—¿Tienes memoria fotográfica?

—No, es distinto. Las personas con memoria fotográfica se acuerdan de detalles de una escena que han mirado muy poco tiempo. La gente con este síndrome nos acordamos de casi todo lo que ha pasado en nuestra vida. Todas las conversaciones, detalles, emociones... —Los ojos verde jade de Alex se transformaron en esmeraldas, oscuras y hechizadas—. Tanto si queremos como si no.

—Josh nunca ha mencionado nada de eso. —No me había dado ni una pista, ni una sola vez, y eso que llevaban siendo amigos casi una década.

—Josh no te lo cuenta todo.

Nunca había oído hablar de la hipertimesia. Sonaba increíble, como sacado de una película de ciencia ficción, pero me pareció que Alex decía la verdad. ¿Cómo sería recordarlo todo?

Se me aceleró el corazón.

Sería maravilloso. Y terrible. Porque así como había recuerdos que quería mantener en mi corazón, tan claros como si los recreara ante mis ojos, también había otros que prefería dejar caer en el olvido. No podía concebir que me faltara esa red de seguridad que nos hace saber que los malos recuerdos siempre terminan desvaneciéndose hasta convertirse en ecos ahogados del pasado. Mi memoria estaba tan desvirtuada que no recordaba nada de antes de los nueve años, cuando habían ocurrido los peores sucesos de mi vida.

—¿Y cómo es? —susurré.

Qué irónico era que estuviéramos los dos allí sentados: yo, la chica que no se acordaba de nada, y Alex, el hombre que se acordaba de todo.

Alex se inclinó hacia mí y no pude retirarme. Se puso demasiado cerca y fue demasiado abrumador, demasiado todo.

—Es como ver proyectada la película de tu vida —dijo en voz baja—. A veces es de género dramático, otras veces de terror.

Se cortaba la tensión en el aire. Estaba sudando tanto que se me pegó la camiseta a la piel.

—¿No puede ser una comedia o una película romántica? —Era un intento de chiste, pero la pregunta sonó más bien como una insinuación.

A Alex le brillaron los ojos. A lo lejos se oyó un claxon. Una perla de sudor me resbaló entre los pechos, y vi cómo él se quedaba mirándola por un instante antes de esbozar una sonrisa.

—Vete a casa, Ava. No te metas en líos.

Tardé un minuto más en recuperar la compostura y despegarme del sofá. Y cuando lo hice, incluso un rato después de haber huido, me seguían temblando las rodillas y sentía que se me iba a salir el corazón. Cada vez que estaba con Alex, aunque fuera por poco tiempo, me ponía de los nervios.

Sí, estaba nerviosa y un poco aterrada.

Pero nunca me había sentido tan viva.

Alex

Estampé el puño contra la cara del maniquí, disfrutando de la descarga de dolor que me recorrió todo el hombro tras el impacto. Me ardían los músculos y el sudor me corría por la frente y sobre los ojos, nublándome la vista, pero no paré. Lo había hecho tantas veces que no me hacía falta ver para acertar los golpes.

El olor del sudor y la violencia se quedó flotando en el aire. Aquel era el único lugar donde podía permitirme liberar la rabia que se acumulaba en las otras parcelas de mi vida. Llevaba una década practicando krav magá para defensa personal, pero desde entonces se había convertido en mi catarsis, mi santuario.

Cuando terminé de golpear al maniquí, mi cuerpo era un amasijo de dolor y sudor. Me limpié la cara con una toalla y di un largo trago a mi botella de agua. El día en la oficina había sido horrible, así que necesitaba esa evasión para apaciguarme.

—Espero que hayas liberado tu frustración —dijo Ralph, el dueño del gimnasio y mi entrenador personal desde que me mudé a Washington. Bajo y fornido, tenía una complexión poderosa de luchador y cara de pocos amigos, pero en el fondo era un osito de peluche. Y me habría partido la cara si me hubiera oído decir eso.

—Parecía que tenías algo personal contra Harper.

Ralph ponía a los maniqués nombres de personajes de alguna serie o de gente que no le caía bien.

—Ha sido una semana de mierda. —Estábamos solos en la sala de entrenamiento, así que podía expresarme con bastante libertad. Además de

Josh, Ralph era la única persona a la que consideraba un amigo de verdad —. Ya estoy listo para luchar en serio.

Los maniqués estaban bien para entrenar, pero el krav magá era un método de combate cuerpo a cuerpo por algo. Consistía en una interacción constante entre tu oponente y tú, a la que había que reaccionar rápido. No se podía reaccionar si el oponente era un objeto inanimado.

—Venga, vamos a hacerlo. Aunque hoy tengo que acabar justo a las siete, no puedo quedarme más. Tengo una clase nueva.

Arqueé las cejas.

—¿Una clase?

La academia de krav magá acogía a luchadores de nivel intermedio o avanzado y estaba especializada en clases particulares o sesiones con grupos pequeños. No ofrecía clases para grandes grupos como los demás centros.

Ralph se encogió de hombros.

—Sí. Vamos a aceptar a principiantes. De momento solo una clase, para ver cómo va. Missy me ha insistido mucho hasta que he aceptado... Me dijo que había mucha gente interesada en aprenderlo por cuestiones de defensa personal, y además tenemos los mejores entrenadores de la ciudad. —Soltó una carcajada—. ¡Treinta años llevamos casados! Sabe cómo pulsar el botón del ego. Así que aquí estamos.

—Por no mencionar que es una buena decisión empresarial. —Había poca oferta de krav magá por la zona, así que no tenía competencia, por no hablar de todos los ejecutivos que podían permitirse esos precios.

A Ralph le brillaron los ojos.

—Eso también.

Di otro trago de agua, con la mente a toda velocidad. Clases para principiantes...

Podría ser una buena idea para Ava. En realidad para cualquiera, hombre o mujer. La defensa personal es algo a lo que nadie quiere recurrir, pero que puede marcar la diferencia entre la vida o la muerte en caso de necesidad. El spray de pimienta solo sirve hasta cierto punto.

Le mandé un mensaje rápido y empecé el entrenamiento con Ralph.

Seguía sin gustarme hacer de canguro, pero Ava y yo habíamos acordado una «tregua» (término suyo, no mío) desde que ella había venido a hacer las

paces la semana anterior. Además, cuando me comprometo a algo, me comprometo al cien por cien. Sin medias tintas o excusas.

Le había prometido a Josh que cuidaría de su hermana, y eso era lo que iba a hacer. Apuntarla a clases de defensa personal, mejorar el sistema de alarma de su casa (se cabreó cuando el técnico de la empresa de seguridad la despertó a las siete de la mañana para instalar el nuevo sistema, pero no pasa nada) o lo que hiciera falta. Cuanto más se alejara de los problemas, menos tendría que preocuparme por ella y más podría centrarme en mi trabajo y en mis planes de venganza.

Aunque no me importaba si quería llevarme más galletas *red velvet*. Estaban buenísimas.

Y, sobre todo, no me importaba si me las traía con los pantalones cortos y la camiseta de tirantes que había llevado la otra vez. Se me vino a la cabeza la imagen repentina de la gota de sudor resbalando por su piel bronceada, entre sus pechos.

Gruñí cuando Ralph me metió un puñetazo en el estómago. Joder. Eso por dejarme llevar por mis pensamientos.

Me re Coloqué la mandíbula para volver a centrarme en el entrenamiento, tratando de alejar cualquier pensamiento sobre Ava Chen y su escote.

Una hora después, tenía las extremidades como gelatina y unos cuantos moratones por todo el cuerpo.

Hice un gesto de dolor mientras estiraba los músculos y oí cómo un murmullo de voces entraba por la puerta del gimnasio.

—Esa es mi señal. —Ralph me dio una palmada en el hombro—. Buen trabajo hoy. Igual algún día me ganas, con suerte.

Sonreí con suficiencia.

—Que te jodan. Ya podría ganarte si quisiera.

Una vez había estado a punto de hacerlo, pero en parte me gustaba el hecho de no ser todavía el mejor. Me permitía tener un objetivo que alcanzar. Pero le ganaría. Siempre lo hacía.

La carcajada de Ralph rebotó como un trueno por todo el espacio humedecido de sudor.

—Sigue pensando eso, chaval. Nos vemos el jueves.

Cuando salió de la sala, revisé el móvil por si había algún mensaje.

Nada.

Fruncí el ceño. Había escrito a Ava hacía casi una hora, y normalmente contestaba rapidísimo, a menos que estuviera en alguna sesión de fotos. Pero ese día no tenía ninguna. Lo sabía porque le había hecho prometer que cuando tuviera alguna me enviara la ubicación, así como los nombres y datos de contacto de los clientes. Siempre los investigaba antes. Había mucho loco suelto por ahí.

Le mandé otro mensaje. Esperé.

Nada.

La llamé. No contestó.

O bien había apagado el teléfono (algo que le tenía dicho que no hiciera) o bien estaba metida en algún lío.

Sangre. Por todas partes.

En mis manos. En mi ropa.

Se me aceleró el pulso. La soga que siempre llevaba al cuello se apretó.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en otro día, en otro recuerdo (cuando fui a mi primera clase de krav magá con dieciséis años) hasta que las manchas rojas de mi pasado se desvanecieron.

Cuando volví a abrirlos, en mi estómago se habían fusionado la ira y la preocupación en un solo bloque, y ni siquiera me entretuve en cambiarme de ropa antes de salir del gimnasio y dirigirme a casa de Ava.

—Más te vale estar ahí —murmuré. Le corté el paso y le hice un corte de mangas a un Mercedes que intentó adelantarme en la rotonda de Dupont Circle. El conductor, el típico abogado engominado, me fulminó con la mirada, pero no me importó una mierda.

Si no sabes conducir, no te metas en la carretera.

Cuando llegué a casa de Ava todavía no había recibido respuesta. En la sien me latía una vena peligrosamente.

Si me estaba ignorando, íbamos a tener problemas.

Y si alguien le había hecho daño, estaba dispuesto a enterrar bajo tierra al responsable. Después de descuartizarlo.

—¿Dónde está? —dije por todo saludo cuando Jules me abrió la puerta.

—¿Quién? —preguntó con mirada inocente. No iba a engañarme. Jules Ambrose era una de las mujeres más peligrosas que conocía, y si alguien se

creía lo contrario por su aspecto o por su manera de coquetear, es que era idiota.

—Ava —rugí—. No coge el teléfono.

—Estará ocupada.

—No me jodas, Jules. Podría estar metida en algún lío. Además, conozco a tu jefe. Con decirle cuatro cosas de ti, se te acaban las prácticas.

Había investigado a las amigas de Ava. Jules estaba estudiando Derecho, y las prácticas eran imprescindibles para acceder al último curso de la carrera.

Todo atisbo de coqueteo se esfumó. Jules entornó los ojos.

—No me amenazas.

—Pues no juegues conmigo.

Nos miramos fijamente durante un valioso minuto que echamos a perder. Entonces reculó:

—No está metida en ningún lío, ¿vale? Está con alguien. Como te he dicho, probablemente esté ocupada. No va a estar pegada al teléfono.

—Dame la dirección.

—Estás muy bueno, pero a veces eres un capullo integral.

—La dirección.

Jules dejó escapar un suspiro.

—Te la digo si me dejas ir contigo. Para asegurarme de que no haces ninguna tontería.

Ya estaba de camino al coche.

Cinco minutos después estábamos entrando otra vez en Washington a toda velocidad, y pensé en pasarle a Josh todas las facturas de la gasolina cuando volviera, solo por joder.

—¿Por qué te preocupas tanto? Ava tiene su vida, y no es tu perrito. No tiene por qué hacerte caso cada vez que le lanzas un palo. —Jules bajó el espejo del coche y se retocó el pintalabios cuando paramos en un semáforo.

—Para alguien que se cree su mejor amiga, no veo que te preocupes mucho. —El estómago se me encogió de irritación—. ¿Cuándo has visto que no te haya contestado al minuto de llamarla o escribirle?

—Pues cuando está en el baño. En clase. En el trabajo. Durmiendo. Duchándose. En una sesión de...

—Hace casi una hora —espeté.

Jules se encogió de hombros.

—A lo mejor está follando.

Sentí una punzada en la mandíbula. No sabía qué versión de Jules era peor: la que intentaba convencerme de cortar el césped sin camiseta o la que disfrutaba provocándome.

¿Por qué Ava no podía vivir con otra amiga? Stella parecía bastante sensata y Bridget, teniendo en cuenta su estatus, nunca diría las gilipolleces que decía Jules.

Pero no, me tenía que tocar la amenaza pelirroja.

Ya sabía por qué Josh no la soportaba.

—Has dicho que estaba con una amiga. —Entré en la calle de la casa que me había dicho y aparqué.

—No. He dicho que estaba con alguien. —Se desabrochó el cinturón con una sonrisa virginal—. Gracias por el viaje y la conversación. Ha sido... reveladora.

No me molesté en preguntarle a qué se refería. Me acababa de lanzar un paquete de mierda muy bien envuelto.

Mientras Jules se tomaba su tiempo, salí del coche y llamé a la puerta de entrada con impaciencia.

Un minuto después, un chico delgaducho con gafas me abrió la puerta y se nos quedó mirando a Jules y a mí en un estado de confusión.

—¿Puedo ayudaros?

—¿Dónde está Ava?

—Está arriba, pero ¿quién...? —Le di un empujón con el hombro para pasar dentro, lo que no fue difícil, teniendo en cuenta que no debía de pesar ni setenta kilos.

—¡Oye, no puedes subir! —gritó—. Están en mitad de una cosa.

Joder. Era eso. Si Ava estaba follando (un peligroso latido se apoderó de mis sienes con solo pensarlo), era todavía mayor motivo para interrumpirla. Los universitarios salidos eran las criaturas más peligrosas del mundo.

Me pregunté si habría vuelto con su ex. Josh mencionó que esa rata le había puesto los cuernos, y no parecía el tipo de chica que vuelve con alguien después de haberla tratado fatal, pero tampoco me sorprendería de la señorita Happy Flowers. Algún día su corazón la arrastraría directamente hasta un barranco de problemas.

Cuando llegué al piso de arriba, no me hizo falta averiguar en qué habitación estaba, porque empecé a escuchar ruidos a través de una puerta

entreabierto al final del pasillo. Detrás de mí, Jules y el Gafitas subían la escalera a trompicones, mientras este seguía balbuceando que no podía subir, a pesar de que ya estábamos arriba.

No entendía cómo los seres humanos habían sobrevivido tanto tiempo. La mayoría eran idiotas.

Abrí la puerta y me quedé congelado.

No era sexo. Era peor.

Ava estaba en medio de la habitación, vestida con un modelito de encaje negro que dejaba poco a la imaginación. Estaba acurrucada junto a un chico rubio con el pelo pincho que sostenía una cámara. Susurraban y se reían mientras miraban la pantalla de la cámara, tan metidos en su propia burbuja que no se dieron cuenta de que tenían compañía.

Las sienes me latieron con más fuerza.

—Qué... —Mi voz cortó el aire como un látigo—. Qué está pasando aquí.

No era una pregunta. Sabía lo que estaba pasando. El decorado, la cama revuelta, la ropa de Ava... Estaban en mitad de una sesión de fotos. En la que Ava era la modelo. Vestida con un conjunto que bien podría formar parte de una sesión para la *Playboy*.

Las tiras de tela que llevaba Ava apenas le tapaban lo estrictamente necesario. Se abrochaban en el cuello, dejando los hombros al descubierto, y descendían por delante hasta su ombligo. Llevaba al aire las piernas y la mayor parte del culo, y a excepción de las zonas que cubrían sus pechos y su entrepierna, el resto era una tela de encaje que revelaba más de lo que escondía.

Nunca había visto algo así. No era solo el conjunto, era todo. Su pelo, normalmente liso, le caía en sugerentes ondas por la espalda, llevaba los ojos ahumados y los labios rojos y brillantes, y las curvas de su piel lucían un tono dorado que se me quedó grabado para siempre.

En mi interior se mezcló una lujuria perturbadora (era la hermana de mi mejor amigo, por el amor de Dios) con una furia inexplicable por que otros hombres la vieran así.

Ava me miró alarmada cuando reparó en mí.

—¿Alex? ¿Qué haces aquí?

—He intentado detenerlo. —El Gafitas jadeaba, sin apenas aliento. La prueba viviente de que estar delgado no significa estar en forma.

—Está aquí por ti, cielo —dijo Jules, apoyada contra la puerta, con los ojos ámbar brillando de diversión—. Por cierto, estás buenísima. Qué ganas de ver las fotos.

—No vas a ver las fotos —ladré—. Nadie va a ver las fotos. —Arranqué la manta de la cama y se la eché a Ava por los hombros para cubrirla—. Nos vamos. Ahora mismo. Y el Rubito va a borrar todas las fotos que te ha hecho.

Ava abrió la boca de par en par.

—No, no me voy, y no, él no va a borrarlas. No me digas lo que tengo que hacer. —Tiró la manta al suelo y levantó la barbilla, desafiante—. No eres mi padre ni mi hermano, incluso si lo fueras, no tienes nada que opinar sobre lo que hago en mi tiempo libre.

—Te está haciendo fotos medio desnuda —grité—. ¿Sabes que podrían destruirte si se filtraran? ¿Si las ven en alguna empresa donde vayas a trabajar en el futuro?

—Me he prestado voluntaria —me gritó ella—. Es fotografía *boudoir*. Es artística. Todo el mundo hace esto todo el rato. No es como posar desnuda para una página porno. ¿Y cómo sabías que estaba aquí?

—Ups —dijo Jules por detrás. No sonaba en absoluto arrepentida.

—Para el caso es lo mismo. —Me hervía la sangre—. Vístete. Ya.

—No. Quiero. —Ava me miró fija e intensamente mientras separaba la frase en dos partes como había hecho yo.

—Oye, tío, no estoy haciendo nada malo. —Al Rubito se le escapó una risa nerviosa—. Como te acaba de decir ella, esto es arte. Lo editaré para que quede su cara en sombra y nadie pueda reconocerla. Necesito las fotos para mi porf... ¿Qué haces? —gritó cuando le cogí la cámara y empecé a borrar fotos, aunque se calló en cuanto le amenacé de muerte con la mirada.

—¡Basta! Estás haciendo el ridículo. —Ava intentó cogerme la cámara, sin éxito—. ¿Sabes lo que nos ha costado hacerlas? Para. ¡Eres...! —Me tiró del brazo. No sirvió de nada—. ¡Eres un...! —Otro tirón, mismo resultado—. ¡Irracional!

—Te estoy protegiendo, dado que tú eres claramente incapaz de hacerlo por ti misma.

Me cabreé más todavía cuando vi sus fotos tumbada en la cama, mirando a cámara con picardía. ¿Cuánto tiempo llevarían ella y el Rubito con esto a solas? No hacía falta ser un genio para saber lo que se le debía haber pasado

a él por la cabeza todo el rato. Lo mismo que a cualquier otro hombre. Sexo.

Esperaba que el Rubito hubiera disfrutado de sus ojos mientras aún los tenía.

Ava se retiró unos instantes y luego se abalanzó sobre la cámara en un absurdo intento de pillarme con la guardia baja. Esperaba el movimiento, pero aun así gruñí tras el impacto, mientras ella intentaba escalar por mí como un mono araña. Sus pechos me rozaban el hombro y su pelo me hacía cosquillas.

Se me templó la sangre con aquellas sensaciones.

Estaba tan cerca que escuchaba su respiración en pequeños jadeos. Intenté no fijarme en su pecho sofocado, o en la suavidad de su piel contra la mía. Eran pensamientos peligrosos y perturbadores que no tenían cabida en mi mente. Ni ahora, ni nunca.

—Devuélvemela —me ordenó.

Me pareció casi tierno que creyera que podía darme órdenes.

—No.

Ava entornó los ojos.

—Si no me la devuelves, te juro por Dios que saldré a la calle con esta ropa.

Me atravesó otra descarga de furia.

—No lo harás.

—Ponme a prueba.

Nuestras caras estaban a pocos centímetros de distancia, y hablábamos tan bajo que nadie podía oírnos.

Aun así, bajé la cabeza para susurrarle justo en el oído:

—Si das un paso fuera de esta casa vestida así, no solo borraré todas las fotos de la cámara, sino que destruiré la carrera de tu amiguito y acabará poniendo anuncios por palabras en el periódico ofreciendo sus servicios para hacer fotos de carnet. —Esbocé una fría sonrisa—. Y no quieres eso, ¿verdad?

Hay dos maneras de amenazar a alguien: atacarlo directamente o atacar a sus seres queridos. Yo no tenía reparos en hacer ninguna de las dos.

A Ava le tembló la barbilla. Me creía, y más le valía hacerlo, porque estaba hablando en serio. Yo no era senador ni miembro de ningún grupo de presión, pero una amplia red de contactos y un montón de documentos

perfectos para chantajear me habían proporcionado bastante poder de influencia en Washington.

—Eres un cabrón.

—Sí, lo soy, que no se te olvide. —Me enderecé—. Vístete.

Ava no discutió, pero se negó a dirigirme la mirada mientras se iba al baño para cambiarse.

El Rubito y el Gafitas me miraron con la boca abierta como si el mismísimo demonio hubiera entrado en su casa. Mientras tanto, Jules sonreía como si estuviera viendo la película más entretenida del año.

Terminé de borrar las fotos y le lancé la cámara al Rubito.

—Nunca más le vuelvas a pedir a Ava que haga algo así —le dije desde lo alto, disfrutando del temblor de sus hombros mientras intentaba no acobardarse—. Si lo haces, lo sabré. Y no te gustará lo que ocurrirá después.

—Vale —gimió el Rubito.

La puerta del baño se abrió. Ava pasó a mi lado y le dijo algo al Rubito en voz baja. Le pasó la mano por el brazo y yo apreté la mandíbula.

—Vámonos —dije con más aspereza de la pretendida.

Ava me miró por fin, echando chispas.

—Nos iremos cuando esté lista.

No sabía cómo Josh la había aguantado todos esos años. Yo llevaba dos semanas y ya quería estrangularla.

Murmuró algo a más al Rubito antes de pasar por delante de mí sin mediar palabra. Jules la siguió, todavía con la sonrisa en la cara.

Me volví hacia el Rubito una última vez antes de irme.

El silencio permeaba en el coche mientras volvíamos a Thayer. Jules, en el asiento trasero, tecleaba en su móvil, y Ava miraba por la ventana del copiloto con el semblante serio y la espalda tensa.

No me importaba el silencio. De hecho, solía buscarlo. Pocas cosas me resultaban más molestas que las incesantes conversaciones vacías. El tiempo, el último taquillazo, quién ha roto con quién... ¿A quién coño le importaba?

Aun así, algo me hizo encender la radio a mitad de camino, con el volumen tan bajo que apenas se oía la música.

—Ha sido por tu bien —dije mientras sonaba el éxito de rap del momento.

Ava volvió el cuerpo hacia la ventana y no respondió.

Vale. Podía enfadarse todo lo que quisiera. Lo único de lo que me arrepentía era de no haber reventado la cámara del Rubito.

Además, me daba igual que me hiciera el vacío. Me daba exactamente igual.

Ava

—...Y luego dijo: «No le vuelvas a pedir a Ava que haga algo así nunca más, o te mataré a ti y a toda tu familia» —dijo Jules dramáticamente antes de darle un sorbo a su café de caramelo.

—¡Qué dices! —Stella se inclinó hacia delante, boquiabierta—. ¡No me digas que dijo eso!

—No dijo eso. —Le lancé a Jules una mirada reprobatoria—. Deja de exagerar.

—¿Tú qué sabes? Estabas en el baño —dijo. Fruncí el ceño y añadió—: Vale, no utilizó exactamente esas palabras, al menos en ese momento, pero la idea global era esa. Aunque sí que amenazó a Owen para que se alejara de ti. —Jules partió un trozo de su bizcocho de arándanos y se lo metió en la boca.

—Pobre Owen. —La culpa me corroía mientras dibujaba garabatos sin sentido en la mesa. Como todos los jueves, había quedado con Jules, Stella y Bridget en el Morning Roast para tomar un café, y Jules había relatado a las demás los sucesos del sábado en casa de Owen con su particular exageración—. Ojalá no le hubiera metido en esto. Tantas horas de sesión, para nada.

Trabajaba con Owen en la galería McCann, donde ocupaba el puesto de recepcionista desde hacía un año y medio. Mi padre nunca me dijo explícitamente que no quería que me dedicara a la fotografía, pero sí dejó claro que no me iba a pagar el equipo. Me pagó la matrícula y otros gastos del curso, pero cuando necesitaba nuevos objetivos, cámaras o trípodes, tenía que comprármelos yo.

Traté de no ofenderme con su silencioso menosprecio. Tenía suerte de haberme graduado sin haber tenido que pedir ni un préstamo, y no me importaba matarme a trabajar. El hecho de haberme comprado cada parte del equipo con mi propio dinero me hacía valorarlo aún más, y además me gustaba mi trabajo en McCann. Era una de las galerías más prestigiosas del noreste de la ciudad y me caían muy bien mis compañeros, aunque no estaba segura de que Owen quisiera volver a hablarme después de lo que había hecho Alex.

Todavía me hervía la sangre al recordar su actitud controladora.

No podía creer que hubiera tenido el descaro de aparecer allí y ponerse a darme órdenes así como así. Y amenazar a mi amigo. Y tratarme como si fuera... su sirvienta o su empleada. Ni siquiera Josh había llegado nunca tan lejos.

Apuñalé mi yogur con el cuchillo, furiosa.

—Por lo que veo, me he perdido unos días interesantes —suspiró Bridget—. Solo pasan cosas divertidas cuando no estoy.

Bridget había tenido que ir a un evento del consulado de Nueva York en Eldorra, ya que era la princesa de Eldorra.

Eso es. Palabra de honor, era una princesa de verdad, segunda en la línea de sucesión de un país de Europa pequeño pero muy rico. Incluso tenía aspecto de princesa. Cabello rubio, ojos azules y una complexión elegante que le hacía parecerse a Grace Kelly.

Yo no sabía quién era Bridget hasta que a Jules, a Stella y a mí nos tocó compartir habitación con ella el primer año de carrera. Además, esperaba que una princesa tuviera una habitación para ella sola.

Pero eso era lo mejor de Bridget. A pesar de haberse criado entre algodones, era una de las personas con la cabeza mejor amueblada que conocía. Nunca se aprovechaba de su posición e insistía en vivir como una universitaria normal y corriente siempre que podía. En ese sentido, Thayer le venía muy bien. Gracias a su cercanía a Washington y a sus programas de política internacional, el campus estaba lleno de hijos de políticos y de realeza de muchos países. Un par de semanas antes había escuchado al hijo del presidente de la Cámara de los Comunes y al príncipe de la corona de una potencia petrolera discutir sobre videojuegos.

Son cosas que no te puedes inventar.

—Créeme, no fue nada divertido —gruñí—. Fue humillante. Y le debo una cena a Owen, como mínimo.

Mi teléfono se iluminó con un mensaje entrante. Liam. Otra vez.

Eliminé la notificación antes de que mis amigas pudieran verla. No me apetecía tener que aguantarle a él ni a sus excusas en ese momento.

—*Au contraire*, yo creo que fue graciosísimo. —Jules se terminó el resto del bizcocho—. Tendrías que haber visto la cara de Alex. Estaba cabreado.

—¿Cómo va a ser eso gracioso? —preguntó Stella después de sacarle una foto a la espuma de su café.

Stella era influencer de moda y tendencias y tenía más de 400.000 seguidores en Instagram, así que ya estábamos acostumbradas a que le hiciera fotos a todo para su Insta. Irónicamente, para alguien con tanta exposición social, era la más tímida del grupo, pero decía que el «anonimato» de internet le facilitaba ser ella misma.

—¿Me habéis oído? Estaba cabreado. —Jules puso especial énfasis en la última palabra como si tuviera algún significado.

Bridget, Stella y yo nos quedamos mirándola sin entender.

Suspiró, visiblemente exasperada por nuestra falta de comprensión.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a Alex Volkov cabreado? ¿O contento? ¿O triste? Este hombre no tiene emociones. Es como si Dios le hubiera dado todo el poder del buenorrismo y cero capacidades de sentir emociones humanas.

—Yo creo que es un psicópata —dijo Stella, ruborizada—. Nadie puede controlarse tanto todo el rato.

Todavía estaba enfadada con Alex y, sin embargo, una parte de mí sintió el impulso de defenderlo.

—Solo le habéis visto unas pocas veces. No es tan cabrón cuando no...

—¿... se comporta como un cabrón? —terminó Bridget.

—Lo único que digo es que es el mejor amigo de Josh, y confío en el criterio de mi hermano.

Jules soltó una carcajada.

—¿El mismo hermano que se puso un disfraz de rata horroroso para la fiesta de Halloween del año pasado?

Arrugué el gesto mientras Bridget y Stella rompían a reír.

—He dicho criterio, no buen gusto.

—Perdona, no te enfades. —Stella sacudió la cabeza hasta que sus rizos oscuros y brillantes se le derramaron sobre los hombros. Siempre bromeábamos con que era una ONU andante, por sus raíces multiculturales: alemanas y japonesas por parte de su madre, africanas y puertorriqueñas por parte de su padre. El resultado era un metro ochenta de piel olivada, piernas largas y unos felinos ojos verdes. Si hubiera tenido algún interés en ser una supermodelo, podría haberlo sido perfectamente, pero nunca lo tuvo—. Solo era una observación, pero tienes razón. No lo conozco tanto como para juzgarlo. Retiro lo dicho.

—No me enfado, pero... —balbuceé. ¿Qué coño estaba haciendo? Alex no necesitaba que lo defendiera. Tampoco es que fuera a oírnos. Incluso si lo hiciera, le daría igual.

Si había alguien a quien le importaba un bledo lo que pensarán de él, ese era Alex Volkov.

—Chicas, no me habéis entendido. —Jules agitó una mano en el aire—. La cuestión es que Alex sí que mostró emoción. Por Ava. Y esto podría ser muy divertido.

Oh, no. La idea de diversión de Jules normalmente incluía un montón de problemas y una potencial dosis de vergüenza por mi parte.

—¿Cómo que divertido? —Bridget parecía intrigada.

—¡Bridge! —Le di una patada por debajo de la mesa—. No la animes.

—Perdón. —La rubia hizo un gesto—. Pero todo lo que me ha pasado últimamente ha sido muy... —Eché un vistazo alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando. No había nadie, a excepción de Booth, su guardaespaldas, quien se había sentado en una mesa detrás de nosotras y fingía estar leyendo el periódico mientras vigilaba los alrededores—. Los actos diplomáticos y las ceremonias son aburridos de narices. Y mientras tanto, mi abuelo está enfermo, mi hermano hace cosas raras y necesito distraerme con algo.

Su abuelo y su hermano, es decir, el rey Edvard y el príncipe Nikolai de Eldorra. Tenía que recordarme a mí misma que eran seres humanos como todo el mundo, pero incluso después de años de amistad con Bridget, no me había acostumbrado a que hablara de su familia de manera tan informal. Como si no fueran de la realeza.

—Tengo una teoría. —Jules se inclinó hacia delante mientras el resto, yo incluida, nos moríamos por saber qué iba a decir. Seguramente fuera pura

curiosidad, porque en realidad sabía que no me iba a gustar lo que estaba a punto de salir de su boca.

Y no me equivoqué.

—Por algún motivo Ava saca de quicio a Alex —dijo Jules—. Veamos hasta dónde puede llegar. ¿Cuánto puede hacerle sentir?

Puse los ojos en blanco.

—Debes de tener el cerebro frito de todas las horas que pasas en las prácticas, porque no tiene ningún sentido lo que estás diciendo.

Me ignoró.

—Lo llamaré... —pausa dramática— «Operación Emoción.»

Alzó la mirada y dibujó un arco con la mano como si hiciera aparecer mágicamente las palabras en el aire.

—Muy creativo —se burló Stella.

—Escuchad. Todas pensamos que Alex es un robot, ¿verdad? Bueno, ¿qué pasaría si ella —Jules me señaló— demuestra que no lo es? Chicas, no me digáis que no os gustaría verle comportarse como un ser humano de verdad, solo por una vez.

—No. —Lancé el vaso de café vacío a un cubo de basura y por poco le di a un alumno que llevaba una camiseta de Thayer. Le pedí disculpas desde lejos antes de volver a la ridícula propuesta—. Esa es la peor idea que he oído en mi vida.

—¡No critiques sin saber! —dijo la que se hacía llamar mi mejor amiga.

—¿Para qué quieres hacer eso? —Abrí los brazos en el aire—. Además, ¿cómo íbamos a hacerlo?

—Es fácil. —Jules sacó un bolígrafo y una libreta de su bolso y empezó a escribir—. Hacemos un listado de emociones y tú tienes que hacerle sentir todas. Será una prueba. Como una revisión anual para comprobar que funciona bien.

—A veces —dijo Bridget— me asusta cómo piensa tu cerebro.

—No —repetí—. No voy a hacerlo.

—A mí me parece un poco... feo. —Stella repiqueteó las uñas en la mesa—. ¿Qué emociones se te ocurren?

—¡Stel!

—¿Qué? —Me miró con ojos culpables—. Me da curiosidad.

—¿A bote pronto? Ya le hemos visto cabreado, así que: felicidad, tristeza, miedo, asco... —En la boca de Jules brotó una sonrisa traviesa—.

Celos.

Se me escapó una carcajada.

—Por favor. Nunca tendría celos de mí.

Era un ejecutivo multimillonario con el cociente intelectual de un genio; y yo una universitaria pluriempleada que cenaba cereales.

No había punto de comparación.

—No me refiero a celos de ti. Sino de otros. Por ti.

Bridget dio un saltito.

—¿Crees que le gusta Ava?

—No. —Estaba cansada de decir la misma palabra—. Es el mejor amigo de mi hermano, y no soy su tipo. Me lo dijo.

—Pssst. —Jules desestimó mis palabras como haría con un mosquito—. Los hombres no saben lo que les gusta. Además, ¿no quieres devolvérsela por lo que le hizo a Owen?

—No, no quiero —dije con firmeza—. Y no voy a seguir adelante con esta locura.

Cuarenta minutos más tarde, decidimos que la fase uno de la Operación Emoción daría comienzo en tres días.

Me odiaba por haber cedido.

De alguna manera, Jules siempre me convencía para hacer cosas en contra de mi voluntad, como una vez que hicimos un viaje de cuatro horas hasta Brooklyn para ir a un concierto de un grupo solo porque le parecía que el cantante estaba bueno, y acabamos tiradas en mitad de la autopista porque se nos paró el coche de alquiler. O la vez que me convenció para escribirle un poema de amor al chico guapo de mi clase de literatura, solo para que su novia (cuya existencia yo desconocía) la encontrara y fuera a buscarme a mi dormitorio de la residencia.

Jules era la persona más persuasiva que conocía. Una buena cualidad para una aspirante a abogada, pero no tan buena para su amiga inocente, es decir, para mí, que lo único que quería era no meterme en líos.

Esa noche me metí en la cama y cerré los ojos, tratando de ordenar mis pensamientos. Se supone que la Operación Emoción debía ser un experimento divertido y ligero, pero me ponía nerviosa, y no solo porque

fuera malintencionada. Es que todo lo que tuviera que ver con Alex me ponía nerviosa.

Me dio un escalofrío al pensar en las represalias que podría tomar si se enterara de lo que estábamos tramando, y me consumió el miedo a que me despellejara viva, hasta que me sumergí en un sueño ligero e irregular.

—¡Socorro! ¡Mamá, ayúdame!

Intenté gritar, pero no podía. No debía. Estaba bajo el agua, y si abría la boca entraría toda el agua y nunca más volvería a ver a mamá, a papá y a Josh. O eso me habían dicho.

También me habían dicho que no anduviera sola cerca del lago, pero yo quería hacer ondas en el agua. Me gustaban las ondas, y me gustaba cómo una piedrecita era capaz de provocar un efecto tan grande.

Pero ahora esas ondas me estaban ahogando. Eran miles y miles, que me arrastraban hacia el fondo, cada vez más lejos de la luz sobre mi cabeza.

Me brotaron lágrimas de los ojos, pero el lago se las tragó y engulló también mi pánico hasta que me quedé a solas con mis plegarias.

No voy a salir no voy a salir no voy a salir.

—¡Mamá, socorro! —No iba a poder aguantar mucho más tiempo. Grité, grité tan fuerte como me permitieron mis pequeños pulmones. Grité hasta que me destrocé la garganta y sentí que estaba a punto de desmayarme, o quizás era el agua, inundándome el pecho.

Demasiada agua. Por todas partes. No había aire. No había aire suficiente.

Agité los brazos y las piernas con la esperanza de que me ayudaran, pero no lo hicieron. Cada vez me hundía más profundo.

Lloré con más fuerza; no físicamente, porque no podía distinguir entre llorar y existir; sino con el corazón.

¿Dónde estaba mamá? Debería estar aquí. Las mamás siempre deberían estar con sus hijas.

Y antes estaba allí en el muelle, mirándome..., hasta que dejó de estar. ¿Se había ido? ¿Estaba también ahogándose en el agua?

Volvió la oscuridad. La vi, la sentí. Se me emborronaron los pensamientos y se me cerraron los ojos.

Ya no tenía fuerzas para gritar, así que solo pude articular con los labios:

—Mamá, por favor...

Me desperté sobresaltada, con el corazón latiendo a mil por hora mientras las paredes terminaban de absorber mis gritos ahogados. Tenía la colcha enredada en las piernas, así que me deshice de ella, sobrecogida por la sensación de estar atrapada sin posibilidad de escapar.

Las letras rojas del despertador me indicaron que eran las 4:44 de la madrugada.

Sentí en el cuello una punzada de terror que me recorrió la espina dorsal. En la cultura china el cuatro era el número de la mala suerte, porque la palabra sonaba igual que «muerte». Sì, «cuatro»; sǐ, «muerte». La única diferencia entre las dos era la inflexión del tono.

Nunca he sido una persona supersticiosa, pero siempre se me han puesto los pelos de punta al despertarme de una pesadilla a las cuatro de la madrugada, lo cual sucedía casi todas las veces. No recordaba la última vez que me había despertado a una hora distinta. De vez en cuando me despertaba sin recordar haber sufrido ninguna pesadilla, pero no era habitual.

Escuché un sonido de pasos en la entrada y traté de relajar la cara para expresar algo distinto al puro terror, entonces se abrió la puerta y Jules entró. Encendió la lámpara y al verla con el pelo revuelto y la cara cansada me atravesó la culpa. Llevaba muchas horas trabajando y necesitaba dormir, pero siempre venía a comprobar cómo estaba, incluso cuando le insistía en que volviera a la cama.

—¿Cómo de mala ha sido? —preguntó con suavidad. El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó a mi lado, y me ofreció una infusión de tomillo. Había leído por internet que ayudaba con las pesadillas y había empezado a prepararla unos meses atrás. Ayudaba, porque llevaba dos semanas sin tener una, lo cual era un récord, pero al parecer ya se me había acabado la buena racha.

—Nada fuera de lo común. —Me temblaban tanto las manos que se me vertió el líquido de la taza por encima, mojándome mi camiseta favorita del instituto, que tenía un dibujo de Bugs Bunny—. Vuelve a la cama, J. Hoy tienes una presentación.

—Que le den. —Jules se atusó la melena roja enredada—. Ya estoy despierta. Además, son casi las cinco. Fijo que ya hay cientos de *runners* flipados con mallas haciendo *footing* en la calle.

Esboqué una sonrisa débil.

—Lo siento. Te lo digo en serio, podemos insonorizar mi cuarto. —Jules me envolvió en un abrazo y me permití sumergirme en su calor. Desde luego, a veces me metía en situaciones turbias, pero estaba conmigo a muerte desde el primer año de carrera, y no habría imaginado en su lugar a nadie que no fuera ella—. Todo el mundo tiene pesadillas.

—No como estas.

Llevaba teniendo esas pesadillas (esas terribles pesadillas tan realistas que temía que no fueran solo sueños, sino recuerdos) desde que tenía uso de razón. Para mí, esto fue a los nueve años. Todo lo de antes era neblina, un lienzo salpicado de sombras desvaídas de mi vida anterior al Apagón, que era como llamaba a la división entre mi infancia olvidada y los años posteriores.

—Para ya. No es culpa tuya, y no me importa. De verdad. —Jules se recolocó y me sonrió—. Ya me conoces. Nunca diría que no me importa si realmente me importara.

Se me escapó una risa débil y dejé la taza vacía en la mesilla.

—Es verdad. —Le apreté la mano—. Estoy bien. Vete a dormir, a correr o a tomarte un café de caramelo o lo que sea.

Arrugó la nariz.

—¿Yo, ir a correr? Me parece a mí que no. El cardio y yo rompimos hace mucho. Además, sabes que no sé usar la cafetera. Por algo me dejo el sueldo en el Morning Roast. —Se me quedó mirando con la ceja arqueada—. Dame un silbidito si necesitas cualquier cosa, ¿vale? Estoy abajo, y no me voy a trabajar hasta las siete.

—Vale. Te quiero.

—Te quiero, cielo. —Jules me dio un último abrazo antes de irse y cerró la puerta tras de sí con un suave clic.

Me hundí en la cama y me tapé con la sábana hasta la barbilla, tratando de quedarme dormida otra vez, aunque sabía que sería un esfuerzo en vano. Pero incluso ahí, bajo la sábana, en una habitación bien aislada en mitad del verano, seguía teniendo frío, como si un espectro fantasmal me estuviera

advirtiendo que el pasado nunca nos abandona, y el futuro nunca se desarrolla como queremos.

Alex

—No lo hagas.

Me serví una taza de café, me apoyé en la encimera y bebí un sorbo antes de responder:

—No sé para qué me llamas, Andrew. Yo solo soy el jefe de Operaciones. Deberías hablar con Ivan.

—Y una mierda —espetó Andrew—. Tú mueves los hilos, lo sabe todo el mundo.

—Pues todo el mundo se equivoca, y no sería la primera vez. —Eché un vistazo a mi reloj Patek Philippe. Edición limitada, sellado herméticamente y resistente al agua, aquella pieza de acero inoxidable me había costado mis buenos veinte mil dólares. Lo compré nada más vender el *software* de gestión financiera por un precio de ocho cifras, un mes después de cumplir catorce años—. Bueno, es hora de mi sesión de meditación nocturna—. Yo no meditaba y los dos lo sabíamos—. Te deseo lo mejor. Seguro que te espera una emocionante carrera como músico callejero. ¿No estuviste en la banda del instituto?

—Alex, por favor—. La voz de Andrew se volvió una súplica—. Tengo familia. Hijos. La mayor empieza pronto la universidad. Sea lo que sea que tengas contra mí, no dejes que afecte a mi familia o a mis empleados.

—Pero yo no tengo nada contra ti, Andrew —dije con tranquilidad, dando otro sorbo al café. La mayoría de la gente no tomaba café a esas horas por miedo a no poder dormir, pero yo no tenía ese problema. Yo nunca podía dormir—. No es nada personal. Son solo negocios.

Me dejaba perplejo que todavía hubiera gente que no lo entendiera. Las relaciones personales no pintaban nada en el ámbito empresarial. O comías

o te comían. Y yo no tenía ninguna intención de convertirme en una presa.

Solo los fuertes sobrevivían, y mi objetivo era mantenerme en lo alto de la cadena trófica.

—Alex...

Me cansé de escuchar mi nombre. Siempre era Alex esto, Alex lo otro. Todos me pedían tiempo, dinero, atención o, lo que era peor, afecto. Era como un coro de voces. Realmente lo era.

—Buenas noches. —Le colgué antes de que pudiera suplicar nada más. No había nada más triste que ver o, en este caso, escuchar, a un director ejecutivo convertido en mendigo.

La adquisición hostil de Gruppmann Enterprises había ido según lo planeado. No me habría importado lo más mínimo esa empresa si no fuera porque era un peón bastante útil en la estrategia global.

El Grupo Archer era una empresa de desarrollo inmobiliario, pero en cinco, diez o veinte años sería mucho más. Telecomunicaciones, comercio *online*, finanzas, energía... El mundo ya estaba listo para que yo lo conquistara. Gruppmann era un pez pequeño en la industria financiera, pero para mí era una piedra en el camino a mis ambiciones. Quería eliminar cualquier problema antes de meterme con los tiburones.

Además, Andrew era un cabrón. Sabía a ciencia cierta que había comprado el silencio de varias de sus antiguas secretarias para que no lo denunciaran por acoso sexual.

Bloquéé el número de Andrew por si acaso y anoté mentalmente despedir a mi secretaria por dejar que mi número personal cayera en manos de alguien de fuera de mi lista de contactos. Ya la había cagado unas cuantas veces: documentos con errores, citas mal programadas, llamadas perdidas de gente vip... Y esta era la gota que colmaba el vaso. La única razón por la que la había mantenido tanto tiempo era para hacerle un favor a su padre, un congresista que quería que su hija tuviera «experiencia laboral real», pero esa experiencia iba a acabarse a las ocho de la mañana del día siguiente.

Ya me ocuparía después de su padre.

El silencio resonó en el aire mientras dejaba la taza en el fregadero e iba al salón. Me desplomé en el sofá y cerré los ojos, dejando que me vinieran a la mente imágenes escogidas. No meditaba, pero esta era mi única forma de terapia.

29 de octubre de 2006.

Mi primer cumpleaños como huérfano.

Sonaba deprimente cuando lo decía así, pero no fue triste. Tan solo... fue.

Me daban igual los cumpleaños. Eran fechas sin sentido en el calendario que la gente celebraba porque les hacía sentir especiales cuando realmente no lo eran en absoluto. ¿Por qué los cumpleaños eran tan especiales si todo el mundo tenía uno?

Antes pensaba que eran especiales porque mis padres siempre los celebraban por todo lo alto. Un año llevaron a toda la familia y a seis de mis mejores amigos a Six Flags en Nueva Jersey, donde comimos perritos calientes y nos montamos en la montaña rusa hasta acabar vomitando. Otro año, me regalaron la última PlayStation y fui la envidia de toda mi clase. Pero había cosas que se repetían todos los años. Me quedaba en la cama, fingía estar dormido y mis padres entraban a hurtadillas en mi cuarto con sombreritos de cucuruchos de papel y me traían mi desayuno favorito: tortitas de arándanos bañadas en sirope, con patatas y beicon. Mi padre sostenía la bandeja mientras mi madre se abalanzaba sobre mí gritando «¡Feliz cumpleaños!» y me hacía cosquillas, y yo me reía y gritaba. Era el único día del año en el que me dejaban tomar el desayuno en la cama. Cuando mi hermana aprendió a andar, se unió a ellos, y trepaba sobre mí y me revolvía el pelo y yo le decía que me iba a llenar la habitación de piojos.

Ahora estaban muertos. Se acabaron los viajes familiares, las tortitas de arándanos y el beicon. Se acabaron los cumpleaños que me importaban.

Mi tío hizo el esfuerzo. Me compró una gran tarta de chocolate y me llevó a un salón recreativo muy conocido en la ciudad.

Me senté en una mesa en la zona del restaurante y miré por la ventana. Pensé. Recordé. Analicé. No había tocado ni una sola de las máquinas de videojuegos.

—Alex, ve a jugar —dijo mi tío—. Es tu cumpleaños.

Se sentó frente a mí, un hombre de complexión poderosa, con el pelo cano y los ojos de color castaño claro, casi idénticos a los de mi padre. No era guapo, pero era vanidoso, por lo que siempre iba bien peinado y con la ropa bien planchada. Aquel día llevaba un traje azul eléctrico que le hacía

estar fuera de lugar entre todos aquellos niños pringosos y padres desaliñados que revoloteaban por el salón.

Antes de «Aquel Día» no solía ver al tío Ivan muy a menudo. Mi padre y él se pelearon cuando yo tenía siete años, y mi padre nunca volvió a hablarle. A pesar de esto, el tío Ivan me había adoptado en lugar de dejarme abandonado en algún orfanato, lo cual supongo que fue un detalle por su parte.

—No quiero jugar. —Golpeé la mesa con los nudillos. Toc. Toc. Toc. Un. Dos. Tres. Tres disparos. Tres cuerpos en el suelo. Me froté los ojos y me esforcé al máximo en expulsar aquellas imágenes de mi cabeza. Volverían, como todos los días desde Aquel Día. Pero no tenía intención de enfrentarme a ellas en ese momento, en mitad de un mugriento salón recreativo con moqueta azul y surcos de agua en las mesas.

Odiaba mi «poder». Pero salvo que me rebanara los sesos, no podía hacer nada por evitarlo, así que aprendí a vivir con él. Llegaría un día en que lo convertiría en mi arma.

—¿Qué quieres? —preguntó el tío Ivan.

Volví la mirada hacia él. Me la sostuvo durante unos segundos antes de retirarla.

Antes nadie hacía eso. Pero desde el asesinato de mi familia, todos se comportaban de manera extraña. Cuando los miraba, apartaban la mirada, no porque sintieran lástima por mí, sino porque me tenían miedo, como si un instinto de supervivencia en lo más profundo de su ser les gritara que salieran huyendo de mí sin mirar atrás.

Era estúpido que los adultos temieran a un niño de once años, ahora doce. Pero no los culpaba. Tenían razones para tener miedo.

Porque un día haría trizas el mundo con mis propias manos y le obligaría a pagar por todo lo que me había arrebatado.

—Lo que quiero, tío —dije, con la voz ligera de un niño que aún no ha alcanzado la pubertad—, es venganza.

Abrí los ojos y exhalé despacio, dejando que el recuerdo me inundara. Aquel fue el momento en el que hallé mi propósito, y lo recreaba todos los días desde hacía catorce años.

Después de la muerte de mi familia tuve que ir al psicólogo durante varios años. A más de uno, de hecho, porque no hacía progresos con

ninguno y mi tío los fue sustituyendo con la esperanza de que alguno funcionara. Nunca funcionaron.

Pero todos me decían lo mismo: que mi obsesión por el pasado me impediría llevar a cabo un proceso de duelo y que tenía que centrar mi energía en otros objetivos más constructivos. Algunos sugirieron el arte y otros, el deporte.

Yo sugerí que se metieran sus sugerencias por el culo.

Los psicólogos no lo entendían. No *quería* sanar. Quería arder. Quería sangrar. Quería sentir el dolor más angustioso.

Y muy pronto, el responsable de todo aquel dolor también lo sentiría en sus carnes. Multiplicado por mil.

Ava

OPERACIÓN EMOCIÓN: FASE TRISTEZA

Venía armada para la batalla.

Me había maquillado, peinado y me había puesto mi vestido de verano favorito, de algodón blanco con margaritas en la espalda. Era bonito y cómodo a la vez, y dejaba al aire el escote suficiente para intrigar. A Liam le encantaba. Cuando me lo ponía siempre acabábamos en su casa con el vestido tirado en el suelo.

Me había planteado tirarlo después de romper, solo porque a él le encantaba, pero luego me lo pensé dos veces. Y me negué a que estropeará todo lo que me gustaba, tanto el vestido como el helado de menta con chocolate que me compraba cuando me dolían los ovarios.

Supuse que ponerme guapa no estaba de más si iba a pasar la noche haciendo una maratón de cine con Alex.

No se me había ocurrido otra forma de ponerle triste sin ser una cabrona, así que había escogido la opción más neutral: ponerle una película triste. Siempre funcionaban. Sí, incluso con los chicos.

Una vez vi llorar a Josh con el final de *Titanic*, aunque me dijo que era porque tenía alergia y me amenazó con tirarme la cámara desde lo alto del monumento Washington si se lo contaba a alguien.

Sí, claro. Una década después y seguía dando la matracá con que Jack cabía en la tabla. Estaba de acuerdo, pero eso no significaba que no me pudiera burlar de él.

Como Alex era un poquitín más reservado que Josh, pasé de *Titanic* y llevé la artillería pesada: *Un paseo para recordar* (más triste que *El diario de Noah*) y *Una pareja de tres*.

Llamé a la puerta de Alex. Para mi sorpresa, no tardó más de dos segundos en abrir.

—Hola, he... —Me callé y me quedé mirándolo.

Esperaba que Alex llevara puesto el traje de la oficina, o ropa informal de estar por casa, aunque su ropa no solía ser muy informal. Incluso sus camisetas costaban cientos de euros. En lugar de eso, llevaba una camisa gris metida dentro de unos vaqueros oscuros y una americana de Hugo Boss.

Iba demasiado bien vestido para un jueves por la noche.

—¿Te he pillado saliendo de casa? —Traté de fisgar por detrás de él y mirar si tenía compañía, pero su cuerpo bloqueaba casi todo el umbral.

—¿Me muevo para que puedas ver mejor mi salón? —preguntó con sorna.

Me puse roja. Menuda pillada.

—No sé por qué lo dices. Tu salón no es tan interesante —mentí—. Le falta color. Y no hay ningún objeto personal. —¿Qué estoy diciendo? Que alguien me pare—. La pintura de las paredes también es bastante fea. —Cállate ya—. Le hace falta un toque femenino. —Me. Cago. En. Mi. Vida.

No acabo de decir lo que acabo de decir.

Alex apretó los labios. Si hubiera sido cualquier otro, juraría que estaba intentando no reírse.

—Ya veo. Técnicamente, la pintura de las paredes es cosa de Josh, como sabrás.

—Lo cual debería haberte echado para atrás en primer lugar.

Esta vez, una sonrisa asomó en la boca de Alex.

—Y respondiendo a tu pregunta, sí que estaba saliendo. Tengo una cita.

Parpadeé. Alex tenía una cita. Error del sistema.

Porque podía salir con chicas, claro está. No había más que mirarlo. Pero no había visto nunca ningún signo de actividad amorosa en su vida, a excepción de las mujeres que se lanzaban a sus brazos constantemente, así que había asumido que era uno de esos adictos al trabajo que tenía una relación exclusiva con la oficina.

A ver, llevábamos un mes siendo vecinos, y no le había visto llevar nunca a una sola mujer a casa. Aunque, para ser sincera, tampoco es que vigilara su casa veinticuatro horas al día como una pirada.

La idea de Alex en una cita era... extraña.

Era la única palabra que se me ocurría para describir esa sensación en el estómago que hizo que me empezara a picar la piel y se me acelerara el pulso.

—Ah, pues no te entretengo entonces. —Di un paso atrás y me tropecé con el aire, cómo no. Él llegó a tiempo de sujetarme y el corazón me dio una voltereta. No es que fuera una voltereta enorme de competición, sino una pequeña, en realidad. Pero fue suficiente para aturullarme aún más—. ¡Hasta luego!

—Ya que estás aquí, dime al menos para qué. —Alex todavía me tenía agarrada por el hombro, y el calor de su tacto me traspasó hasta los huesos—. Imagino que esto significa que ya se te ha pasado el cabreo.

Llevaba ignorándolo desde que había entrado en casa de Owen como un tornado arrasador de ojos verdes. Había sido el enfado que más tiempo me había durado. Estar cabreada era agotador, y tenía mejores cosas que hacer con mi tiempo, pero quería que constara que no podía irrumpir en mi vida e intentar controlarla sin ninguna consecuencia.

—La mayor parte sí. —Entorné los ojos—. No vuelvas a hacerlo.

—No poses medio desnuda delante de otros hombres, y no lo haré.

—No estaba posando... —Asimilé de pronto sus palabras—. ¿Otros hombres?

Alex me soltó el brazo y la mirada se le volvió aún más glacial.

—Dime para qué has venido, Ava. ¿Alguien te está molestando? —Se le ensombreció la mirada—. ¿Liam?

Era un intento muy obvio de cambio de tema, pero la cabeza me daba demasiadas vueltas como para decirle algo.

—No. No era nada. Jules está en una cita y me aburro, así que iba a preguntarte si te apetecía pasar el rato.

Me di cuenta de que tendría que haberme inventado algo menos patético, una excusa más convincente para explicar que hubiera aparecido en su casa sin avisar un jueves por la noche, sobre todo teniendo en cuenta que no éramos amigos como tal. Pero ya era tarde.

Por eso nunca sería una buena abogada ni espía. Jules estaría muy decepcionada conmigo.

—Mientes fatal. —Alex no parecía impresionado—. Dime el motivo real por el que estás aquí.

Mierda. ¿Me iba a tener que inventar otra excusa? No pensaba decirle nada de la Operación Emoción.

—Pensé que no te vendría mal un poco de compañía ahora que no está Josh —dije—. No te he visto quedar con nadie desde que se marchó, así que me pareció que ¿igual te sentías solo? —Terminé la frase con entonación de pregunta y me di cuenta de lo estúpida que era, porque, vamos a ver, la vida de Alex no giraba en torno a su casa. Quizás no celebraba fiestas todas las semanas como Josh, pero seguramente salía a comer con amigos e iba a partidos de fútbol como todo el mundo—. Lo cual, obviamente, no es el caso, porque hoy tienes una cita —añadí rápidamente—. Así que me vuelvo a mi casa y ya te puedes olvidar de que esto ha sucedido. ¡Pásatelo muy bien!

—Espera.

Me quedé congelada, con el corazón latiendo con fuerza contra el pecho mientras me preguntaba cómo había dejado que este encuentro se me fuera tanto de las manos. Lo más gracioso era que no se me había ido de las manos de verdad, aunque sí que tenía esa sensación.

Alex abrió la puerta y se echó a un lado.

—Pasa.

¿Qué?

—Pero tu cita...

—Ya me preocuparé yo por eso. No sé lo que es, pero si has dejado de hacerme el vacío y has venido a verme para «pasar el rato», es que algo te pasa.

La semilla de culpa creció hasta convertirse en un árbol, con tronco y todo, dentro de mi estómago. Esto iba ser un experimento inocente. No quería que cancelara sus planes por mí.

Pero mientras seguía a Alex hasta el salón, la idea de que ya no iba a salir a cenar o lo que fuera que hubiera planeado con alguna mujer guapísima y misteriosa, me alegró más de lo debido.

Reprimí una risa al ver la expresión de Alex cuando descubrió las películas que había llevado.

—¿No te gusta Mandy Moore? —me burlé, metiendo el DVD en el reproductor y acurrucándome en el sofá mientras aparecían los títulos de crédito. Todavía tenía muchos DVD, igual que muchos libros en papel.

Había algo mágico en poder sostener entre las manos tus historias favoritas en lugar de solo verlas en pantalla.

—No tengo nada en contra de Mandy Moore, pero no soy gran fan de los dramones. —Alex se quitó la americana y la tiró a un extremo del sofá. La camisa se le estiraba sobre los anchos hombros, y llevaba los dos botones de arriba desabrochados, que dejaban entrever una franja del pecho y unas clavículas muy sexis.

Nunca había imaginado que las clavículas pudieran ser sexis, pero resulta que sí.

Tragué saliva.

—No es un dramón. Es muy romántica.

—¿No moría ella al final?

—Toma *spoiler* —gruñí.

Me lanzó una mirada incrédula.

—Si ya la has visto.

—¿Y tú?

—Ya sé lo que pasa. La gente dio mucho la tabarra cuando salió.

—Shhh. —Le di un empujón con el pie—. Que empieza.

Suspiró.

Me encantaba *Un paseo para recordar*, pero no paré de mirar de reojo a Alex durante toda la película, esperando pillarle en mitad de cualquier tipo de reacción.

Cero. Nada de nada, ni siquiera en la boda de Jamie y Landon.

—¿Por qué no lloras? —pregunté, secándome las lágrimas con el dorso de la mano cuando terminaron los créditos finales—. Esta peli es supertriste.

—Es ficción. —Alex hizo una mueca—. Deja de llorar.

—No puedo dejar de llorar cuando me apetezca. Es una reacción fisiológica.

—Las reacciones fisiológicas se pueden controlar.

No lo pude evitar: me acerqué a su lado del sofá y le empujé los hombros hacia delante para pasarle la mano por la espalda.

Sus músculos se pusieron rígidos al contacto con mi mano.

—¿Qué... haces? —preguntó, con voz tensa y controlada.

—Estoy buscando tu panel de control. —Le di una palmada en la espalda, tratando, sin éxito, de no prestar atención a los esculpidos

contornos de sus músculos. Nunca había visto a Alex sin camiseta, pero me imaginé que debía de ser glorioso—. Tienes que ser un robot.

Recibí una mirada gélida en respuesta. ¿No lo decía yo? Un robot.

—¿Tienes que cambiarte las baterías o eres recargable? —me burlé—. ¿Debería llamarte R2D2...?

Grité cuando me agarró del brazo y me dio la vuelta hasta que me quedé sentada a horcajadas sobre su pierna. La sangre me retumbaba en los oídos mientras me apretaba la muñeca, no tan fuerte como para hacerme daño, pero sí lo suficiente como para advertirme de que podía partírmela si quisiera.

Nos miramos fijamente y el ardor se volvió más intenso. Debajo de esos estanques de hielo jade, vislumbré una chispa de algo que me provocó una cálida descarga en el estómago.

—No soy un juguete, Ava —dijo Alex, con la voz mortalmente suave—. No juegues conmigo, a menos que quieras hacerte daño.

Me tragué el miedo.

—Tú no me harías daño.

Esa chispa misteriosa se cristalizó en ira.

—Ya entiendo por qué Josh estaba tan preocupado por ti. Eres ingenua hasta decir basta. —Se inclinó hacia delante unos milímetros, y yo no pude echarme hacia atrás. En la figura de Alex crepitaba una energía contenida, y tenía la inquietante sensación de que detrás de esa capa de hielo había un volcán a punto de estallar; y pobres de los que estuvieran a su lado cuando esto ocurriera—. No intentes humanizarme. No soy un héroe torturado de una de tus fantasías románticas. No tienes ni idea de lo que soy capaz, y solo porque le prometí a Josh que te cuidaría, no significa que pueda protegerte de ti misma y de tu corazón desbordado.

El rubor me subió por el pecho y por la cara. Estaba dividida entre el miedo y la furia: miedo por su mirada inflexible; furia por su manera de hablarme como si fuera una niña ingenua que no se sabía atar los cordones sin hacerse daño.

—Me parece una reacción exagerada a un chiste —dije, con la mandíbula rígida—. Siento haberte tocado sin tu permiso, pero podrías haberme pedido que parara en vez de darme el discurso completo de por qué crees que soy una idiota sin remedio.

Respiró hondo por la nariz.

—No creo que seas una idiota sin remedio.

Mi furia venció al miedo.

—Sí que lo crees. Josh y tú lo creéis. Siempre dices que quieres «protegerme» como si no fuera mayorcita y perfectamente capaz de valerme por mí misma. Solo porque veo la bondad de las personas no significa que sea idiota. Creo que el optimismo es una buena cualidad, y me dan pena todos los que van por la vida pensando lo peor de los demás.

—Eso es porque han visto lo peor.

—La gente ve lo que quiere ver —contrarresté—. ¿Hay gente mala en el mundo? Sí. ¿Las desgracias ocurren? Sí. Pero también existe gente maravillosa y también ocurren cosas maravillosas, y si te centras siempre en lo negativo te perderás todo lo positivo.

Hubo un silencio sepulcral, aún más incómodo teniendo en cuenta que seguía montada sobre la pierna de Alex.

Estaba convencida de que empezaría a gritarme, pero, para mi sorpresa, Alex relajó la cara con un atisbo de sonrisa. Sus dedos rozaron la parte baja de mi espalda y casi doy un salto de la impresión.

—Esas gafas de cristal rosa te quedan bien, Rayito.

¿Rayito? Suponía que estaba de broma, pero igualmente se me revolvieron mil mariposas en el estómago que eliminaron todo rastro de enfado. Traidoras.

—Gracias. Te las puedes quedar. Las necesitas más que yo —dije con mala intención.

Se le escapó una pequeña risa y casi me caigo redonda. Iba a ser una noche de primeras veces.

La mano de Alex se deslizó por mi espalda hasta detenerse al principio de mi cuello, dejando a su paso una cascada de cosquillas.

—Me estás mojando.

Acababa de decir... ¿Qué? Sentí como si me hubieran prendido fuego.

—Estás... Te estoy... ¡No! —grité, dándole un empujón y huyendo de él. Se me aceleró el pulso. Oh, Dios, ¿y si era verdad? No era capaz ni de mirar, por miedo a ver una marca húmeda en sus vaqueros.

Me iba a tener que mudar a la Antártida. Tendría que construirme una cueva de hielo y aprender a hablar en pingüino porque no podría volver a pisar Hazelburg, Washington, o ninguna ciudad donde pudiera encontrarme con Alex Volkov.

Su risa se convirtió en una carcajada real. El efecto de su sonrisa fue tan arrollador, que incluso sumida en la vergüenza absoluta solo podía contemplar cómo se le iluminaba la cara y le chispeaban los ojos.

Mierda. Quizás debería agradecer que nunca sonriera, porque si cuando lo hacía era así..., el género femenino no lo soportaría.

—Me refiero a tu corazón desbordado. Que me está mojando —dijo despacio—. ¿De qué creías que hablaba?

—Yo... Pues... —A la Antártida no. Tendría que mudarme a Marte.

La risa de Alex se apagó, pero mantuvo el brillo en los ojos.

—¿Cuál es la siguiente película?

—¿Perdona?

Señaló con la barbilla al DVD de la mesa.

—Has traído dos películas, ¿cuál es la otra?

El repentino cambio de tema me dio un escalofrío, pero no me iba a quejar. No quería hablar de mojar nada con Alex. Nunca más.

Se me tensaron los muslos y dije:

—*Una pareja de tres.*

—Mételo.

¿Que lo meta...? Ah, el DVD.

Tenía que dejar de tener la mente tan sucia.

Mientras empezaban los créditos iniciales, me senté tan lejos como pude de Alex y coloqué «sin querer» dos almohadas entre nosotros como medida de prevención. No dijo nada, pero vi cómo sonreía por el rabillo del ojo.

Estaba tan concentrada en no mirarlo que casi no presté atención a la película, pero una hora después, cuando se me cerraron los ojos y caí en los brazos de Morfeo, aún seguía pensando en su sonrisa.

Alex

Maldije en silencio a Josh mientras subía a Ava en brazos por la escalera. El cabrón siempre me metía en líos en los que no quería meterme.

Como por ejemplo: dormir en el mismo dormitorio que su hermana.

Seguro que a él le haría aún menos gracia que a mí, pero no tenía preparada la habitación de invitados (nunca los tenía, si podía evitarlo) y estaba diluviando, así que no podía llevarla a casa sin que los dos nos empapáramos. Podría haberla dejado en el sofá, pero habría estado muy incómoda.

Abrí la puerta con la pierna y la deposité en la cama. No se inmutó.

Mis ojos se fijaron en todos sus detalles como nunca lo habían hecho. Tenía la melena desparramada como un manto de seda negro, tan larga como para envolverme el puño entero, y se le había subido la falda, dejando al aire unos centímetros más de muslo de lo apropiado. Su piel parecía suave como la seda, y tuve que apretar las manos para resistir el impulso de tocarla.

Mi mente retrocedió al principio de la noche. Sus mejillas se habían teñido de un precioso tono rosado cuando hice el comentario de que «me estaba mojando», y mientras bromeaba sobre su corazón desbordado, una parte de mí deseaba darle la vuelta sobre mi rodilla, arrancarle la falda y descubrir cómo de mojada estaba. Porque había visto la lujuria en aquellos grandes ojos castaños: se había excitado. Y si no se hubiera movido en ese momento...

Retiré la mirada, apretando la mandíbula ante los pensamientos no deseados que me invadían.

No debería pensar así de la hermana de mi mejor amigo, pero algo había cambiado. No estaba seguro de cuándo o cómo, pero había empezado a ver a Ava no tanto como la hermana pequeña de Josh, sino como a una mujer. Una mujer guapísima, de corazón puro pero rebelde, que cualquier día podría acabar siendo mi perdición.

No debería haberla invitado a pasar esa noche. Debería haber quedado con Madeline como tenía previsto, pero, a decir verdad, no soportaba a Madeline fuera de la cama. Era despampanante, rica, sofisticada y comprendía que no podía obtener de mí más que una relación física, pero insistía en quedar para cenar antes del sexo. Yo solo aceptaba porque la mujer follaba como una estrella del porno.

Una noche con Ava, aunque al final fuera una pésima idea, me había parecido más interesante que otra cena aburrida en el típico restaurante de moda donde Madeline se pavoneaba y fingía que éramos pareja delante de toda la flor y nata de Washington.

Madeline no esperaba ningún vínculo más allá de nuestro acuerdo, pero le gustaban los símbolos de estatus, y yo, uno de los solteros más ricos y cotizados de la ciudad de Washington, según el último suplemento de *Mode de Vie*, era un símbolo de estatus.

No me importaba. Yo la usaba, y ella a mí. Obteníamos orgasmos de ello. Era una relación de beneficio mutuo, pero mi acuerdo con Madeline había llegado a su fin. Su desagradable reacción cuando la llamé para decirle que no iba a ir a nuestra cita había consolidado mi decisión.

Madeline no tenía derecho a decirme nada, y si creía que unas cuantas cenas o mamadas me iban a hacer cambiar de opinión, se equivocaba.

Levanté a Ava para poder arroparla con las sábanas. Habría esperado que durmiera con una sonrisa plácida como las que tenía cuando estaba despierta. En cambio, tenía el ceño fruncido, la boca apretada y la respiración agitada.

Estuve a punto de pasarle la mano por la frente, pero en el último momento me contuve.

En lugar de eso, me puse una camiseta, apagué la luz y me tumbé al otro lado de la cama. Un caballero habría dormido en el sofá o en el suelo, pero de todos los calificativos que me habían llamado a lo largo de mi vida, «caballero» no era uno de ellos.

Apoyé la cabeza en las manos, tratando de ignorar la suave presencia femenina a mi espalda. No me había entrado ni un ápice de sueño, como era habitual, pero en vez de escoger un día específico dentro de mis recuerdos, dejé que mi mente vagara como quisiera.

27 de noviembre de 2013.

—En serio, tío, mi padre se va a volver loco cuando se entere de que tiene a alguien con quien hablar de fútbol americano. —Josh salió del coche—. Su mayor decepción es que a mí me guste la NBA en vez de la NFL.

Sonreí con suficiencia y lo seguí por el camino de entrada a la imponente casa de su familia a las afueras de Maryland. No era tan grande como la mansión de Filadelfia en la que vivía con mi tío, pero debía de haber costado uno o dos millones. Unos gruesos setos se alineaban a lo largo del camino empedrado que conducía a la gigantesca puerta de caoba, y de la aldaba colgaba un arreglo de flores otoñales adornado con un lazo de seda.

—Eso es cosa de mi hermana, seguro —dijo Josh, al ver que me fijaba en él—. Mi padre odia esas mierdas, pero a Ava le encantan.

No sabía apenas nada de su hermana, más allá de que era un poco más pequeña que nosotros y que le gustaba la fotografía. Josh le había comprado por eBay una cámara réflex digital de segunda mano como regalo de Navidad, porque ella le dejaba caer que quería una cada vez que hablaban por teléfono.

Primero conocí al padre de Josh. Estaba sentado en el salón, viendo el partido de los Cowboys contra los Lions, como me había adelantado Josh. Michael era más bajito que su hijo, pero su rostro esculpido y su mirada afilada hacían que pareciera que medía más de un metro setenta y dos.

—Encantado, señor. —Le sostuve la mirada, fija en mí, e hice un gesto con la cabeza.

Michael respondió con un gruñido.

Josh era la tercera generación de una familia chino-americana, lo que significaba que su padre había nacido en Estados Unidos. Michael había sido un hijo modélico, un alumno que sacaba sobresalientes en los colegios más exclusivos y que fundó una empresa de éxito a pesar de que sus padres nunca llegaron a acabar los estudios de secundaria. Un caso similar al de

mi padre, excepto por que el mío nació en Ucrania e inmigró a Estados Unidos en su adolescencia.

Se me ensanchó el pecho. Cuando Josh se enteró de que no tenía familia con la que celebrar Acción de Gracias (más allá de mi tío, a quien no podía importarle menos esa fiesta), me invitó a pasarla con los Chen. Me sentí agradecido y molesto al mismo tiempo. Odiaba que los demás se compadecieran de mí.

—Josh, ¿has...? Oh. —Una voz de chica me detuvo.

Me volví y analicé con la mirada fría a la morenita delante de mí. Realmente no era tan bajita, un metro sesenta y cinco aproximadamente, pero comparado con mi metro noventa era diminuta. Con sus labios rosas y su cara delicada, tenía un ligero aspecto de muñeca.

Resplandeció y reprimí una mueca. No era normal que las sonrisas brillaran tanto.

—¡Hola! Soy Ava, la hermana de Josh. Tú debes de ser Alex. —Me tendió la mano.

Me quedé mirándola tan fijamente que se le apagó la sonrisa, que fue sustituida por una expresión incómoda. Josh me dio un codazo en las costillas.

—Tío —dijo entre dientes.

Al fin, le estreché la mano. Era pequeña y delicada, y no pude evitar pensar en lo fácil que sería rompérsela.

Esta chica y su sonrisa resplandeciente no durarían ni un solo día en el mundo real, donde los monstruos acechaban detrás de cada esquina y la gente ocultaba detrás de una máscara sus verdaderas intenciones. Estaba convencido.

Un grito me sacó de mis recuerdos y me devolvió a la vida real, donde se alargaban las sombras y el cuerpo al lado del mío se retorció de angustia.

—¡Basta! —Un miedo cervical inundaba la voz de Ava—. ¡No! ¡Socorro!

Cinco segundos después, ya había encendido la lámpara de la mesilla y estaba fuera de la cama con una pistola en la mano. Siempre llevaba encima un arma de fuego, y había instalado un nuevo sistema de seguridad de última generación nada más mudarme. No sabía cómo era posible que un intruso hubiera burlado toda esta seguridad sin hacer saltar ninguna alarma, pero habían elegido la casa equivocada.

Pero al mirar a mi alrededor, no vi a nadie en la habitación.

—¡Para, por favor! —Ava se retorció en la cama, con la cara pálida. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no veía nada—. ¡Él...! —Se atragantó como si no pudiera llenar los pulmones con aire suficiente.

Una pesadilla.

Relajé los hombros antes de volver a tensarlos.

No estaba teniendo una pesadilla; estaba sufriendo terrores nocturnos. Y unos muy intensos, a juzgar por su reacción.

Ava volvió a gritar, y me dio un vuelco el corazón. Casi prefería que hubiera un intruso de verdad, para tener algo contra lo que luchar.

No podía despertarla o sujetarla; eso era lo peor que se le podía hacer a alguien con terrores nocturnos. Lo único que podía hacer era esperar a que se le pasara el episodio.

Dejé encendida la lámpara de la mesilla y la mantuve vigilada por si acaso se hacía daño en algún momento. Odiaba sentirme tan inútil, pero sabía perfectamente que nadie puede librar nuestras batallas mentales por nosotros.

Media hora después, los gritos de Ava se habían calmado, pero permanecí despierto. Tampoco es que fuera a dormirme. Mi insomnio solo me permitía dormir dos o tres horas cada noche, aunque a veces durante el día dormía alguna siesta si podía.

Abrí el ordenador y me puse a revisar algunos documentos de trabajo cuando me sonó una notificación en el móvil.

Hey, me aburro.

Era Josh. Al parecer, no era el único que no podía dormir esa noche.

¿Y qué quieres que haga?

Distráeme.

Que te jodan. No soy tu mono de feria.

He roncado tan fuerte que he despertado a mi compañero de habitación. Deberías disfrazarte de mono de feria en Halloween.

Solo si tú te disfrazas de cabrón.
Perdón, de cabra.

Ya eres un cabrón.

Deberías dedicarte a hacer monólogos. Pero
no dejes el trabajo.

Por cierto, ¿crees que no me atrevo?
Lo haría solo para chantajearte con
tus fotos vestido de mono.

Si vas a chantajear a alguien no se lo dices
antes de tener el material con el que
chantajear, imbécil.

Mientras Josh y yo nos decíamos gilipolleces, eché un vistazo a mi lado, donde Ava dormía con la cara enterrada en una de mis almohadas. Una descarga de algo parecido a la culpa me sacudió el estómago, lo cual era ridículo. No habíamos hecho nada.

Además, dormir en la misma cama que la hermana de mi mejor amigo no era lo peor que había hecho... o que haría.
Ni de lejos.

Ava

Olía delicioso, como a especias y a calor. Y me dieron ganas de envolverme con ello como si fuera una mantita.

Me acurruqué al lado de la fuente de aquel olor, disfrutando de aquella calidez junto a mi cara. No quería despertarme, pero le había prometido a Bridget que iría con ella a colaborar de voluntaria en un refugio de animales de la zona, antes de irme a trabajar a la galería por la tarde.

Me permití un minuto más de calorcito (¿mi cama siempre había sido tan grande?) antes de abrir los ojos y bostezar.

Qué raro. Mi cuarto parecía diferente. No había fotos por las paredes, ni mi jarrón con flores estaba sobre la mesilla. ¿Y la cama se había cambiado de sitio sola?

Mis ojos se toparon con un cuerpo medio desnudo a mi lado y el estómago me dio un vuelco. Alcé la mirada y me encontré con un par de ojos verdes. Unos ojos que me miraban sin el menor atisbo de la simpatía que tenían anoche.

Bajó la mirada. Yo la seguí... y entonces me di cuenta, para mi horror, de que le estaba tocando la polla a Alex Volkov. Sin querer, y con pantalones, pero así era.

Le-estaba-tocando-la-polla-a-Alex-Volkov.

Y estaba dura.

La vergüenza me engulló otra vez como una ola gigante. Quitla la mano. ¡Quítala ya! Mi cerebro se puso a gritarme, y yo quería quitarla. De verdad. Pero me quedé congelada, paralizada por el *shock* y la humillación, y algo más que es mejor no mencionar.

En mi mente se cruzó una idea fugaz de lo que guardaba Alex en el paquete. Tenía la sensación, literalmente, de que podría competir con cualquier actor porno.

—Por favor, quítame la mano de la polla a menos que estés planeando hacer algo con ella —dijo Alex con frialdad.

Por fin retiré la mano y retrocedí de un salto, con el corazón latiendo a un ritmo salvaje dentro de mi pecho mientras trataba de ubicarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí? ¿Hemos...? ¿Tú y yo...? —Hice un gesto mientras nos señalaba, sospechando lo peor.

Oh, Dios, Josh me iba a matar y ni siquiera podía culparlo.

Me había acostado con el mejor amigo de mi hermano.

¡Mierda!

—Tranquila. —Alex rodó fuera de la cama con la agilidad y la elegancia de una pantera. Los rayos del sol entraban a través de las ventanas e iluminaban con un pálido resplandor su figura esculpida, su pecho y sus abdominales perfectamente tonificados—. Te quedaste dormida en mitad de la peli del perro y estaba lloviendo, así que te subí aquí. Fin.

—Así que no hemos...

—¿Follado? No.

—Oh, gracias a Dios. —Me presioné la frente y las mejillas con la mano, que actuó como un bálsamo fresco para aliviar el calor—. Eso habría sido horrible.

—Voy a intentar no ofenderme —dijo Alex con frialdad.

—Ya sabes a qué me refiero. Josh nos asesinaría, nos resucitaría para que limpiásemos el desastre y nos volvería a asesinar. Tampoco es que quiera acostarme contigo, de todas formas. —Mentirosa, susurró la insufrible vocecita dentro de mi cabeza—. No eres mi tipo.

Alex entornó los ojos.

—¿No? ¿Y cuál es tu tipo, si se puede saber?

Era demasiado temprano para eso.

—Eh... —Traté de pensar una respuesta segura—. ¿Ian Somerhalder?

Se le escapó una risa burlona.

—Mejor que el vampiro que brilla... —murmuró—. Pero siento anunciarte que lo de Ian es imposible, Rayito.

Puse los ojos en blanco, salí de la cama y me horroricé al ver mi reflejo en el espejo. El vestido arrugado, el pelo revuelto, marcas de almohada en

las mejillas y... ¿tenía un hilo de baba seca en la comisura de los labios? La verdad es que no estaba para ganar ningún concurso de belleza.

—Gracias, capitán Obvio —dije, limpiándome discretamente la baba de la cara mientras Alex se ponía una camiseta. Su dormitorio era tan minimalista como su salón, y en él no había más que la enorme cama, una mesilla de noche con una lámpara y un despertador y una cómoda por toda decoración—. No te flipes. Tampoco soy tu tipo, ¿recuerdas? O a lo mejor sí que lo soy... —Alcé las cejas dirigiendo la mirada hacia la tienda de campaña de sus pantalones.

¿Quería volver a ser un gilipollas? A ese juego podíamos jugar los dos.

—No lo tengas en cuenta. Es normal por las mañanas. Les pasa a todos los tíos. —Alex se pasó la mano por el pelo, que por supuesto estaba perfecto después de toda la noche—. Y no me flipo.

—Si tú lo dices... —canturreé—. Por cierto, deja de llamarme Rayito.

—¿Por qué?

—Porque no me llamo así.

—Ya lo sé. Es un mote.

Se me escapó un suspiro de exasperación.

—No nos conocemos tanto como para ponernos motes.

—Nos conocemos desde hace ocho años.

—¡Ya, pero no tenemos ese tipo de relación! Además, sé que solo te estás burlando de mí, con lo del corazón desbordado y todo eso.

Alex levantó la ceja.

—Ilumíname. ¿Qué tipo de relación tenemos?

Estábamos entrando en terreno pantanoso.

—Somos vecinos. Conocidos que se llevan bien. —Me exprimí el cerebro para decir algo más, porque esos términos no acababan de convencerme—. ¿Colegas que ven pelis?

Acortó la distancia entre los dos y tragué saliva, tratando de mantener la compostura, aunque lo que quería era salir corriendo.

—¿Siempre duermes en las camas de tus «conocidos»?

—Yo no te pedí dormir en tu cama. —Traté de no mirarlo por debajo de la cintura, pero era difícil de ignorar. Se me pusieron los pezones duros, me presionaron el sujetador y me ruboricé de excitación.

¿Qué coño estaba pasando? Era Alex, por el amor de Dios. El Anticristo. El gilipollas. El robot.

Pero mi cuerpo no debía de haberlo pillado, porque de pronto me puse a fantasear con empujarle sobre la cama y terminar lo que mi mano había iniciado antes sin querer.

No. Compórtate. No te vas a acostar con Alex Volkov, ni ahora ni nunca.

—De cualquier forma, me... me tengo que ir. Voluntariado. Animales —
balbuceé sin ningún sentido—.
¡Gracias por dejarme dormir aquí bueno hasta luego adiós!

Hice mutis por la escalera y salí corriendo a casa.

Necesitaba una ducha fría lo antes posible.

FASE TRISTEZA: FALLIDA

—¿Le tocaste la polla a Alex? —Bridget abrió los ojos de par en par—. ¿Y cómo era?

—¡Shhh! —Miré alrededor por si alguien la había oído, pero todo el mundo estaba demasiado inmerso en sus tareas como para prestarnos atención. Bridget llevaba tanto tiempo trabajando de voluntaria en el refugio que los trabajadores no se atrevían ni a toserle, así que los días que iba ella siempre éramos las únicas voluntarias, a petición de la familia real—. No es apropiado que una princesa pronuncie la palabra «polla».

Y mucho menos con el acento pijo de Bridget, que sonaba como si estuviera hecho para hablar solamente de fiestas sofisticadas y diamantes Harry Winston, no de genitales masculinos.

—He dicho cosas peores que «polla».

Como amiga suya que era desde casi cuatro años, lo corroboraba. Aun así, no sonaba muy bien en su voz.

—¿Y entonces? —recordó—. ¿Cómo era?

—Qué quieres que te diga. Pues como un pene. —Uno grande, duro... No. Mejor no ir por ahí.

Ni ahora. Ni nunca.

Bridget y yo estábamos limpiando e higienizando las jaulas de Wags and Whiskers, el refugio de animales que había al lado del campus. Le encantaban los animales y llevaba trabajando allí de voluntaria desde el segundo año de carrera. Yo la acompañaba cuando tenía tiempo, y Stella también. Jules era alérgica a los gatos, así que nunca iba. Pero el refugio era

el lugar favorito de Bridget. Iba dos veces a la semana sin falta, para desgracia de Booth.

Esbocé una sonrisa al ver al fornido guardaespaldas pelirrojo mirando a un loro con desconfianza. Wags and Whiskers acogía a todo tipo de animales, no solo perros y gatos, y además tenía una pequeña pero poblada zona de aves.

A Booth no le daban miedo las aves por sí mismas, pero no le gustaban; decía que le parecían ratas gigantes con alas.

—Mmm. —Bridget parecía decepcionada con mi parca respuesta—. ¿Y en serio las películas no le pusieron triste? ¿Ni un poquito?

—No. —Enrollé el papel de periódico de mi jaula y lo lancé a la basura. —Bueno, yo me quedé dormida antes de que acabara *Una pareja de tres*, pero dudo que llorara ni nada por el estilo. Parecía más bien aburrido.

—Y aun así se tragó las dos películas. —Bridget levantó una ceja perfectamente rubia—. Interesante.

—No le quedaba otra. Yo ya estaba en su casa.

—Por favor. Estamos hablando de Alex Volkov. Si le apetece puede echarte en un santiamén.

Cierto.

Fruncí el ceño y medité sobre sus palabras.

—Es majo porque soy la hermana de Josh.

—Claro. —Bridget dejó escapar una risa floja—. ¿Qué fase toca ahora?

Uf, la estúpida Operación Emoción, o más bien la OE, como había empezado a llamarla. Era mi cruz.

—La fase asco. —No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero esa fase parecía más fácil. Me daba la impresión de que a Alex le daban asco muchas cosas.

—Pagaría por ver eso. —Bridget miró a Booth, divertida—. ¿Estás bien, Booth?

—Sí, alteza. —El loro graznó: «¡Oh, sí! ¡Azótame, amo!» y Booth hizo una mueca de incomodidad.

—No soy tu amo —le dijo al pájaro—. ¡Largo!

El loro se dio la vuelta y sacudió las plumas, indignado.

Bridget y yo estallamos en carcajadas. Al parecer, el dueño del loro debía de haber sido bastante activo sexualmente... Y también perverso.

Ese arrebató no era nada comparado con otras perlas que había soltado alguna vez.

—Te echaré de menos —suspiró Bridget—. Espero que mi próximo guardaespaldas tenga sentido del humor.

Paré de limpiar la jaula.

—Espera, ¿qué? Booth, ¿te vas?

Booth se rascó el cuello, algo avergonzado.

—Mi mujer va a dar a luz pronto, así que voy a estar de baja por paternidad.

—Felicidades. —Sonreí, aunque me daba bastante pena. Era empleado de Bridget, pero lo habíamos aceptado como un miembro de honor del grupo. Nos había sacado de unas cuantas situaciones chungas, y además daba buenos consejos sobre chicos—. Te echaremos de menos, ¡pero me alegro por ti!

Se sonrojó.

—Gracias, señorita Ava.

Era extremadamente educado e insistía en llamarme «señorita» aunque le había dicho mil veces que no hacía falta.

—Ya te haremos una fiesta de despedida cuando llegue el momento —dijo Bridget—. Te lo mereces por haberme soportado todos estos años.

Booth se puso todavía más rojo.

—No hace falta, alteza. Ha sido... Es un placer servirla.

A Bridget le brillaron los ojos.

—Ves, por eso te mereces una fiesta de despedida. Eres el mejor.

Antes de que Booth explotara de vergüenza, añadí:

—Haremos una fiesta temática. De loros.

Bridget y yo nos echamos a reír otra vez mientras el guardaespaldas agitaba la cabeza con una sonrisa medio resignada, medio avergonzada.

Fue casi suficiente para sacarme a Alex de la cabeza.

Ava

OPERACIÓN EMOCIÓN: FASE ASCO

—Ya me trajiste estas galletas de bienvenida el otro día. —Alex se quedó mirando la cesta sobre la mesa del comedor.

—Estas no son de bienvenida. —Le di un empujoncito a la cesta—. Son un experimento. He probado una receta nueva y me gustaría saber qué te parece.

Hizo un ruido de impaciencia.

—No tengo tiempo para esto. Tengo una reunión en media hora.

—No te lleva media hora comerte una galleta.

Sí, había conseguido colarme otra vez en casa de Alex, esta vez para llevar a cabo la segunda parte de la OE. Ni Alex ni yo mencionamos el... momento empalme de unos días antes. No sé él, pero yo prefería olvidarme de que habíamos amanecido juntos.

—Vale. —Se acercó a las galletas con desconfianza—. ¿De qué son?

Espárragos, uvas y ajo. Había elegido los ingredientes más asquerosos que se me habían ocurrido porque, al fin y al cabo, era la fase asco. Una parte de mí se sentía mal porque la noche que vimos las películas había sido bastante amable y había cancelado la cita por mí; pero por otra parte aún seguía enfadada por cómo había tratado a Owen, que ahora no me hablaba por miedo a que Alex apareciera de la nada para matarlo.

Carraspeé.

—Es una sorpresa.

Metí las manos entre los muslos y me dio un tic en el pie mientras Alex se llevaba una galleta a la boca. Estuve a punto de apiadarme de él y quitársela de las manos, pero me daba curiosidad su reacción.

¿La escupiría? ¿Le daría una arcada? ¿Me tiraría la galleta a la cara y me echaría de su casa?

Masticó despacio, con la cara vacía de toda expresión.

—¿Y bien? ¿Qué te parecen? —pregunté con falso entusiasmo—. ¿Están buenas?

—Las has hecho tú. —No era una pregunta.

—Sí.

—Hiciste las galletas *red velvet* del otro día y hoy has hecho... estas.

Me mordí el labio inferior.

—Correcto.

No era capaz de mirarlo a los ojos. No solo no sabía mentir, sino que se me daba fatal poner cara de póker.

—Están bien.

Me estalló la cabeza.

—¿Qué?

Las galletas no estaban bien, eran un asco. Yo misma había intentado probar una y por poco vomito. Los espárragos y el ajo no pegaban.

Alex terminó de masticar, tragó y se limpió las migas de las manos.

—Están bien —repitió—. Y ahora, si me permites, tengo que irme a la reunión.

Me dejó en el salón, boquiabierta.

Cogí una galleta de la cesta y le di un mordisquito, por si acaso...

¡Puaj! Me dio una arcada y corrí a la cocina para escupir aquella abominación, y acto seguido me enjuagué la boca para eliminar el sabor.

Alex debía de haber perdido el gusto, porque ninguna persona normal habría sido capaz de comerse esas galletas sin hacer un solo gesto de repulsa.

—No cabe duda, es un robot.

ESTADO DE LA FASE ASCO: FALLIDO

OPERACIÓN EMOCIÓN: FASE FELICIDAD

¿Qué les hace felices a los hombres?

La pregunta me atormentaba mientras me adentraba en la tercera fase de la OE. La mayoría de las cosas que hacían felices a los hombres no se aplicaban a Alex o a mi situación.

¿Dinero? Tenía para dar y tomar.

¿Satisfacción laboral? Yo no podía aportar nada ahí.

¿Estar con los amigos? Josh era el único amigo de Alex del que yo tuviera constancia, y además estaba convencida de que a Alex no le gustaba mucho la gente en general.

¿Sexo? Mmm, no me iba a acostar con él solo por un experimento. Ni por cualquier otra cosa, ni aunque tuviera un poquitito de curiosidad por saber cómo sería.

¿Amor? Ja, ja, venga. Alex Volkov enamorado. Claro.

Jules sugirió una mamada, que descarté automáticamente por entrar en la categoría del sexo.

Me pasé varios días dándole vueltas, hasta que se me ocurrió algo que podría funcionar. Quizás no haría feliz a Alex espiritualmente, pero le ayudaría a relajarse y reírse un poco.

Quizás.

—No me gusta sentarme en el suelo. —Miró la hierba como si fuera un lodazal—. Es incómodo y poco higiénico.

—¿Qué dices! ¿Cómo no va a ser higiénico? —Extendí una manta y la sujeté con la cesta de pícnic para que no se volara. Lo había convencido para ir a Meridian Hill Park. Cuando lo propuse reaccionó como si me hubieran crecido de pronto dos cabezas, pero accedió.

Ahora solo faltaba que dejara de comportarse como un gruñón para que pudiéramos disfrutar de uno de los últimos días del verano.

—La hierba debe de estar llena de pis de perro —dijo.

Me estremecí con aquella imagen.

—Para eso está la manta. Siéntate.

Alex dejó escapar un sonoro suspiro y se sentó a regañadientes.

Decidida, abrí la cesta de pícnic, que contenía ensalada de pasta (mi comida favorita), rollos de langosta (la comida favorita de Alex, según Josh), fruta variada, queso y panecillos, limonada de fresa y mis galletas *red velvet*, que parecían gustarle a Alex.

—Esto es mucho mejor que encerrarse en casa. —Estiré los brazos sobre la cabeza, disfrutando de los rayos del sol—. Aire fresco, comida rica. ¿No estás más contento?

—No. Hay niños gritando por todas partes, y una mosca se acaba de posar en tu ensalada.

Malditas moscas. La ahuyenté con el pie.

—¿Para qué hemos venido, Ava? —preguntó Alex levantando la ceja.

—Intento que te relajes, pero me lo estás poniendo difícil. —Agité las manos en el aire, exasperada—. ¿Sabes esa cosa mágica que hiciste en la noche de las películas llamada «risa»? La hiciste una vez, puedes volver a hacerla. Vamos. —Le animé mientras él me contemplaba como si estuviera loca—. Tiene que haber algún sentimiento bonito en alguna parte de ti.

En ese momento, un perro de una fiesta cercana se acercó y empezó a hacer pis en los zapatos de Alex.

ESTADO DE LA FASE FELICIDAD: FALLIDO

OPERACIÓN EMOCIÓN: FASE MIEDO

Estábamos bloqueadas.

Ni a mí ni a mis amigas se nos ocurría una sola cosa que le diera miedo a Alex... O al menos ninguna que no fuera ilegal o demasiado chungo.

Jules, a quien lo «chungo» le parecía mejor idea que a nosotras, dijo de broma que podría atracarle a punta de navaja (por lo menos, era una broma) hasta que Stella dijo que lo más probable era que Alex le diera la vuelta a la situación y me matara antes de darse cuenta de que era una broma.

Yo estaba de acuerdo.

Era muy joven para morir, así que descartamos cualquier idea que implicara confrontación física.

Como no se nos encendía la bombilla, recurrí a mi última esperanza: Josh.

Todas las semanas hacíamos una videollamada para ponernos al día de nuestras vidas, y esa noche llevaba un rato hablándome de su nueva «amiga con derecho a roce».

En serio.

Cómo no, Josh había encontrado mujeres con las que liarse en mitad de una aldea de Centroamérica mientras trabajaba de médico voluntario.

—¿Cómo es posible? —pregunté—. ¡En esa aldea viven menos de cien personas! —Lo sabía porque lo había buscado en Google cuando Josh me lo contó.

—¿Qué puedo decir? Tengo mucho encanto —dijo, saboreando las palabras—. Adonde yo voy, las mujeres me siguen.

—Me parece que ella estaba ahí antes que tú, idiota, y espero que no estés descuidando el trabajo para enrollarte con tu nueva amiguita.

—¿Qué coño dices? Estarás de broma.

Agité la mano en el aire.

—Sí, sí. No colapses.

Por muy ligón que fuera mi hermano, se tomaba el trabajo muy en serio. Mientras yo me deslomaba para sacar sobresalientes, él era uno de esos alumnos insufribles que apenas tenían que estudiar para ser los mejores. Pero le encantaba trabajar de médico y ayudar a la gente. Incluso cuando éramos pequeños, era él quien me ponía las tiritas cuando me hacía algún rasguño en la rodilla, y siempre encontraba maneras de ayudarme con las pesadillas mientras mi padre andaba inmerso en su trabajo.

Por eso le permitía a Josh ser tan sobreprotector. Podía llegar a ser pesado de narices, pero no dejaba de ser mi hermano mayor.

Aunque esto nunca se lo decía a él. Como le echara más flores, se le caerían de los brazos.

—Por cierto. —Traté de poner voz ingenua mientras jugueteaba con un mechón de mi pelo—. Como dentro de poco es Halloween, estaba pensando en hacer algunas bromas. ¿Hay algo que le dé miedo a Alex? Los payasos, las arañas, las alturas...

La mirada de Josh se volvió sospechosa.

—Quedan más de dos meses para Halloween.

—Ya, pero luego siempre se me echa el tiempo encima, y esta vez quiero prepararlo bien.

—Mmm... —Alex repiqueteó con los dedos en los muslos—. Mmm...

—Si me lo dices antes de que cumpla ochenta años estaría genial.

—Calla. ¿Sabes lo difícil que es dar con algo que le dé miedo a Alex? Lo conozco desde hace ocho años y nunca lo he visto pasar miedo.

Puse cara de decepción. Vaya mierda.

—Podrías probar con lo que suele temer la gente, pero dudo que consigas nada. —Josh arrugó la nariz—. Una vez nos cruzamos con un oso en una excursión y el cabrón ni parpadeó. Se quedó ahí con cara de aburrimiento hasta que el oso se fue. Tampoco le hacen nada los sustos. Créeme... He intentado muchas veces gastarle un montón de bromas y nunca han funcionado.

—Está bien saberlo.

Puede que esta fase fuera una causa perdida. Si Josh, que conocía a Alex mejor que nadie, no podía asustarlo, nadie podría.

Alex volvió a mirarme con suspicacia.

—¿La idea es tuya o de la pelirroja?

—Emmm... ¿Mía?

—Y una mierda —gruñó Josh—. No me digas que todavía está obsesionada con Alex. Él es un caso perdido para las relaciones... No tendría una seria jamás, y además solo se tira a un determinado tipo de mujeres.

Me moría por saber cuál era ese «determinado tipo», pero no podía hacerlo sin que pareciera que estaba interesada en Alex. Lo cual no era verdad.

—No creo que Jules se haya obsesionado con él —dije—. Solo le parece que está bueno.

—Da igual. —Josh se pasó una mano por el pelo—. Oye, mañana tengo que madrugar, así que voy a colgar. Ya me dirás si al final tiene éxito la broma. Y grábala, por favor. Me vendrá bien reírme un poco.

—Claro. —Mi malestar por lo de «determinado tipo de mujer» fue sustituido por preocupación. Josh parecía agotado, a pesar de sus chistes y sus comentarios de listillo. Tenía ojeras y líneas de tensión bajo la boca. Había colgado pronto en las últimas llamadas, y eso que a menudo solía pasar la noche despierto hablando de cualquier chorrada.

Una vez se pasó divagando hasta las tres de la mañana sobre sus zapatillas.

—Descansa. No me apetece tener que ir a Centroamérica a darte una paliza.

—Ja —rio Josh—. Ya te gustaría poder darme una paliza.

—Buenas noches, Joshy.

—No me llames así —gruñó—. Buenas noches.

Nada más colgar, cogí el cuaderno y taché la fase tres.

ESTADO DE LA FASE MIEDO: POSPUESTO (INDEFINIDAMENTE)

Ava

—El experimento ha sido un fracaso, pero al menos ya se ha acabado. — Apuré la copa de vodka de arándanos. Había tardado tanto en bebérmela que el hielo se había derretido y sabía a agua afrutada—. Gracias a Dios.

—Qué pena —dijo Bridget, decepcionada—. Tenía ganas de ver a Alex perder los papeles.

—Aún estamos a tiempo. No ha terminado el experimento. —Jules agitó el dedo en el aire.

Me subió un escalofrío de inquietud por el cuello.

—Sí que ha terminado. Dijimos que habría cuatro fases: tristeza, asco, felicidad y miedo.

—Hay cinco fases. —Los ojos almendrados de Jules brillaron de malicia—. La última son los celos, ¿o se te había olvidado?

—¡Nunca dije que sí a esa!

Estábamos en La Cripta, el bar más popular del campus de Thayer, celebrando la última fiesta antes del comienzo de las clases el lunes siguiente. Los alumnos habían empezado a llegar y el bar estaba más lleno que en cualquier otro momento del verano.

—Pero si es la mejor —protestó Jules—. No...

—Ava.

Me puse tensa al escuchar mi nombre en esa voz. La voz que solía susurrarme por la noche y que solía decirme que me quería. La voz que llevaba dos meses sin oír, desde aquel día de julio en que apareció en la galería para hablar conmigo.

Volví la cabeza hasta que unos ojos almendrados se cruzaron con los míos oscuros.

Liam se acercó a mí, más guapo y pijo que nunca, con un polo azul marino y unos pantalones caquis. Se había cortado el pelo bastante, por lo que sus mechones rubios ya no eran el amasijo de rizos en los que me encantaba enredar los dedos.

Mi visión periférica me reveló en un instante la reacción de mis amigas ante aquella aparición inesperada: nervios en la cara de Stella, inquietud en la de Bridget e ira en la de Jules.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me dije a mí misma que no tenía por qué tenerle miedo. Estábamos en un lugar público, sentadas en medio de un bar lleno de gente. Me rodeaban mis amigas y Booth, quien miraba a Liam como si quisiera soltarle una patada en cualquier momento.

Estaba a salvo.

Y aun así, me dio un escalofrío de congoja. Pensé que Liam había cesado en su empeño de que volviera con él, pero ahí estaba, mirándome como si no hubiera cambiado nada. Como si no le hubiera pillado con los pantalones por los tobillos encima de una rubia la noche en que me dijo que «tenía fiebre». Me había dejado caer por su piso para sorprenderle con un caldo de pollo y al final fui yo la sorprendida.

—¿Podemos hablar?

—Estoy ocupada. —El aliento le olía a alcohol, y si no me interesaba hablar con un Liam sobrio, mucho menos con uno borracho.

—Ava, por favor.

—Ha dicho que está ocupada, imbécil —ladró Jules.

Liam la miró. Nunca se habían llevado bien.

—Me parece que no te he preguntado a ti —dijo con desprecio.

—A ver si te parece que te meta una...

—Cinco minutos. —Me levanté con los hombros rígidos.

—¿Qué...?

—Ava...

—¿Estás segura...?

Todas mis amigas hablaron a la vez y yo asentí con la cabeza.

—Sí. Vuelvo en cinco minutos, ¿vale? Y si no... —Miré a Liam—. Me venís a buscar con antorchas y piedras.

Si no hablaba con él, iba a estar merodeando por allí toda la noche, así que prefería quitármelo de encima.

—Yo tengo algo más que antorchas y piedras —gruñó Booth.

Liam se estremeció.

Lo seguí afuera y me crucé de brazos.

—Que sea rápido.

—Quiero otra oportunidad.

—Ya te lo he dicho mil veces: no.

Hizo un gesto de frustración.

—Mi amor, han pasado meses. ¿Qué más quieres que haga, que me arrodille y te suplique? ¿No me has castigado ya bastante?

—No se trata de castigarte. —Para alguien graduado *cum laude*, le costaba entender un concepto tan simple—. Se trata de que me pusiste los cuernos. Me da igual el tiempo que haya pasado o que lo sientas muchísimo. Engañar a tu pareja es inadmisible, así que nunca vamos a volver. Jamás.

La frustración se transformó en ira.

—¿Por qué? ¿Ya estás con otro? —gruñó—. Tienes una polla nueva y no me necesitas, ¿es eso? Nunca pensé que fueras tan zorra.

—Que te den por culo. —El corazón me latía a toda velocidad. Liam nunca me había dicho algo tan fuerte. En la vida—. Ya han pasado cinco minutos. Se acabó la conversación.

Intenté marcharme, pero me agarró de la muñeca y me dio un tirón. Era la primera vez que me ponía la mano encima en un arrebato de furia.

El latido se me aceleró aún más, pero me obligué a mantener la calma.

—Quítame las manos de encima —susurré—. O te arrepentirás.

—¿Quién es? —Los ojos de Liam estaban a punto de salirse de sus órbitas, y me di cuenta de que no solo estaba borracho, sino también drogado. Una combinación peligrosa—. ¡Dímelo!

—¡No estoy con nadie, y si lo estuviera, no es asunto tuyo! —Ojalá me hubiera llevado el espray de pimienta. Ya que no lo tenía, tuve la segunda mejor reacción que se me ocurrió: le di una patada en los huevos. Fuerte.

Liam me soltó instantáneamente y se dobló de dolor.

—Maldita zorra... —resolló—. Eres...

No me interesaba lo que tuviera que añadir a eso. Volví a la seguridad del interior del bar, con el pulso retumbándome en los oídos.

No me puedo creer lo que acaba de pasar. Liam nunca había estado tan fuera de control. Había sido muy pesado y bastante gilipollas, pero nunca me había hecho daño físicamente.

Cuando les conté a mis amigas lo que había pasado y salieron a enfrentarse a Liam a pesar de mis protestas, él ya se había ido. Aunque yo seguía igual de inquieta.

Crees que conoces a una persona hasta que algo te demuestra que, en realidad, no la conocías en absoluto.

Alex

La gala benéfica anual de exalumnos de Thayer era el evento de la temporada, pero aunque servía para recaudar fondos para alguna causa de actualidad, en realidad no tenía nada que ver con la solidaridad. Sino más bien con el ego.

Yo iba todos los años.

No porque quisiera ser un filántropo o por nostalgia de mi época universitaria, sino porque la gala era una fuente de información. Entre los exalumnos de Thayer estaban algunas de las personas más poderosas del mundo, y en agosto todas ellas se congregaban en la sala de eventos del Hotel Z de Washington. Era una oportunidad perfecta para hacer contactos y recabar información.

—... paso la factura, pero me matarán en el Congreso...

Fingí escuchar a Colton, un antiguo compañero de clase que ahora trabajaba en el departamento legal de una empresa de *software*, mientras me soltaba un rollo sobre legislación tecnológica.

Casi nunca tenía nada interesante que decir, pero su padre estaba muy bien posicionado en el FBI, así que lo mantenía cerca por si acaso lo necesitaba en el futuro.

Era una carrera de fondo, que no se medía en semanas o meses, sino en años. Décadas.

Incluso la semilla más pequeña puede convertirse en el roble más grande.

Era un concepto muy simple que la mayoría de las personas no entendían porque estaban ocupadas buscando recompensas a corto plazo, y por eso casi siempre fracasaban. Se pasaban la vida sentados en su sillón diciéndose

a sí mismos que «algún día...», cuando la preparación tendría que haber empezado ayer. Y cuando llega ese «algún día», ya es demasiado tarde.

—... con el problema de las IP en China... —Colton paró de hablar repentinamente. Gracias a Dios. Como hubiera tenido que escuchar un minuto más su voz nasal, habría ido a la barra para apuñalarme en el ojo con un tenedor.

—¿Quién es esa? —preguntó, con una mirada hambrienta que dirigió detrás de mí—. Está buenísima. —En su voz había tanto vicio como en sus ojos—. No la conozco. ¿Tú?

Me di la vuelta con curiosidad. Y tardé un segundo en localizar a la chica que le había llamado la atención. Colton era casi tan mujeriego como Josh.

Cuando por fin localicé la fuente de la mirada voraz de Colton, se me tensaron los músculos y apreté la copa de champán con la mano con tanta fuerza que el cristal podría haber estallado en cualquier momento.

Se deslizó por la sala, como si su cuerpo fluyera en un sedoso vestido brillante que se vertía como oro líquido por sus curvas. Llevaba el pelo recogido en un elegante peinado que le dejaba al descubierto un cuello de cisne y unos hombros suaves. Ojos oscuros. Piel bronceada. Labios rojos. Sonriente y luminosa, no era consciente de que había entrado en un nido de víboras.

Era una diosa atravesando las puertas del infierno, y ni siquiera se daba cuenta.

Sentí un tirón en la mandíbula.

¿Qué narices hacía allí Ava, con ese vestido? Todavía no era exalumna. No debería estar allí. No con toda esa gente.

Les habría sacado los ojos a todos los que la miraban como si fuera un pedazo de carne, que eran prácticamente todos los hombres de la sala, incluido Colton. Como no metiera la lengua dentro de la boca rápido, no dudaría en cortársela.

Sin decir palabra, lo dejé salivando detrás de mí y seguí a Ava con zancadas decididas y furiosas que acortaron el espacio entre nosotros. Llevaba la mitad del camino recorrido cuando alguien me bloqueó el paso.

Reconocí su olor antes de verle la cara, y se me tensaron aún más los músculos.

—Alex —susurró Madeline—. Hace mucho que no sé nada de ti.

Su vestido rojo iba a conjunto con sus labios brillantes. La melena rubia se le derramaba por los hombros en marcadas ondas, y estaba lo bastante cerca como para intuir la sutil aureola de sus pezones a través de la seda del vestido.

Hace tiempo, esa imagen me habría puesto cachondo. Pero ahora su ropa y su sonrisa seductora me provocaban la misma reacción que si llevara puesto un saco de patatas.

—He estado ocupado. —Pasé de largo y ella me imitó y me bloqueó el paso de nuevo.

—Nunca me has compensado por haber cancelado aquella cita. —Me pasó los dedos por el brazo. Su tacto era pretendidamente suave, pensado para dejarme con ganas de más.

Yo solo quería que se quitara del medio.

Clavé la mirada de nuevo en Ava, y se me tensaron los músculos aún más al ver a Colton a su lado. ¿Cómo coño había llegado tan rápido? Una vez jugué con él al baloncesto y el tío era más lento que una tortuga drogada.

—Y nunca lo haré. —Me deshice del brazo de Madeline—. Ha estado bien, pero ya es hora de tomar caminos separados.

Puso cara de estupefacción, que enseguida se transformó en una máscara de ira.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Para romper, tendríamos que haber salido en algún momento. —Me volví hacia uno de los hombres que le estaba mirando el culo—. Ese congresista parece interesado. ¿Por qué no vas a saludarle?

Su piel cremosa se puso roja.

—No soy una prostituta —susurró Madeline—. No me puedes lanzar a otro tío cuando te canses de mí. Y no hemos terminado. No hasta que yo lo diga. Soy Madeline Hauss, joder.

—Ahí te equivocas. Todos nos prostituimos, cada uno a nuestra manera —dije con una sonrisa fría—. Por hoy dejaré pasar ese tono, teniendo en cuenta nuestra historia. Pero no vuelvas a intentar contactar conmigo, o descubrirás por las malas cómo me he ganado esta reputación. No tengo escrúpulos a la hora de arruinar a quien haga falta.

La conversación se había terminado.

Madeline se quedó balbuceando algo y me alejé, irritado por la interrupción y furioso al ver lo que me esperaba en mitad de la pista de baile.

Ava y Colton se balanceaban al ritmo de la música de la orquesta que la universidad había contratado para la gala. Él tenía las manos apoyadas en sus caderas, y me fijé en cómo las iba bajando a cada segundo que pasaba.

Llegué a su lado justo en el momento en que ella se estaba riendo de algo que había dicho él. Su risa voló por el aire como una campanilla, y se me tensó un poco más la mandíbula.

Él no se merecía aquella risa.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunté, disfrazando la ira con una expresión de fría indiferencia.

Al verme, Ava puso cara de sorpresa y recelo.

Bien.

Debería tener cuidado. Debería estar en casa, sana y salva, en lugar de estar bailando con un miserable como Colton, quien no había perdido oportunidad de manosearle todo el cuerpo.

—Solo le estaba contando un chiste —dijo Colton entre risas, al mismo tiempo que me lanzaba una mirada como si quisiera decirme: «Tío, ¿por qué eres tan cortarrollos?». Tenía suerte si solo le cortaba el rollo. Estaba tentado de romperle todos los huesos de la mano por tocarla de esa manera —. ¿Te importa? Estábamos bailando.

—Pues ahora es mi turno. —Maniobré para colocarme entre los dos y lo empujé con un poco más de fuerza de la necesaria. Colton dio un paso atrás —. Tienes que irte ya. Hay mucho trabajo.

Levantó la ceja.

—Yo... —Su mirada pasó de mí a Ava, y la de ella hizo lo mismo conmigo y Colton. Por fin se dio cuenta. Resulta que al final no era tan lento—. Ah, tienes razón, tío. Perdona, se me había olvidado.

—Ya comeremos un día —dije. No solía cerrar las puertas a nadie a menos que fuera un competidor empresarial o que me viera obligado. Semillas. Robles—. En el Valhalla.

El Valhalla era el club privado más exclusivo de Washington. Solo admitía a unos cien miembros, y cada uno de ellos podía llevar a un solo invitado una vez al trimestre. Le había ofrecido a Colton pase vitalicio.

Se le abrieron los ojos de par en par.

—Oh, sí —balbuceó, intentando disimular su asombro sin éxito—. Eso estaría bien.

—Buenas noches —dije para despacharle y advertirle, todo a la vez.

Colton salió por patas y me volví hacia Ava. Estábamos tan cerca que podía ver cómo la luz de los candelabros se reflejaba en sus ojos como pequeñas estrellas en una noche infinita. Abrió los labios, húmedos y rojos, y me entró un profundo deseo de averiguar si sabían tan dulces como parecían.

—Me has espantado a mi pareja de baile. —Su voz sonó más rasgada de lo habitual, y mi polla se levantó al oírla.

Apreté los dientes y me acerqué un poco más a ella hasta que ahogó una exclamación.

—Colton no es una pareja de baile. Es un mujeriego y un cretino, y cuanto más te alejes de él, mejor para ti.

También alejarse de mí era lo mejor para ella, pero la situación era bastante irónica. Ojalá supiera para qué he venido a Washington.

Pero, joder, no pasaba nada por ser un poco hipócrita. Ni siquiera entraba dentro de las diez veces que más lo había sido.

—Qué sabrás tú lo que es mejor para mí. —Las estrellas de sus ojos se transformaron en fuego desafiante—. No me conoces.

—Ah, ¿no? —La guie por la sala, con la piel estremecida por la extraña carga eléctrica del aire. Era como si un millón de agujas se me estuvieran clavando en busca de un punto débil. Una grieta. Una puerta, aunque fuera diminuta, por la que colarse y resucitar a mi corazón helado y muerto desde hacía tanto tiempo.

—No. No sé lo que te cuenta Josh de mí, o si te cuenta algo, pero te aseguro que no tienes ni idea de lo que es mejor o peor para mí.

Me paré en seco y ella se chocó contra mi pecho. Mi pulgar e índice le rozaron la barbilla, que alzó hacia mí.

—Ponme a prueba.

Ava parpadeó y empezó a exhalar el aire breve y suavemente.

—Mi color favorito.

—El amarillo.

—Mi sabor de helado favorito.

—Menta con chocolate.

Su pecho aceleró el ritmo.

—Mi estación favorita.

—Verano, porque hace calor y brilla el sol y hay vegetación. Pero en secreto, te fascina el invierno. —Bajé la cabeza hasta que mi aliento resbaló por su piel y me impregné de su aroma como una droga. Mi voz se volvió una versión ronca de sí misma—. Dice mucho de las partes más oscuras de tu ser. Es la manifestación de tus pesadillas. Todo aquello que temes, y que por tanto, te atrae. Porque el miedo te hace sentir viva.

La orquesta seguía tocando, y a nuestro alrededor la gente daba vueltas y vueltas, pero en el pequeño mundo que habíamos creado entre nosotros apenas había espacio para nuestras respiraciones.

Ava se estremeció cuando la toqué.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Mi trabajo es saber cosas. Observo. Analizo. Recuerdo. —Di un pequeño gusto a mi deseo y le rocé los labios con el dedo pulgar. Un escalofrío nos atravesó, y nuestros cuerpos estaban tan sincronizados que reaccionamos exactamente de la misma manera al mismo tiempo. Bajé el dedo y lo detuve en su barbilla—. Pero eso son preguntas muy superficiales, Rayito. Pregúntame algo real.

Se me quedó mirando con sus ojos del color del chocolate fundido.

—¿Qué deseo?

Una pregunta meditada y peligrosa.

Los humanos deseamos muchas cosas, pero en cada corazón late un único deseo verdadero. Una sola cosa que esculpe cada uno de nuestros pensamientos y acciones.

El mío era la venganza. Una venganza cruel, descarnada y violenta. Había nacido de los cadáveres ensangrentados de mi familia, se había filtrado en mi piel y en mi alma hasta que mis pecados dejaron de ser solo míos, y fueron nuestros. Míos y de la venganza, dos sombras recorriendo el mismo camino intrincado.

Ava era distinta. Y supe cuál era su verdadero deseo desde el momento en que crucé la mirada con ella ocho años atrás, cuando era esa chica de mirada resplandeciente que me regaló una cálida sonrisa de bienvenida.

—Amor. —La palabra flotó entre nosotros como una suave brisa—. Amor profundo, sólido e incondicional. Lo deseas tanto que querías vivir por él. —La mayoría de la gente creía que el mayor sacrificio que puede hacer alguien era morir por algo. Pero estaban equivocados. El mayor

sacrificio que alguien podía hacer era vivir por algo, dejar que te consuma y te convierta en una versión de ti mismo que ni siquiera reconoces. La muerte era olvido; la vida era realidad, la verdad más pura que jamás haya existido—. Lo deseas tanto que dices que sí a todo. Confías en todo el mundo. Un favor más, un gesto más... y, tal vez, solo tal vez, recibirás el amor que deseas tan desesperadamente que lo venderás demasiado barato.

Mi tono se volvió hiriente; la conversación había dado un giro de ciento ochenta grados y se dirigía hacia un lugar terrible.

Porque lo que más me gustaba de Ava también era lo que más odiaba de ella. La oscuridad ansía la luz del mismo modo que quiere aniquilarla, y nunca había estado más claro que aquí, en esta sala, con su cuerpo entre mis brazos y mi polla a punto de reventar dentro del pantalón.

Odiaba desearla tanto, y odiaba que ella no fuera lo bastante inteligente como para huir de mí mientras aún podía.

Aunque, para ser sincero, ya era demasiado tarde.

Ya era mía. Aunque ella aún no lo sabía.

Ni siquiera yo fui consciente hasta que la vi en los brazos de Colton y todos los instintos me gritaron que debía apartarlo de ella. Reclamar lo que era mío.

Esperaba que se pusiera furiosa al oír mis palabras, que rompiera a llorar o que saliera corriendo. Pero en lugar de eso, se me quedó mirando, imperturbable, y dijo lo más increíble que había oído en mucho tiempo:

—¿Estás hablando de mí o de ti?

Por poco se me escapa una carcajada de lo absurdo de su pregunta.

—Debes de haberme confundido con otro, Rayito.

—Yo creo que no. —Ava se puso de puntillas para susurrarme al oído—: Ya no me engañas, Alex Volkov. He estado pensando en cómo te has fijado en todas esas cosas de mí. Cómo aceptaste cuidar de mí, cuando pudiste haberte negado. Cómo te quedaste a ver esas películas conmigo cuando creías que aún estaba enfadada, y cómo me dejaste que pasara la noche en tu casa cuando me quedé dormida. Y he llegado a una conclusión. Quieres que el mundo crea que no tienes corazón, cuando en realidad tienes uno que está lleno de capas: un corazón de oro enjaulado en un corazón de hielo. Y lo único que tienen en común todos los corazones de oro es que están sedientos de amor.

La agarré con fuerza, furioso y excitado al mismo tiempo por su estúpida y terca bondad.

—¿Qué te dije sobre romantizarme?

La deseaba, pero no de una manera dulce y tierna.

Era un deseo sucio y terrible, contaminado por la sangre de mis manos y el deseo de arrancarle toda la luz y arrastrarla hasta mi noche.

—No te estoy romantizando si lo que digo es verdad.

Se me escapó un rugido. Me permití agarrarla un segundo más antes de apartarla de mi vista.

—Vete a casa, Ava. Este lugar no es para ti.

—Me iré a casa cuando quiera irme a casa.

—Deja de ponérmelo tan difícil.

—Deja de ser un gilipollas.

—Creí que tenía un corazón de oro —me burlé—. Coge un bando y quédate en él, Rayito.

—Hasta el oro pierde el brillo si no se cuida de él. —Ava dio un paso atrás y yo me aguanté las ganas ridículas de ir detrás de ella—. He pagado la entrada y me voy a quedar hasta que decida irme. Gracias por el baile.

Se dio la vuelta en silencio y me dejó solo.

Hice un esfuerzo por ignorar a Ava el resto de la noche, aunque se colaba en mi visión periférica como una chispa dorada que no acababa de desaparecer. Por suerte para los hombres de la habitación, no bailó con nadie más, y se pasó la mayor parte del tiempo charlando y riendo con algunos exalumnos.

Yo me pasé la noche recopilando información sobre congresistas a los que necesitaba para expandir Archer y convertirlo en un conglomerado, desde pequeños cotilleos sobre mis competidores hasta jugosos secretos de amigos y rivales.

Acababa de tener una conversación muy reveladora con el director de una importante consultora cuando perdí de vista a Ava. De un momento a otro desapareció. Y veinte minutos después aún no había vuelto: era demasiado tiempo para ir al baño.

Se estaba haciendo tarde, así que puede que ya se hubiera marchado. No habíamos acabado en los mejores términos, pero prefería asegurarme de que

había llegado bien a casa. Por si acaso.

Ya estaba de camino cuando escuché un golpe en una pequeña sala contigua al salón principal, que servía para que los invitados dejaran sus bolsos y chaquetas.

—¡Suéltame!

Se me heló la sangre. Abrí la puerta y el hielo se transformó en llamas.

Liam, el exnovio de Ava al que decidí que iba a asesinar en ese momento, había acorralado a Ava contra la pared y la tenía agarrada de las muñecas sobre la cabeza. Estaban tan centrados el uno en el otro que no se dieron cuenta de que había entrado.

—Me dijiste que no estabas con nadie más —masculló Liam—. Pero te he visto antes bailando con él. Me mentiste, Ava. ¿Por qué me mentiste?

—Estás loco. —Incluso desde mi posición, podía ver cómo le ardían los ojos—. Suéltame. Lo digo en serio. ¿O quieres que repita lo de la semana pasada?

¿La semana pasada? ¿Qué coño había pasado la semana pasada?

—Pero te quiero —dijo con voz lastimera—. ¿Por qué tú no me quieres? Fue solo un error, mi amor... —Empujó su cuerpo contra el de ella, bloqueando el movimiento de sus piernas. El fuego me corría por las venas mientras me acercaba—. Todavía me quieres. Lo sé.

—Te voy a dar tres segundos para moverte, o no me haré responsable de mis acciones. —Me inundó el orgullo al escuchar la voz firme de Ava. Esa es mi chica—. Uno... Dos... Tres.

Acababa de alcanzarlos cuando Ava le dio un cabezazo. Él soltó un aullido, se tambaleó hacia atrás, sujetándose la nariz que empezaba a sangrarle a borbotones.

—¡Me has roto la nariz! —gritó—. Tú lo has querido, zorra. —Se abalanzó sobre ella, pero solo pudo recorrer la mitad del espacio antes de que yo le agarrara con mi puño por el cuello de la camisa y lo arrastrara hacia atrás.

No fue hasta ese momento cuando Ava se dio cuenta de que estaba ahí.

—Alex. ¿Qué...?

—¿Te importa si me uno a la fiesta? —Agarré del cuello a Liam, esboqué una pequeña sonrisa al verle los ojos llorosos y la nariz ensangrentada, y le di un puñetazo en el estómago—. Esto por llamarla zorra. —A continuación

le di otro en la boca—. Esto por retenerla contra su voluntad. —Un tercer golpe contra su nariz ya herida—. Y esto por ponerle los cuernos.

Seguí con los golpes, dejando que el fuego se apoderara de mí hasta que Liam quedó inconsciente y Ava me tuvo que separar de él.

—Alex, para. ¡Lo vas a matar!

Me subí las mangas de la camisa, casi sin aliento.

—¿Crees que eso va a disuadirme?

Podría haber seguido toda la noche sin parar hasta que el hijo de puta no fuera más que un amasijo de carne ensangrentada y huesos rotos. La visión se me nubló de rojo y me fijé en que tenía los nudillos magullados de los golpes.

La imagen de él empotrando a Ava contra la pared me volvió a estallar en la mente y sentí cómo me ardía la sangre de nuevo.

—Vámonos. Ya ha aprendido la lección, y como te vea alguien vas a tener un problema grave. —A Ava se le puso la cara del color de la porcelana—. Por favor.

—No se atreverá a decir nada. —Sin embargo, cedí al ver cómo temblaba. A pesar de la dureza que había demostrado antes, Ava estaba conmocionada por lo sucedido. Además tenía razón; teníamos suerte de que nadie nos hubiera visto todavía. Me importaba una mierda, pero no era necesario alargar una noche que ya estaba siendo lo suficientemente desagradable.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —dijo mirando a Liam con inquietud—. ¿Y si tiene algo grave?

Cómo no, se preocupaba por él incluso después de que hubiera intentado agredirla. No sabía si reírme de incredulidad o zarandearla.

—No se va a morir. —Había controlado los golpes para que fueran dolorosos, pero no mortales—. Se despertará con la cara hecha un cuadro de tres pares de narices y alguna costilla rota, pero sobrevivirá. —Por desgracia.

La preocupación no se disipó del rostro de Ava.

—Igualmente, deberíamos llamar a una ambulancia.

Por el amor de Dios.

—Haré una llamada anónima desde el coche. —Tenía un teléfono de prepago en la guantera.

Le puse la mano en la espalda mientras salíamos del hotel. Por suerte, no nos cruzamos con nadie a excepción del portero.

—Y ahora —le dije a Ava mirándola a los ojos— dime qué coño pasó con él la semana pasada.

Ava

Estaba furioso.

Le hacía sentir vivo, latir con fuerza. Una mano aferrada al volante, los nudillos blancos, y la otra en la palanca de cambios, abriéndose y cerrándose como si quisiera estrangular a alguien. El resplandor de las farolas le iluminaba la perfilada estructura de la cara mientras acelerábamos por las calles oscuras, y se iba suavizando la tensión en su boca y en sus cejas.

Cuando le conté el incidente con Liam en la puerta de La Cripta, casi me desintegro de la fuerza de su furia.

—Estoy bien —dije, abrazándome el cuerpo con los brazos. Mi voz sonó áspera e insegura—. De verdad.

Eso solo le hizo ponerse más furioso aún.

—Si fueras a clase de krav magá como te dije, no te habría acorralado así. —La voz de Alex era suave. Letal. Me acordé de su expresión cuando le partió la cara a Liam, y me recorrió un escalofrío por la espalda. No tenía miedo de que Alex me hiciera daño, pero ver toda aquella fuerza desbocada era inquietante—. Tienes que aprender a defenderte. Como te pase algo...

—Me he defendido perfectamente. —Apreté los labios. No había visto a Liam en la gala, pero la sala estaba tan llena que me habría sido imposible distinguirlo entre la gente. Bridget me había conseguido colar en la fiesta para poder contactar con exalumnos que hubieran recibido la beca World Youth Photography en años anteriores. Había podido hablar un rato con ellos, pero cuando me cansé de la charla vacía con el resto de los asistentes a la gala y estaba a punto de irme, Liam me acorraló en el ropero.

También esa noche estaba drogado. Lo había visto en sus pupilas dilatadas y en su energía desbordada. Nunca había consumido drogas cuando estábamos juntos, que yo supiera, pero fuera lo que fuese lo que se metía, le hacía oscilar entre arrebatos de rabia y de tristeza.

Pero a pesar de lo que había hecho y de lo que había dicho, no podía evitar sentir lástima por él.

—Esta vez sí —dijo Alex con la mandíbula tensa—. Pero ¿quién sabe lo que puede pasar la próxima vez que estés sola?

Abrí la boca para contestar, pero antes de que me salieran las palabras, el cerebro se me inundó de imágenes y sonidos que me dejaron muda.

Lancé una piedra al lago y me reí al observar las ondas que se multiplicaban sobre la lisa superficie.

El lago era mi zona favorita del jardín. Teníamos un muelle que terminaba en medio del agua, y en verano Josh se tiraba en bomba desde allí mientras papá pescaba, mamá leía revistas y yo lanzaba piedras. Josh siempre se burlaba de que no sabía nadar, y mucho menos tirarme en bomba.

Pero algún día lo haría. Mamá me había apuntado a clases de natación, y sería la mejor nadadora del mundo. Mejor que Josh, que se creía el primero en todo.

Ya lo vería.

Hice una mueca triste. Ya no habría más veranos en el lago, los cuatro juntos. No desde que papá se había ido y se había llevado a Josh con él.

Los echaba de menos. A veces me sentía sola, especialmente desde que mamá no jugaba conmigo como antes. Lo único que hacía era gritar al teléfono y llorar. A veces se sentaba en la cocina y se quedaba mirando al vacío.

Me ponía triste. Intentaba animarla haciéndole dibujos e incluso le regalé a Bethany, mi mejor muñeca, para que jugara, pero no funcionó. Seguía llorando.

Aunque hoy era un día mejor. Era nuestro primer día en el lago desde que papá se había ido, así que quizás significaba que ya estaba mejor. Había entrado en casa a por crema solar (siempre andaba preocupada por las pecas y cosas por el estilo), pero cuando volvió le pedí que jugara conmigo como siempre.

Recogí otra piedra del suelo. Era suave y plana, de las que hacían las ondas más bonitas. Arquee el brazo para lanzarla, pero me vino un olor a flores (el perfume de mamá) que llamó mi atención.

Con la distracción, la piedra se me cayó al suelo, pero no me importó. ¡Mamá había vuelto! Ahora podíamos jugar.

Me di la vuelta con una enorme sonrisa con un hueco en medio (la paleta frontal se me había caído la semana anterior y el Ratoncito Pérez me había dejado cinco euros bajo la almohada al día siguiente, lo cual moló mucho), pero solo me dio tiempo a esbozar la mitad de la sonrisa antes de que me empujara. Salí despedida y caí, caí, caí desde borde del muelle hasta que el agua me envolvió, tragándose mi grito.

La realidad me arrastró de vuelta al presente con una fuerza estremecedora. Me doblé sobre mí misma, jadeante, con la cara llena de lágrimas. ¿Cuándo había empezado a llorar?

Qué más daba. Lo único que importaba era que estaba llorando. Con lamentos fuertes, sofocantes, llenos de mocos y que hacían que me doliera el estómago. Por las mejillas me corrían riachuelos de gruesas lágrimas saladas que se me resbalaban por la barbilla y goteaban en el suelo.

Quizás finalmente me había roto, me había partido en dos para que lo viera el mundo. Siempre había sabido que no era normal, con mi infancia olvidada y mis pesadillas fragmentadas, pero había logrado esconderlo detrás de mis sonrisas. Hasta ahora.

Solo tenía pesadillas cuando dormía. Nunca me habían asolado estando despierta.

Quizás la descarga de adrenalina tras el encuentro con Liam me había desatado algo en el cerebro. Como ahora tuviera que preocuparme por las horas despierta además de por las horas dormida...

Me froté los ojos con las manos. Me estaba volviendo loca.

Una mano fría y fuerte me tocó el hombro.

Pegué un bote, recordando de pronto que no estaba sola. Que alguien había sido testigo de mi colapso repentino y humillante. Tampoco me había dado cuenta hasta ahora de que Alex había parado el coche a un lado de la carretera.

Si antes estaba furioso, ahora se había vuelto loco. No loco en plan psicópata o enfadado (bueno, quizás un poco), sino más bien loco de

pánico. Tenía una mirada salvaje, y el músculo en la mandíbula le latía tan fuerte que parecía que tuviera vida propia. Nunca lo había visto así. Enfadado, sí. Molesto, totalmente. Pero no así.

Como si quisiera prender fuego al mundo por haberme hecho daño.

Mi ingenuo corazón dio un salto de alegría al hallar un atisbo de esperanza en el pánico. Porque nadie mira a nadie de esa forma a no ser que le importe, y me di cuenta que quería importarle a Alex Volkov. Mucho.

Quería que se preocupara por mí, no por una promesa que le había hecho a mi hermano.

Me había llevado tiempo llegar a esa conclusión. Yo era un desastre y él acababa de reventar a golpes a mi exnovio.

Dejé escapar un suspiro tembloroso y me sequé las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Lo voy a destruir. —Las palabras de Alex cortaron el aire como cuchillas de hielo. Me estremecí, se me puso la piel de gallina y empecé a tiritar de frío—. Acabaré con todo aquello que haya tocado alguna vez, con todos a los que haya querido alguna vez. Los destrozaré hasta que no quede de ellos nada más que un montón de cenizas a tus pies.

Debería haberme asustado de la violencia contenida que invadía el coche, pero me sentí extrañamente segura. Siempre me sentía así a su lado.

—No estoy llorando por Liam. —Exhalé profundamente—. Vamos a dejar de hablar de él, ¿vale? Vamos a salvar el resto de la noche. Por favor.

Necesitaba alejar la mente de todo lo que había pasado esa noche.

Pasaron unos segundos hasta que Alex relajó los hombros, aunque su rostro seguía tenso.

—¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría comer algo. —En la gala estaba tan nerviosa que no había comido nada, y ahora me moría de hambre—. Algo grasiento y malo para la salud. No serás uno de esos locos de la comida sana, ¿no?

Su cuerpo estaba tan torneado que parecía subsistir solo de proteínas sin grasa y batidos verdes.

Puso cara de incredulidad antes de soltar una pequeña carcajada.

—No, Rayito. No soy uno de esos locos de la comida sana.

Diez minutos después, estábamos aparcando en un restaurante de carretera con pinta de servir exclusivamente comida mala para la salud.

Perfecto.

Todas las cabezas se volvieron hacia nosotros al entrar por la puerta. No los culpaba. No todos los días se ve a una pareja vestida de gala entrar en un restaurante de carretera. Intenté recomponerme lo máximo que pude para estar presentable antes de salir del coche, pero no hay mucho que una chica pueda hacer sin su neceser de maquillaje a mano.

Algo cálido y suave me envolvió, y me di cuenta de que Alex se había quitado la chaqueta y me la había puesto sobre los hombros.

—Hace frío —dijo cuando me volví hacia él. A continuación, fulminó con la mirada a un grupo de chicos que se me habían quedado mirando, o mejor dicho, a mis tetas, desde una mesa cercana.

No protesté. Hacía frío, y mi vestido no abrigaba mucho.

Tampoco protesté cuando Alex insistió en que nos sentáramos al fondo y me colocó de cara a la pared para que el resto de clientes no pudieran verme.

Pedimos algo de comer y me revolví al sentir su mirada.

—Cuéntame qué ha pasado en el coche. —Por una vez, su tono era amable, no inquisitivo—. Si no era por Liam, ¿qué te ha hecho...?

—¿Colapsar? —Me puse a jugar con un mechón de pelo suelto. Nadie sabía nada de mis recuerdos perdidos o de mis pesadillas, a excepción de mi familia o mis amigas más cercanas, pero sentía la extraña necesidad de contarle la verdad a Alex—. He tenido un... *flashback*. De algo que ocurrió cuando era niña. —Había permanecido en un estado de negación durante años, diciéndome que eran pesadillas de ficción en lugar de recuerdos fragmentados, pero no podía seguir mintiendo.

Tragué saliva antes de hablarle a Alex, entre balbuceos, de mi pasado, o de lo que recordaba de él. No era la charla ligera que había imaginado cuando sugerí «salvar el resto de la noche», pero me sentí mucho más ligera al terminar de contárselo.

—Me dijeron que fue mi madre —dije—. Mis padres estaban pasando por un divorcio horrible, y al parecer mi madre tuvo una especie de crisis nerviosa que le hizo empujarme al lago, aun sabiendo que yo no sabía nadar. Y me habría ahogado si no llega a ser porque mi padre apareció para coger unos papeles y vio lo que acababa de ocurrir. Me salvó, y la enfermedad de mi madre se agravó hasta que acabó por suicidarse. Me contaron que tuve suerte de salir con vida, pero... —Dejé escapar un suspiro tembloroso—. A veces siento que no tengo mucha suerte.

Alex me había estado escuchando con comprensión, pero sus ojos pestañearon al oír mis últimas palabras.

—No digas eso.

—Ya lo sé. Es caer en la autocompasión, y me niego. Pero ¿te acuerdas de lo que dijiste antes en la gala? ¿Lo de que buscaba el amor desesperadamente? Tienes razón. —Me tembló la barbilla. Parecerá una locura, pero había algo en el hecho de estar refugiada en un rincón de un restaurante cualquiera, delante de un hombre al que creía que no le caía bien hasta hace unas horas, que me hizo verbalizar mis pensamientos más oscuros—. Mi madre intentó matarme. Mi padre apenas me presta atención. Se supone que los padres tienen que ser la mayor fuente de amor en la vida de sus hijos, pero... —Una lágrima me resbaló por la mejilla y se me quebró la voz—. No sé qué hice mal. Quizás si me hubiera esforzado más para ser una buena hija...

—Basta. —Alex me agarró la mano sobre la mesa—. No te culpes por las cagadas de los demás.

—Intento no hacerlo, pero... —Otro suspiro tembloroso—. Por eso me dolió tanto que Liam me engañara. No estaba enamorada de él de verdad, así que no me rompió el corazón, pero fue otra persona más que debía quererme y no lo hizo.

Me dolía el pecho. Si yo no era el problema, ¿por qué me seguía ocurriendo aquello? Había intentado ser una buena persona. Una buena hija, una buena novia... Pero daba igual cuánto me esforzara, al final siempre me hacían daño.

Tenía a Josh y a mis amigas, pero había mucha diferencia entre el amor platónico y los fuertes lazos que unen a una persona con sus padres o con su pareja. Por lo menos, eso creía yo.

—Liam es un idiota y un gilipollas —sentenció Alex—. Si dejas que personas así determinen tu valor, nunca llegarás más alto de lo que te permite su limitada imaginación. —Se inclinó hacia atrás, con expresión intensa—. No tienes que esforzarte para que la gente te quiera, Ava. El amor no se gana, se recibe.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Pensaba que no creías en el amor.

—¿Personalmente? No. Pero el amor es como el dinero. Su valor lo determinan aquellos que creen en él. Y tú, obviamente, crees en él.

Era una manera cínica de verlo muy propia de Alex, pero apreciaba su franqueza.

—Gracias —dije—. Por escucharme y por... todo.

Me soltó la mano y yo cerré el puño para atrapar su calor.

—Si realmente quieres darme las gracias, apúntate a clases de krav magá. —Alex levantó una ceja y yo me reí con suavidad, agradecida por el respiro. Había sido una noche dura.

—Vale, pero tendrás que posar para mi cámara.

La idea se me acababa de ocurrir espontáneamente, pero cuanto más pensaba en ella, más me daba cuenta de que no había nadie a quien deseara fotografiar más que a Alex. Quería descubrir esas capas y revelar el fuego que sabía que albergaba su pecho helado.

Alex suspiró profundamente.

—Estás negociando conmigo.

—Sí —dije mientras contenía el aliento, esperando, rezando...

—Vale. Una sesión.

No pude reprimir la sonrisa.

Tenía razón. Alex Volkov tenía un corazón lleno de capas.

Ava

Durante días le di mil vueltas a si la sesión con Alex debía ser en un estudio o al aire libre.

Me tomaba las sesiones con mucha seriedad, pero esta era diferente. Más íntima. Más... decisiva, como si tuviera el poder de cambiar algo en mí, y no solo porque quizás lo incluyera en el porfolio de la solicitud de la beca World Youth Photography.

Tendría a Alex Volkov solo para mí durante dos horas, y no quería desperdiciar ni un solo segundo.

Al final decidí hacerle fotos de estudio. Alquilé el espacio de la facultad de fotografía de la universidad y esperé a que llegara, con el pulso desbocado.

Estaba más nerviosa de lo debido, pero quizás tenía que ver con el sueño salvajemente inadecuado que había tenido la noche anterior. El sueño me incluía a mí y a Alex en posiciones que dejarían boquiabierto a cualquier acróbata.

Incluso ahora me ruborizaba al recordarlo.

Para mantener a raya las imágenes eróticas no solicitadas, me puse a trastear con la cámara y a mirar por la ventana, donde se empezaban a atisbar los primeros retazos del otoño en los árboles y las hojas se arremolinaban perezosamente a cada golpe de viento. El aire era de un fuego rojo, amarillo, naranja. Un marcador físico de la transición de los felices días del verano a la belleza helada del invierno.

Era septiembre, pero soplaba un viento distinto en un remolino deliciosamente especiado y seductor.

Alex entró en la sala, con su figura ágil y poderosa enfundada en un conjunto totalmente negro: abrigo negro, pantalón negro, zapatos negros, guantes de cuero negro. Todo contrastaba con la pálida belleza de su cara.

Apreté los dedos sobre la cámara. Mi alma creativa empezó a salivar, desesperada por capturar aquel misterio y desnudarlo sobre el papel.

Había descubierto que las personas más calladas y reservadas solían ser los mejores modelos de fotografía, porque el ejercicio no requería hablar; solamente sentir. Aquellos que todos los días se guardaban para sí mismos sus emociones sentían y amaban con mayor intensidad; y los mejores fotógrafos eran aquellos capaces de captar cada gota de emoción que emergía y transformarla en algo visceral y emocionante. Universal.

Alex y yo no nos saludamos. No hubo más palabras más allá de un breve gesto.

En lugar de eso, el aire emanaba silencio mientras se quitaba el abrigo y los guantes. No era un gesto sexual, pero es que todo en él era sexual. La forma en que sus dedos hábiles desabrochaban cada uno de sus botones sin pausa ni duda alguna; la forma en que sus hombros y sus brazos se doblaban bajo la camisa mientras colgaba el abrigo en el gancho de la puerta; la forma en que se movía hacia mí como una pantera acechando a su presa, con los ojos brillantes de sofocante intensidad.

Miles de mariposas se me revolvieron en el estómago y me hicieron apretar aún más fuerte la cámara de fotos, mientras trataba de no echarme atrás ni ponerme a temblar. Un calor líquido se me acumuló en el estómago, y cada centímetro de mi cuerpo se convirtió en una terminación nerviosa hipersensible que latía de excitación.

No me había ni tocado, y ya estaba tan excitada que me puse a temblar. No sabía que eso era posible más allá de las novelas románticas o las películas.

Sus ojos verdes emitieron un destello, como si supiera exactamente lo que me estaba provocando. La dureza de mis pezones debajo del grueso jersey, la humedad de mi entrepierna. Las ganas que tenía de devorarlo, de derramarme entre las grietas de su alma para que no estuviera solo nunca más.

—¿Dónde me quieres? —Su voz sonó rasgada por primera vez desde que lo conocí, transformando su tono claro y autoritario en algo más oscuro. Más pecaminoso.

¿Que dónde lo quería? Por todas partes. Encima de mí. Debajo de mí. Dentro de mí.

Me lamí los labios, súbitamente secos. La mirada de Alex bajó a mi boca y mi cuerpo se estremeció.

No. No era una colegiala en una cita. Era una profesional. Esto era profesional.

Una sesión de retrato con un modelo, al igual que tantas otras sesiones que había hecho antes.

Claro que al resto de mis modelos no había querido empujarlos contra el suelo y cabalgarlos hasta el fin de los tiempos, pero ese era un detalle sin importancia.

—Eh..., aquí está bien —grazné, señalando hacia el taburete que había colocado sobre un fondo blanco.

Había preparado un decorado sencillo. No quería que Alex se distrajera con nada. Su presencia anulaba todo a su alrededor hasta que él era lo único que quedaba en pie.

Se sentó ágilmente en el taburete mientras yo revisaba la configuración de la cámara y tiraba algunas fotos de prueba. Incluso sin posar, sus fotos llenaban la pantalla, como si sus increíbles facciones y sus ojos estuvieran hechos para ser fotografiados.

Contuve mi descarada lujuria y me pasé la hora siguiente intentando sacarlo de su caparazón, colocándolo en varias posturas y pidiéndole que se relajara.

No estaba segura de que Alex entendiera el significado de esa palabra.

Las fotos que había sacado hasta el momento eran muy bonitas, pero les faltaba emoción. Sin emoción, una foto bonita solo es una foto.

Intenté que se abriera con una charla distendida, y le hablé de todo, desde el tiempo hasta las últimas noticias de Josh o los temas del día, pero permaneció distante y moderado.

Probé con una táctica distinta.

—Cuéntame tu recuerdo más feliz.

Alex apretó los labios.

—Creía que era una sesión de fotos, no de terapia.

—Si fuera una sesión de terapia te cobraría quinientos euros por hora —dije de broma.

—Tienes un concepto un poco inflado de tu valor como terapeuta.

—Si no te puedes permitir mis servicios, dímelo. —Disparé unas cuantas fotos más. Por fin. Una señal de vida.

El aire se llenó con el clic y el zumbido del obturador.

—Cariño, podría tenerte con un chasquido de dedos y no tendría que gastarme ni un centavo.

Bajé la cámara y me quedé mirándolo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Una pequeña sonrisa asomó en la comisura de la boca de Alex.

—Significa que me deseas. Se te ve en la cara.

Se me tensaron los muslos y la piel se me puso tan caliente que por poco me convierto en un montón de ceniza en el suelo.

—¿Quién tiene ahora un concepto inflado de sí mismo? —intenté decir con el corazón a mil por hora. Alex nunca me había dicho nada tan directo. Normalmente ocultaba cualquier tipo de atracción entre nosotros, pero ahí estaba, diciendo que yo lo deseaba.

Tenía razón, pero aun así.

Alex se inclinó hacia delante y entrelazó las manos relajadamente. Con agilidad, pero también alerta. Esperando a que cayera en su trampa.

—Dime que no es verdad.

Me volví a chupar los labios. Tenía la garganta seca y su mirada clavada en mi boca. Ese sutil pero inconfundible gesto me dio confianza para decir algo que no habría tenido el valor de decir de otro modo.

—Es verdad. —Estuve a punto de sonreír al ver su cara de sorpresa. No se esperaba que fuera tan sincera—. Pero tú también me deseas. La pregunta es: ¿te da miedo admitirlo?

Alex bajó las cejas gruesas y oscuras.

—No me da miedo nada.

Mentira. Puede que un mes antes me lo hubiera creído, pero ahora lo conocía mejor. Todo el mundo tiene miedo de algo; eso es lo que nos hace humanos. Y Alex Volkov (para todo el control y el poder que tenía) era también maravillosa, terrible y dolorosamente humano.

—Eso no responde a mi pregunta. —Me acerqué a él, con la cámara balanceándose de la correa que llevaba alrededor del cuello. No se movió ni un milímetro, ni siquiera cuando le pasé los dedos por la mandíbula—. Admite que también me deseas.

No estaba segura de dónde había salido aquella osadía. Yo no era Jules. Yo siempre esperaba a que los chicos me pidieran salir, en parte por miedo al rechazo y en parte porque era muy tímida para mover ficha primero.

Pero tenía la impresión de que si esperaba a Alex, quizás tendría que esperar toda la eternidad.

Era hora de tomar cartas en el asunto.

—Si te deseara, ya te habría conseguido —dijo Alex con una suavidad letal.

—A menos que estés aterrado.

Estaba jugando con fuego, pero lo prefería a quedarme esperando de pie en medio del frío.

Me puse rígida cuando Alex me pasó los dedos por el cuello y por el hombro. Sus labios esbozaron una sonrisa burlona.

—¿Estás nerviosa? Creía que era esto lo que querías —tanteó. Bajó la mano un poco más, cerca de la curva de mi pecho. Los lagos helados de sus ojos se derritieron, dejando ver un infierno que me abrasó de la cabeza a los pies.

La cabeza me daba vueltas. Tenía los pezones duros como piedras y el pulso me retumbaba por cada centímetro del cuerpo. De alguna forma, eso era peor que el hecho de que no me tocara donde más me dolía; la expectación me agudizaba los sentidos, y en la piel sentía un cosquilleo fantasma.

—Yo no he dicho eso —susurré. Oh, Dios, qué vergüenza. ¿En qué estaba pensando? Yo no era ninguna *femme fatale* o... una... lo que quiera que se pareciera a una *femme fatale*.

Era incapaz de pensar con claridad.

Alex acarició mi pecho con el dedo pulgar y se me escapó un gemido. Un gemido. Por una caricia que había durado menos de dos segundos.

Me quería morir.

Se le dilataron las pupilas hasta que sus iris verdes se convirtieron en eclipses rodeados de un fuego jade. Retiró la mano y una brisa fresca substituyó al calor de su tacto.

—Termina la sesión de fotos, Ava. —La dureza de su voz me arañó la piel.

—¿Qué? —Estaba demasiado estupefacta por el repentino cambio en la atmósfera como para procesar sus palabras.

—La sesión. Termínala —dijo secamente—. A menos que quieras empezar algo que no estás lista para acabar.

—La... —La sesión. Cierto.

Me tambaleé hacia atrás y traté de volver a concentrarme en la tarea que tenía entre manos. Alex se sentó con la espalda recta y la expresión dura mientras yo lo rodeaba y lo capturaba desde todos los ángulos posibles.

Tan solo el rumor del climatizador rompía el silencio.

—Vale. Hemos terminado —dije después de veinte minutos de insoportable silencio—. Gracias...

Alex se levantó, cogió el abrigo y se fue sin decir palabra.

—Por hacer esto —terminé, y mis palabras reverberaron en la sala vacía.

Dejé escapar un profundo suspiro. Alex era la persona más volátil que había conocido. Tan pronto era amable y protector, como cerrado y distante.

Eché un vistazo a las fotos, con curiosidad por ver cómo habían quedado.

Oh. Vaya. Las emociones de Alex habían impregnado la pantalla después de nuestra... interacción, y sí, la mayoría eran de enfado, pero el enfado a él le sentaba mejor que la alegría a cualquier otra persona. La forma en la que las sombras abrazaban los marcados ángulos de sus cejas, el destello de sus ojos, la estructura de su mandíbula... Probablemente eran las mejores fotos que había tomado nunca.

Me paré en una de las últimas, y me dio un vuelco al corazón.

En ese momento estaba tan preocupada por mis respuestas que no había prestado atención, pero ahora lo veía claro como el agua. Un deseo feroz inundaba el rostro de Alex mientras me miraba, y sus ojos lanzaban fuego a través de la cámara y directamente a mi alma. Era la única foto en la que tenía esa expresión, por lo que debió de ser un desliz momentáneo por su parte.

La máscara se le había caído, solo por unos pocos segundos.

Pero lo cierto era que incluso unos pocos segundos podían cambiar la vida de alguien. Mientras apagaba la cámara y guardaba el equipo con las manos temblorosas, no pude evitar sentir que la mía acababa de cambiar para siempre.

Alex

—Todo habrá acabado en unos meses. —Me apoyé en la silla y giré con la mano el vaso de *whisky*, mirando las motas de polvo bailar en el aire delante de mí.

—Mmmm... —Mi tío se frotó la barbilla, con la mirada fija en la pantalla mientras me examinaba. Había convertido la habitación de invitados en mi despacho, ya que prefería trabajar desde casa los días que no tenía que estar en la oficina. Así me ahorrraba tediosas interacciones sociales—. Para llevar desde los diez años planeando esto, no pareces muy entusiasmado.

—El entusiasmo está sobrevalorado. Solo quiero hacerlo y ya está.

A pesar de mis palabras, me dolía el pecho, porque mi tío tenía razón. Debería estar entusiasmado. La venganza estaba tan cerca que podía saborearla, pero en lugar de un alivio dulce, me invadía un sabor agrio que me amargaba el estómago.

¿Qué habría después de la venganza?

Comparé todos los propósitos que podría haber tenido con la fuerza que me había impulsado todos estos años. La que me había mantenido cuerdo mientras estaba destrozado por dentro. La que me había revivido mientras me desangraba en el suelo, inconsciente, en un pozo de culpa y terror. La que había colocado el tablero de ajedrez en el que yo había alineado dolorosamente las piezas una por una, año tras año, a la espera del momento de derrocar al rey.

No me daba miedo casi nada, pero sí lo que pudiera pasar si perdía mi propósito vital.

—Hablando de hacer... —Dejé el vaso en la mesa—. Supongo que hoy has firmado los papeles del acuerdo de Gruppmann.

Ivan sonrió.

—Felicidades. Estás un paso más cerca de dominar el mundo.

Yo. Porque el Grupo Archer siempre había sido mío.

Había fundado la matriz con mi dinero, y la empresa había prosperado gracias a mis decisiones de los últimos años. Mi padre había creado su propia empresa de construcción al emigrar a Estados Unidos, y su sueño siempre había sido que yo la heredara. La empresa quebró cuando murió (yo era demasiado joven para evitar su cierre), pero había seguido su camino construyendo algo nuevo. Algo más grande.

Lo único que mis padres querían para mí era felicidad y éxito. La parte de la «felicidad» aún estaba por alcanzar, pero la del «éxito» se me había dado muy bien.

Después de la reunión semanal con mi tío, saqué mi segundo portátil y abrí la carpeta encriptada donde guardaba todos los documentos que detallaban el estado de las finanzas, los acuerdos de negocios (tanto legales como ilegales) y los futuros contratos de mi enemigo. Había intervenido en su imperio durante años, lo suficientemente despacio como para que pensara que tan solo era una larga racha de buena suerte. Ahora solo necesitaba una prueba más antes de destruirlo para siempre.

Me quedé mirando a la pantalla, con los números emborronados ante mis ojos mientras visualizaba mi táctica final. El plan no me entusiasmaba tanto como antes.

Por lo menos había disfrutado de la caída de Liam Brooks. Unas cuantas llamadas y lo despedirían, y después lo vetarían en todas las empresas importantes del noreste de Estados Unidos. Unos cuantos susurros en los oídos adecuados y acabaría en la lista negra de todo Washington. La verdad es que yo solo había acelerado su inevitable descenso a los infiernos, ya que según la información que había recabado, desde su graduación, Liam se había aficionado demasiado al consumo de drogas y a conducir borracho. Solo era cuestión de tiempo que él solito la cagara en el trabajo o se metiera con la gente equivocada.

Tenía todo a su alcance en bandeja de plata y lo había tirado por la borda por un rato de colocón. Perdona si lo apunto en mi libreta de cosas que me importan una mierda.

Y también le había puesto los cuernos a Ava, así que indudablemente le faltaba un hervor.

En el teléfono me sonó una interacción de redes sociales. Odiaba las redes, pero era la mayor mina de oro de información del mundo. Era increíble la cantidad de datos personales que la gente compartía en la red sin preocuparse de quién pudiera verlos.

Deslicé el dedo sobre la notificación para eliminarla, pero sin querer pinché encima y se abrió un vídeo de dos personas discutiendo. Estaba a punto de cerrarlo cuando me detuve y miré más de cerca.

¡Mierda!

El vídeo seguía reproduciéndose cuando me levanté y salí corriendo hacia casa de Madeline.

Ava

De todos los planes que había imaginado para la noche del viernes, que una rubia me acorralara en una piscina y me mirara como si le hubiera robado su bolso de Prada favorito no era uno de ellos.

—Perdona, ¿te conozco? —pregunté en un amago de cordialidad, mientras daba un paso atrás. La mujer me sonaba de algo, pero no sabía exactamente de qué.

—No creo que nos hayan presentado. —Su sonrisa podría haber cortado el cristal. Objetivamente, era una de las mujeres más guapas que había visto nunca. Tenía una melena rubia ondulada, los ojos cerúleos y un cuerpo de estatua griega, como una Afrodita de carne y hueso. Pero había algo duro en su expresión que no la hacía nada atractiva—. Madeline Hauss, del imperio petroquímico Hauss. Esta es mi casa.

—Oh. Yo soy Ava. Chen —añadí cuando se me quedó mirando—. De los Chen de... Maryland. ¿Puedo... ayudarte en algo? —Esperaba no haber sonado maleducada, teniendo en cuenta que estábamos en su casa, pero para empezar, yo no quería ir a aquella fiesta. Stella, que era amiga de la que resultó ser la hermana de Madeline, me había insistido para que la acompañara después de haber pasado toda la semana absorbida por los estudios y la solicitud de la beca. Jules y Bridget ya tenían planes, por lo que solamente fuimos nosotras dos.

—Tenía ganas de verte bien —murmuró Madeline—. Ya que llamaste tanto la atención de Alex en la gala.

La gala. Claro. Esta era la mujer que había visto hablando con Alex mientras yo bailaba con Colton. Intenté no mirar, pero no pude evitar compararme con ella todo el tiempo.

Para desgracia de Jules, me había negado a poner en marcha la parte de los celos de la Operación Emoción, pero había usado a Colton deliberadamente para darle celos a Alex en la gala. Fue estúpido y mezquino, pero Colton había aparecido en el mismo momento en que había visto a Alex con Madeline, y yo misma estaba tan consumida por los celos que no lo dudé ni un segundo. Viendo la reacción de Alex cuando nos vio bailando, parecía que había funcionado, quizás demasiado bien, a juzgar por la mirada de Madeline.

—No sabía que conocías a Alex —mentí. Entonces se me revolvió el estómago, y no por el tono envenenado de Madeline.

La piscina cubierta de los Hauss parecía una lujosa y moderna terma romana, alicatada en mármol y llena de columnas doradas. La piscina principal lanzaba destellos turquesas bajo una cúpula de cristal que dejaba ver el cielo nocturno en todo su esplendor, y bajo el agua se intuía un mosaico con la forma de una sirena. Pero el olor del cloro, la imagen de toda aquella agua...

Estaba a punto de echar la cena.

Los Hauss vivían en una enorme mansión en Bethesda, y Stella y yo llevábamos toda la noche husmeando y disfrutando de todas las opciones de ocio y música que las distintas habitaciones nos ofrecían. Mientras Stella iba a por unas copas, yo me había puesto a deambular por las salas de alrededor y de pronto me había topado con mi peor pesadilla acuática. Madeline me había acorralado antes de poder irme, y ahí estábamos.

—Oh, conozco muy bien a Alex —dijo Madeline, y supe de inmediato, con una revelación en el estómago, que era una de esas «mujeres concretas» con las que salía. ¿Seguían saliendo? ¿Era ella con quien iba a tener una cita antes de que yo le asaltara con mi plan de la maratón de películas?

Me invadieron los celos, casi con más fuerza que las náuseas por el cloro.

—Lo que no entiendo es por qué está interesado en ti —me recorrió con la mirada—. Dudo que soportes sus gustos en la cama.

Me contuve, pero aun así sentí un destello de curiosidad. ¿Qué gustos?

—Te sorprenderías —contesté, intentando que me desvelara más información.

Mi mente volvió al sueño erótico que había tenido con Alex, y se me disparó el corazón.

Madeline sonrió con malicia.

—Por favor. Pareces el tipo de chica que espera besitos tiernos y tonterías de ese tipo en la cama. Pero como ya sabrás —su sonrisa se volvió aún más perversa—, Alex no hace nada de eso. Es bien sabido por cierta parte de la población femenina de Washington. Están prohibidos los besos y el contacto cara a cara durante el sexo. —Bajó la cabeza para susurrarme al oído—: Pero te lo hará desde atrás. Te ahogará y te follará hasta que veas las estrellas. Te dirá todo tipo de guarradas y te tratará como a una puta. —Se enderezó con los ojos rebosantes de triunfo al ver mi cara ruborizada—. A algunas mujeres nos gusta eso. A ti... —Volvió a mirarme y se le escapó una risa—. Mejor vuelve a tus pastelitos, cielo. Estás en otra liga.

Mientras la escuchaba sentí cómo me vibraba el cuerpo, de rabia por su condescendencia y de vergüenza por la imagen que me había descrito.

Estábamos llamando la atención de la gente. Otros asistentes a la fiesta se habían arremolinado a nuestro alrededor, sedientos de sangre. Unos pocos habían sacado los móviles para grabarnos. Supongo que el reclamo era Madeline, porque yo no era tan popular como para interesarle a nadie.

—Puede —dije, saboreando el caramelo envenenado que acababa de darme— que simplemente no le guste mirarte mientras lo hacéis. Porque nunca ha tenido ese problema conmigo.

Mentira. Pero no tenía por qué saberlo.

Había jugado limpio hasta el momento, pero podía tirarme al barro si la situación lo requería.

La sonrisa de Madeline se esfumó.

—Se hartará de ti en una semana. A un hombre como Alex no le puedes dar demasiado azúcar si no quieres que le dé una indigestión.

—Y tampoco le puedes dar demasiada hiel si no quieres que te mande a la mierda. —Levanté las cejas—. Pero imagino que eso ya lo sabes, ¿no? —No sabía de dónde había salido todo aquel descaro, porque yo no era así normalmente, pero Madeline sacaba lo peor de mí.

Odiaba ser el tipo de chica que se pelea con las demás por un tío, pero ella había atacado primero. No podía quedarme quieta y dejarme avasallar.

La piel cremosa de Madeline ardía de furia.

—¿Me estás llamando amargada?

Sal ya de ahí, me dijo mi conciencia. Y casi lo hago, hasta que me vino la imagen de Madeline y Alex juntos, y empecé a vomitar palabras:

—Sí, ¿y qué? ¿Qué me vas a hacer?

Eso había sido infantil. Muy infantil. Pero me había tentado y yo había podido...

Se me nubló la mente cuando sentí cómo mi cuerpo salía despedido de espaldas y estallaba contra la superficie de la piscina.

Me había empujado. A la piscina.

La piscina.

OhDiosohDiosohDios.

Escuché su risa grotesca rebotar por todas partes, pero sonaba muy tenue comparada con el rugido en mis oídos. Me invadió el pánico, se me paralizaron las extremidades y lo único que pude hacer fue mirar la sonrisa burlona de Madeline hasta que mi cara se hundió bajo el agua.

Voy a morir.

Alex

—¿Dónde está? —Agarré a Madeline del cuello, resistiendo el impulso de retorcerlo hasta que su cara de engreída desapareció.

Nunca había levantado la mano a ninguna mujer fuera de la cama (y dentro solo con consentimiento), pero estaba a punto de perder los nervios.

Después de ver el vídeo de Madeline empujando a Ava a la piscina, que reconocí de inmediato como la piscina de la mansión de los Hauss, me salté todos los límites de velocidad hasta llegar allí. Cuando lo hice, la fiesta había terminado y solo quedaban algunos rezagados. Me topé con Madeline en la cocina riéndose junto a sus secuaces, pero no hizo falta más que una mirada feroz para que se apartara y me siguiera hasta el vestíbulo.

—¿Por qué no me aprietas un poco más? —susurró—. Lo estás deseando.

—No he venido aquí a jugar a tus jueguecitos. —Se me estaba empezando a agotar la paciencia—. Contesta a la pregunta o acabaré con Industrias Hauss.

—No tienes tanto poder.

—No me subestimes, cielo. —No iba con cariño—. Que hayamos follado unas cuantas veces no significa que conozcas mis cartas. Así que a menos que quieras explicarle a tu papá por qué los reguladores están con el agua al cuello y las preciosas acciones de su empresa se están desplomando, te aconsejo que me contestes. Ahora mismo.

Madeline apretó los labios.

—Su amiga la sacó de la piscina, y luego se marcharon —dijo de pronto—. ¿Cómo iba a saber yo que no sabía nadar?

Apreté la mano e hice un gesto de desdén cuando vi el deseo en sus ojos.

—Más te vale que esté bien, o la quiebra de Industrias Hauss será la última de tus preocupaciones —susurré—. No intentes contactarme o acercarte a mí nunca más. ¿Entendido?

Madeline alzó la barbilla, desafiante.

—¿Me-has-entendido? —Le presioné la blanda carne del cuello con el pulgar, con fuerza suficiente para amenazarla sin hacerle daño.

—Sí —dijo medio ahogada, con la voz llena de rencor.

—Bien. —La solté y me fui a paso calmado, aunque solo tenía ganas de correr hasta casa de Ava para asegurarme de que estaba bien. No había contestado a mis llamadas ni a mis mensajes, y aunque entendía el motivo, me ponía nervioso.

—¿Merece tanto la pena? —preguntó Madeline a mi espalda.

No me molesté en contestarla.

Sí.

Llegué al coche, pisé el acelerador a fondo y por poco atropello a un grupo de borrachos. Me aferré al volante con fuerza mientras imaginaba cómo debió de haberse sentido Ava al caer en la piscina, o cómo debía de estar en ese momento.

Un amasijo de preocupación y furia me sacudió el estómago. A la mierda lo que le había dicho a Madeline. Ya había puesto el punto de mira en su familia, y no pararía hasta que Industrias Hauss no fueran más que una nota al pie de página en la historia.

Llegué a casa de Ava justo a tiempo de ver salir a Stella. Paré el motor y alcancé la puerta en unas pocas zancadas.

—¿Cómo está? —pregunté.

Stella tenía cara de preocupación.

—Podría estar peor, dadas las circunstancias. Yo había ido a por unas copas cuando ella se metió en la sala de la piscina... —Se mordió el labio inferior—. En fin, que volví cuando esa mujer ya la había empujado a la piscina. La saqué antes de que se desmayara, pero aún sigue temblando. Jules todavía no ha llegado, y quería quedarme con ella, pero ha dicho que se iba a dormir y me ha insistido para que me fuera. —Stella frunció el ceño—. Deberías echarle un ojo. Por si acaso.

Era relevante que me lo pidiera justamente Stella, que era la amiga de Ava a la que peor le caía. Eso decía mucho del estado actual de Ava.

—Yo me ocupo. —Entré en la casa como una flecha.

—¿Cómo te has enterado tan rápido de lo que ha pasado? —preguntó Stella a mi espalda.

—Por redes —dije por toda respuesta. Anoté mentalmente llamar a mi informático y pedirle que eliminara cualquier rastro del vídeo de internet. Era la misma persona de confianza que hackeaba para mí los ordenadores de mis rivales y sacaba a relucir todos sus paraísos fiscales. Después de cinco años trabajando juntos no había ninguna tarea que no hubiera logrado hacer. A cambio le pagaba tanto dinero que podría haberse comprado una isla privada frente a las costas de Fiyi si hubiera querido.

Subí la escalera de dos en dos hasta llegar al dormitorio de Ava. Por la rendija de la puerta se colaba una luz que me hizo saber que aún estaba despierta, a pesar de lo que me había dicho Stella.

Toqué dos veces la madera con los nudillos.

—Soy Alex.

Hubo una pausa.

—Pasa.

Ava estaba sentada en la cama con el pelo húmedo y la mirada asustada. Mi furia fue sustituida por preocupación cuando me di cuenta de lo pálida que estaba y de su manera de temblar, y eso que estaba encendida la calefacción y que se había tapado con una colcha gruesa.

—He visto lo que ha pasado. Un gilipollas lo grabó en directo para las redes. —Me senté al borde de la cama y resistí el impulso de estrecharla contra mi pecho—. Lo siento.

—No es tu culpa. No te culpes por las cagadas de los demás.

Me salió una sonrisa débil al oír mis propias palabras en su boca.

—Tienes un gusto pésimo para las mujeres —resopló Ava—. A ver si lo mejoras.

—Madeline y yo ya no estamos juntos. Nunca lo estuvimos.

—Eso no es lo que me ha dicho.

Ladeé la cabeza al escuchar su tono seco.

—¿Estás... celosa?

La idea me gustaba más de lo debido.

—No. —Con el ceño fruncido y la camiseta del pijama, parecía un gatito enfadado—. ¡Por favor! ¿Qué más me da que sea alta y rubia y parezca una modelo de Victoria's Secret? Es una malísima persona. La próxima vez que la vea, le meto una patada de krav magá.

Sonreí un poco más. Ava solo había ido a una clase. Aún le quedaba mucho tiempo para poder darle una buena patada a alguien, pero su indignación era adorable.

—No volverá a molestarte —dije con seriedad—. La piscina...

—Creí que me moría.

Me estremecí de terror solo de pensarlo.

—Creí que me moría porque no sé nadar y tengo esta maldita fobia y estoy harta de ella. —Ava agarró la colcha con fuerza y apretó los labios—. Odio sentirme inútil y perder el control de mi propia vida. ¿Sabes que viajar por el mundo es uno de mis mayores sueños y no puedo hacerlo porque la idea de volar sobre el océano me pone enferma? —Suspiró profundamente—. Quiero ver todo lo que hay ahí fuera. La torre Eiffel, las pirámides de Egipto, la Gran Muralla china... Quiero conocer gente nueva y probar cosas nuevas y vivir la vida, pero no puedo. Estoy atrapada. Cuando estaba en esa piscina, pensando en que esos iban a ser mis últimos momentos..., me di cuenta de que no había hecho nada de lo que quiero hacer. Si me muriera mañana, me moriría arrepentida, y eso me aterra más que el agua. —Me miró con los ojos oscuros abiertos de par en par, rebosantes de vulnerabilidad—. Por eso necesito que hagas algo por mí.

Esta vez fui yo el que tragó saliva.

—¿Qué necesitas, Rayito?

—Necesito que me enseñes a nadar.

Ava

Si tuviera que describir a Alex Volkov, se me ocurriría una letanía de adjetivos. Frío. Bello. Implacable. Genio.

«Paciente» no era uno de ellos. Ni siquiera estaba entre los mil primeros.

Pero durante las últimas semanas, tenía que admitir que quizás había subido algún puesto en la lista, porque había sido muy paciente al ayudarme con todos los ejercicios de visualización y meditación que me preparaban para la primera clase de natación real.

Si dos meses antes me hubieran dicho que iba a estar «visualizando» y «meditando» con el mismísimo Alex Volkov, me habría partido el culo, pero a veces la realidad supera a la ficción. Y he de decir que los ejercicios ayudaban. Me había visualizado caminando junto al borde del agua, y después había usado técnicas para calmarme. Empecé con cosas pequeñas, como piscinas y estanques, y después seguí con lagos. Alex también empezó a llevarme a sitios donde había agua para que me empezara a sentir más cómoda cerca de ellos. Incluso metí el pie en una piscina.

No había curado mi miedo al agua, pero ahora era capaz de pensar en ella sin que me diera un ataque de pánico la mayor parte de las veces. La idea de volar sobre un océano aún me daba náuseas, pero ya llegaríamos a eso.

Lo más importante era que tenía esperanza. Si me esforzaba lo suficiente, quizás un día por fin conquistaría el miedo que me había asolado desde que tenía uso de razón.

Pero aquel no fue el único cambio en mi vida. Algo era distinto en mi relación con Alex. Ya no solo era el mejor amigo de mi hermano, sino también el mío, aunque algunos de los sentimientos que tenía hacia él eran

más que platónicos. Lo que sentí durante la sesión de fotos no era nada comparado con las fantasías que poblaban mi mente ahora.

Te lo hará desde atrás. Te ahogará y te follará hasta que veas las estrellas. Te dirá todo tipo de guarradas y te tratará como a una puta.

Aquello era lo único que no podía olvidar de mi conversación con Madeline. Cada vez que lo pensaba se me tensaban los muslos y empezaba a emanar calor entre las piernas. Me daba vergüenza admitirlo, pero sí, me había masturbado más de una vez con la fantasía de que Alex me hiciera... esas cosas.

No es que fuera a hacerlo. Para mi frustración, se había comportado desde mi incidente en la piscina. No había habido miradas picantes, ni toqueteos, ni rastro del deseo que le había visto en la cara en aquella foto que le había tomado en la sesión.

Esperaba que eso cambiara esa noche.

—Estoy nerviosa —dijo Stella apoyada tras el sofá; era tan alta que tenía que agacharse para que sus rizos oscuros no se asomaran por arriba—. ¿Tú estás nerviosa?

—No —mentí. Pero sí que lo estaba.

Era el cumpleaños de Alex, y le estaba preparando una fiesta sorpresa. Con toda probabilidad odiaba las fiestas y las sorpresas, pero de alguna forma sentía que se lo debía. Además, nadie debería pasar solo su cumpleaños. Le pregunté a Alex sus planes para esa noche (sin que descubriera que sabía que era su cumpleaños) y dijo que tenía que revisar varios documentos de trabajo.

Documentos de trabajo. En su cumpleaños.

Va a ser que no.

Ya que no conocía a ninguno de sus amigos, excepto a Ralph, el entrenador de krav magá, había elaborado una lista reducida de invitados. En el salón de Ralph se escondían Jules, Stella, Bridget, Booth y algunos otros alumnos de la academia de krav magá. Ralph había accedido a ser el anfitrión de aquella juerga y engañar a Alex para que pensara que era una quedada de Halloween de los compañeros de clase; los dos debían de estar al llegar.

Había descartado la idea de una fiesta de disfraces (me daba que a Alex no le iba a gustar mucho), pero esperaba que la propia fiesta fuera una

buena idea. A la gente normal le gustan las fiestas, aunque él no era gente normal.

Se escuchó la puerta del coche y se me encogió el estómago de nervios.

—¡Shhh! Ya vienen —dije en un susurro.

Los murmullos del salón se apagaron.

—... ayudarme a montarlo —dijo Ralph, mientras abría la puerta y encendía la luz.

Todos saltamos a la vez.

—¡Sorpresa!

Ojalá hubiera tenido la cámara a mano, porque la expresión de Alex no tenía precio. Parecía un maniquí congelado, a excepción de sus ojos, que se movían desde los globos que había atado a los muebles hasta el cartel que habíamos hecho donde ponía «¡Feliz cumpleaños, Alex!» con letras brillantes. Después, se volvió hacia mí.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé, intentando controlar los nervios. No pude distinguir si la sorpresa le había gustado u horrorizado, o si le daba igual. Era más difícil de leer que un libro de latín a oscuras.

No contestó. Alex seguía congelado.

Jules vino al rescate, encendió la música y animó a la gente a comer y a esparcirse. Mientras todos se desperdigaban, me acerqué a él con una enorme sonrisa.

—Te hemos engañado, ¿eh?

—¿Cómo sabías que era mi cumpleaños? —Alex se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá. Al menos tenía intención de quedarse.

Me encogí de hombros, algo avergonzada.

—Eres el mejor amigo de Josh. Claro que lo sabía.

Frunció el ceño.

—Pero nunca habíamos celebrado mi cumpleaños.

—Para todo hay una primera vez. Venga. —Lo agarré de la muñeca—. ¡Tienes veintisiete años! Significa que te tienes que tomar veintisiete chupitos.

Frunció el ceño un poco más.

—Ni de coña.

—Valía la pena intentarlo —reí—. Solo quería saber si eras tan tonto como para hacerlo.

—Ava, soy un genio.

—Y muy humilde.

Alex dejó asomar una sonrisa. No muy grande, pero ya habría tiempo.

Me costó un poco, pero se fue relajando a lo largo de la noche y al final se le veía comer y charlar con los demás como un ser humano normal. Le había hecho una tarta *red velvet*, ya que le gustaba tanto, y le cantamos el «Cumpleaños feliz» mientras soplabamos las velas. Lo típico.

Aunque se negó a participar cuando Ralph sacó su máquina de karaoke medio borracho.

—¡Vamos! —insistí—. No tienes que cantar bien. Yo canto fatal, pero lo haré igualmente. Es para reírnos.

Alex negó con la cabeza.

—No hago nada que no se me dé bien, pero tú eres libre.

—Qué tontería. ¿Cómo vas a ser bueno en algo sin practicar?

Seguía quieto, así que suspiré y animé la fiesta con una versión desafinada de «Oops!... I Did It Again», de Britney Spears, hasta que rompieron en aplausos. Alex se había recostado en el sofá con el brazo detrás de la cabeza y unos cuantos botones de la camisa desabrochados. Me dedicó una sonrisa lánguida mientras me miraba cantar a pleno pulmón.

Estaba tan guapo y relajado que me equivoqué con la letra, pero la ovación me la llevé de todos modos.

La fiesta acabó unas horas después, y yo insistí en quedarme a recoger a pesar de que Ralph me dijo que él podía hacerlo. Todo el mundo se ofreció a echar una mano, así que nos dividimos en grupos: recoger la basura, barrer, etc.

A Alex y a mí nos tocó fregar los platos. Ralph no tenía lavavajillas, así que yo fregaba y él secaba.

—Espero que te lo hayas pasado bien —dije, frotando el azúcar de la tarta pegado a un plato—. Perdona por el infarto que casi te provocamos.

Su risa hizo revolotear a las mariposas de mi estómago.

—Hace falta algo más que una fiesta para que me dé un infarto. —Agarró el plato que tenía en la mano y lo secó antes de colocarlo en el escurridor. Ver a Alex hacer algo tan cotidiano me provocó otra descarga de emoción. Tengo un problema serio—. Pero me lo he pasado muy bien. —Carraspeó y añadió—: Ha sido mi primera fiesta de cumpleaños desde que murieron mis padres.

Me quedé helada. Alex nunca me había hablado de sus padres, pero Josh me había dicho que habían muerto cuando él era joven, lo que significaba que no había tenido fiestas de cumpleaños al menos en la última década.

Se me rompió el corazón al oírlo. No por la fiesta, sino porque no pudiera celebrarlo con su familia. Por primera vez, me di cuenta de lo solo que debía de sentirse Alex sin ningún pariente en el mundo a excepción de su tío.

—¿Y qué sueles hacer en tu cumpleaños? —pregunté con voz suave.

Se encogió de hombros.

—Trabajar. Tomar algo con Josh. No mucho. Mis padres lo celebraban por todo lo alto, pero después de morir no tenía sentido.

—¿Cómo...? —me detuve antes de terminar la pregunta. Un cumpleaños no era el mejor momento para preguntarle a alguien cómo había muerto su familia.

Alex contestó de todas formas.

—Fueron asesinados. —Después de un instante de duda, añadió—: El rival de mi padre lo organizó todo e hizo que pareciese un robo que había salido mal. Mis padres me escondieron antes de que nos encontraran, pero vi... —Tragó saliva—. Vi cómo ocurrió todo. Mi madre, mi padre y mi hermana pequeña, que no tuvo tiempo de esconderse.

Me invadió el terror al pensar en que había tenido que presenciar el asesinato de su propia familia.

—Lo siento. Es... No tengo palabras.

—Tranquila. Al menos cogieron a los hijos de puta que apretaron el gatillo.

—¿Y al rival de tu padre? —pregunté con suavidad.

Parpadeó.

—El karma se ocupará de él.

Sentía un peso en el corazón dentro del pecho y se me ocurrió algo terrible:

—El síndrome que padeces...

Alex esbozó una sonrisa triste.

—Es una putada. Lo revivo todos los días. A veces pienso si quizás podría haberlos salvado, aunque solo fuera un chaval. Solía enfurecerme por la injusticia hasta que me di cuenta de que a nadie le importaba una

mierda. No había nadie que me escuchara. Solo existe la vida y la suerte, y a veces en las dos cosas te tocan las peores cartas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Se me habían olvidado los platos, sentía demasiado dolor.

Me acerqué a Alex, que me miró con una expresión tensa.

—A veces, pero no siempre. —De lejos se oía a los demás charlando en el salón, pero parecían estar a años luz de distancia. Allí en la cocina, Alex y yo habíamos entrado en nuestro pequeño mundo—. Hay algo bello esperándote, Alex. Tanto si lo encuentras ahora como si es dentro de muchos años, espero que te haga recuperar la fe en la existencia. Te mereces toda la belleza y la luz del mundo.

Lo dije en serio. Detrás del caparazón helado había un humano, y su corazón roto había roto el mío en mil pedazos.

—Ya estás romantizándome otra vez. —Alex no se movió cuando di otro paso hacia él, aunque le brillaban los ojos—. Ya es tarde para mí, Rayito. Destrozaré todo lo bello que se cruce en mi camino.

—Lo dudo mucho —dije—. Y no estaba romantizándote. Pero ahora sí.

Antes de perder el control, me puse de puntillas y lo besé.

Fue un beso suave y puro, pero el efecto fue igual que si nos hubiéramos morreado durante horas. La piel me ardía, y el calor en mi estómago se reavivó. Me estremecí ante aquella sensación, el pulso me latía tan fuerte que no podía oír nada. Los labios de Alex eran fríos y firmes, y sabía a *red velvet* y a especias, y solo deseaba abrazarlo y devorarlo hasta no dejar nada de él.

Alex se quedó quieto, con el pecho inflándose y desinflándose al respirar profundamente después de mi acercamiento. Apoyé mi mano en su pecho y recorrí sus labios con mi lengua, buscando una entrada...

Ahugué un grito cuando Alex tiró de mí para besarme profundamente. Me agarró del pelo y tiró, haciéndome arquear la espalda mientras su lengua se hundía en mi boca.

—No es el tipo de romance que imaginabas, ¿no? —murmuró, tirando tan fuerte que se me humedecieron los ojos. Me dio la vuelta y el borde de la encimera se me clavó en la piel, y con la mano me levantó la pierna para rodear su cintura. Su erección hizo presión sobre mi cuerpo, y yo me apreté sin miramientos, desesperada por la fricción.

—Pídeme que pare, Rayito.

—No. —¿Pedirle que parara? Ni una horda de caballos salvajes me iba a sacar de ahí.

Le metí la mano en la camiseta, ávida por explorar la piel suave y los músculos tersos bajo mis dedos. Mi cuerpo entero palpitaba de ansia, y la posibilidad de que alguien nos pillara me excitaba todavía más. Solo había sido un beso, pero parecía mucho más. Algo peligroso.

Alex gruñó. Su boca buscó la mía otra vez, y el beso se volvió salvaje. Voraz. Hambriento. Era implacable invadiendo mis sentidos, y su tacto, tan caliente y posesivo que se me impregnaba en la piel, y me rendí ante él sin el menor atisbo de resistencia.

Estaba a punto de desabrocharle el cinturón cuando se separó con tanta fuerza que me tambaleé hacia atrás, desorientada por la repentina falta de contacto. Me latía todo el cuerpo, tenía los pezones para rayar diamantes y la piel tan sensible que cualquier soplo de aire me hacía temblar. Pero cuando aquella nube se disipó, me di cuenta de que Alex me estaba mirando con furia.

—Joder. —Se restregó la mano en la cara, con una expresión feroz que haría temblar a cualquiera—. Joder, joder, joder.

—Alex...

—No. ¿En qué estabas pensando? —espetó—. ¿Creías que íbamos a follar en la cocina mientras tus amigas están en la habitación de al lado?

Me ruboricé.

—Si es por Josh...

—No es por Josh. —Alex se puso los dedos entre los ojos y suspiró lenta y controladamente—. No solamente.

—¿Y entonces? —Me deseaba. Lo sabía; lo notaba, y no solo por el enorme bulto que revelaba su pantalón. Sí, Josh nos mataría si descubriera lo que había pasado, pero tampoco podía estar enfadado de por vida. Además, no volvía a Washington hasta Navidad. Teníamos tiempo.

—Es por ti. Y por mí. Juntos. No funcionaría. —La mirada de Alex se intensificó—. Sea cual sea la fantasía que tienes en la cabeza, acaba con ella. Ese beso ha sido un error. No va a volver a ocurrir.

Quería morir de la humillación. No sabía qué era peor, que Alex no me correspondiera al beso o que me correspondiera y después dijera eso. Quería discutir, pero ya se me había agotado el cupo de valor por esa noche.

Me había costado horrores besarlo primero, y una solo puede ofrecerse a un tío unas pocas veces antes de que sea humillante.

—Vale. —Cogí un plato cualquiera de la pila y me puse a frotarlo, incapaz de mirarlo a los ojos. Tenía la cara tan roja que sentí que iba a explotar—. Lo pillo. Aquí no ha pasado nada.

—Bien. —Alex no sonó tan satisfecho como pensaba.

Seguimos fregando en un silencio solo roto por el ruido de la vajilla.

—Intento salvarte, Ava —dijo de pronto, justo cuando acabamos de fregar los platos y estaba a punto de irme.

—¿De qué? —Evité mirarlo, pero por el rabillo del ojo podía ver cómo él me miraba.

—De mí.

No contesté, porque ¿cómo iba a decirle al hombre que quería salvarme que yo no quería que nadie me salvara?

Alex

Estaba sediento de sangre, y todo el mundo se apartó a mi paso mientras cruzaba el vestíbulo hacia los ascensores. Mi nueva secretaria, a la que había contratado después de despedir a la insípida hija del congresista por darle mi número de teléfono al director ejecutivo de Gruppmann, fingió estar hablando por teléfono cuando pasé, y el resto de los empleados clavaron la vista en sus pantallas como si sus vidas dependieran de ello.

No los culpaba. Llevaba una semana cortando cabezas a diestro y siniestro.

Incompetentes, todos y cada uno de ellos.

Me negué a contemplar ninguna otra razón que no fuera esa por la que estaba de tan mal humor desde mi cumpleaños, especialmente si la «otra razón» medía un metro sesenta y cinco y tenía el pelo negro y los labios más dulces que el pecado.

Ignoré a las personas que salieron corriendo del ascensor al verme entrar, y pulsé el botón para ir al vestíbulo.

Ese maldito beso. Me lo había tatuado en el cerebro, y a veces me descubría pensando en él (en el sabor de Ava, en su contacto con mis brazos) más de lo debido. Gracias al «don» de mi memoria, podía revivir aquellos minutos en la cocina de Ralph como si fueran reales todas las noches en la ducha, con la mano aferrada a mi miembro y el pecho ardiendo de autodesprecio.

No había visto ni había sabido nada de Ava desde aquella noche. Se había saltado la clase de natación esa semana y ni siquiera me había avisado. Jules fue quien me dijo que estaba ocupada.

Su ausencia dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Me metí en el coche y me puse a pensar. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Tamborileé con los dedos en el volante, indeciso, hasta que finalmente me armé de valor para meter en el GPS la dirección de la galería McCann en Hazelburg.

Diecinueve minutos después entraba en la galería. Examiné el suelo de madera clara, los cuadros enmarcados que colgaban de las paredes blancas, la media docena de visitantes bien vestidos que deambulaban por el espacio y entonces me fijé en la morena sentada detrás del mostrador.

Ava hablaba con una clienta, con expresión animada y una sonrisa resplandeciente mientras decía algo que hizo que la mujer también sonriera. Se le daba muy bien sacar la alegría de los demás.

Todavía no me había visto, y durante un rato me dediqué a mirarla, dejando que su luz iluminara todos los rincones oscuros de mi ser.

Cuando la clienta se marchó, me acerqué a ella, con mis mocasines hechos a medida caminando sigilosamente por el suelo pulido. No fue hasta que mi sombra la cubrió que Ava miró hacia arriba con una sonrisa cortés y profesional que se esfumó en el momento en que me vio.

Tragó saliva, y la imagen de su cuello provocó una descarga de deseo no solicitada en mi entrepierna.

No me había tirado a nadie, excepto a mi mano derecha, en meses, y el celibato me estaba volviendo loco.

—Hola —dijo con recelo.

—Toma. —Saqué un teléfono móvil completamente nuevo (un modelo recién salido que aún no estaba disponible en el mercado y que me había costado un pastón) y lo dejé en el mostrador.

Arqueó la ceja, confusa.

—Creía que se te había roto el móvil, ya que en cinco días no he recibido ni un mensaje tuyo —dije con frialdad.

La confusión permaneció unos instantes más hasta que hice un gesto de burla, y el corazón me dio un vuelco como un acróbata de circo. Anoté mentalmente hablarlo con mi médico en mi revisión anual.

—Me has echado de menos —dijo.

Abracé con las manos el borde del mostrador.

—No.

—Te has presentado en mi trabajo y me has comprado un móvil porque llevo unos días sin escribirte. —Los ojos de Ava brillaron con malicia—.

Creo que eso cuenta como echarme de menos.

—Te equivocas. Te he comprado un móvil por si acaso lo necesitabas para una emergencia.

—En ese caso... —Empujó la caja hacia mí—. No lo necesito. El mío funciona bien. Es solo que he estado ocupada.

—¿Haciendo qué? ¿Tenías que ir a un ashram en medio del desierto?

—Eso no es asunto tuyo y nunca lo sabrás.

Me latió una vena en la sien.

—Joder, Ava, no tiene gracia.

—Nunca dije que la tuviera. —Agitó las manos en el aire—. No sé qué quieres que diga. Te di un beso, tú a mí otro, y luego dijiste que había sido un error, y acordamos no volver a hacerlo. Creía que querías espacio y te lo di. No soy una de esas chicas que persiguen a los tíos que pasan de ellas. —Ava apretó los labios—. Sé que las cosas están raras entre nosotros desde el sábado. Quizás necesitamos... no pasar tanto tiempo juntos. Puedo hacer las visualizaciones yo sola, y cuando llegue el momento me buscaré a otro profesor de natación...

Me subió la presión de repente.

—Ni se te ocurra —espeté—. Me pediste a mí que te enseñara a nadar. Yo soy con quien has trabajado todas estas semanas. Si crees que voy a dejar que cualquier gilipollas me quite lo que es mío, es que no me conoces. —Ava me miró estupefacta—. Esta semana reanudamos las clases. No creas que voy a dejar que busques a otro.

—Vale, no hace falta gritar.

—No estoy gritando. —No había levantado la voz. Y punto.

—¿Y por qué nos está mirando todo el mundo? —Ava hizo un gesto de horror—. Mierda, incluido mi jefe. Nos está mirando. —Se tapó con unos papeles detrás del mostrador—. Te prometo que solo aprenderé a nadar contigo, ¿vale? Ahora vete antes de que me meta en un lío.

Me volví y vi a un hombre mayor con un tupé cuestionable que nos fulminaba con la mirada.

—¿Te llevas comisión por las ventas? —le pregunté a Ava sin quitar los ojos del encargado, que venía hacia nosotros con la barriga balanceándose sobre el cinturón a cada paso.

—Sí. ¿Por qué?

—Quería comprar un cuadro de la galería. —Me volví hacia Ava cuando el encargado llegó hasta nosotros. En el pecho llevaba una etiqueta donde ponía «Fred». Lo sospechaba. Tenía cara de Fred—. El más caro que tengan.

Se quedó boquiabierto.

—Alex, el cuadro más caro de la galería es...

—Perfecto para sus necesidades, estoy seguro —dijo Fred. Había cambiado por completo la expresión como si yo fuera el nuevo advenimiento de Jesucristo—. Ava, ¿por qué no le enseñas al caballero la obra lunar de Richard Argus?

No parecía convencida.

—Pero...

—Ahora.

Le dediqué una sonrisa afilada como la hoja de un cuchillo.

—Cuidado con ese tono, Fred. Ava es tu mejor empleada. No querrás molestarla, ni a ella ni a los clientes que se toman muy en serio su criterio, ¿verdad?

Parpadeó, y los ojos le empezaron a dar vueltas como si a su cerebro de chorlito le costara procesar la amenaza nada velada en mis palabras.

—No, no, claro que no —balbuceó Fred—. De hecho, Ava, quédate con el caballero. Yo traeré la obra.

—Pero se lleva ella la comisión. —Levanté una ceja.

—Sí. —El encargado asintió tan rápido que parecía un muñeco—. Por supuesto.

Mientras se escabullía hacia el otro lado de la galería, Ava se inclinó hacia mí y me dijo entre dientes—: Alex, la obra cuesta cuarenta mil dólares.

—¿En serio? Joder.

—Seguro que podemos...

—Pensaba que iba a ser cara. —Me permití soltar una carcajada al ver su expresión estupefacta—. Tampoco es gran cosa. Tendré una obra de arte, tú te llevarás una jugosa comisión y tu jefe te hará la ola hasta el fin de los tiempos. Todos ganamos.

Fred volvió con un enorme cuadro en blanco y negro.

Quince minutos después, la obra ya estaba empaquetada con el mismo cuidado con el que se trata a un recién nacido, y mi cuenta bancaria tenía

cuarenta mil dólares menos.

—Este fin de semana, a la hora de siempre, Hotel Z —le dije a Ava después de que se fuera Fred.

Levantó las cejas. Solíamos practicar en cualquiera de nuestras casas o bien junto al lago o la piscina de Thayer, para que se sintiera más cómoda cerca del agua.

—Tiene la mejor piscina cubierta de Washington —expliqué—. Ya estás lista para las clases de natación de verdad.

Llevaba lista un tiempo, pero quería asegurarme antes de lanzarla al fondo, por así decirlo.

Ava ahogó un grito.

—¿En serio?

—Sí. —Le lancé una sonrisa traviesa—. Nos vemos el sábado, Rayito.

Salí de la galería mucho más contento de lo que había entrado.

Ava

El día había llegado por fin.

Me coloqué a un metro y medio de la piscina, con la piel erizada por los escalofríos, a pesar de que la temperatura rondaba casi los treinta grados gracias al climatizador de última generación del hotel.

Llevaba un bañador de una pieza de Eres, cortesía de Alex, que me había entregado la bolsa sin decir palabra cuando me recogió para ir a la clase.

Después de semanas de técnicas de relajación y de acostumbrarme a pensar en el agua, era hora de que me metiera dentro.

Tenía ganas de vomitar. El pánico me paralizaba, como si me estuviera clavando sus zarpas heladas sobre la piel sudorosa, haciendo que brotara una sangre invisible. El estómago me daba saltos al ritmo de mi corazón desbocado, haciendo que el desayuno que me había tomado chapoteara como patitos de goma en una bañera.

—Respira. —La voz tranquila de Alex me relajó, no sé cómo—. Recuerda nuestras clases.

—Vale. —Tomé una bocanada de aire y casi me da una arcada con el olor del cloro—. Puedo hacerlo, puedo hacerlo —repetí.

—Voy yo primero. —Se metió en la piscina hasta que el agua le llegó por la cintura, y me extendió la mano.

Me quedé mirándolo, deseando que mis pies se movieran.

—Estoy aquí. No voy a dejar que te pase nada. —Irradiaba confianza y tranquilidad—. ¿Confías en mí?

Tragué saliva.

—S... Sí.

Me di cuenta de que era verdad. Cien por cien. Quizás Alex no era la persona más simpática o fácil de tratar, pero le habría confiado mi vida. Literalmente.

Me acerqué a la piscina y contuve el aliento mientras me metía, y le agarré la mano, dejando que su fuerza calmara mis nervios. El agua me subió por los muslos y me tambaleé.

El recinto del hotel empezó a dar vueltas, las paredes de un azul pálido y las baldosas de terracota giraban a mi alrededor como un borrón. Oh, Dios, no puedo hacerlo. No puedo...

—Cierra los ojos. Respira hondo —dijo Alex—. Ya está...

Lo hice como me había enseñado, dejando que su voz me arrojara hasta que la mayor parte del pánico se desvaneció.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Mejor. —Me aclaré la garganta e intenté centrarme en el radio a mi alrededor en lugar de en toda la piscina. Era una piscina olímpica estándar, pero para mí era el océano Atlántico—. Estoy preparada.

Más que nunca.

Empezamos en la parte poco profunda, y Alex me hizo caminar de un lado a otro para acostumbrarme al tacto del agua y a la flotabilidad de mi cuerpo. Después, nos sumergimos un poco más hasta que el agua me llegaba a los hombros. Me aferré a las técnicas de relajación que había aprendido en los últimos meses, y funcionaron; hasta que llegamos a la parte en la que tenía que meter la cabeza bajo el agua.

Cerré los ojos antes de sumergir la cara, incapaz de soportar la imagen del agua invadiendo mis sentidos.

—¡Socorro! ¡Mamá, ayúdame!

Las palabras retumbaron en mi cabeza.

Hacía frío. Estaba oscuro.

No podía respirar.

Algo emitió un destello en el fondo de mi conciencia. Un recuerdo desvaído, quizás, que se alejaba a la deriva. Intenté agarrarlo.

—¡Por favor!

Me hundí más profundo.

Más profundo.

Aún más profundo.

Por favor por favor por favor.

No puedo respirar no puedo respirar no puedo respirar.

—¡Ava!

Ahogué un grito, el sonido de mi nombre me arrastró al presente. Mis gritos reverberaron en las paredes de piedra antes de desvanecerse en el olvido. No estaba segura de cuánto tiempo había estado sumergida. Me parecieron segundos, pero a juzgar por el frío que tenía y por cómo me dolía la garganta, debió de ser mucho más.

Alex me agarró de los brazos, pálido.

—Dios —exclamó, estrechándome fuerte contra su pecho mientras se me escapaba un lamento. Ya no estábamos en la piscina, debió de haberme sacado cuando me desmayé—. No pasa nada. Estás bien. Estamos fuera.

—Lo siento. —Enterré la cabeza en su pecho, avergonzada y furiosa conmigo misma—. Creía que podía hacerlo. Creía...

—Lo has hecho genial —dijo con convicción—. Es tu primera clase. Habrá más, y lo harás mejor en cada una de ellas.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Me estremecí y me abracé más a él. Lo sentía fuerte y sólido junto a mi cuerpo, y una vez más me di de bruces con la contradicción que era Alex Volkov. Tan frío e insensible hacia el mundo, y al mismo tiempo tan cálido y protector cuando quería. Lo conocía desde hacía ocho años, pero sentía que no lo conocía en absoluto.

No era el hombre que creía que era. Era mucho mejor, incluso cuando él mismo trataba de convencerme de que no, y lo deseaba más que a nada. Deseaba cada sombra de su ser y cada trozo de su bello corazón lleno de capas. Quería derramar en él cada gota de luz que tenía hasta que me consumiera por completo. Hasta ser suya, y él mío.

—Alex...

—¿Sí, Rayito? —Me pasó la mano por el pelo suavemente.

—Bésame.

Se quedó quieto y se puso rígido.

—Por favor. —Me lamí los labios—. Olvídate de Josh o... lo que sea que estés pensando. Si quieres besarme, bésame. Ya sé lo que dijimos en tu

cumpleaños, y siento faltar a mi palabra, pero necesito... —Te necesito—. Necesito esto.

Alex cerró los ojos con expresión de dolor.

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

—Sí, la tengo. —Le puse una mano en el abdomen y lo sentí temblar bajo mi tacto—. A menos que tú no quieras.

Se le escapó un ruido mitad risa, mitad gemido.

—¿Te parece que no quiero?

Me agarró la mano y la bajó hasta llegar a su parte más íntima. Se me entrecortó la respiración al sentir su calor y su tamaño (mucho más obvio bajo el bañador), y rodeé con los dedos aquel grueso tronco, fascinada por el poder que tenía en la mano.

Un gruñido retumbó en el pecho de Alex.

—¿Qué te dije de no meterte en problemas, Rayito? Sigue haciendo eso, y tendrás muchos problemas.

—Puede que me gusten los problemas. —Apreté un poco más y se le escapó una maldición—. Puede que me quiera quedar en ellos.

—Estoy empezando a pensar que tú eres el problema del que necesito alejarme —murmuró. Me agarró de la muñeca y me invadió una descarga de excitación—. Pero no podemos. Acabas de... —Hizo un gesto hacia la piscina con la mano libre.

—¿De qué? ¿De tener un ataque de pánico? Los tengo cada vez que estoy cerca del agua. Si eso te molesta, podemos ir a una habitación. Estamos en un hotel. —Parecía que había recuperado la osadía que había perdido después de besar a Alex en su cumpleaños.

Sonrió.

—¿Cuánto te has vuelto tan traviesa?

—Cuando me cansé de que todos me trataran como una florecilla que se parte si alguien la sopla por el lado equivocado. Solo porque tenga fobia a una cosa no significa que no pueda hacerme cargo de otras parcelas de mi vida. —Hice una pausa y añadí—: Madeline me lo contó. Lo que te gusta... Lo que te gusta en la cama.

Se le oscureció el semblante. El aire se espesó y el corazón me dio un vuelco.

—¿Qué te contó exactamente? —Su voz bajó a un volumen peligroso.

—Me contó... —Tragué saliva—. Me contó que solo lo haces desde atrás. Que no te gustan los besos o el contacto cara a cara en el sexo. Que...

—¿Que qué? —preguntó Alex suavemente.

—Que te gusta ahogar y decir guarradas a las mujeres. En la cama. —El peligro se espesó en el aire hasta que casi pude saborearlo, y mi arrojito flaqueó. Tal vez provocar al tigre no ha sido buena idea...

—Y aun así estás aquí, dejando que te bese. —Su mano en mi muñeca parecía de hierro—. ¿Por qué, Rayito?

No lo había negado, por lo que debía de ser cierto.

Se me aceleró el corazón.

—Quizás... —Me pasé la lengua por los labios, consciente de que sus ojos seguían cada movimiento igual que un león mira a una gacela—. Puede que me gusten esas cosas.

Las llamas estallaron en los lagos helados de sus ojos hasta que el calor me abrasó también a mí. No podía creer que alguna vez pensara que era frío. En ese momento, era una supernova a punto de estallar y de tragarme entera.

Y me encantaba.

Alex me soltó y se quedó de pie, y en él ya no había rastro del hombre paciente y dulce que había visto hacía un rato. En su lugar había alguien hambriento y depravado que me hizo temblar de lujuria.

—Levántate —dijo, con la voz suave pero tan inquisitiva que obedecí sin pensar—. Vas a descubrir lo que pasa cuando entras en la jaula del león.

Alex

No me llevó mucho tiempo reservar el ático y arrastrar a Ava hasta la lujosa suite. Estaba tan excitado que la polla casi me hace un agujero en los pantalones, y las ideas que se me pasaban por la cabeza...

Joder. Iba a destrozarla, pero cualquier atisbo de conciencia que tenía se había esfumado en el momento en que había murmurado esas palabras.

«Puede que me gusten esas cosas.»

La sangre me corría deprisa al recordarlas.

«Cariño, no tienes ni idea de dónde te has metido», pensé, cerrando la puerta tras de mí.

Ava se quedó de pie en medio de la habitación, con un vestido sobre el bañador y expresión algo nerviosa. Con sus ojos de cervatillo y sus rasgos inocentes, parecía una virgen esperando su sacrificio.

La polla me palpitó aún más fuerte.

—Quítate la ropa —dije, y mi voz suave sonó como un latigazo en el silencio.

Una parte de mí quería abalanzarse dentro de ella lo más pronto posible, pero la otra quería saborear cada momento.

A pesar de un leve temblor de manos, Ava no dudó. Mantuvo los ojos clavados en los míos mientras se bajaba la cremallera del vestido y la suave tela le caía hasta los tobillos. El bañador vino después, y se lo deslizó centímetro a centímetro hasta que dejó al descubierto su dorada piel desnuda.

La devoré con los ojos, fijándome en cada detalle y reteniéndolo en mi mente. Su piel bronceada brillaba bajo la luz tenue de la habitación, y su cuerpo... Dios. Un culo redondo, unas piernas largas, un coño pequeño y

precioso y unas tetas firmes, no grandes, pero lo suficiente para abarcarlas con las manos, coronadas con pezones duros y rosados perfectos para chupar y mordisquear.

Su pecho se infló y se llenó de aire, y me miró fijamente con los ojos grandes y oscuros llenos de confianza.

Oh, Rayito. Si tú supieras.

Giré a su alrededor, como un depredador acechando a su presa, tan cerca que podía oler el aroma de su excitación.

Me detuve detrás de ella y presioné mi cuerpo contra el suyo hasta que sintió mi agresiva y durísima erección contra la suave curva de su culo. Estaba como Dios la trajo al mundo y yo completamente vestido, y eso hacía que todo fuera aún más sucio.

Presioné los labios contra su cuello, disfrutando del flujo rápido de su pulso debajo de mi boca.

—¿Quieres que te lo haga, Rayito? —murmuré—. ¿Que te destroce, que te haga pedazos, que te convierta en mi muñequita de follar?

Se le escapó un gemido de la boca y fue a parar directo a mi entrepierna, endureciendo aún más mi polla dolorida.

—S... Sí.

—Qué rápido dices que sí. —Lamí el espacio entre su cuello y su mandíbula. A decir verdad, sí que sabía a miel y a rayos de sol, y me dieron ganas de devorarla. Alimentarme de su luz, consumir cada centímetro de su cuerpo hasta que fuera completamente mío—. Pero ¿sabes lo que significa que yo te lo haga?

Ava negó con la cabeza, con un movimiento pequeño y breve que dejaba a relucir su inocencia e ingenuidad.

No por mucho tiempo. En cuanto la tocara, la ensuciaría. La rompería. Como pasaba cada vez que tocaba algo. Pero sería mía. Y era tan cruel y tan egoísta que me la llevaría conmigo mientras ardía el mundo.

—Significa que eres mía. Tu boca es mía... —Le toqué el labio inferior con el pulgar antes de bajarlo por su pecho y acariciarle los pezones. Gimió—. Tus pechos son míos... —Seguí bajando, ajustando mi posición para poder estrujarle el culo. Fuerte—. Tu culo es mío... —Di la vuelta y le separé los muslos, haciendo resbalar los dedos por todos sus pliegues. Estaba tan mojada que se empaparon en segundos—. Y tu coño es mío. Cada centímetro de tu cuerpo me pertenece, y si alguna vez dejas que te

toque cualquier otro hombre... —Mi otra mano se cerró sobre su cuello—. Acabará hecho pedazos, y tú atada a mi cama y follada por todos los agujeros hasta que mi nombre sea el único nombre que recuerdes. ¿Entendido?

Su coño me empapó los dedos.

—Sí.

—Dilo. ¿A quién perteneces?

—A ti —susurró Ava—. Te pertenezco.

—Eso es. —Le retiré los dedos del coño y se los metí en la boca. Asentí mientras chupaba y lamía sus propios jugos sin que se lo pidiera—. ¿Lo saboreas, Rayito? Es a lo que sabe la firma de tu sentencia de muerte. Porque a partir de ahora, me perteneces. Tu cuerpo, tu mente y tu alma.

Otro gemido, ese incluso más ansioso que el último.

La solté.

—Arrodíllate. —Se bajó al suelo, de una manera tan bella que hizo que me doliera el pecho y me palpitara la polla. Le agarré del pelo y tiré de él hasta que me miró a los ojos—. Si es demasiado, me tocas en el muslo—. Cuando asintió, le tiré del pelo más fuerte y ordené—: Abre la boca.

Hice resbalar la punta de mi polla dentro de su boca expectante, empujándola con suavidad hasta que la introduje por completo dentro de su garganta.

—Joder. —La sensación de su boca devorándome era tan placentera que me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, y casi descargo ahí mismo. No me había pasado desde que era un adolescente haciéndolo por primera vez.

Ava me miró, con los ojos humedecidos por mi tamaño y la profundidad con la que se la estaba metiendo, pero no me tocó el muslo, así que me quedé quieto hasta que se ajustó. Después de lo que pareció una eternidad, aunque solo fueron unos segundos, empezó a lamer y a chupar, primero despacio, pero después ajustándose a un ritmo que la hacía mover la cabeza atrás y adelante con entusiasmo.

Tenía la otra mano aferrada a su cabeza, y mis abdominales temblaban del esfuerzo por no correrme en su garganta antes de tiempo.

—Muy bien —gruñí—. Chúpala como una buena putita.

La vibración del gemido resultante me recorrió toda la espina dorsal. Comencé a embestirla, cada vez más rápido, hasta que solo se oía mi respiración quebrada, carne contra carne, y el borboteo dentro de su

garganta. Estaba siendo tan intenso que creí que en cualquier momento me pediría parar, pero no lo hizo.

La saqué en el último segundo y me corrí por toda su cara y su pecho, y su piel se llenó de espesos y relucientes chorros blancos. El orgasmo me quemó por dentro, salvaje y excitante, eliminando cualquier duda que quisiera interponerse en su camino, y contemplé cómo mi semen goteaba sobre el mentón de Ava con la mirada posesiva, llena de lujuria.

Un rubor rosado le ascendió a la cara, y su mirada continuó fija en la mía mientras rebañaba con la lengua una gota de semen de la comisura de su boca.

Dios santo.

Había presenciado o participado en los actos sexuales más sucios que se pudieran imaginar, pero creo que aquello era lo más sexi que había visto nunca.

—Tumbate en la cama —ordené, con la voz ronca—. A cuatro patas. Ahora.

Sus manos y rodillas apenas tuvieron tiempo de tocar el colchón antes de que yo me quitara la ropa y me abalanzara sobre ella, separándole los muslos con las manos.

—Estás mojadísima, mi preciosa putita. —Lamí los jugos de su piel, probando el sabor y el aroma femenino que volvía locos a los hombres. Le metí un dedo entre los pliegues húmedos y apretados y fui recompensado con un intenso gemido—. ¿Quieres que te coma este maravilloso coño que tienes?

—Por favor —jadeó Ava, empujándose contra mí—. Lo necesito... Oh, Dios.

Dejó caer la cabeza, y sus gritos quedaron amortiguados por la almohada cuando empecé a recorrer su clítoris con la lengua, alternando entre lametazos largos, lentos y rápidos. Estaba hambriento de ella, de su sabor, de la inocencia que se derrumbaba delante de mí en ese preciso momento. La devoré como si estuviera poseído, la mano metida en su carne, mis dedos dentro de ella hasta que encontré el punto que la hizo cabalgar ante mi cara. Le rocé el clítoris muy suavemente con los dientes y recorrí aquel botón tan sensible con la lengua y entonces explotó, y sus gritos rebotaron por todas las paredes.

—Estás riquísima —gruñí, rebañando cada gota mientras ella temblaba y se retorció entre mis brazos—. El aperitivo perfecto para esta noche.

Ava volvió la cabeza hacia mí, con la cara roja del orgasmo y los ojos como platos.

—¿Eso era un aperitivo? Creía que... Tú...

—Rayito, este menú tiene doce platos. —Me puse un condón e hice resbalar mi polla, otra vez dura, entre sus pliegues inundados—. Y no hemos hecho más que empezar.

La agarré del cuello y la embestí, y la conversación quedó en pausa, a menos que sus gemidos y mis rugidos cuenten como conversación. Ella era el cielo para mi infierno, lo más cerca que había estado nunca de la salvación, y aun así quería arrastrarla conmigo a las profundidades del Hades. La follé tan duro que tuve miedo de romperla, pero cada vez que bajaba el ritmo, Ava emitía pequeños quejidos que me hacían sonreír con una mezcla de satisfacción y diversión.

Resultó que mi dulce e inocente corderito en realidad era una putita disfrazada, y jamás había estado tan contento de haberme equivocado.

La giré solo para verla romperse otra vez, con los ojos llenos de placer y los suspiros que me suplicaban que le dieran más rápido y más fuerte, hasta que yo también me corrí en un poderoso orgasmo que me partió en dos con la fuerza de un huracán de categoría cinco.

Cuando recuperé el aliento y volví a la realidad, vi que Ava me miraba con una expresión extraña.

—¿Qué pasa, Rayito? —Posé mis labios sobre los suyos, preparándome para el siguiente *round*. Si iba al infierno por esto, por lo menos quería disfrutar cada segundo.

—Prohibidos los besos y el contacto cara a cara —murmuró—. Esas eran tus normas.

Hice una pausa. Tenía razón. Esas eran mis normas, las que creé después de darme cuenta de que las emociones y el sexo eran cosas distintas y en la cama no había espacio para los sentimientos... Hasta esa noche. Y ni siquiera lo había pensado ni me había dado cuenta hasta que Ava me lo recordó. Había disfrutado el sexo desde atrás más que la media de los hombres, porque implicaba una sensación de olvido que yo prefería; pero a ella sí quería verla. Quería ver cómo reaccionaba a cada cambio y cada

movimiento, quería verle la cara cuando se desmoronaba gritando mi nombre.

Y ahí fue cuando me di cuenta de que estaba verdaderamente jodido.

—Tienes razón, cariño —dije, dejando caer la cabeza junto a la suya con un suspiro de resignación. Estaba muy jodido—. Pero las normas no se aplican a ti.

Ava

Cuando Alex y yo terminamos, estaba exhausta y hecha polvo, y sentía que al día siguiente me iba a doler todo el cuerpo, pero no me importaba. Alex no se había echado atrás, y eso era lo único que quería. Que necesitaba.

De alguna forma, dejarme llevar me había hecho sentir más poderosa. La fuerza en la debilidad, el control en la sumisión.

—¿No estás cansado? —Bostecé mirando a Alex mientras se me cerraban los ojos. Habíamos estado dándole durante horas, pero así como yo estaba a punto de desmayarme, él parecía alerta y más despierto que nunca.

—Si con «cansado» te refieres a que me has destrozado, puede ser —dijo con un sorprendente tono jocoso—. Pero si me preguntas si tengo sueño, no.

—¿Cómo puede ser? —murmuré sobre la almohada.

—Insomnio, Rayito. Solo duermo unas pocas horas cada noche, con suerte.

Fruncí el ceño.

—Pero eso es... —Bostecé otra vez—. No es bueno. —Los humanos necesitan dormir. ¿Cómo había sobrevivido Alex todo este tiempo durmiendo solo unas pocas horas cada noche? —Hay que arreglar eso. Té de camomila. Meditación. Melatonina... —Me estaba quedando frita. Si la cabeza no me hubiera pesado tanto y la cama no fuera tan cómoda, le habría hecho té o habría buscado alguna meditación guiada en YouTube, o cualquier otra cosa.

—Ya lo hablaremos. Estás agotada. —Me pasó la mano por el pelo y ronroneó mientras me acurrucaba contra él—. Buenas noches.

Mi respiración bajó el ritmo mientras me invadía el sueño. Me pareció sentir su brazo alrededor de la cintura, atrayéndome hacia sí, pero me dormí antes de poder confirmarlo.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, dormí de un tirón sin pesadillas.

Ava

Alex y yo pasamos el resto del fin de semana encerrados en la suite, viviendo de orgasmos y del servicio de habitaciones y bautizando todas las superficies de la habitación (aunque no sé si «bautizar» es el término adecuado, teniendo en cuenta lo sucias que eran nuestras actividades).

El sexo con Alex no se parecía en nada al sexo que había conocido. Era salvaje. Animal. Arrasador en el mejor sentido posible. Destruyó cualquier idea preconcebida de lo que yo era, y me convirtió en algo más oscuro, más depravado. Me llamaba Rayito y, acto seguido, puta.

Y me encantaba.

Incluso cuando era más frío, Alex siempre me había tratado con respeto fuera de la cama, pero dentro yo era su juguete. Y podía follarme y usarme (en la ducha, contra la ventana, sobre el escritorio) y yo lo deseaba tanto como él.

Grité y contraí todo el cuerpo alrededor de su polla en lo que debía de ser la milésima vez, mientras otro orgasmo me sacudía y me rompía en mil pedazos de agonía eufórica.

Cuando la neblina de placer se disipó, vi que Alex me miraba con una sonrisa burlona.

—¿Qué? —murmuré, demasiado aturdida de placer como para decir nada más.

—Me encanta ver cómo te corres. —Me agarró por las caderas posesivamente—. Solo para mí, Rayito. Que no se te olvide.

—¿Qué harías si se me olvida? —Lo decía de broma, pero los ojos de Alex lanzaron un destello de peligro mientras me metía los dedos.

—En tus manos está evitar el asesinato de un hombre. ¿Vale? —Me acarició la piel con la nariz antes de hundirme los dientes en el cuello, castigándome y marcándome al mismo tiempo.

Sentí un estallido de placer y dolor.

—Cuidado —suspiré—. O acabarás con tu reputación de follador sin sentimientos.

—Nadie más me verá así nunca. Solo tú.

Antes de poder controlar las mariposas de mi estómago, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté, con sus palabras aún resonando en mi cabeza. «Nadie más me verá así nunca. Solo tú.»

Sonreí ampliamente.

—Es el servicio de habitaciones. Lo pedimos antes de que me acorralaras e hicieras lo que querías conmigo.

Alex salió rodando de la cama y se rio suavemente cuando le lancé una mirada burlona desde mi montaña de maravillosas almohadas blanditas.

—Para tener una memoria supuestamente «superior», parece que se te ha olvidado que tú eres el que me ha despertado con un asunto muy... urgente. —Arquee una ceja, recordando la sensación de sus manos agarrándome los pechos y su polla restregándose contra mi culo esa misma mañana.

—Ah, ¿sí? —Sonrió fugazmente, y yo no pude más que deshacerme en mi propia baba. Nunca me cansaba de las sonrisas de Alex. Lo siento, cariño, pero se acabó, le dije a mi pobre corazón. Ya no me perteneces—. Qué desconsiderado.

Solo cuando trajo el desayuno me di cuenta de que me moría de hambre.

El sexo, decidí mientras le hincaba el diente a un *croissant*, es mi forma favorita de ejercicio.

Pero aunque el fin de semana hubiera sido increíble, al día siguiente teníamos que regresar a la realidad, y había muchas cosas pendientes de hablar.

—Alex...

Suspiró y bajó el café.

—Lo sé.

—¿Qué le vamos a decir a Josh? —Hice un gesto de horror al imaginar la reacción de mi hermano. Me compraría una armadura de cuerpo entero, por si acaso.

—Somos adultos. Es cosa nuestra lo que hacemos con nuestra vida. — Sin embargo, Alex hizo una mueca—. Se lo diremos en persona cuando vuelva por Navidad.

Asentí. Vale, eso nos daba un mes para prepararnos, aunque no estaba segura de que nada pudiera prepararnos para la tormenta que Josh desataría cuando se enterara de que su hermana pequeña y su mejor amigo se estaban acostando. Lo cual me llevó a la siguiente pregunta...

—¿Y qué le diremos exactamente? Quiero decir... —Apuñalé a una fresa, odiándome por haber sacado el tema en un fin de semana tan feliz, pero con la conciencia de que debíamos saber a qué nos enfrentábamos antes de caer en una espiral de malentendidos e incertidumbre—. ¿Somos amigos con derecho a roce? ¿Estamos saliendo? ¿Relación exclusiva o no?

Alex me agarró de la barbilla y me miró a los ojos.

—¿Qué te dije? Eres mía, Rayito. No vas a tocar a otro hombre a menos que quieras verlo bajo tierra. Así que sí, tenemos exclusividad.

¿Tan malo era que sus palabras me calentaran así? Probablemente, pero me daba igual.

—Lo mismo digo de ti con otras mujeres —dije con el ceño fruncido, al recordar a Madeline—. Me da igual si se te echan encima o... si tienen pinta de supermodelos. ¿Con cuántas mujeres te has acostado, por cierto?

Me soltó la barbilla y su risa oscura me dio un vuelco al estómago.

—¿Celosa, Rayito? —ronroneó—. Me gusta eso de ti.

—No me has contestado.

—Eso da igual. —Alex me abrazó para atraerme consigo—. Lo único que importa es que ahora solo me voy a acostar con una mujer.

—¿Así que eso somos? —Ahogué un grito cuando deslizó su polla endurecida por mi húmeda hendidura—. ¿Follamigos?

—Entre otras cosas. —Cogió un condón de nuestro alijo cada vez más escaso (la noche anterior tuvo que ir a comprar una caja nueva después de agotarlos) y me entrelazó las muñecas sobre la cabeza antes de clavármela—. Si quieres follar, follamos. Si quieres salir, salimos. Si quieres llamarme tu novio, yo te llamaré mi novia. Pero por ahora deja que me encargue de tu coñito necesitado, ¿vale?

Y lo hizo.

Mis gemidos llenaron el aire mientras Alex me empotraba contra el colchón, con unas embestidas tan fuertes que el somier empezó a chirriar y

el cabecero chocaba contra la pared.

Un cosquilleo me empezó a subir desde la base de la espina dorsal. Alcé los brazos para jugar con mis pezones, con mis jadeos cada vez más cortos. Estaba a punto. A punto. Iba a...

La melodía inesperada de una llamada interrumpió nuestra obscena sinfonía de gemidos y rugidos, a la que siguió una voz fría.

—¿Diga?

Abrí los ojos de par en par. Miré a Alex, que me miraba con expresión calmada mientras escuchaba lo que quiera que le estuvieran diciendo al otro lado. Desapareció el Alex pasional y juguetón y fue sustituido por el hombre de negocios.

—Sí, puedo hablar. ¿Qué ha pasado con el desarrollo de Wilbur?

¿Cómo que puede hablar? ¡Seguía dentro de mí!

No se movía, pero podía sentir cada centímetro duro de él enterrado entre mis piernas.

Abrí la boca para protestar, pero me lanzó una mirada de advertencia y me presionó en la cadera con los dedos para silenciarme.

—Cabrón —pronuncié sin sonido. Sabía que Alex era ambicioso, pero nunca había esperado que contestara a una llamada de trabajo en mitad de un polvo.

Y lo que era peor, estaba a punto de correrme, y me había dejado retorciéndome de necesidad mientras hablaba de metros cuadrados y planes de construcción.

Alcé las caderas, desesperada por la fricción. Le brillaron los ojos y me apretó fuerte mientras se deslizaba fuera. Silenció el micrófono, puso la llamada en altavoz y me empujó fuera de la cama con una mano mientras agarraba el móvil con la otra.

—¿Qué haces? —le rodeé la cintura con las piernas mientras el hombre al otro lado divagaba sobre la ley de gestión de suelo urbano.

Alex me colocó junto al sofá.

—Inclínate y abre las piernas.

Me invadió la lujuria al oír su tono autoritario. Me puse a temblar y obedecí, coloqué las manos en el reposabrazos, arqueé la espalda y separé las piernas hasta que cada centímetro de mí se abrió para él.

Sentí una descarga de satisfacción en el estómago al oír cómo tomaba aire.

El hombre se calló y Alex volvió a conectar su micrófono para responder a una pregunta.

Podía ver mi reflejo en el cristal del ventanal frente al sofá. Estaba sonrojada, con el pelo despeinado de la maratón sexual y los pechos al aire, pesados y llenos. Alex estaba detrás de mí como una estatua griega, con la cara llena de lujuria mientras me estrujaba el culo.

Mi suave gemido se convirtió en un grito cuando me la clavó tan fuerte que hasta el sofá se desplazó unos centímetros.

—No hagas ruido —advirtió—. Es una llamada importante.

Las llamas del deseo ardieron con más fuerza. Debería haberme enfadado por que cogiera la llamada de trabajo mientras me follaba, pero estaba tan cachonda que no podía pensar con claridad. Había algo sucio y delicioso en follar mientras sus socios parloteaban sin tener ni idea.

Las embestidas de Alex alcanzaron un ritmo regular y severo hasta que dejé de agarrarme al reposabrazos y me tiré al propio sofá, con las caderas levantadas, la cara enterrada en los cojines, los pezones como piedras y el clítoris rozando contra la tela mientras me follaba con tanto vicio que sentía que iba a echar a volar.

Mientras tanto, él seguía en la llamada, activando el micrófono solo cuando tenía que hablar. Cuando lo hacía, su voz sonaba calmada, aunque podía escuchar su fuerte respiración mientras estaba en silencio. No tenía ni idea de qué estaban hablando, demasiado inmersa en una nube de deseo para descifrar palabras y frases concretas.

Un grito espontáneo salió de mi garganta cuando tocó un punto que me hizo retorcerme.

Alex me agarró del pelo y me tiró de la cabeza hasta que me puso en vertical, mientras que con la otra mano me agarraba la garganta. Una advertencia y un recordatorio al mismo tiempo. No hagas ruido.

Me esforcé al máximo. De verdad. Pero estaba hecha un desastre, lo veía por la ventana, la cara churretosa y los ojos vidriosos, la boca abierta mientras sentía un orgasmo tras otro que me arrastraban en una ola blanca de sensaciones. ¿Era posible morir de placer? Si lo era, yo iba a hacerlo. Estaba sufriendo un millón de pequeñas muertes, cada una de ellas me destrozaba y me volví a juntar solo para volver a destrozarme otra vez.

Otro grito de placer hizo que Alex me soltara el pelo para taparme la boca y amortiguar así mis gemidos.

Una mano en la boca y otra en la garganta.

Me corrí otra vez, y todo mi cuerpo se retorció con la fuerza de la explosión.

Alex me folló más fuerte, más profundo, hasta que el sofá empezó a protestar (ya se había movido hasta la otra punta de la habitación y solo la pared lo había detenido) y me di cuenta de que estaba callado.

La llamada había terminado.

—Creía que se te daba mejor seguir instrucciones, Rayito —dijo con suavidad—. ¿No te he dicho que no hicieras ruido?

Respondí con un balbuceo incoherente, un burdo intento de disculpa.

—¿No dices nada? —Alex hizo resbalar la mano de mi garganta a mis pezones. Los pellizcó con fuerza, uno tras otro, provocándome otro gemido confuso—. ¿Te he follado entera, mi preciosa putita?

Teniendo en cuenta que no me acordaba ni de mi nombre, era probable.

Con el paso de los minutos y las horas, entrelazados el uno con el otro, me perdí en él. En nosotros.

En un olvido dulce, sucio y depravado.

Ava

Mis amigas tuvieron reacciones diversas ante el nuevo estado de mi relación con Alex. Jules estaba eufórica, decía que sabía que Alex sentía algo por mí y quería saber cómo era en la cama. Me negué a contestar, pero me puse como un tomate, y eso le dio toda la información que necesitaba. Creo que Jules se habría muerto de decepción si las habilidades sexuales de Alex no se hubieran ajustado a lo que prometía su arrollador aspecto y su intimidante presencia. Por suerte para mí, sí que lo habían hecho.

Stella, en cambio, estaba preocupada. Feliz por mí, pero preocupada. Me aconsejó que me tomara las cosas con calma y no me enamorara con demasiada intensidad o rapidez. No tuve valor para decirle que ya era muy tarde para pedirme eso. Quizás no la parte de «rapidez», ya que Alex Volkov me había robado el corazón, pedazo a pedazo, a lo largo de los años, incluso antes de que creyera que me gustaba, pero ¿la parte de «intensidad»? Mi corazón iba en picado.

Bridget era neutral. Suponía que las princesas eran más diplomáticas por naturaleza, lo cual no le hizo decir más que si yo era feliz, ella era feliz.

El espectro de Josh permaneció de fondo, y yo estaba tan nerviosa en nuestra última llamada que me preguntó si me pasaba algo. Le dije que me dolían los ovarios y no preguntó más. La regla era lo peor, pero era un arma infalible para que los hombres no hicieran preguntas.

Aunque ese día tenía en mente a otro miembro de mi familia.

Les dijimos adiós a Bridget y Booth, que me había llevado a casa de mi padre (a una hora y media de Hazelburg) para no tener que coger el tren o el autobús, y abrí la puerta de entrada con mi llave. La casa olía a ambientador

de pino, y mis zapatillas chirriaron contra el parqué pulido mientras buscaba a mi padre.

El jueves era su cumpleaños. Pero como tenía clase, trabajo y una sesión de fotos ese día, había decidido sorprenderle antes con su tarta favorita de Crumble & Bake.

Oí un ruido en la sala de estar, y cuando entré me encontré a mi padre leyendo cuidadosamente unos papeles en la mesa de la esquina.

—Hola, papá. —Me deslicé la correa de la mochila del hombro y la dejé en el suelo.

Me miró con cara de sorpresa cuando me vio allí plantada.

—Ava. No sabía que ibas a venir este fin de semana.

Michael Chen no era el típico hombre guapo, pero a mí siempre me lo había parecido, de esa forma en que a todas las niñas les parecen guapos sus padres. Tenía el pelo negro salpicado de canas en las sienes, los hombros anchos y una pequeña perilla en el mentón. Llevaba un polo de rayas y unos vaqueros, su ropa habitual, y unas gafas de montura metálica apoyadas en la nariz.

—No. Bueno, al menos no todo el fin de semana. —Sonreí con incomodidad—. Quería pasarme y desearte feliz cumpleaños por adelantado. —Dejé la caja con la tarta en la mesa—. Siento que Josh y yo no podamos estar aquí el mismo día de tu cumple, pero te he traído una tarta de queso de Crumble & Bake.

—Ah. Gracias. —Miró la caja, pero no la tocó.

Mis pies comenzaron un baile nervioso, inquietos por el silencio.

Nunca se nos había dado bien hablar. Por suerte, teníamos a Josh para llenar las conversaciones con cosas de la Facultad de Medicina, deportes o su última aventura adrenalínica. Paracaidismo, *puenting*, tirolina... Lo hacía todo.

Pero ahora Josh estaba en Centroamérica, y me di cuenta de lo poco que teníamos que decirnos mi padre y yo. ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos una conversación real, en privado?

Probablemente la última fue cuando me sentó con catorce años a decirme lo que había ocurrido con mi madre.

—No lo entiendo —dije, confusa—. Me dijiste que mamá había muerto de una enfermedad del corazón.

No me acordaba de mamá. No me acordaba de nada de antes del Apagón, a excepción de breves momentos que a veces me venían a la mente en fogonazos impredecibles: un fragmento de una nana cantada con voz espectral, el estallido del agua seguido de gritos y risas, el escozor de un raspón en la rodilla después de caerme de la bici. Destellos del pasado demasiado breves o fragmentados como para significar algo.

Por supuesto, esas eran mis pesadillas, pero trataba de no pensar en ellas salvo en la terapia, y solo porque me obligaban. Phoebe, mi terapeuta, creía que desenredar mis pesadillas era la clave para desbloquear mis recuerdos reprimidos. Yo no era psiquiatra como ella, pero a veces me daban ganas de gritarle que quizás estaba mejor sin recordar nada. El cerebro había reprimido esos recuerdos por algo, y no obtendría nada bueno al liberar todos esos horrores en el presente.

Otras veces me daban ganas de desenterrar la llave de mi mente retorcida con mis propias manos y desbloquear la verdad, de una vez por todas.

Mi padre me apoyó las manos en las rodillas y se inclinó con una intensidad que me enervó.

—Eso no es del todo cierto —murmuró con voz grave—. Te lo dijimos porque no queríamos angustiarte, pero Phoebe y yo estamos de acuerdo en que ya eres lo suficientemente mayor como para saber la verdad.

El pulso se me aceleró, alerta. Lo sabía. Se estaba desatando una tormenta, lista para estallar sobre mi vida mientras lo descubría todo.

—¿Cu... cuál es la verdad?

—Tu madre murió de una sobredosis. Se tomó... demasiadas pastillas un día, y se le paró el corazón.

Era gracioso. Eso era justo lo que había hecho también mi corazón. Solo por unos pocos segundos, no los suficientes como para matarme. No como le había pasado a mamá.

Porque «se le paró el corazón» no era más que un eufemismo para decir «murió»; y «se tomó demasiadas pastillas», otro eufemismo para decir «se suicidó».

Me tembló el labio. Me clavé las uñas en los muslos hasta hacerme marcas en la piel.

—¿Por qué lo hizo?

¿Por qué nos había abandonado a Josh y a mí? ¿No nos quería? ¿No éramos suficiente?

Los padres debían estar ahí para sus hijos, pero ella había tomado el camino fácil y se había ido.

Sabía que era injusto, porque no tenía ni idea de lo que había pasado, pero aquello solo me hizo enfurecerme aún más. No solo no tenía a mi madre, sino que no tenía recuerdos con ella. Eso no era culpa suya, pero para mí sí.

Si hubiera estado allí, habríamos creado recuerdos nuevos, y la ausencia de los viejos no habría importado tanto.

Mi padre se frotó la cara con la mano.

—No dejé ninguna carta. —Claro que no, pensé con amargura—. Pero me imagino que se sentía... culpable.

—¿Por qué?

Se estremeció.

—¿Por qué, papá? —pregunté, subiendo el tono. El corazón me latía tan fuerte que casi no escuché su respuesta.

Casi.

Pero sí lo hice, y cuando procesé sus palabras, probé el sabor de la verdad, mi pecho colapsó.

—Por lo que pasó en el lago cuando tenías cinco años. Estuviste a punto de ahogarte. Ella te empujó.

Tragué saliva, incapaz de llevar oxígeno a los pulmones.

Mi padre destruyó mi mundo aquel día en mi cuarto. Por eso estaba tan contenta cuando me fui de casa para ir a la universidad. Odiaba el recuerdo de aquella conversación y la forma en que sus palabras se habían impregnado en las paredes. Me susurraban cada vez que recorría los pasillos, provocándome, retorciendo mi pasado y revelando verdades nuevas.

Tu propia madre no te quería. Tu propia madre intentó matarte.

Se me saltaron las lágrimas y fingí una sonrisa. Las sonrisas me habían ayudado en los momentos difíciles. Había leído en internet que el acto físico de sonreír (incluso sin estar contento) podía mejorar tu humor al mandar al cerebro una señal para emitir hormonas de la felicidad. Así que en mi adolescencia sonreía todo el tiempo, y la gente debía de pensar que

estaba loca, pero era mejor que hundirse en una profunda oscuridad de la que no habría sido capaz de encontrar la salida.

Y cuando sonreír sola era demasiado difícil, busqué otras razones para ser «feliz», como la belleza de un arcoíris después de una tormenta, o el sabor dulce de una galleta recién hecha, o impresionantes fotos de ciudades luminosas y paisajes épicos de todo el mundo. Había funcionado... la mayor parte de las veces.

—¿... de tarta?

La voz de mi padre me trajo de vuelta después del recorrido por mis recuerdos.

Parpadeé.

—Perdona, ¿qué?

Levantó una ceja.

—Que si quieres un trozo de tarta —repitió.

—Oh, sí, claro.

Cogió la caja de la tarta y fuimos a la cocina en silencio, donde cortó dos trozos en silencio que masticamos en silencio.

Incómodo de narices.

Me pregunté qué habíamos hecho mal. Mi padre nunca había tenido problemas para hablar o reírse con Josh. ¿Por qué se comportaba tan raro conmigo? ¿Y por qué yo también con él? Era mi padre, y aun así nunca había sido capaz de abrirme con él completamente.

Me pagó las facturas y me alimentó y me acogió hasta que fui a la universidad, pero era Josh quien había sido mi tabla de salvación a lo largo de los años, la persona a la que acudía cuando quería hablar de lo que me había pasado en el día o cuando tenía algún problema con los estudios, las amigas o, para su desgracia, los chicos.

Era algo más que el hecho de que mi padre fuera una figura de autoridad y mi hermano alguien más cercano a mi edad. No tenía problema para conectar con profesores o con los padres de mis amigos.

Era algo más. Algo que no lograba nombrar.

Pero quizás esa es la naturaleza de los padres asiáticos a cierta edad. Mostrar afecto abiertamente no está en nuestra cultura. No decíamos «te quiero» ni nos abrazábamos como la familia de Stella. Los padres chinos mostraban su amor con acciones, no con palabras: trabajando duro para mantener a sus hijos, cocinando, cuidando a sus hijos cuando enfermaban...

Me crie sin necesidad de bienes materiales, y mi padre me pagó la matrícula de Thayer, que no era barata. Es verdad que no aprobaba mis estudios de fotografía, y tuve que pagarme yo todo el equipo. Y sí, su favorito era Josh, probablemente porque mantenía esa preferencia cultural por los hijos sobre las hijas. Pero viendo las cosas con perspectiva, tenía suerte. Tenía que estar agradecida.

Aun así, me habría gustado poder mantener una conversación normal con mi propio padre sin que se convirtiera en un silencio incómodo.

Clavé el tenedor en la tarta, preguntándome si existiría en el mundo una sorpresa de cumpleaños más patética que aquella, cuando me entró un cosquilleo.

Miré arriba y el cosquilleo se volvió escalofrío.

Ahí.

Quizás por eso nunca me había abierto a mi padre, porque a veces le pillaba mirándome de aquella forma.

Como si no me conociera.

Como si me odiara.

Como si me temiera.

Ava

—No es seguro.

Bridget levantó su metro setenta y cinco y le lanzó una mirada gélida al hombre de pelo oscuro que la estaba observando amenazadoramente. Le echó un par, teniendo en cuenta que era la princesa y él su guardaespaldas, pero Rhys Larsen no era Booth. Había quedado claro esa semana desde que llegó a Hazelburg para cubrir las funciones de Booth.

Habíamos celebrado una gran fiesta de despedida para Booth en La Cripta y habíamos rezado para que el nuevo guardaespaldas de Bridget fuera tan majo como Booth.

Las plegarias no fueron escuchadas.

Rhys era arisco, seco y arrogante. Sacaba de quicio a Bridget, lo cual era mucho, porque ella nunca perdía los nervios. En los últimos siete días, sin embargo, la había visto a punto de gritar. Me impresionó tanto que estuve a punto de sacar la cámara.

—El Festival de Otoño es una tradición anual —dijo con voz regia—. Llevo asistiendo los últimos tres años y no pienso dejar de hacerlo.

Los ojos grises de Rhys parpadearon. Era un poco más joven que Booth, unos treinta y pocos, y tenía el pelo negro y grueso, los ojos metálicos y una envergadura ancha y musculada que le daba aspecto de torre al lado de la elegancia de Bridget, incluso aunque llevara tacones. Una barba incipiente le cubría el mentón, y una cicatriz pequeña e irregular le atravesaba la ceja izquierda. Sin la cicatriz habría sido increíblemente guapo; con ella seguía siendo increíblemente guapo, pero también peligroso. Más amenazador.

Una buena cualidad para un guardaespaldas, supuse.

—Es una cuestión de control de la multitud. —Su voz retumbó por todo el coche, profunda y autoritaria, incluso para ser el subordinado de Bridget—. Demasiada gente en un espacio demasiado reducido.

Stella, Jules y yo nos quedamos calladas con prudencia mientras Bridget le fulminaba con la mirada.

—Es un evento de la universidad. Obviamente va a haber una multitud, pero nunca antes he tenido ningún problema. La mitad de los de ahí ni siquiera saben quién soy.

—Suficiente con que lo sepa uno —contestó Rhys, monocorde—. Con solo mirarlo ya sé que el festival está a su máxima capacidad.

—Es ridículo. No voy a entrar en zona de guerra, y hay menos gente que en un estadio. Nadie me ha dicho nunca que no pueda ir a un estadio.

—Las medidas de seguridad y disposición de los estadios son...

—Basta. —Bridget levantó la mano—. Me niego a quedarme en casa como una princesa encerrada en una torre en mi último año de universidad. Voy a ir, y tú te puedes quedar en el coche o bien venir conmigo.

Abrió la puerta del coche y salió sin mirar atrás.

Rhys respiró profundo por la nariz, pero salió tras ella inmediatamente, con los ojos acechantes, alerta ante el peligro.

Jules, Stella y yo nos lanzamos detrás.

El Festival de Otoño era uno de los eventos más esperados del año escolar. Los negocios locales montaban stands de productos y alimentos de temporada con descuentos para los alumnos, chocolate caliente y dónuts de sidra de manzana, pasteles de calabaza y sándwiches de carne mechada. Había juegos y actividades clásicas como morder manzanas, lecturas de tarot, y, al ser la universidad, también era una plataforma donde alumnos y exalumnos se reunían para beberse su peso en alcohol.

Rhys tenía razón, había más gente de lo previsto en el festival, pero nada comparado con las fiestas de primavera a las que habíamos ido alguna vez. Entendí su preocupación, pero también estaba de acuerdo con Bridget en que su reacción era un poquito exagerada.

Bridget lo ignoró mientras explorábamos la oferta de comida y actividades. El Festival de Otoño era un liberador de estrés necesario entre los exámenes parciales y los finales, y además nos lo pasábamos genial, la mayor parte del tiempo.

—Me está volviendo loca —dijo Bridget un rato después en voz baja. Sorbió de su chocolate con expresión malhumorada—. Echo de menos a Booth.

Me volví para mirar a Rhys, que nos seguía imperturbable. O no había oído lo que había dicho, o ponía la mejor cara de póker del mundo.

Me apostaba lo segundo. Daba la impresión de que no había mucho, o nada, que Rhys no pudiera ver, oír o notar.

—Es su primera semana. —Stella le hizo una foto a su bebida antes de probarla—. Booth llevaba años contigo. Es normal que Rhys sea sobreprotector. Dale tiempo.

—Ya imagino —suspiró Bridget—. No sé cómo lo hace Nik. Al ser el príncipe heredero tiene el doble de escoltas que yo, es mucho peso sobre los hombros. —Sacudió la cabeza—. Me alegro de ser la segunda en la línea de sucesión.

—¿Se refiere a que no desea reinar, su majestad? —bromeé—. Podría ser usted reina y así salir en los sellos de correos.

Bridget se rio.

—No, gracias. Aunque sea tentador verme la cara en un sello, prefiero tener una pizca de libertad. —Volvió la vista en dirección a Rhys—. A menos que mi guardaespaldas tenga otra idea.

—Es estricto, pero al menos está tremendo —dijo Jules en un susurro—. Sin ofender a Booth, pero... guau. —Se abanicó.

—¿Solo piensas en eso? —preguntó Bridget, dividida entre la risa y la frustración.

Una sombra pasó por la cara de Jules antes de desaparecer.

—La mayor parte del tiempo. Me gusta pensar en cosas bonitas. Hablando de... —Se volvió hacia mí—. ¿Dónde está tu amante bandido?

Puse los ojos en blanco y me ruboricé.

—No lo llames así, y está ocupado dirigiendo una empresa. No tiene tiempo para eventos universitarios.

—¿Estás segura? —Stella señaló con la barbilla a mi espalda.

Me volví y casi se me sale el corazón del pecho cuando vi a Alex de pie detrás de mí. Llevaba un jersey azul de cachemir y vaqueros, que le daban un aspecto sofisticado entre aquella turba de estudiantes borrachos y profesores desaliñados.

No pude evitarlo: corrí y me lancé a sus brazos.

—¡Creía que estabas trabajando!

—He salido pronto. —Me dio un beso en los labios y suspiré de placer —. Echo de menos el Festival de Otoño.

—Ajá. Seguro que eso es lo que echas de menos —se burló Jules.

Mis amigas nos miraban con fascinación, y me di cuenta de que era la primera vez que nos veían juntos como... ¿pareja? No estaba segura de cómo llamar a nuestra relación. «Pareja» sonaba muy mundano, pero imaginaba que éramos eso.

Teníamos citas, hablábamos por las noches y practicábamos el sexo más salvaje y explosivo. Alex Volkov y yo éramos pareja.

Las mariposas de mi estómago revolotearon de entusiasmo.

Alex se quedó con nosotras hasta el final del Festival de Otoño. Rechazó jugar a la mayoría de los juegos, pero lo convencimos para que se hiciera fotos en un decorado de calabazas.

—¿Te das cuenta de que estas fotos son las primeras que nos hacemos los dos juntos? —Agité triunfante las polaroids—. Si no las cuelgas en el salón, me ofenderé.

—No sé. No me pegas con la decoración —dijo con tono aburrido.

Le di un puñetazo en el brazo, ganándome una extraña risa. Stella casi se atraganta con el chocolate caliente de la estupefacción.

Era una tarde perfecta: comida genial, tiempo genial, compañía genial. El único contratiempo ocurrió cuando Alex se cortó con algo en uno de los estands. El corte era tan profundo que la sangre le goteaba por el dedo.

—No pasa nada —dijo—. Solo es un rasguño.

—Estás sangrando. —Puse los brazos en jarra—. Hay que limpiarlo y vendarlo. Vamos. —Mi tono no admitió réplica.

De ninguna forma iba a ir por ahí con el dedo chorreando sangre. ¿Y si se infectaba?

Alex sonrió.

—Sí, señora.

Resoplé al oír su burla (¡estaba sangrando!) y le arrastré a la enfermería del campus, donde una estudiante aburrida nos dio una gasa y una tiritita.

Le enjuagué el corte debajo de un grifo del baño y lo limpié con la gasa.

—Estate quieto. —Tiré la gasa a la papelera y abrí la tiritita—. Deberías tener más cuidado —refunfuñé—. Tienes suerte de no haberte hecho algo grave. ¿En qué estabas pensando?

Alcé la mirada y vi que Alex me miraba con una sonrisita.

—¿Qué?

—Estás muy guapa cuando te preocupas.

Presioné los labios, tratando de contener la sonrisa.

—No intentes hacerme carantoñas para no meterte en un lío.

—¿Me he metido en un lío? —dijo lentamente. Cerró la puerta del baño con el pie y echó el cerrojo con la mano libre.

Se me aceleró el pulso.

—Sí.

—¿Crees que te hago muchas carantoñas?

Asentí brevemente.

Alex me sentó encima del lavabo.

—Habría que remediar eso, ¿no?

Me mordí el labio mientras me levantaba el vestido hasta el pecho y me besaba los pezones por encima del fino encaje del sujetador.

—Alex, estamos en la enfermería de la universidad —grité, deseando al mismo tiempo que parara y continuara. Todo el mundo estaba en el Festival de Otoño, así que dentro no había mucha gente, pero la recepcionista estaba a unos pocos metros de la puerta y las paredes tenían de todo menos insonorización.

—Ya lo sé. —Me retiró el sujetador con los dientes y centró la atención en mis tetas mientras su mano no vendada buscaba el dulce punto entre mis piernas. Ya estaba empapada para él, y mis jugos me resbalaban por los muslos mientras me volvía loca con la boca y los dedos. Su erección me presionó la pierna, dura y gruesa como una cañería, pero cuando fui a tocarla me quitó la mano.

—Espero que no les tengas cariño a estas bragas —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué...?

El sonido de la tela rasgada respondió a mi pregunta.

La boca de Alex se curvó en una sonrisa pícaro al ver mi expresión estupefacta.

—Ya que sabemos que eres una gritona —dijo—, abre la boca.

Dejé de resistirme.

Abrí la boca y me metió las bragas dentro, amortiguando mi gemido. Me estremecí al saborear mi propia excitación.

Estaba temblando, tan cachonda que no podía ver claro. Había algo increíblemente erótico en el hecho de que pudieran pillarnos.

Alex volvió a centrar la atención en mis tetas mientras deslizaba un dedo, luego dos, entre mis pliegues resbaladizos. Mientras me hacía enloquecer lo agarré del pelo, tirando tan fuerte que debió de dolerle, aunque no lo mostró.

Sacó la cabeza de mis tetas y me miró con ojos en llamas.

—Muy bien, Rayito —murmuró, con los músculos tensos mientras me follaba más fuerte con los dedos. Me los metió hasta los nudillos, y el sonido obsceno que hacían al entrar y salir de mi cuerpo empapado creó una sucia sinfonía que aumentó mi excitación. Cabalgué sin pudor sobre su mano, mientras se me caía la baba por las comisuras de la boca y gemía debajo de la improvisada mordaza.

—Córrete para mí como una putita.

Lo hice. Un orgasmo fuerte, rápido e infinito me hizo volar en una explosión de felicidad.

Cuando volví a la tierra, vi que se había desabrochado el pantalón y se la estaba sacudiendo. No tardó mucho en estallar, disparando chorros gruesos y cálidos sobre mis muslos.

—No —dijo cuando me levanté a limpiarme. Me sacó de la boca las bragas desgarradas y se las guardó en el bolsillo, con movimientos precisos—. Quiero que vayas con mi corrida en las piernas para que sepas exactamente quién es tu dueño.

El calor me subió a las mejillas.

—Alex —susurré—, no puedo andar por ahí sin bragas y... y...

—Puedes, y lo vas a hacer. —Sus dedos me rozaron los muslos, donde se estaba empezando a secar el semen—. Cuanto más rápido obedezcas, más rápido podremos irnos a casa, donde podrás ducharte. Con ayuda —añadió con una sonrisa maliciosa.

—Estás loco. —Pero hice lo que me pidió, me bajé mi vestido de jersey y me coloqué el pelo. No pude mirar a los ojos a la recepcionista mientras salíamos. Probablemente se imaginaba lo que habíamos hecho, porque ponerse una tiritita no lleva tanto tiempo.

Sentí el viento entre las piernas mientras nos incorporábamos al grupo y di un salto que provocó una sonrisa en Alex y miradas extrañas en los demás.

—¿Estás bien? —preguntó Stella—. Estás toda roja.

—Sí —dije—, es que tengo un poco de fresco. —Mientras las demás se distraían con el concurso de comer tartas, le di una bofetada en el brazo a Alex—. Me las pagarás por esto.

—Lo estoy deseando.

Puse los ojos en blanco, pero no podía enfadarme con él, especialmente porque una parte de mí disfrutaba con la sucia sensación de ir por ahí de esa forma.

—Tengo una pregunta seria —dije mientras dos alumnos mayores destrozaban unas tartas de calabaza—. ¿Qué vas a hacer en Acción de Gracias?

—Me imagino que comer pavo en algún sitio —dijo con indiferencia.

—¿Quieres... venir a mi casa el fin de semana? Ya que tu tío no lo celebra. Sin compromiso —añadí rápidamente.

—Rayito, llevo ocho años pasando Acción de Gracias con tu familia.

—Ya lo sé, pero como Josh no está este año, no quería darlo por hecho. Quiero decir, conocer a mi padre...

Alex se rio y le brillaron los ojos.

—Ya conozco a tu padre.

—Cierto. Pero... —titubeé—. Bueno, da igual. No podemos decirle que estamos saliendo hasta que no se lo digamos a Josh, pero ¿no sería sospechoso si nos vieran llegar juntos? Los padres tienen un detector de mentiras. ¿Y si...?

—Ava. —Me puso las manos en los hombros—. ¿Quieres que pase Acción de Gracias contigo?

Asentí.

—Pues eso haré. No le des más vueltas.

—Dice el campeón en dar vueltas a las cosas —murmuré con una sonrisa.

Ava

Todos los años mi familia celebraba Acción de Gracias con un toque chino. En lugar de pavo y puré de patatas, comíamos pato asado, arroz, *dumplings* y sopa de pescado. En cuanto a la comida, este año sería igual, pero sin Josh la cena había consistido en dos horas de silencio incómodo. Alex y mi padre habían hablado un poco de fútbol y trabajo, pero ya está. Mi padre parecía estresado por algo de la oficina. Estaba más molesto de lo habitual.

También sospechaba que a mi padre no le caía muy bien Alex. Era raro, teniendo en cuenta que su debilidad era la gente inteligente y exitosa, y Alex era inteligente y exitoso como el que más. Siempre lo había atribuido al hecho de que Alex no era tan pelota como les gustaba a los padres chinos; no solía regalar elogios. Además, estaba segura al noventa por ciento de que mi padre sabía que había pasado algo entre nosotros, aunque no dijera nada.

—Lo sabe —le susurré cuando mi padre se fue al baño—. Te lo juro, lo sabe.

—No lo sabe. Incluso si lo supiera, no tiene pruebas y no le dirá nada a Josh —dijo Alex—. Tranquila. Es tu finde libre.

—No hay fines libres para los estudiantes.

Aunque fuera fiesta, tenía que estudiar para los exámenes y terminar la solicitud de la beca. Lo tenía todo excepto algunos párrafos de la memoria personal. Había incluido en el porfolio las fotos que le hice a Alex, aunque aún no se lo había dicho. Eran las mejores que había hecho en mi vida, pero no quería decir nada hasta no recibir respuesta del comité del World Youth Photography. No quería gafarlo.

—Qué pena que no vayamos a dormir juntos. —A Alex le brillaron los ojos—. Te ayudaría a aliviar el estrés.

Me reí.

—¿Solo piensas en eso?

Yo tampoco pensaba muy diferente. También quería dormir con Alex, especialmente ahí, en esa casa, donde las pesadillas siempre eran más oscuras. Pero como mi padre no sabía que estábamos juntos, Alex se quedaría en la habitación de invitados.

—Solo cuando te tengo cerca. —Así como mi padre parecía más estresado, Alex estaba más relajado aquellos días. Sonreía, reía... Incluso hacía algún chiste de vez en cuando. Me gustaba pensar que había tenido algo que ver en su cambio de humor. Seguía yendo a entrenar krav magá con Ralph, y dando clases de natación con Alex (ya me daban menos ataques de pánico que al principio) y después de todo lo que me había ayudado, quería ayudarlo yo también a él. Era invencible e inalterable, pero todo el mundo, fuerte o débil, necesita cuidados y atención.

—Alex Volkov, ¿cuándo te has vuelto tan cursi? —me burlé.

Dejó escapar un gruñido juguetón y me tocó la mano justo cuando mi padre volvía al comedor. Nos pusimos serios y mantuvimos las distancias el resto de la noche, pero mi padre levantó las cejas y confirmó mis sospechas. Lo sabía.

No podía respirar. La mano me apretaba el cuello y yo agité los brazos y las piernas, desesperada por escapar.

—Para —intenté decir—. Para, por favor.

Pero no podía. La mano me apretaba demasiado fuerte.

Las lágrimas me nublaron la vista. Se me llenó la nariz de mocos.

Me estaba muriendo. Muriendo... Muriendo...

Me desperté con un grito ahogado. Se me resbalaron del cuerpo las sábanas empapadas y miré alrededor con pavor, convencida de que había un intruso en mi cuarto. En los rincones se concentraban profundas sombras, y los destellos pálidos e inquietantes de la medianoche se filtraban por las cortinas de raso que colgaban de la ventana.

Pero no había ningún intruso.

—Era un sueño —susurré, mi voz sonó como un disparo en el silencio—. Solo era un sueño.

Uno diferente de los que solía tener. No estaba bajo el agua. No gritaba. Pero estaba aterrada, más de lo que había estado en mucho mucho tiempo.

Porque mis sueños nunca eran solo sueños, sino recuerdos.

Siempre había tenido los peores sueños en casa. Quizás por el lago que había allí. Era un lago distinto al que había en casa de mi madre antes de que muriera, pero era un lago, al fin y al cabo.

Ojalá a mi familia no le gustaran tanto los lagos.

Miré el reloj digital y los fríos dedos del miedo me arañaron la columna cuando vi la hora que era. 4:44 de la madrugada. Otra vez.

Quería echar a correr por el pasillo y lanzarme a los brazos de Alex. Con él me sentía segura. Incluso mis pesadillas habían disminuido su frecuencia e intensidad desde que habíamos empezado a dormir juntos todas las noches: yo acurrucada junto a él, rodeada por sus brazos en un abrazo protector. Por una parte quería que se curara del insomnio y que estuviera en paz y disfrutara del descanso que se merecía cada noche, pero a una pequeña parte de mí le gustaba que estuviera despierto para vigilarme en las largas horas entre el atardecer y el amanecer.

Probablemente estaba despierto, pero me obligué a mí misma a quedarme quieta por si acaso no lo estaba. No quería arriesgarme a interrumpir las dos o tres preciosas horas de sueño que dormía cada noche.

Me volví a arropar con las sábanas y traté de dormirme otra vez, pero me picaba todo el cuerpo y algo me llamaba más allá de las paredes. Me resistí todo el tiempo que pude hasta que la noche dio paso al día.

7:02. Una hora más respetable para levantarse que las 4:44.

Me puse una camiseta y un pantalón de chándal, me enfundé los pies en unas botas blanditas y recorrí la casa de puntillas hasta el patio. El aire olía fresco y fértil, y una neblina cubría la superficie del lago, impregnándolo todo de misterio.

El cuerpo me empezó a picar más aún. La llamada se hizo más fuerte.

Caminé hacia el lago, con el crujido de las botas sobre la grava de la zona de la barbacoa que mi padre había instalado para las reuniones de verano. Gotas de rocío salpicaban los muebles de madera, y el grill de carbón parecía triste y solitario, puesto que llevaba sin usarse desde el Día de los Caídos, en mayo.

Mi aliento creaba nubes de vaho en el aire. Hacía más frío de lo que creía, pero no me detuve hasta que llegué al borde del lago, lo suficientemente cerca como para oler la tierra húmeda a mis pies.

Era la primera vez que recordaba haberme acercado a aquel lago.

De pequeña siempre me había mantenido alejada, y solo había llegado hasta la zona de la barbacoa. Incluso allí, me ponía tan nerviosa que solía excusarme en mitad de las fiestas para irme corriendo al baño e intentar recuperar el control de mí misma.

No estaba segura de qué me había arrastrado hasta allí esa mañana, pero el canto de sirena del lago me había envuelto, atrayéndome hacia sí, como si quisiera contarme un secreto que no quería que oyera nadie más.

Ya soportaba mejor el agua gracias a mis clases con Alex, pero aún sentía un temblor de inquietud que se me agarraba en el pecho cada vez que pensaba en la gran masa de agua que tenía delante de mí.

Respira hondo. Estás bien. Estás en tierra firme. El lago no va a subir el nivel de agua ni te va a arrastrar.

A lo lejos saltó la alarma de un coche y me estremecí, olvidando de golpe todas las técnicas de relajación mientras daba rienda suelta a mis pesadillas a plena luz del día.

Recogí otra piedra del suelo. Era suave y plana, de las que hacían las ondas más bonitas. Arqueé el brazo para lanzarla, pero me vino un olor a flores (el perfume de mamá) que llamó mi atención.

Con la distracción, la piedra se me cayó al suelo, pero no me importó. ¡Mamá había vuelto! Ahora podíamos jugar.

Me di la vuelta con una enorme sonrisa con un hueco en medio, pero solo me dio tiempo a esbozar la mitad de la sonrisa antes de que me empujara. Salí despedida y caí, caí, caí desde el borde del muelle hasta que el agua me envolvió, tragándose mi grito.

—¿Ava? —la voz preocupada de mi padre irrumpió en mi confusión—. ¿Qué haces aquí fuera?

Se me había olvidado. Venía todas las mañanas a hacer ejercicio, lloviera o hiciera sol. Siempre cumplía religiosamente con su rutina diaria.

Me di la vuelta, tratando de escapar de las imágenes que estallaban en mi cerebro, pero no paraban. Antiguas pesadillas. Nuevas revelaciones.

No. No, no, nononononono.

El anillo dorado de mi padre me deslumbró, y le vi la cara.

Y grité.

Alex

Algo no iba bien.

Lo sentía en lo más profundo de los huesos mientras aparcaba en la entrada de mi casa, con el sexto sentido activado.

Ava estaba delante de mí con la cara pálida y la mirada perdida. Llevaba así desde la mañana después de Acción de Gracias, cuando su padre la encontró en el lago y gritó tan fuerte que me despertó de uno de mis infrecuentes ratos de sueño. Salí afuera corriendo, imaginando todo tipo de escenarios horribles y me maldije por haberla dejado sola. Por haberla fallado.

Pero la encontré fuera, sana y salva (al menos físicamente), mientras su padre trataba de calmarla. El espanto surcaba el rostro de Michael mientras ella temblaba como una hoja en el viento y las mejillas llenas de lágrimas. Se negó a contarnos qué había pasado, y no fue hasta horas después cuando confesó que había tenido un ataque de pánico al acercarse tanto al lago. No estaba segura de por qué había ido allí, en primer lugar, pero su hidrofobia se había activado muy tarde.

Y una mierda.

Ava era capaz de meterse en la piscina sin tener un ataque de pánico, y había mantenido la calma cuando habíamos ido a varios lagos. No, algo más la había aterrorizado hasta el punto de haberse puesto a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, y cuando descubriese lo que era, iría a buscarlo a los confines de la tierra y lo haría pedazos con mis propias manos.

La guie hasta mi casa, donde la envolví con una manta en el sofá y le hice una bebida caliente. Como había estado fuera el fin de semana, tenía

apagada la calefacción, y la casa aún estaba helada y tardaría un rato en calentarse.

—Chocolate caliente con leche de avena y tres nubes —dije con voz suave mientras le extendía la taza a Ava—. Como a ti te gusta.

—Gracias. —Agarró la taza con las manos y se quedó mirando las nubes balanceándose en el líquido, pero se quedó inmóvil sin beber ni un sorbo.

En una situación normal, ya se habría bebido media taza. Le encantaba el chocolate caliente. Era lo que más le gustaba del invierno.

Le agarré la barbilla y atraje su mirada hacia mí.

—Dime a quién o qué hay que matar —gruñí—. ¿Qué pasó en casa de tu padre?

—Ya te lo he dicho, nada. Solo fue el lago. —Ava esbozó una falsa sonrisa—. No puedes matar a un lago.

—Vaciaré todos los putos lagos y océanos del mundo si tengo que hacerlo.

Una lágrima de vidrio se resbaló del ojo.

—Alex...

—Lo digo en serio. —Le sequé la lágrima con el pulgar. El corazón me latía fuerte en el pecho como una bestia furiosa al contemplar su dolor y al saber que había algo en el mundo que se había atrevido a hacerle daño. «Hipócrita —me susurró mi conciencia—. Cruel, egoísta e hipócrita. Mírate en el espejo. Piensa en todo lo que has hecho.» Apreté los dientes e ignoré la voz de mi cabeza—. Lo haría por ti. —Besé el punto donde había resbalado su lágrima—. Haría cualquier cosa por ti. Da igual lo retorcida o imposible que sea.

Le subió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Ya lo sé. Confío en ti. Más que en nadie en este mundo.

«Ojalá lo supiera —me dijo mi conciencia—. Ojalá supiera el tipo de hombre que eres. No te tocaría ni con un palo, ni mucho menos se fiaría de ti.»

Cállate. Ya.

Genial. Ahora mantenía conversaciones en silencio con una voz imaginaria.

Cómo ha caído el poderoso.

—Ni siquiera sé si... si es real —susurró Ava—. Me lo pude haber imaginado.

Apreté los nudillos contra la rodilla.

—¿Imaginarte el qué?

—Yo... —tragó saliva y su mirada se llenó de horror—. Mis recuerdos de infancia. Volvieron.

La confesión me arrolló como un tren de carga, cegándome.

De todas las cosas que esperaba que hubiera dicho, esa no era una de ellas.

Los recuerdos reprimidos solían ser resultado de una experiencia traumática y podían refloatar si la persona hallaba un desencadenante como un sonido, un olor o un suceso. Pero Ava estaba en la casa donde se había criado. ¿Qué había pasado en Acción de Gracias que pudiera desencadenar algo en ella? ¿El lago?

—De acuerdo —dije en voz baja y calmada, tranquilizadora—. ¿Qué recuerdas?

A Ava le temblaron los hombros.

—No me acuerdo de todo. Pero sí del día... El día en que estuve a punto de morir.

Una descarga de calor me recorrió el cuerpo, seguida de una de frío. A punto de morir. Si hubiera muerto, si ya no estuviera en este mundo...

La soga invisible alrededor de mi cuello se apretó, y una gota de sudor me resbaló por la espalda.

Su experiencia próxima a la muerte no era culpa mía. Había ocurrido mucho antes de que yo la conociera, pero aun así...

Empecé a respirar con lentitud.

—Estaba jugando junto al lago. —Se humedeció los labios—. Antes teníamos un muelle que llegaba hasta el medio del agua. Mi padre lo quitó después del «incidente» (así es como llamo a lo que ocurrió), pero antes de que mis padres se divorciaran íbamos allí muy a menudo. Mi padre se había mudado, y mi madre cayó en una depresión. Fue un divorcio terrible, por lo que descubrí pasados los años, y ahora recuerdo todos los gritos y las amenazas. Era demasiado pequeña para entender qué les enfadaba tanto; solo sabía que estaban furiosos. Tan furiosos que a veces creía que iban a matarse el uno al otro. De cualquier manera, mi madre dejó de llevarme al lago, hasta que un día me llevó. Estábamos jugando en el muelle y nos quedamos sin crema solar. A mi madre le importaba mucho la crema solar, decía que era lo más importante que podíamos hacer por nuestra piel. Yo no

quería dejar de jugar con ella, así que me hizo prometer que me estaría quieta mientras estaba dentro. Se supone que iba a ser solo un momento.

Ava recorrió con el dedo el borde de la taza, con la mirada perdida en lugares lejanos, lo que me dio a entender que estaba inmersa en sus recuerdos recién desenterrados.

—Lo hice. Me estuve quieta. Miré a los peces, lancé piedras al agua... Me encantaban las ondas que hacían. Esperé a que volviera para poder seguir jugando. He tenido pesadillas con ese día desde que tengo uso de razón, así que nada de esto es nuevo. La recuerdo marchándose, la recuerdo volviendo y me recuerdo cayendo al agua. Solo que... —Suspiró profundamente—. No creo que llegara a volver. Creía que había olido su perfume, pero en mis pesadillas, en mis recuerdos, nunca vi realmente bien la cara de la persona que me empujó. Pasó todo muy deprisa. Pero cuando estaba en el lago hace unos días... Volvieron más recuerdos y me di cuenta de que había visto más de lo que creía. Antes de caerme al agua, vi un destello dorado. Un anillo con unas iniciales grabadas. M. C.

El terror y el estupor me recorrieron toda la espina dorsal y abrieron sus alas negras, envolviéndome en un oscuro abrazo.

—Michael Chen —Ava temblaba sin parar—. Alex, mi madre no intentó matarme. Fue mi padre.

Ava

No podía parar de vomitar.

Estaba agarrada a la taza del váter, con el estómago revuelto y empapada en sudor mientras Alex me sujetaba el pelo y me acariciaba la espalda en círculos.

Estaba lívido. No por mí, sino por mi padre, mi pasado, toda la situación. Lo notaba en la tensión de sus manos y en el aura de violencia soterrada que lo envolvía desde que le había confesado mis recuerdos.

El día en el lago solo era la punta del iceberg.

Había recordado algo más. Algo que solo afianzaba la culpa de mi padre.

—¡Mira, papá! —Corrí a su despacho, blandiendo el folio en la mano con orgullo. Era un ensayo que había escrito para clase sobre la persona a la que más admiraba. Lo escribí sobre papá. La señora James me había puesto un diez y estaba deseando enseñárselo.

—¿Qué pasa, Ava? —levantó las cejas.

—¡He sacado un diez! ¡Mira!

Me quitó el papel de las manos y lo leyó por encima, pero no parecía tan contento como cabría esperar.

Atenué la sonrisa. ¿Por qué fruncía el ceño? ¿No estaba bien sacar un diez? Siempre felicitaba a Josh cuando traía un sobresaliente a casa.

—¿Qué es esto?

—Es una redacción sobre la persona a la que más admiro. —Apreté las manos, cada vez más nerviosa. Ojalá Josh hubiera estado allí, pero estaba en casa de un amigo—. Dije que eres tú, porque tú me salvaste.

No recordaba que me hubiera salvado, pero eso era lo que me había dicho todo el mundo. Me habían dicho que me había caído al lago unos años atrás y que habría muerto de no ser porque mi padre se tiró detrás de mí.

—Sí, ¿verdad? —sonrió por fin, aunque no era una sonrisa muy amable. De pronto no tenía ganas de estar allí.

—Cómo te pareces a tu madre —dijo papá—. Un calco exacto de cuando ella tenía tu edad.

No sabía lo que era un calco exacto, pero, por el tono que usó, probablemente nada bueno.

Se levantó y yo di un paso atrás instintivamente hasta que mis piernas se toparon con el sofá.

—¿Te acuerdas de lo que ocurrió en el lago cuando tenías cinco años, cariño? —Me pasó los dedos por la mejilla y me estremecí.

Negué con la cabeza, demasiado aterrada para hablar.

—Así es mejor. Lo hace todo más fácil. —Papá esbozó otra fea sonrisa—. Me pregunto si también te olvidarás de esto. —Cogió un cojín y me lo hundió en la cara contra el sofá.

No tuve tiempo de responder antes de perder la capacidad de respirar. El cojín me presionaba la cara, impidiéndome inhalar oxígeno. Traté de quitármelo de encima, pero no tenía tanta fuerza. Una mano férrea me agarró de las muñecas hasta que no pude seguir resistiéndome.

El pecho estaba a punto de estallarme, y se me nubló la vista.

No había aire. Aireaireaireaire.

No solo mi padre había intentado ahogarme, sino también asfixiarme.

Me volvieron a dar arcadas otra vez, y otra vez, y otra vez. Habría tratado de mantener la calma durante la mayor parte del fin de semana de Acción de Gracias, pero decir en voz alta la frase «Mi padre intentó matarme» debió de desencadenar una respuesta física con efecto retardado.

Después de vomitar lo que debía de ser todo el contenido de mi estómago, me derrumbé en el suelo. Alex me dio un vaso de agua y me lo bebí entero con largos tragos.

—Lo siento —dije con la voz ronca—. Qué vergüenza. Lo limpiaré...

—No te preocupes por eso. —Me pasó la mano por el pelo suavemente, pero en sus ojos se había desatado un infierno—. Todo se arreglará.

Déjame a mí.

Una semana después, Alex y yo esperábamos a que mi padre llegara a una de las salas de reuniones del Grupo Archer. Era la primera vez que veía el lugar de trabajo de Alex, y el edificio era tal y como lo había imaginado: elegante, moderno y bonito, todo de cristal y mármol.

Aunque estaba demasiado nerviosa como para apreciarlo.

Las manecillas del reloj sonaban en la pared, rompiendo el silencio.

Tamborileé con los dedos en la mesa de madera pulida, y me quedé mirando por los ventanales de cristal tintado, al mismo tiempo con ganas y miedo de que apareciera mi padre.

—La seguridad de este lugar es de primera —me aseguró Alex—. Y estaré todo el rato a tu lado.

—Eso no es lo que me preocupa. —Me presioné la otra mano contra la rodilla para que dejara de moverse—. Dudo que me...

¿Me hiciera daño físico? Pero ya lo había hecho. O, al menos, lo había intentado.

El día que me empujó al lago y el día que me había asfixiado. Y eso era solo lo que recordaba.

Hice memoria a lo largo de los años, tratando de recordar cualquier otro episodio oscuro. En mi adolescencia me parecía que era un padre bastante decente. No el más presente ni el más cariñoso, pero no había intentado matarme, lo cual me llevaba a preguntarme: ¿por qué no? Había tenido muchas oportunidades, muchas veces en las que había podido matarme y hacerlo parecer un accidente.

Pero esa pregunta no era nada comparada con la mayor pregunta de todas, que era por qué había querido matarme. Era su hija.

Se me escapó un quejido quebrado. Alex me apretó la mano, con el ceño fruncido sobre los ojos, pero yo hice un gesto con la cabeza.

—Estoy bien —dije, reuniendo las fuerzas para recomponerme. Podía hacerlo. No me derrumbaría. No. Incluso aunque me doliera tanto el corazón que me hiciera explotar—. Yo...

La puerta se abrió y la frase murió en mi garganta.

Mi padre, Michael (aunque ya no podía verlo como un padre), entró en la sala, con aspecto confundido y algo molesto. Llevaba su polo de rayas

habitual y vaqueros, y también el maldito anillo grabado.

Contuve la bilis. Alex entró en tensión, con los ojos irradiando cólera en profundas y oscuras oleadas.

—¿Qué pasa? —dijo Michael—. ¿Ava? ¿Para qué me has pedido que venga aquí?

—Señor Chen. —La voz de Alex sonó lo suficientemente amable; solo los que lo conocíamos podíamos detectar la cuchilla letal detrás de sus palabras, esperando a clavarse—. Siéntese, por favor. —Hizo un gesto a la silla de cuero en el otro extremo de la mesa.

Michael se sentó con una expresión de creciente irritación.

—Tengo mucho trabajo, y me habéis hecho venir hasta Washington para una supuesta urgencia.

—Le he mandado un coche —dijo Alex, todavía con un falso tono amable.

—En tu coche o en el mío, se tarda el mismo tiempo. —Los ojos de Michael nos miraron alternativamente a Alex y a mí antes de posarse en mí—. No me irás a decir que estás embarazada.

Confirmación de que sabía desde Acción de Gracias que Alex y yo estábamos juntos. Aunque ya me daba igual lo que pensara.

—No. —Alcé la voz para dejar de escuchar mi corazón desbocado—. No lo estoy.

—¿Y cuál es la urgencia entonces?

—Yo... —balbuceé. Alex me volvió a apretar la mano—. Yo...

No era capaz de decirlo. No con alguien delante.

Alex ya lo sabía todo, pero lo que Michael y yo teníamos que hablar era demasiado personal para airearlo delante de nadie más. Era algo entre nosotros. Padre e hija.

Ante mis ojos bailaban destellos de luz. Me clavé en el muslo las uñas de la mano libre, con tanta fuerza que me habría hecho sangre si no hubiera llevado los vaqueros.

—Alex, ¿puedes dejarnos a solas un momento, por favor?

Volvió la cara hacia mí con expresión de horror.

«Por favor —le rogué con la mirada—. Necesito hacer esto sola.»

Sabiendo lo protector que era, esperaba más resistencia por su parte, pero debió de ver algo en mi cara (mi firme convicción de que tenía que librar sola mis propias batallas) porque me soltó la mano y se levantó.

Con recelo, pero lo hizo.

—Estaré en la puerta —dijo. Una promesa y una advertencia.

Alex lanzó una oscura mirada a Michael antes de salir.

Y entonces quedaron dos.

—¿Ava? —Michael levantó las cejas—. ¿Te has metido en algún lío?

Sí.

Había mantenido aquella conversación en mi cabeza cientos, si no miles de veces, antes de entrar en aquella sala. Había pensado mucho en cómo sacar el tema, cómo reaccionaría a su respuesta o cuál sería esta respuesta. «Oye, papá, me alegro de verte. Por cierto, ¿intentaste asesinarme? ¿Sí? Oh, vaya, de acuerdo. Pero no podía retrasarlo más.»

Necesitaba respuestas antes de que me mataran las preguntas.

—No me he metido en ningún lío —dije, orgullosa de la firmeza de mis palabras—. Pero tengo algo que decirte sobre lo que pasó el fin de semana de Acción de Gracias.

Su expresión se llenó de desconfianza.

—Vale...

—Lo he recordado.

—¿Has recordado qué?

—Todo. —Lo miré de cerca, esperando su reacción—. Mi infancia. El día en que casi me ahogo.

La desconfianza se tornó en *shock* con un tinte de pánico. Se le arrugó la frente.

El estómago me dio un vuelco. Esperaba estar equivocada, pero la mirada salvaje en los ojos de Michael me dijo todo lo que necesitaba saber: no estaba equivocada. Había intentado matarme.

—¿De verdad? —Soltó una risa forzada—. ¿Estás segura? Llevas años teniendo pesadillas...

—Estoy segura. —Estiré los hombros y lo miré a los ojos directamente, intentando controlar mis temblores—. ¿Fuiste tú el que me empujó al lago aquel día?

Michael colapsó y el *shock* en su mirada se multiplicó.

—¿Qué? —susurró.

—Ya me has oído.

—¡No, por supuesto que no! —Se pasó la mano por el pelo, agitado—. ¿Cómo puedes pensar eso? Soy tu padre. Nunca te haría daño.

Un rayo de esperanza me atravesó el corazón, aunque mi cerebro decía que no con escepticismo.

—Eso es lo que recuerdo.

—Los recuerdos pueden ser engañosos. Nos acordamos de cosas que no han pasado de verdad. —Michael se inclinó hacia delante, con la expresión más calmada—. ¿Qué crees que ocurrió exactamente?

Me mordí el labio inferior.

—Yo estaba jugando en el lago. Alguien vino por detrás y me empujó. Me acuerdo de que me di la vuelta y vi un destello dorado. Un anillo con un grabado. Tu anillo. —Lo señalé con la mirada.

Bajó la vista y lo tocó.

—Ava —dijo lleno de dolor—. Yo fui el que te salvó de ahogarte.

Esta era la parte que no tenía sentido. Me había desmayado, así que no había visto quién me salvó, pero los médicos de la ambulancia y la policía dijeron que había sido Michael el que los había llamado. ¿Para qué iba a hacerlo si fue él quien me empujó?

—Fui para hablar con tu madre de temas del divorcio, y nadie abrió la puerta, pero el coche estaba en la entrada. Di la vuelta a la casa para ver si estaba fuera, y vi... —Michael tragó saliva—. Fueron los peores minutos de mi vida, creí que habías muerto. Salté al agua y te salvé, y mientras tu madre... estaba ahí, estupefacta. Como si no pudiera creer lo que había pasado. —Se le quebró la voz—. Tu madre no estaba bien, Ava. No quería hacerte daño, pero a veces perdía el control de la situación. Se sintió tan culpable después, y entre el divorcio y la acusación... Acabó sufriendo la sobredosis.

El dolor me rompió en dos. Me presioné las sienes con los dedos, intentando asimilar las palabras de mi padre y mis propios recuerdos. ¿Qué era real? ¿Qué era falso?

Los recuerdos no eran de fiar. Lo sabía. Y Michael parecía sincero. Pero ¿de verdad me había equivocado tanto? ¿De dónde procedían esas visiones, si no de mis recuerdos?

—Hay algo más —dije temblando—. Estaba en tercero. Llevé a casa una redacción de la clase de la señora James y te la enseñé. Estabas en tu despacho. Me miraste y me dijiste que era un calco exacto de mamá, y... y me hundiste un cojín en la cara e intentaste asfixiarme. No podía respirar. Habría muerto, de no ser porque Josh llegó y te llamó, y entonces paraste.

La historia sonaba ridícula bajo las luces de aquella sala de reuniones. El pulso me latió con más fuerza.

Michael me miró alarmado.

—Ava —dijo con suavidad, con dulzura, como si no quisiera asustarme—. Nunca has tenido ninguna profesora que se llamara señora James.

El corazón me estalló en el pecho.

—¡Sí que la tenía! Era rubia, tenía gafas y nos traía galletas por nuestro cumpleaños... —Se me llenaron los ojos de lágrimas—. Te lo juro, la señora James era real.

Tenía que ser real. Pero ¿y si no lo era? ¿Y si me lo había inventado todo y había creído que eran recuerdos? ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué mi cerebro estaba tan desquiciado?

No podía respirar. Sentía que estaba loca, que nada de mi vida era real y que lo había soñado todo. Presioné las manos contra la mesa, esperando que se disolviera en una nube de polvo.

—Cielo... —Alargó la mano hacia mí, pero antes de que llegara a tocarme, la puerta se abrió de golpe.

—Ya está bien. Deja de mentir. —Alex entró con la cara desencajada. Por supuesto, había puesto micrófonos—. Ordené una investigación después de que Ava me contara lo que había recordado —dijo con frialdad. ¿En serio? No me lo había dicho—. Te sorprendería la cantidad de información que se puede descubrir rapidísimo si pagas bien. Sí que tenía una profesora en tercero llamada señora James, y que dio parte de un moratón sospechoso en las muñecas de Ava al día siguiente. Dijiste que se lo había hecho jugando y te creyeron. —Los ojos de Alex ardían de ira—. Eres muy buen actor, pero quítate ya la máscara. Te hemos pillado.

Miré a Michael. Ya no sabía qué creer.

—¿Es eso cierto? ¿Me has hecho luz de gas todo este tiempo?

—Ava, soy tu padre. —Michael se pasó la mano por la cara, con los ojos brillantes—. Nunca te mentaría.

Pasé la mirada de él a Alex. La cabeza me iba a estallar. Era demasiado, demasiados secretos que revelar. Pero, al final, tenía que fiarme de mí misma.

—Creo que sí —dije—. Creo que llevas mintiéndome toda la vida.

Michael mantuvo la expresión de angustia unos segundos más antes de transformarla en una espantosa máscara. Sus ojos brillaron de maldad y su

boca se torció en una sonrisa burlona.

Ya no parecía mi padre. Ni siquiera parecía humano. Parecía un monstruo directamente salido de mis pesadillas.

—Bravo. —Aplaudió lentamente—. Casi te tenía —añadió—. Tendrías que haberte visto. «¡Te lo juro, la señora James era real!» —me imitó, riéndose—. Un clásico. Estabas convencida de que te habías vuelto loca.

Asentí brevemente cuando Alex se acercó a Michael. Quería salir corriendo y esconderme, pero la adrenalina me hizo escupir las palabras.

—¿Por qué? Solo era una niña. —Me temblaba la barbilla—. Soy tu hija. ¿Por qué ibas a hacerme algo así? Dime la verdad. —Apreté la mandíbula—. Deja-de-mentir.

—La verdad es subjetiva. —Michael se recostó en la silla—. ¿De verdad quieres saberlo? Esta es mi verdad: tú no eres mi hija realmente. —Esbozó una sonrisa fugaz cuando ahogué un grito—. Eso es. La zorra de tu madre me engañó. Debió de ser una de esas veces que me fui de viaje por trabajo. Siempre se quejaba de que no estaba presente, como si mi puto trabajo no fuera el que le daba un techo donde cobijarse y ropa nueva. Siempre sospeché que tú no eras mía, no te pareces en nada a mí, pero pensé que, oye, quizás solo era que te parecías más a Wendy. Me hice una prueba de paternidad en secreto y *voilà!*, no eras hija mía. Tu madre intentó negarlo, pero no había mucho que hacer cuando le puse la prueba en la cara. —Se le oscureció la expresión—. Por supuesto, no podíamos mencionarlo en el proceso de divorcio. Esas cosas siempre traen cola, y no queríamos que nos perdieran el respeto.

En la cultura china había pocas cosas peores que perder el respeto de los demás. Por ejemplo intentar asesinar a tu hija, claro.

—Si no soy hija tuya, ¿por qué luchaste tanto por la custodia? —pregunté con la lengua pastosa.

Michael puso cara de desdén.

—No luché por tu custodia. Sino por la de Josh. Él sí que es hijo mío, la prueba lo confirmó. Mi legado, mi heredero. Pero dado que solo tu madre y yo sabíamos que tú no eras mía, Josh y tú ibais en pack. Por desgracia, los jueces casi siempre se ponen del lado de la madre salvo en circunstancias extraordinarias, así que... —Se encogió de hombros—. Tuve que inventar una circunstancia extraordinaria.

Se me revolvió el estómago, pero me quedé paralizada mientras Michael desenredaba la red de nuestro pasado.

—Tuve suerte de que tu madre fuera tan estúpida como para dejarte sola. A decir verdad, fue un error suyo. Pero me colé en la casa para intentar incriminarla con pruebas de su «adicción» a los medicamentos y en lugar de eso te encontré jugando en el lago. Era como si Dios me hubiera colocado la oportunidad justo entre los brazos. A veces los jueces se posicionan de parte de la madre incluso aunque sea una drogadicta, pero ¿si intentan ahogar a sus hijos? Tenía la victoria garantizada. Por no mencionar que así la castigaría. Así que te empujé. Tuve la tentación de dejar que te ahogaras de verdad. —Volví a apretar los dientes—. Pero no tenía tanta sangre fría. Solo eras una niña. Así que te rescaté y le dije a la policía que había visto cómo Wendy te empujaba. Ella no paraba de gritar que no lo había hecho, pero ¿sabes qué fue lo más genial de mi plan? —Se reclinó en el asiento con los ojos brillantes—. Que fuiste tú la que acusó a tu madre.

—No. —Negué con la cabeza—. Yo no fui. Ni siquiera había visto... No recuerdo...

—Después no. Pero ¿en ese momento? —Sonrió con malicia—. Es bastante fácil crear falsos recuerdos, especialmente en la mente de una niña confundida y traumatizada. Unas cuantas insinuaciones y preguntas por mi parte, y ya estabas convencida de que había sido tu madre. Dijiste que oliste su perfume, además era la única persona que había allí. De cualquier forma, la policía tuvo que investigar, y me dieron tu custodia y la de Josh mientras buscaban pruebas. Tu madre estaba deprimida y, bueno, ya sabes lo que pasó con las pastillas. Es bastante poético, de hecho. Murió de lo mismo de lo que había intentado acusarla, a las 4:44 de la madrugada, nada menos. La hora maldita.

Me dio un vuelco al estómago. Las 4:44. La hora a la que me despertaba de las pesadillas.

Nunca he sido una chica supersticiosa, pero no pude evitar preguntarme si mi madre me había estado gritando desde el otro lado, suplicándome que recordara. Que abandonara al psicópata en cuya casa había vivido durante tantos años.

—¿Y aquel día en tu despacho? —pregunté, con la determinación de acabar con aquello, a pesar de las ganas que tenía de vomitar.

Michael resopló.

—Cierto. Esa redacción estúpida sobre cómo te había «salvado». Vamos a ver, yo me había esforzado mucho en ocultar cuánto me molestaba tener que criar a una «hija» que ni siquiera era mía durante tantos años. Representé a la perfección el papel del padre en duelo, callado, extraño. — Su grotesca sonrisa reapareció—. Pero a veces me llevas al límite, especialmente cuando te pareces tanto a ella. Un recordatorio viviente de su infidelidad. Habría sido muy fácil borrarle del mapa, pero Josh eligió ese momento para llegar a casa. Una lástima. —Hizo un gesto de desdén con el hombro—. No se puede tener todo. Para ser justos, el incidente en el despacho fue un momento de debilidad por mi parte; ahí ya tenías mucha más conciencia de lo que pasaba y habría sido un infierno tener que explicar lo que había pasado, aunque seguro que se me habría ocurrido algo. Pero imagina mi sorpresa cuando te despertaste, no solo sin recuerdos del despacho, sino sin recuerdos de toda tu vida hasta ese punto. Los médicos no se lo pudieron explicar, pero daba igual. Lo único que importaba era que lo habías olvidado todo. —Sonrió—. Parece que Dios me sonríe, ¿verdad que sí?

Sentí las manos de Alex en mi espalda. Ni siquiera había notado cómo se acercaba. Me apreté contra la calidez de su tacto mientras me daba vueltas la cabeza. Recuerdo que cuando Michael me soltó me fui corriendo a mi cuarto y saludé a Josh como si nada. Me quedé allí toda la tarde y me negué a cenar, a pesar de los intentos de Josh por persuadirme para que saliera. Él solo tenía trece años en ese momento (demasiado joven para poder ayudarme) y no tenía a nadie más a quien acudir.

Me pregunté si tal vez tenía tanto pánico y estaba tan traumatizada que había eliminado todas mis experiencias con Michael, que era básicamente toda mi infancia.

—Aunque no podía estar seguro de volver a tener tanta suerte — continuó Michael—. Así que te dejé en paz después de aquello. Incluso te mandé a terapia porque tenía que representar el papel de padre preocupado, pero menos mal que aquellos idiotas incompetentes no supieron hacer su trabajo.

Ahora sabía por qué había insistido tanto en que dejara las sesiones de terapia. Debió de haberle aterrado que de pronto recordara todo y le acusara. Lo cual me llevaba a preguntarme... ¿Por qué tenía tantas ganas de contármelo ahora?

Pareció que Alex me había leído la mente.

—El delito de intento de asesinato no prescribe, y acabo de grabar esta conversación —dijo—. Washington tiene una ley de consentimiento de grabación que implica solo a una persona, y Ava —me señaló— ha consentido de antemano. Vas a ir a la cárcel mucho tiempo.

La máscara de maldad de Michael se derritió, dejando atrás otra vez al «padre» que me había acogido en cada visita y que había organizado mis fiestas de cumpleaños. Era terrorífico ver la facilidad con la que cambiaba de uno a otro.

—Si tengo que ir a la cárcel para salvarla, lo haré —susurró. Se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de lágrimas—. Ava, cariño, Alex no es quien crees que es. Su chófer me recogió, y mientras veníamos de camino me amenazó...

—Basta —le cortó Alex—. Deja de hacerle luz de gas. Estás acabado, y creo que mis amigos estarán de acuerdo.

Miré estupefacta cómo dos agentes del FBI irrumpían en la sala y tiraban a Michael de la silla. Alex no había mencionado al FBI cuando planeó aquello.

—Esto no acabará en los tribunales —dijo Michael, con demasiada calma para alguien que acababa de ser arrestado por los federales—. Lucharé. No vais a ganar.

—¿Con qué dinero? —Alex levantó las cejas—. Verás, mi gente también ha descubierto algunas cosas muy interesantes de tu negocio en su investigación. Cosas muy interesantes e ilegales. Evasión de impuestos. Fraude corporativo. ¿Te suena?

Por primera vez desde que había llegado, Michael perdió la compostura.

—Estás mintiendo —susurró—. No tienes autoridad...

—*Au contraire*, he trabajado con el FBI justo en esa parte. Mis amigos de la agencia tenían mucho interés en lo que tenía que contarles y en todo lo que descubrieron. —Alex sonrió—. Puedes usar los activos que te queden para contratar a un abogado, pero la mayoría de tus activos están manchados y quedarán congelados antes del juicio. Recibirás la noticia oficial antes de que acabe el día.

—Josh no te perdonará jamás por eso. —Los ojos de Michael ardían—. Me venera. ¿A quién imaginas que creará? ¿A mí, su padre, o a un miserable que conoció hace unos pocos años?

—En ese caso, padre —Josh entró en la sala, con la cara más ensombrecida que le había visto nunca—. Creo que voy a creer «al miserable».

Estampó el puño en la cara de Michael, abriendo así la caja de los truenos.

Ava

Unas cuantas horas más tarde, Josh y yo estábamos sentados en una mesa al fondo de un restaurante junto al Grupo Archer. Alex había reservado todo el restaurante y había echado a la mayor parte de los empleados. Aparte de un camarero que rondaba por la entrada, demasiado lejos como para oírnos, éramos los únicos allí. También Alex se había marchado a la oficina para darnos más privacidad.

—Lo siento mucho, Ava. —Josh no tenía buen aspecto. Tenía la cara apagada, con profundas ojeras bajo los ojos. El estrés y la preocupación le surcaban la cara y no había rastro de su habitual sonrisa encantadora y socarrona—. Debería haberlo sabido. Debería...

—No es culpa tuya. Papá... Michael nos engañó a todos. —Me encogí de hombros, pensando en lo bien que había interpretado su papel—. Además, a ti te quería. Te trataba perfectamente. No tenías por qué notar nada.

Josh apretó los labios.

—No me quería. La gente como él no es capaz de querer. Me veía como... una vasija en la que continuar su legado. Nada más.

Alex y yo habíamos contactado con Josh y le habíamos contado lo que yo había recordado unos días atrás. Se quedó de piedra, pero me creyó. También insistió en coger un vuelo para estar en el enfrentamiento y pidió un permiso urgente en su voluntariado para poder hacerlo. Había visto y oído toda la conversación por las cámaras ocultas de la sala, y el equipo de seguridad de Alex tuvo que contenerlo para que no saltara antes de tiempo.

Me imaginaba lo que debió de costarle. Si algo tenía Josh, era sangre caliente.

Después de darle un puñetazo a Michael, la situación se había convertido en un caos, con los agentes del FBI, Josh, Michael y varios guardias de seguridad pegándose unos contra otros. Josh estuvo a punto de matar a golpes a nuestro (su) padre si no es porque Alex lo detuvo. Los agentes del FBI se llevaron a Michael magullado y lleno de sangre y ahora había que esperar al juicio.

Gracias a Alex, que tenía un amigo cuyo padre era un alto cargo del FBI, Josh se libró de una acusación por agresión a Michael.

Toda la situación era surrealista.

—De cualquier forma, no fue culpa tuya —repetí—. Tú también eras solo un niño.

—Si hubiera estado aquel día en el despacho...

—Basta. ¿Me estás escuchando, Josh Chen? —dije con dureza—. No voy a dejar que te culpabilices. Mamá y Michael eran adultos. Tomaron sus propias decisiones. —Tragué saliva, sintiéndome culpable por la ira contenida que había sentido hacia mi madre durante tantos años, cuando lo cierto era que ella también había sido una víctima—. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado, eres un hermano fantástico. Solo lo diré una vez, así que no me hagas repetirlo. Tu ego no necesita inflarse más.

Se le escapó una pequeña sonrisa.

—¿Estarás bien?

Suspiré profundamente. Las dos últimas semanas habían sido... demasiado. Las revelaciones, los juegos mentales, darme cuenta de que era prácticamente huérfana. Mi madre estaba muerta, mi padre no era mi padre (y probablemente pasaría mucho tiempo en prisión) y no tenía ni idea de quién era mi verdadero padre. Pero al menos sabía la verdad y tenía a Josh, a Alex y a mis amigos.

Quizás aún tardara un tiempo en recibir el impacto de lo ocurrido, pero de momento solo sentía alivio mezclado con tristeza y estupor.

—Sí —dije—. Estaré bien.

Josh debió de percibir mi convicción, porque relajó los hombros ligeramente.

—Si necesitas hablar o cualquier cosa, estoy aquí. No te garantizo darte un buen consejo, pero te puedo orientar o lo que sea.

Sonreí.

—Gracias, Joshy.

Hizo una mueca al escuchar ese apelativo.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? No me llames así.

Pasamos la siguiente media hora hablando de otros temas más ligeros: su estancia en Centroamérica, qué caprichos se permitiría en Washington antes de volver al voluntariado, y su relación ya acabada con la chica de la que me había hablado. Al parecer, él cortó inmediatamente después de que ella mencionara el tema del matrimonio. Típico de Josh.

Pero aunque fuera un pelmazo, lo había echado de menos, y me daría pena que se marchara. Iba a venir a casa en Navidad, pero no podía quedarse todo el tiempo que faltaba para entonces, así que al día siguiente se marcharía para volver dos semanas después.

Sin embargo, había un melón que todavía no habíamos abierto.

—Ahora que nos hemos puesto al día con las cosas sin importancia... — Josh frunció el ceño—. Alex y tú. Pero. ¿Qué. Cojones?

Me estremecí de pudor.

—No lo planeamos, te lo prometo. Simplemente... ocurrió.

—¿Simplemente «ocurrió» que te caíste en la cama de mi mejor amigo?

—No te enfades.

—No me enfado contigo —espetó Josh—. Me enfado con él. ¡Debería haber tenido más cabeza!

—¿Y yo no tengo cabeza?

—Ya sabes a qué me refiero. Tú eres una romántica. Me creo que te hayas pillado por esa aura melancólica de gilipollas que tiene Alex. Pero él... Joder, Ava. —Josh se pasó la mano por la cara—. Es mi mejor amigo, pero incluso a mí me dan miedo las cosas que hace. Desde que lo conozco, nunca ha tenido una sola relación. Nunca ha mostrado interés por tenerla. Solo le preocupa el trabajo, y ya está.

—Sí, a veces puede ser un gilipollas, pero sigue siendo humano. Necesita amor y cariño como todo el mundo —dije en defensa de Alex, aunque realmente era la última persona en el mundo que necesitaba que la defendieran—. En cuanto a la relación, para todo hay una primera vez. Ha sido... —Tragué saliva—. No te haces a la idea de cómo me ha ayudado estos últimos meses. Ha estado ahí para todo. Las pesadillas, los ataques de pánico... Me ha enseñado a nadar. A nadar, Josh. Me ha ayudado con mi miedo al agua, al menos un poco, y ha sido siempre tan paciente... Pero aparte de todo lo que me ha ayudado, es muy inteligente y divertido y

maravilloso. Me hace reír y creer en mí misma, más de lo que nadie ha hecho nunca. Y puede que no lo muestre al mundo, pero sí que tiene corazón. Un corazón bello.

Me corté antes de seguir divagando, con la cara como un tomate.

Josh se me quedó mirando completamente atónito.

—Ava... —dijo—. ¿Lo quieres?

En ese momento había muchas cosas borrosas en mi vida, pero mis sentimientos en este aspecto estaban claros. No dudé antes de contestar:

—Sí. —No sabía qué me pasaba por la cabeza, pero sí por el corazón—. Lo quiero.

Josh se marchó a la mañana siguiente y amenazó con matar a Alex si me rompía el corazón. Todavía no estaba cómodo con nuestra relación, pero la había aceptado irremediabilmente después de descubrir todo lo que sentía por Alex.

Alex tenía una cosa urgente de trabajo después de dejar a Josh en el aeropuerto, así que pasé el día con las chicas. Como estaba lloviendo y no me apetecía salir, hicimos un día de *spa* en casa, con mascarillas faciales caseras, manicura, pedicura y maratón de películas divertidas.

Ya les había contado lo que había pasado con Michael. Se quedaron de piedra, pero nunca me presionaron con el tema, lo cual agradecí. Habían sido veinticuatro horas muy duras y necesitaba desconectar.

Stella miró el teléfono y lo guardó enseguida con una extraña mueca.

—¿Es otra vez el loco ese? —preguntó Jules, soplándose las uñas recién pintadas de esmalte dorado.

Un tío había estado escribiendo a Stella sin parar durante las dos últimas semanas, y estaba muy inquieta. Como *influencer*, recibía una buena cantidad de mensajes privados no solicitados de tíos raros, pero este la estaba acosando más de lo normal.

—Sí. Lo he bloqueado, pero se crea nuevas cuentas sin parar. —Stella suspiró—. Es lo malo de ser una figura semipública.

—Ten cuidado. —Una sombra de preocupación recorrió la cara de Bridget—. Hay mucho loco por ahí suelto.

Rhys, que vigilaba desde el sillón, soltó una carcajada, sin duda porque era la frase que siempre le estaba diciendo a ella, y tras la cual era ignorado,

como en ese preciso momento.

Bridget se negó a mirarlo mientras subía el volumen de *Chicas malas*. Debía de ser la milésima vez que la veíamos, pero no nos cansábamos. Regina George era icónica.

—Lo tendré. Tiene pinta de ser un friki de internet. —Stella hizo una mueca—. Por eso nunca subo *stories* hasta después de irme del sitio.

No podía imaginar cómo sería documentar mi vida como lo hacía Stella. Me preocupaba su seguridad y su salud mental, pero hasta el momento lo había llevado bastante bien. Puede que me estuviera preocupando demasiado.

Llamaron a la puerta.

—Yo abro. —Rhys levantó su metro noventa y cinco del sillón. Realmente era un hombre enorme. Probablemente llevaba ropa hecha a medida porque no había forma de que una camisa normal pudiera abarcar la anchura de sus hombros y su pecho.

—Mira qué culo —suspiró Jules—. Bien apretado.

—Deja de cosificarlo. Es el guardaespaldas de Bridget —le dije, dándole un codazo en las costillas.

—Por eso. Los guardaespaldas están buenos. ¿No te lo parece, Bridge?

—No —dijo Bridget rotundamente.

—Qué aburridas sois. —Jules se enrolló el pelo en un moño improvisado—. ¡Oh, mirad quién trae un regalito!

El estómago me dio un vuelco cuando Alex entró con Rhys pisándole los talones. Llevaba una inconfundible caja de rayas blancas y negras.

—¿Tarta? —saltó Stella. Había hecho buenas migas con Alex en el último mes, tras darse cuenta de que «después de todo sí era capaz de sentir emociones humanas».

—*Cupcakes* —corrigió Alex mientras dejaba la caja en la mesa.

Mis amigas se abalanzaron como buscadoras de tesoros que acaban de encontrar una mina de oro.

Sonreí e incliné la cabeza para besarlo.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Solo son *cupcakes*. —Me devolvió el beso antes de sentarse a mi lado y pasarme un brazo protector por la cintura—. Me pareció que os podría venir bien un subidón de azúcar.

Le quité el envoltorio a mi *cupcake* de *red velvet* con el ceño fruncido. Me llevaría bastante tiempo superar lo que había hecho Michael. No estaba segura de si alguna vez lo superaría. Mi vida entera era una mentira. A veces por las noches, me quedaba despierta en un estado de ansiedad, incapaz de conciliar el sueño o de pensar con claridad. Otras veces, como ahora, miraba a mi alrededor y me tranquilizaba diciéndome que iba a estar bien. El viejo refrán era cierto: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Había estado a punto de morir dos veces en mi vida (que yo supiera) y seguía ahí. Y ahí seguiría con la cabeza bien alta mientras Michael se pudría en prisión.

Gracias a la ayuda de Alex, que conocía a la mitad de los jueces de la ciudad, Michael estaría encerrado sin fianza hasta la fecha del juicio. Me había mandado un mensaje pidiéndome que fuera a verlo, pero me negué. No tenía nada más que decirle. Ya me había mostrado su verdadero rostro y me parecía bien no volver a verlo en lo que me quedaba de vida.

Pero sí, a veces una necesita un *cupcake* o dos para animarse en los días lluviosos.

Una parte de mí estaba agradecida por que Michael y yo nunca hubiéramos tenido una relación estrecha. Por eso me preocupaba Josh, que era su hijo biológico y que había tenido una relación mucho más cercana con él. Pero Josh insistía en que estaba bien, y no había más que hablar. Era todavía más cabezota que yo.

Comimos en silencio durante un rato hasta que Stella se aclaró la garganta.

—Bueno, gracias por la comida, pero yo me tengo que ir ya. Tengo que grabar una colaboración para una marca.

—Yo también —añadió Bridget, aprovechando que Stella había abierto la veda—. Tengo que hacer un trabajo de teoría política.

Después de que Stella, Bridget y Rhys se marcharan apresuradamente, Jules dijo que tenía una cita y tenía que ir a arreglarse. Subió la escalera, llevándose la mitad de los *cupcakes*.

—Tú sí que sabes cómo echar a la gente —me burlé, pasándole la mano por el brazo a Alex. ¿Qué habría hecho sin él? No solo me había ayudado a enfrentarme a mi padre (perdón, a Michael), sino que también me estaba ayudando a gestionar las consecuencias, incluyendo todos los líos financieros y legales en los que ahora estaba metida. La mayoría de los

activos de Michael estaban congelados, pero por suerte ya había pagado la matrícula de ese curso, y tenía un salario fijo por mi trabajo en la galería, además de mis encargos. La comisión que había ganado con la venta de la obra de Richard Argus a Alex también había ayudado. Josh, que había recibido una beca completa que le cubría los gastos para toda la carrera de Medicina, también podía estar tranquilo en términos económicos. Una cosa menos de la que preocuparnos.

—Es uno de mis múltiples talentos. —Alex me dio un beso ardiente y me fundí con él, dejando que su lengua y su sabor y su tacto me transportaran a un mundo donde mis problemas no tenían cabida.

Dios, amaba a ese hombre, y él ni siquiera lo sabía. No todavía.

El pulso me retumbó en los oídos cuando nos separamos.

—Alex...

—¿Sí? —Me pasó los dedos por la piel, con la mirada clavada en mi boca.

—Tengo que decirte algo. Te... —Díselo. Ahora o nunca—. Te quiero —susurré, con el corazón latiendo deprisa al pronunciar aquella confusión en un suspiro.

Pasó un instante, seguido de otro. Y de otro.

La mano de Alex estaba paralizada, y mantenía una expresión feroz y extrañamente poseída. Una descarga de inquietud me inundó el estómago.

—No lo dices en serio.

—Sí —dije, herida y algo enfadada por su reacción—. Sé lo que siento.

—No soy una persona fácil de amar.

—Lo bueno es que nunca me importó mucho tomar el camino más fácil. —Me incorporé y lo miré directamente a los ojos—. Eres frío y exasperante y admito que un poco imponente. Pero también eres paciente y generoso y brillante. Me inspiras a perseguir mis sueños y a dejar atrás mis pesadillas. Eres todo lo que no sabía que necesitaba, y me haces sentir más segura que cualquier otra persona de este mundo. —Respiré hondo—. Lo que intento decirte, otra vez, es que te quiero, Alex Volkov. Cada parte de ti, incluso las partes a las que pegaría.

Esbozó una sonrisa débil.

—Menudo discurso. —Su sonrisa se esfumó tan rápido como había llegado, y apoyó su frente sobre la mía, con la respiración agitada—. Eres la

luz de mi oscuridad, Rayito —dijo con la voz quebrada. Sus labios rozaron los míos mientras hablaba—. Sin ti, estoy perdido.

Nuestro beso fue todavía más intenso esta vez, más urgente, pero su respuesta retumbaba en bucle al fondo de mi mente.

«Eres la luz de mi oscuridad. Sin ti, estoy perdido.»

Unas palabras bonitas que hacían que el corazón me latiera con fuerza... Pero no pude evitar darme cuenta de que ninguna de esas palabras era: «Yo también te quiero».

Alex

Las puertas de metal se deslizaron, revelando un largo sendero flanqueado por robles rojos, con las ramas desnudas en medio del intenso frío del invierno, y una enorme mansión de ladrillo que se alzaba imponente en la distancia.

La casa de mi tío (y también la mía, antes de mudarme a Washington) se encontraba detrás de una fortaleza a las afueras de Filadelfia, y aquello le encantaba.

No quería separarme tan pronto de Ava después de lo que pasó con Michael, pero ya había pospuesto demasiadas veces esa reunión con mi tío.

Lo encontré en su despacho, fumando y viendo una serie rusa en el televisor de plasma que tenía colgado en una esquina. Nunca había entendido por qué insistía en ver la televisión ahí cuando tenía un salón increíble.

—Alex. —Hizo un aro de humo. Delante de él había una taza de té verde medio vacía. Se había obsesionado con beber eso desde que leyó un artículo que decía que ayudaba a adelgazar—. ¿A qué debo el honor?

—Ya sabes por qué estoy aquí. —Me desplomé en la butaca acolchada frente a Ivan y cogí un pisapapeles dorado feísimo que tenía sobre el escritorio. Parecía un mono deforme.

—Ah, sí. Ya he oído. Jaque mate. —Sonrió mi tío—. Felicidades. Aunque tengo que admitir que fue un poco anticlimático. Esperaba que tu movimiento final tuviera algo más de... bombo.

Apreté la mandíbula.

—La situación cambió y tuve que adaptarme.

La mirada de Ivan se volvió cómplice.

—¿Y cómo es que cambió la situación?

Me quedé en silencio.

Llevaba elaborando mi plan de venganza durante más de una década, moviendo y manipulando cada pieza hasta que las ponía donde quería. Juega siempre a largo plazo.

Pero incluso yo tenía que admitir que me había... distraído en los últimos meses. Ava se había colado en mi vida como un rayo de luz después de una tormenta, despertando a las criaturas de mi alma que daba por muertas desde hacía mucho tiempo. La culpa. La conciencia. El remordimiento.

Y me había hecho preguntarme si el fin justifica los medios.

A su alrededor mi sed de venganza se debilitaba, y por poco, por muy poco, abandono en mi empeño, aunque solo fuera para fingir ser el hombre que ella creía que yo era. «Tienes un corazón lleno de capas, Alex. Un corazón de oro enjaulado en un corazón de hielo.»

Los bordes afilados del pisapapeles se me clavaron en la palma de la mano.

Ava sabía que había cometido un buen puñado de actos dudosos para el Grupo Archer, pero aquello solo eran negocios. No lo condenaba ni lo apoyaba, pero tampoco era tan ingenua. Aunque rebosara romanticismo y tuviera un gran corazón, se había criado junto al nido de víboras que era Washington, y entendía que en ciertas situaciones (tanto empresariales como políticas) había que elegir entre comer o ser comido.

Pero si descubría lo lejos que había llegado para encontrar a los responsables de la muerte de mi familia (daba igual cuánto lo merecieran), jamás me lo perdonaría.

Hay líneas que no deben cruzarse.

En la mano me brotó un pequeño charco de sangre. Solté el pisapapeles, me limpié en el pantalón convenientemente oscuro y lo volví a dejar en la mesa.

—No te preocupes, tío. —Mantuve la expresión y la postura relajada. No quería que descubriera hasta qué punto Ava había entrado en mi corazón.

Mi tío nunca se había enamorado, ni casado, ni criado hijos propios, y no habría sido capaz de entender mi dilema. Para él el dinero, el poder y el estatus eran lo único que importaba.

—Ah, claro que me preocupo. —Ivan le dio una calada al cigarro con el ceño fruncido. Se había peinado el pelo hacia atrás y llevaba traje y corbata,

a pesar de que estaba solo en su despacho viendo una estúpida serie sobre espías de la Guerra Fría. Siempre se preocupaba mucho por su aspecto, incluso aunque no hubiera nadie para apreciarlo. Entonces empezó a hablarme en ucraniano—: Últimamente no pareces tú. Estás muy distraído. Descentrado. Carolina me ha dicho que solo has ido a la oficina unos pocos días por semana, y que te vas antes de las siete.

Intenté ocultar un estallido de irritación.

—Mi secretaria no debería ir por ahí chivándoles mi horario a los demás.

—Yo soy el director ejecutivo, así que no le quedaba otra. —Ivan apagó el cigarro y se reclinó en su asiento, mirándome con intensidad—. Háblame sobre Ava.

Sentí una descarga de tensión por la espina dorsal al oír ese nombre en sus labios. No tuve que preguntarle cómo se había enterado; yo no era el único que tenía espías por todas partes.

—No hay nada que contar. Me la estoy tirando —dije mientras las palabras me envenenaban la lengua—. Ya está.

—Mmm. —Mi tío parecía escéptico—. Y a ver, tu venganza. ¿Ya está? —Cambió de tema tan abruptamente que tardé en responder un segundo más de lo habitual.

—No. —No había acabado con el hombre que había destruido. Aún no—. Hay más.

Tenía un último as en la manga.

Quería arrebatarme todo al hombre que me había arrebatado todo. Su negocio, su familia, su vida.

Y lo hice. Lo haría.

Pero ¿merecía la pena?

—Bien. Pensaba que te habías ablandado. —Ivan suspiró y se quedó mirando el retrato enmarcado de la pared donde salían mi padre y él de jóvenes. Se acababan de mudar a Estados Unidos y los dos llevaban trajes baratos y coloridos, con sombreros a juego. Así como mi tío parecía serio y taciturno, los ojos de mi padre brillaban como si conociera un gran secreto que nadie más conocía. Se me encogió el estómago al verlo—. No olvides lo que les pasó a tus padres y a la pobre Nina. Merecen que se haga justicia.

Como para olvidarlo. Incluso aunque no tuviera el síndrome que afectaba a mi memoria, la escena se me habría clavado para siempre en el cerebro.

—¡No hagas trampas! —grité mientras corría hacia el cuarto de baño. Me había tomado dos vasos de zumo de manzana y estaba a punto de explotar—. Lo sabré.

—¡Vas perdiendo igualmente! —me respondió mi hermana Nina con otro grito, haciendo reír a mis padres.

Le saqué la lengua y cerré de un portazo la puerta del baño. Me molestaba no haber ganado nunca a Nina al Scrabble infantil, y eso que era dos años menor y que yo tenía el cociente intelectual de un «genio», según mis profesores y mis padres. Siempre se le habían dado bien las palabras. Mamá decía que probablemente acabaría siendo escritora.

Usé el baño y me lavé las manos.

Ese verano tenía que estar en un campamento para niños con altas capacidades, pero el campamento era aburridísimo. Todas las actividades eran muy fáciles y solo me gustaba el ajedrez, pero podía jugarlo en cualquier parte. Así que me quejé a mis padres y el día anterior me sacaron de allí para llevarme de vuelta a casa.

Me estaba secando las manos cuando escuché un fuerte disparo a lo lejos, seguido de unos gritos.

Corrí al salón, donde encontré a mis padres llevando a Nina por un pasadizo secreto detrás de la chimenea. Eso era algo que me encantaba de nuestra casa; estaba llena de pasadizos secretos y rincones ocultos. Nina y yo habíamos pasado incontables horas explorando cada rendija y cada recoveco. Desde luego, jugar al escondite en un lugar así era mucho más divertido.

—Alex, métete aquí. ¡Corre! —Mamá tenía cara de pánico. Me agarró del brazo, más fuerte de lo que me había agarrado nunca, y me empujó a la oscuridad.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —El corazón me latía a toda velocidad. Escuché voces extrañas que se acercaban.

Nina se encogió en el pasadizo, con su adorado gato Manchitas apretado contra el pecho. Nos lo habíamos encontrado un día mientras hacíamos un pícnic en el parque, y lloró y suplicó sin cesar hasta que mis padres le dejaron quedárselo como mascota.

—Tranquilos. —Papá llevaba una pistola en la mano. Siempre tenía una en casa, pero nunca le había visto usarla. Se me heló la sangre al ver aquel

reluciente metal negro brillar bajo las luces—. Métete ahí con tu hermana y tu madre, y no hagas ruido. No va a pasar nada. Lucia, ¿qué haces?

Mamá giró la puerta del pasadizo mientras Nina y yo la mirábamos boquiabiertos.

—No te voy a dejar aquí fuera solo —dijo con determinación.

—Joder, Lucy. Tienes que...

El ruido de un jarrón rompiéndose contra el suelo interrumpió a papá y asustó a Manchitas, que soltó un maullido de terror y se escapó de los brazos de Nina. Atravesó como un rayo el estrecho espacio entre la pared y la puerta del pasadizo.

—¡Manchitas! —gritó Nina, abalanzándose detrás de él.

Intenté agarrarla, pero se escabulló de mi alcance para salir a buscarlo.

—¡Nina, no! —grité en un susurro, pero ya era tarde. Ya había salido, y la puerta se había cerrado, envolviéndome en la oscuridad. Me senté allí, con la sangre retumbándome en los oídos mientras mis ojos se ajustaban a la penumbra.

Mamá y papá me habían metido allí por un motivo, y no quería preocuparles abandonando el sitio. Pero también necesitaba saber qué estaba pasando, aunque algo me gritaba que me diera la vuelta, me tapara los ojos y me escondiera.

Me escondí, pero no pensaba taparme los ojos.

El pasadizo de la chimenea tenía una especie de mirilla camuflada en los ojos de un cuadro que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Aún no me alcanzaba la estatura, pero me puse de puntillas y me estiré al máximo para mirar lo que pasaba en el salón.

Lo que vi hizo que se me helara la sangre.

Había dos extraños en el salón. Llevaban máscaras de esquí y pistolas más grandes que la que tenía papá, ahora tirada a sus pies. Una de esas pistolas apuntaba a papá, la otra a mamá y la otra a Nina. Mamá cubría a Nina con instinto protector mientras mi hermana lloraba y apretaba fuerte a Manchitas. El gato estaba aterrorizado y aullaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Haz que se calle ya la cosa esa —ladró uno de los hombres— o lo haré yo por ti.

Nina lloró aún más fuerte.

—Llevaos lo que queráis —dijo papá, con la cara pálida—. Pero, por favor, no le hagáis daño a mi familia.

—Oh, claro que nos vamos a llevar lo que queremos —dijo el segundo hombre—. Por desgracia, no te puedo garantizar lo otro. De hecho, vamos a hacerlo rápido, ¿vale? No tiene sentido posponer lo inevitable. No nos pagan por horas.

Sonó un disparo. Mamá y Nina gritaron. Yo también debería haber gritado, pero no lo hice. Solo me quedé mirando, congelado, con los ojos abiertos de par en par y las piernas doloridas de estar tanto tiempo de puntillas, cómo del pecho de papá brotaba una mancha de un rojo brillante. Estaba atónito, se le movía la boca, pero no le salían las palabras. Quizás habría podido sobrevivir a un disparo, pero entonces sonó otro, y otro, y otro, hasta que el cuerpo grande y fuerte de papá se desplomó sobre el suelo. Y se quedó ahí, quieto.

Aquel cuerpo ya no era mi padre. Tenía su cara y su pelo y su piel, pero papá ya no estaba. Lo había visto irse, había visto cómo la luz se desvanecía de sus ojos.

—¡No! —gimió mi madre. Se arrastró hacia papá, pero solo recorrió la mitad del espacio antes de que su cuerpo se sacudiera y cayera con la boca abierta. Ella también se derrumbó y su sangre se derramó por el suelo.

—Joder, ¿por qué has hecho eso? —se quejó el primer hombre—. Quería divertirme un rato con ella.

—La muy zorra me estaba poniendo de los nervios. No soporto los lloriqueos, y además estamos aquí para cumplir con un encargo, no para complacer a tu polla —gruñó el segundo hombre.

El primero arrugó el gesto, pero no discutió.

Los dos se quedaron mirando a Nina, que lloraba con tanta fuerza que se le había puesto la cara roja y su cuerpo temblaba por la intensidad del llanto. Manchitas bufó a los hombres, con los ojos brillantes de ferocidad. Todavía era pequeño, pero tenía las formas de un león.

—Es muy pequeña —dijo el primer hombre con repulsión.

El otro hombre la ignoró.

—Lo siento, niña —le dijo a Nina—. No es nada personal. Mala suerte por haber nacido en esta familia.

La sangre me empezó a arder. Un líquido me goteó por la muñeca, y me di cuenta de que me había clavado las uñas en las palmas de las manos con

tanta fuerza que estaba sangrando.

Ploc, ploc, ploc.

Cada ploc sonaba como una bomba atómica en la oscuridad, electrizando el espacio. ¿Lo oirían? ¿Me oirían, agachado detrás de la chimenea como un cobarde, mientras asesinaban a mi familia?

Quería salir. Quería abalanzarme sobre esos hombres y arañarlos y hacerlos pedazos. Quería reventarles la cabeza contra la escultura de la repisa de la chimenea y arrancarles la piel a tiras hasta que me suplicaran que los matase.

Fue la primera vez que tuve esos pensamientos tan violentos. Mamá era dulce y amorosa, papá era más duro pero justo. Un hombre de honor. Y nos habían criado de la misma forma a Nina y a mí.

Pero después de ver lo que habían hecho esos hombres, quería torturarlos muy despacio. Durante toda la eternidad.

Pero no podía. Si hubiera salido, me habrían matado también, y no habría habido venganza. Ni justicia.

Ploc. Ploc. Ploc, ploc, ploc.

Seguía sangrando. No pude apartar la vista mientras el segundo hombre levantaba la pistola una vez más y disparaba.

Un disparo. Solo hizo falta eso.

Manchitas estaba frenético. Se lanzó a los hombres, bufando y arañando. Uno de ellos intentó darle una patada, pero la esquivó a tiempo.

—Olvídate del maldito gato —espetó el segundo hombre—. Vamos a acabar el trabajo y larguémonos de aquí.

—Odio a los putos animales —murmuró con desagrado el primer hombre—. Oye, ¿no dijeron que había otro niño? ¿Dónde está el mocoso?

—Aquí no. —Su compañero echó un vistazo alrededor, su mirada recorrió la chimenea y se detuvo en la pequeña y elegante estatua de jade en la mesa al lado—. Está en un campamento o algo así.

—Vaya, yo nunca he ido a un campamento. ¿Alguna vez has ido a un campamento? Siempre he querido...

—Cállate. Ya.

Barrieron toda la habitación, afanándose los objetos de valor y toqueteando con sus sucias manos todas las pertenencias de mi familia antes de irse por fin. El silencio invadió la casa.

Mi aliento chirriaba en el vacío. Esperé y esperé. Cuando estaba seguro de que ya no volverían, empujé la pesada puerta del pasadizo con la cara roja del esfuerzo y me di de bruces con los cuerpos del salón.

Mamá. Papá. Nina.

Tenía que llamar a la policía. También sabía que no debía tocar la escena del crimen, pero era mi familia. Era la última oportunidad que tenía de abrazarlos.

Y lo hice.

Mi respiración se pausó, mi cabeza se despejó.

Tendría que estar furioso.

Tendría que estar triste.

Tendría que sentir algo.

Pero no sentía nada. Nada en absoluto.

La presión alrededor de mi garganta aumentó. No había podido protegerlos. Eran las personas a las que más quería en el mundo, y no había podido hacer nada. Fui un inútil. Un cobarde.

Podía cobrarme toda la venganza que quisiera, pero eso no cambiaría el hecho de que ellos estaban muertos y yo vivo. Yo, el más jodido de todos. Si había una prueba de que el universo tenía un macabro sentido del humor, era esta.

—Me tengo que ir —dijo mi tío, pasándose la mano por la corbata—. He quedado con un viejo amigo. ¿Te quedas a pasar el fin de semana?

Alegré los recuerdos y asentí.

—Excelente. Cuando vuelva echamos una partida de ajedrez, ¿vale?

Mi tío era el único que podía ponerme contra las cuerdas jugando al ajedrez.

—Claro. —Me froté el pulgar en la herida de la mano—. Estoy deseándolo.

Cuando mi tío se fue, me pasé una hora en el gimnasio de la casa liberando mis frustraciones, pero había algo que me preocupaba.

Algo que había dicho Ivan, y por la forma en que lo había dicho...

Yo soy el director ejecutivo, así que no le quedaba otra.

¿Por qué hostias mi tío me estaba vigilando, y por qué tenía tanto interés en saber mi horario como para amenazar a Carolina para conseguir la información? Era una buena secretaria, y no cantaría la información a menos que se viera obligada.

Cerré el grifo de la ducha y me sequé, dándoles vueltas a todas las posibilidades. No habría llegado tan lejos en la vida si no hubiera hecho caso a mis instintos, así que me vestí, me puse un par de guantes de piel y volví al despacho de mi tío. Había puesto cámaras de seguridad, pero el *jammer* de última generación que había comprado en el mercado negro se encargó de bloquearlas en un momento.

No estaba seguro de qué estaba buscando, pero después de una hora de búsqueda, incluso por falsos cajones y compartimentos secretos, no lo encontré. Lo mismo ocurrió en su dormitorio.

Puede que me estuviera comportando como un paranoico.

Me rugió el estómago, recordándome que no había comido nada desde el café y el *bagel* que había tomado en el desayuno. Ahora casi estaba atardeciendo.

Me rendí en la búsqueda por los aposentos de mi tío y me dirigí a la cocina. Ivan tenía contratada a una mujer que venía a limpiar un par de veces por semana, pero por lo demás, no había más empleados; le preocupaban demasiado los espías, y siempre decía que podían estar en cualquier parte.

«No te fíes de nadie, Alex. Siempre te apuñala por la espalda el que menos te esperas.»

En el último momento fui a la biblioteca, la estancia favorita de mi tío. Era una sala elevada de dos pisos que parecía sacada de una mansión inglesa, con lámparas de vidrio tintado de Tiffany y una pared repleta de estanterías de caoba que crujían con el peso de los volúmenes encuadernados en piel. El sonido de mis pasos quedó amortiguado por alfombras orientales mientras merodeaba por la sala examinando las estanterías. Esperaba que fuera lo que fuese lo que estuviera buscando, no estuviera escondido en un falso libro; porque allí había miles.

Revisé las secciones de sus autores favoritos: Fiódor Dostoyevski, Tarás Shevchenko, León Tolstói, Aleksandr Dovzhenko... Tenía debilidad por los clásicos rusos y ucranianos. Decía que le devolvían a sus raíces.

Pero nada, todos los libros eran reales.

Mis ojos revolotearon por toda la biblioteca hasta posarse en el ajedrez de edición limitada que había en un rincón. Las piezas seguían en la misma posición de nuestra última partida.

Mientras examinaba el ajedrez y aquella zona en busca de cualquier cosa que pudiera confirmar mis sospechas, di un pequeño golpe en la mesa y un peón cayó al suelo.

Maldije en voz baja y me agaché a cogerlo. Mientras lo hacía, me fijé en el enchufe debajo de la mesa. Era un enchufe normal, simple, salvo porque...

Miré a mi izquierda.

Había otro enchufe a un par de palmos de distancia. La normativa eléctrica del país estipulaba que los enchufes deben ponerse a una distancia de no más de dos metros unos de otros, pero era raro ver dos tan juntos.

Hice una pausa para ver si oía algo: el rugido del motor del Mercedes de mi tío aparcando en la puerta, el sonido de sus pasos contra el parqué...

Nada.

Cogí un clip grande del escritorio de la biblioteca y me arrastré por debajo de la mesa, estirando el clip hasta que quedó recto. Retorcí el alambre dentro del enchufe, sintiéndome ridículo, pero mi instinto me gritaba que debía continuar.

Justo cuando estaba a punto de abandonar, el enchufe se desencajó, revelando un fajo de papeles dentro de la pared.

Un falso enchufe. Por supuesto.

Se me disparó el pulso mientras alcanzaba los papeles, justo cuando oí un motor a lo lejos.

Mi tío estaba en casa.

Desdoblé los documentos: cartas escritas con dos caligrafías distintas que me eran familiares.

Las leí por encima, incapaz de creer lo que tenía entre las manos.

Esperaba algo de política corporativa. Juego sucio. No me habría sorprendido que mi tío se estuviera aferrando a su puesto de director ejecutivo, aunque hubiéramos acordado que pronto lo ocuparía yo. Pero ¿esto? Esto no lo había visto venir.

Las piezas del puzzle encajaron todas a la vez en mi cabeza, y se me desató en el estómago un extraño cóctel de traición, furia y alivio. Traición y furia por la revelación, alivio de que...

Oí cómo abría la puerta de entrada. Se acercaban los pasos.

Volví a meter las cartas en la pared, doblándolas tal y como las había encontrado, y volví a atornillar el enchufe. Me arrastré por debajo de la mesa, coloqué el peón en la misma posición en la que estaba antes de caerse y me guardé el clip y los guantes, que eran tan finos que no se notaban cuando los llevaba en los bolsillos.

Cogí de la estantería *El conde de Montecristo* de Alejandro Dumas (uno de mis libros favoritos) y me dirigí a la puerta.

—Alex —dijo mi tío al verme en el vestíbulo—. ¿Otra vez Dumas? No te cansas de ese libro.

Sonreí.

—No, no me canso.

Por dentro, la sangre me hervía.

Ava

Llegaba tarde.

Tamborileé con los dedos en la mesa, intentando no mirar la hora en el móvil. Otra vez.

Alex y yo habíamos quedado a las siete en el restaurante italiano al lado del campus. Eran las siete y media, y no respondía a mis llamadas ni a mis mensajes.

Media hora no era tanto, sobre todo si te pilla un atasco en hora punta, pero Alex nunca llegaba tarde. Y siempre, siempre me contestaba a los mensajes.

Le llamé a la oficina, pero su secretaria me dijo que se había marchado una hora antes, así que debería estar al llegar.

En mi estómago se revolvió una preocupación que me arañaba por dentro.

¿Y si le había pasado algo? ¿Y si había tenido un accidente?

Era fácil pensar que Alex era indestructible, pero podía resultar herido, como todo el mundo.

Diez minutos más. Le daría diez minutos más, y luego... Joder, no lo sé. Llamaría a la maldita Guardia Nacional. Si estaba herido, no podía quedarme ahí sin hacer nada.

—¿Quieres que te traiga algo, cielo? —La camarera se acercó otra vez —. Algo aparte de agua —señaló.

Se me pusieron las orejas rojas.

—No, gracias. Sigo esperando a un amigo. —Eso sonaba un poco menos patético que admitir que estaba esperando a mi novio.

Un poco.

Dejó escapar un suspiro y se fue a atender a la pareja de la mesa de al lado.

Me sentía mal por estar ocupando una mesa la noche del viernes, pero apenas había visto a Alex esa semana y lo echaba de menos. Siempre dormíamos en la misma cama, y el sexo seguía siendo tan explosivo como siempre, pero parecía más distante durante el día. Distráído.

—¿Ava?

Levanté la mirada, pero se me desinfló el pecho al darme cuenta de que no era Alex.

—¿Te acuerdas de mí? —El chico sonrió. Era guapo, con un estilo algo intelectual, y llevaba gafas de pasta y el pelo castaño un poco largo—. Soy Elliott. Nos conocimos en la fiesta de cumpleaños de Liam en primavera.

—Ah, sí. —Me dio un escalofrío al oír el nombre de Liam. No le había visto ni había sabido nada de él desde la gala benéfica, pero Jules (siempre al tanto de los cotilleos) me dijo que se había mudado a casa de sus padres en Virginia. No podía decir que me diera pena—. Encantada de verte otra vez.

—Lo mismo digo. —Elliott se pasó la mano por el pelo—. Oye, siento mucho lo que pasó con Liam. No hemos hablado desde que nos graduamos, pero me enteré de que habíais roto y bueno... de todo lo que pasó. Era un gilipollas integral.

—Gracias. —No podía culparle por ser amigo de Liam. ¿O más bien examigo? Yo era la que había salido con el muy capullo, y los chicos solían tratar mejor a sus amigos que a sus novias. Era una triste verdad.

—Perdona por molestarte mientras cenas... —Posó la mirada en mi vaso de agua—. Pero estoy buscando a alguien que me haga unas fotos de compromiso, y ninguno de los que he visto encaja con el gusto de Sally, mi prometida. Pero al verte me he acordado de que eres fotógrafa, así que me ha parecido una señal. —Elliott esbozó una sonrisa avergonzada—. Espero que esto no parezca raro, pero acabo de mirar tu web y se la he enseñado a Sally, y le encantan tus fotos. Si estás libre una semana de estas, nos encantaría contratarte.

Localicé a una chica rubia muy guapa que nos miraba desde la mesa de al lado. Me sonrió y me saludó con la mano. La saludé también.

—Enhorabuena —dije, con una sonrisa genuina esta vez—. Me encantaría hacéroselas. Dame tu número y ya nos pondremos de acuerdo.

Mientras intercambiábamos números, escuché una voz helada entre todo el ruido del restaurante.

—Quítate del medio.

Alex estaba detrás de Elliott y lo fulminó con una mirada tan oscura que me sorprendió que el pobre hombre no se desintegrara en una nube de ceniza.

—Oh, perdona...

—¿Qué haces apuntando el teléfono de mi novia?

Elliott me lanzó una mirada nerviosa y se me tensó la mandíbula. ¿En serio? Alex llegaba casi una hora tarde, ¿y tenía el valor de comportarse como un celoso de mierda nada más aparecer?

—Es un cliente —dije, intentando mantener la calma—. Elliott, luego te llamo, ¿vale? Felicidades otra vez por tu compromiso. —Puse especial énfasis en la última palabra. Alex relajó un poco el ceño, pero no del todo hasta que Elliott no volvió a su mesa.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunté.

—¿Qué ha sido qué? —Alex se sentó.

—Llegas tarde y encima eres un maleducado con Elliott sin motivo.

Abrió la servilleta y se la puso en el regazo.

—Tenía un asunto de trabajo urgente, y se me ha muerto el móvil, así que no te podía llamar. Y en cuanto a Elliott; aparezco y veo a un tío cualquiera ligando con mi novia. ¿Cómo quieres que reaccione?

—No. Estaba. Ligando. Conmigo. —Respiré profundamente—. Mira, no quiero discutir. Es la primera vez que comemos juntos en una semana y quiero disfrutarlo.

—Yo también. —La expresión de Alex se relajó—. Siento haber llegado tarde. Te compensaré.

—Más te vale.

Sonrió.

Pedimos la comida y la camarera se puso mucho más contenta al ver que Alex pedía el vino blanco más caro del menú. Yo no podía beber tinto si no quería que me explotara la cara. Echaba la culpa a mis genes chinos: una gota de alcohol, especialmente de vino tinto, y me ponía como un tomate.

Esperé hasta que el camarero nos trajo los entrantes para anunciarle las buenas noticias.

—Hoy me han contestado de la beca de fotografía.

Alex detuvo el tenedor a mitad de camino hacia su boca.

—Me han cogido. —Me mordí el labio inferior, con el corazón a mil por el entusiasmo y los nervios—. Nueva York. Estoy dentro.

—Sabía que te cogerían. —Simple y real, como si alguna vez hubiera dudado de mí, pero los ojos de Alex brillaban de orgullo—. Enhorabuena, Rayito.

Se inclinó sobre la mesa y me dio un beso en los labios. Estaba tan exaltada que no podía dejar de sonreír, y mi enfado se había esfumado totalmente. ¿Qué más daba que hubiera llegado un poco tarde? ¡Me habían cogido!

Por poco se me cae el móvil al suelo cuando recibí el correo esa mañana. Tuve que leerlo varias veces para asimilar las palabras.

A mí, Ava Chen, me habían concedido la beca World Youth Photography. Pasaría un año entero en Nueva York, estudiando con algunos de los mejores fotógrafos del mundo. La única pena era que no iba a poder ir a clase de Diane Lange, que enseñaba en Londres, porque aún no estaba preparada para cruzar el océano.

Pero no pasaba nada. Algún día la conocería. Mientras tanto, me dedicaría a perfeccionar mi arte y, joder, ¡me habían cogido para la beca de World Youth Photography! Uno de los logros más prestigiosos de la industria.

El pulso se me disparó antes de que la realidad me arrastrara de vuelta.

—Estaré en Nueva York —dije al separarme de Alex—. Y tú en Washington.

—No tengo por qué. —Lo miré con intriga y le brillaron los ojos—. El Grupo Archer tiene oficinas en Manhattan.

Mi corazón alzó el vuelo otra vez.

—Pero has establecido tu vida aquí. Tienes tu casa, tus amigos...

—No es mi casa, es la de Josh. Se la estoy cuidando. Y la mayoría de la gente que conozco aquí son colegas, no amigos. —Alex encogió los hombros con elegancia—. Es una ecuación fácil, Rayito. Si tú te vas a Nueva York, yo me voy a Nueva York.

Los últimos vestigios de duda se desvanecieron. Sonreí, tan contenta que podría haberme puesto a bailar en mitad del restaurante.

—Sabes cómo...

Algo vibró. Alex se puso rígido y miré hacia el bolsillo de su abrigo, que volvió a vibrar.

Se me borró la sonrisa.

—Has dicho que se te había muerto el móvil.

Así, de pronto, la tensión volvió a cocerse en el aire hasta estallar de nuevo.

La noche estaba siendo una montaña rusa de emociones, y no podía seguir el ritmo.

—Lo he cargado en el coche. —Alex bebió del vino, con los hombros tensos.

—Pero no has contestado a mis mensajes ni a mis llamadas. —Metí las manos entre los muslos, de pronto frías a pesar de la calefacción del restaurante—. ¿Por qué has llegado tarde, Alex? Dime la verdad.

—Te lo he dicho, tenía una cosa urgente de trabajo que atender.

—Eso no es verdad.

—No sé qué quieres que te diga.

—¡La verdad! —Bajé la voz cuando los clientes de la mesa de al lado me miraron alarmados—. Solo quiero eso. Por favor. Mi padr... Michael me mintió durante toda mi vida, y no quiero que tú también empieces a hacerlo.

Una sombra atravesó la cara de Alex y desapareció.

—No te mentaría a menos que la verdad doliera demasiado.

Apreté los dientes.

—Alex...

—La negación plausible existe por algo, Rayito. —Cortó la pasta con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué has hecho? —susurré.

Alex apretó el tenedor.

—No siempre soy una buena persona. No siempre hago lo correcto. Ya lo sabes, aunque estés empeñada en ver lo bueno en mí. No... —Dejó escapar un suspiro contenido, lleno de frustración—. Déjalo, Ava. Por tu propio bien.

—Muy bien. Lo dejo. —Dejó la servilleta en la mesa, hirviendo con mi propia frustración—. Yo también me voy, ya no tengo hambre.

—Rayito... —Se inclinó hacia mí, pero me lo quitó de encima y salió corriendo antes de que pudiera pararme.

Me dolía el pecho mientras volvía a casa. La que tendría que haber sido una de las mejores noches de mi vida, se convirtió en una de las peores.

Alex

Pagué y salí del restaurante inmediatamente después de Ava. No se había ido muy lejos, así que la seguí discretamente para asegurarme de que llegaba bien a casa antes de volver a Washington.

Odiaba verla tan disgustada, especialmente en una noche en la que tendríamos que haber estado celebrando, no discutiendo. Quería correr tras ella y disculparme por ser un idiota, pero el tiempo pasaba y tenía que terminar lo que había empezado.

Solo entonces podría dejar el pasado atrás, de una vez por todas.

Miré cómo pasaban los minutos en la pantalla de mi ordenador. 23:55. Le había dado al hombre de plazo hasta la medianoche.

23:56.

No le había dicho la verdad a Ava sobre... muchas cosas. No tenía ningún asunto urgente de trabajo antes de la cena, al menos nada relacionado con el Grupo Archer. En realidad había estado hablando con el asesino de los asesinos de mi familia.

La policía había archivado el asesinato de mis padres y mi hermana como un robo con un final trágico, pero yo tenía más información. Los hombres habían dicho que fue un encargo y mencionaron a «un hombre», alguien que sabía que yo tenía que estar en un campamento de verano, aunque eso era algo que cualquiera con acceso a internet y nociones básicas de informática podía averiguar: todos los años se publicaba la lista de los asistentes al campamento.

Pero me guardé esa información para mí. Era joven, pero lo suficientemente mayor como para saber que el sistema penal no me daría la justicia que yo estaba buscando: aniquilación total.

Así que esperé.

23:57.

Mi tío era la única persona a la que se lo había contado. Él tampoco creía que hubiera sido un simple robo.

Pero la policía cogió a los culpables unos días después gracias a las cámaras de seguridad de la calle que grabaron la matrícula, y confirmó que había sido un allanamiento de morada. Los «ladrones» dijeron que no querían dejar testigos, y que por eso habían matado a todos. El juicio no llegó a celebrarse porque los dos fueron «misteriosamente» asesinados en prisión.

Mi tío hizo sus investigaciones y encontró al hombre que había contratado al asesino de los asesinatos. Al parecer, era uno de los competidores empresariales de mi padre, y tenía un historial de negocios turbios y prácticas despiadadas. Por lógica, tenía que ser él quien ordenó el asesinato de mi familia.

Desde ese momento llevaba cada segundo de mi vida conspirando para destruirlo.

23:58.

Yo era solo un niño, y me fiaba de mi tío, pero lo que había leído en la biblioteca tiraba por tierra todo lo que sabía sobre él.

Ava tenía razón: esa semana había estado muy distraído, totalmente centrado en mi partida de ajedrez. No la que había dejado a medias con mi tío en la biblioteca, sino la que tenía que jugar en la vida real.

Ordené que mi *hacker* investigara los registros financieros de Ivan, hasta remontarse a la fecha del asesinato de mi familia, y le pagué un jugoso sueldo extra para que trabajara día y noche hasta que dio con lo que llevaba tanto tiempo esperando encontrar. Una enorme suma de dinero se había transferido desde una de las cuentas secretas *offshore* de mi tío a otra cuenta anónima, dos días antes del asesinato de mi familia, y el día posterior se había transferido la misma cantidad. Y el día después de que murieran los «ladrones» se había enviado una cantidad todavía más grande a otra cuenta anónima.

Pagué al *hacker* otra buena suma para que rastreara al segundo asesino. Y me llamó cuando estaba de camino a la cena con Ava para decirme que había encontrado a la persona: era un famoso sicario que atendía al nombre

de Falcon. Al parecer ya estaba retirado, pero no necesitaba sus «servicios». Solo un nombre.

Como gesto de buena voluntad, le había transferido a Falcon el veinticinco por ciento de los cincuenta mil dólares que le había prometido si me decía quién le había contratado para matar a los ladrones.

Esperé.

23:59.

Miré la pantalla negra de Vortex, una web de mensajería encriptada muy popular en el mundo del crimen. No se podía hackear ni rastrear, por lo que ahí era donde solían hacerse las transacciones más oscuras del mundo.

Me recorrió un escalofrío.

Ni me había molestado en encender la calefacción. Me había comprado esa casa en Washington a nombre de una empresa fantasma porque quería un lugar donde llevar a cabo mis actividades más ilícitas sin que nadie se enterara, ni siquiera mi tío. Tenía un sistema de seguridad que podía ser la envidia del Pentágono, y que incluía un *jammer* escondido que deshabilitaba todos los dispositivos electrónicos que hubiera en la casa, excepto si se introducía un código que solo yo conocía.

00:00.

Un mensaje nuevo apareció en la pantalla.

Medianoche en punto. La puntualidad es una virtud en un asesino.

Leí el mensaje con calma, y la sangre más fría que el suelo y las paredes desnudas de aquella casa.

No había saludo, ni preguntas. Solo un nombre, como había pedido.

Transferí el resto del dinero a Falcon y me senté en la oscuridad, asimilando las noticias.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Todas las pistas apuntaban a él, pero ahora tenía la confirmación.

El hombre responsable del asesinato de mi familia no era Michael Chen, el padre de Ava.

Era Ivan Volkov, mi tío.

Alex

Hice tortitas.

Rara vez cocinaba: ¿por qué perder el tiempo en hacer algo que no me gustaba cuando podía pagar a otros para que lo hicieran? Pero hoy había hecho una excepción. Estaba esperando una visita y no quería perdérmela saliendo a comer fuera.

Sonó el timbre.

9:07 de la mañana, según el reloj del microondas. Más temprano de lo que esperaba, lo cual significaba que estaba impaciente.

Apagué la cocina y bebí un sorbo de mi taza de té mientras abría la puerta. Cuando lo hice, tuve que disimular la sorpresa.

No es quien esperaba.

—¿Qué haces aquí, Rayito?

No era el saludo más cariñoso, pero tenía que irse antes de que llegara él. El pánico se apoderó de mí al pensar en que podían cruzarse.

Ava frunció el ceño. Parecía agotada, y me pregunté si habría vuelto a tener pesadillas. Se habían reducido desde que recuperó sus recuerdos, pero de vez en cuando volvían a aparecer.

Me invadió la preocupación y la culpa. Llevábamos días sin hablar. Seguía enfadada conmigo, y ahora me había pillado en mitad de un plan. Era difícil programar una reunión de la junta la semana antes de Navidad (y en secreto, nada menos), pero había recopilado tanta información comprometida de todos los miembros que habían accedido a mi petición.

—Tenemos que hablar. De nosotros —dijo Ava.

No son palabras que ningún hombre quiera escuchar en boca de su novia, especialmente cuando se está pasando por un momento difícil. Tenía

ganas de terminar con lo de mi tío para poder dedicarle la atención que se merecía.

Y en relación con el plan retorcido y al parecer erróneo contra su «padre»... era una confesión que prefería dejar para otro momento.

Si es que alguna vez lo confesaba.

Michael Chen era un hijo de puta sociópata a pesar de no haber sido el responsable del asesinato de mi familia, y por eso me tentaba seguir con mi plan original de contratar a alguien para que acabara con él en prisión. Pero no iba a hacerlo... todavía.

—¿Podemos hablar luego? —Un Mercedes gris que me era familiar entró en mi campo de visión y se me tensaron los músculos—. Ahora no es un buen momento.

Ava negó con la cabeza.

—Ha pasado una semana, faltan dos días para Navidad y estoy cansada de andar evitándonos todo el día. Llevas un tiempo muy raro, y creo que merezco saber qué está pasando. Si no quieres estar conmigo... —Suspiró profundamente, con la cara cada vez más roja—. Dímelo. No lo alargues más.

Maldita sea. Ojalá Josh hubiera vuelto por Navidad como había planeado, así habría mantenido lejos a Ava. Pero se había producido un terremoto en la región donde estaba haciendo el voluntariado (aunque él estaba bien, por suerte) y se necesitaba la máxima ayuda médica posible, así que se había quedado. Yo también había donado una buena suma de dinero para ayudar con los gastos de la organización. En parte por solidaridad, aunque sobre todo por culpabilidad.

Ava no era la única Chen a la que había jodido en los últimos años.

Mi tío aparcó y salió del coche con la cara desencajada.

Apreté la taza con fuerza.

—Claro que quiero estar contigo —dije en voz baja con un ojo puesto en Ivan—. Siempre quiero estar contigo. Pero...

—Alex. —El tono jovial de mi tío se contradecía con la furia de su mirada. Cuando Ava se dio la vuelta, sobresaltada, sonrió ampliamente—. ¿Quién es esta encantadora criatura?

Si la taza hubiera sido de cristal, me habría estallado en las manos.

—Ava, tío Ivan —respondí, con la voz entrecortada.

—Ah, la famosa Ava. Un placer conocerte, querida.

Sonrió, visiblemente incómoda.

—No sabía que esperabas visita —dijo—. Eh, tienes razón. Podemos hablar luego...

—No te preocupes. Yo solo he venido a charlar con mi sobrino. —Ivan le puso a Ava la mano en la espalda y la guio al interior de la casa. Quítale tus sucias manos de encima. Me inundó la ira, pero la disimulé.

No podía perder la compostura. No ahora.

Nos sentamos en el comedor. Ava y yo en un lado, Ivan en el otro. La tensión se cortaba en el aire.

—¿Queréis tomar algo? —Dejé la taza medio vacía en la mesa—. ¿Té? ¿Chocolate caliente?

Ava negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Té verde para mí. —Ivan se dio una palmadita en el estómago. Volví cinco minutos después con su té y vi que estaban en medio de una conversación.

—¿... el fin de semana de Acción de Gracias? —Mi tío me quitó la taza de té con una sonrisa melosa—. Alex, Ava me estaba contando cómo pasasteis Acción de Gracias. —Se volvió a Ava—. A Alex le encantan las celebraciones con los Chen. Le parecen muy... reveladoras.

Los músculos me ardían de la tensión mientras Ava esbozaba una sonrisa confusa.

—¿Qué puedo hacer por ti, tío? —pregunté, tomando asiento con calculada parsimonia—. Debe de ser algo importante si has venido tan temprano. Hay un viaje largo desde Filadelfia.

—Quería felicitar a mi sobrino favorito. —La sonrisa de Ivan se amplió. No me molesté en señalar que era su único sobrino—. Ava, cielo, ¿sabías que estás sentada junto al nuevo director ejecutivo del Grupo Archer?

No mostré ninguna emoción cuando Ava se volvió repentinamente hacia mí, boquiabierta.

—Mi tío ha tenido la amabilidad de dar un paso a un lado —dije. Me dirigí a Ivan—: Te agradezco mucho el tutelaje y todos los años que has dedicado a la empresa, pero ya puedes jubilarte y dedicarte a pescar, a hacer crucigramas, a ver series... A la vida de ocio que te mereces.

—Sí —dijo con frialdad—. Lo estoy deseando.

Todo aquel circo era mentira. Mi tío no había renunciado, aunque esa era la versión oficial que le habíamos dicho a la prensa. Había caído gracias a una moción de censura de la junta que había organizado esa semana. Había tenido que jugar más sucio de lo habitual para hacerlo en tan poco tiempo, pero la furia es el motivador más potente del mundo.

Ahora yo era el director ejecutivo del Grupo Archer, e Ivan no era nada. Y cuando acabara con él no le quedaría nada.

—Felicidades. Eso es genial. —Ava parecía realmente contenta por mí, pero también confusa y herida, probablemente por no haberle contado algo tan importante. Por otro lado, el traspaso no se había hecho oficial hasta la tarde anterior. No cabía duda de que la junta había informado a Ivan, y él había llegado a primera hora de la mañana para intentar retarme.

Me miró fijamente mientras decía:

—Ava y tú tenéis que venir de visita un día. Soy un vejestorio sin muchos amigos y no me gusta mucho salir —bromeó—. Soy un poco paranoico con la seguridad, ¿sabes? Tengo cámaras por todas partes, el despacho, la cocina... la biblioteca. Rara vez reviso todas las grabaciones, pero... —Dio un sorbo al té—. ¿Qué puede hacer uno con tanto tiempo libre?

Leí entre líneas al instante.

Mierda. ¿Cómo había dejado pasar las cámaras de la biblioteca? Había bloqueado las del dormitorio y el despacho y las había reconfigurado después para que no les faltara ninguna franja de hora sospechosa, pero mi tío nunca había tenido cámaras en otras habitaciones. Debió de haber revisado las grabaciones para ver qué estaba haciendo después de recibir la notificación de la junta.

Se había vuelto más paranoico, y yo más descuidado.

No volvería a cometer un error así.

Ivan y yo nos miramos fijamente. Se había descubierto el pastel. Sabía que yo había leído las cartas entre él y mi madre, las cartas en las que le profesaba su amor y le rogaba que dejara a mi padre, las cartas en las que ella lo rechazaba hasta que se volvió cada vez más agresivo y mi madre tuvo que amenazarlo con una orden de alejamiento... Las cartas en las que él le prometía que se arrepentiría de despreciarlo así.

Una vez tuve esa información, encajaron las piezas del resto del puzle: por qué Ivan y mi padre se habían distanciado, cómo podían los ladrones

saber tantas cosas de nuestra familia, por qué mi tío a veces ponía una cara extraña al hablar de mis padres... Ya sabía desde hacía tiempo lo narcisista que podía llegar a ser mi tío, y el rechazo de mi madre debió de haberle sentado muy mal, tan mal como para organizar el asesinato de su propio hermano.

Eso no explicaba por qué había utilizado a Michael Chen como chivo expiatorio, pero ya lo descubriría. No pararía hasta desvelar todas las capas del engaño de Ivan y estrangularlo con ellas.

Ahora entendía cómo se sentía Ava. También me habían mentido la mayor parte de mi vida, solo que mi reacción fue mucho menos benigna que la suya.

—Eh, claro —dijo Ava mirándome—. Te iremos a visitar algún día.

Sí. Por encima de mi cadáver. O para ser exactos, por encima del cadáver de mi tío.

—Excelente. —Ivan depositó su taza vacía en la mesa—. Bueno, creo que estoy abusando de tu hospitalidad. Os dejo tranquilos, chicos. Alex, hablaremos pronto, seguro.

—Seguro que sí —dije despacio.

Después de que se marchara, Ava y yo nos quedamos sentados en silencio, mirándonos el uno al otro con cautela. Quería abrazarla, besarla y tranquilizarla, pero todo se había vuelto muy complicado. Por no mencionar que todavía no sabía la verdad sobre mí, ni lo que había hecho.

No lo descubrirá. La única persona que lo sabía era mi tío, y pronto estaría fuera del mapa.

Una persona mejor que yo le diría la verdad, pero prefería ser el villano con ella a mi lado que el héroe que se arriesgaba a perderla por una moralidad mal entendida.

Lo que no sabe no le hará daño.

—Tu tío no es lo que esperaba —dijo finalmente—. Es muy... sibilino.

Me sacó una sonrisa. A ella tampoco le caía bien. Esa es mi chica.

—¿Por qué no me contaste lo de tu ascenso? —me preguntó—. ¡Qué buena noticia! Deberíamos celebrarlo o algo.

—No fue oficial hasta ayer. Aunque pensaba darte una sorpresa navideña. —Eso era en parte verdad.

Ava suspiró con expresión triste.

—Te echo de menos, Alex.

Dios, esta chica. No tenía ni idea de lo que me provocaba.

—Yo también te echo de menos, Rayito. —Abrí los brazos y se volcó sobre mí, rodeándome el cuello con los brazos. Respiré su aroma con una punzada en el corazón. Quería que se quedara ahí, resguardada y a salvo, para siempre. A tomar por culo el resto del mundo. Por mí podía incendiarse.

—No quiero discutir, pero... —Se mordió el labio inferior—. Has estado muy raro últimamente. Si pasa algo, sabes que me lo puedes contar y juntos buscaremos una solución, ¿verdad?

—Ya lo sé. —¿Cómo podía ser tan increíble? Cualquiera que hubiera pasado lo mismo que ella a estas alturas ya se habría aislado en algún lugar lejos del mundo, pero Ava no. Siempre estaba pensando en los demás.

No la merecía.

—¿Es porque te dije que...? —Hizo una pausa y se ruborizó de pronto—. ¿Que te quería?

—Claro que no. —La estreché más fuerte y la besé—. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Vale, porque empezaste a actuar raro justo después de...

—Es por el trabajo —mentí—. He estado estresado por el ascenso a director ejecutivo. —También era en parte verdad.

La confianza de Ava se hizo oficial cuando se tomó mis palabras al pie de la letra.

—Serás un gran director ejecutivo.

Me besó en el punto más sensible del cuello y mi miembro reaccionó con interés. No la había tocado en una semana, y me moría por atarla y hacerle de todo.

—Ahora, qué tal si aliviemos todo ese estrés...

Respondí con una sonrisa pícaro.

—Me gusta cómo piensas.

Pero mientras la subía al piso de arriba y la follaba en todas las posturas posibles hasta que ya no pudo ni gritar, no fui capaz de desprenderme de la sensación de que una amenaza estaba a punto de cernirse sobre mí.

Alex

Mi mundo se vino abajo dos semanas después de la visita de mi tío.

Estaba de camino al trabajo cuando recibí una llamada de Ivan «solicitándome» que fuera a verlo lo antes posible. Había estado sospechosamente tranquilo desde que le destroné como director ejecutivo, pero sabía por qué. También sabía por qué me pedía que fuera a verlo; lo estaba esperando.

Llamé a mi secretaria para pedirle que cancelara el resto de mis reuniones ese día y en dos horas llegué a Filadelfia.

Reduje el paso mientras subía la escalera que llevaba al despacho de mi tío. Seguramente tenía a las cámaras grabando todos mis movimientos desde que había puesto un pie en la finca.

Lo encontré sentado en su escritorio, viendo su amada serie rusa en el televisor.

—Hola, tío. —Me apoyé en la pared y me metí las manos en los bolsillos con indiferencia.

A Ivan le tembló el ojo.

—Así que por fin estás aquí, pedazo de mierdecilla.

Contuve una sonrisa. Mi tío no solía insultar, así que debía de estar a punto de estallar de ira. Me imaginé por qué; tenía mal aspecto. Le vislumbré una calva en la cabeza, así como varias zonas escamadas y erupciones cutáneas con mal aspecto en la piel. Tenía la cara demacrada y un aspecto débil en general.

Para alguien tan vanidoso como mi tío, el deterioro de su imagen debía de ser una pesadilla.

—Siempre tengo tiempo para visitar a mi tío favorito. —Mi único tío, aunque no por mucho tiempo—. No tienes buena cara. ¿Estrés por perder tu trabajo?

Se le tensó la mandíbula.

—Me vas a devolver el puesto de director ejecutivo.

Casi se me escapa una carcajada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque... —Ivan se recostó y se entrelazó las manos sobre la barriga—. Tengo algo que quieres, y me da la impresión de que harás cualquier cosa por recuperarlo, incluso dimitir del Grupo Archer, reincorporarme como director ejecutivo y transferirme cincuenta millones de dólares. Por las molestias causadas —explicó.

Sus facultades mentales debían de haberse deteriorado aún más rápido que su apariencia física si creía que iba a hacer cualquiera de esas cosas.

—Claro que sí —dije indulgentemente—. Veamos primero qué es ese «algo» mágico que tienes.

—¿He dicho «algo»? —Los ojos de Ivan brillaron de maldad—. Me refería a «alguien». Tráelas —ladró en ruso.

Se oyó un forcejeo tras la puerta y se me heló la sangre cuando un gigantesco hombre con pantalones de camuflaje y placas militares entró arrastrando a dos chicas atadas y amordazadas.

Ava y Bridget.

Me miraron con el miedo impreso en todas sus facciones.

Me armé con toda la fuerza de voluntad que pude para no mostrar ninguna reacción visible.

—Ya veo —dije con tono monocorde—. Lo siento, tío, pero no veo nada ni a nadie que me vaya a hacer rebajarme, ni mucho menos darte cincuenta millones de dólares.

Ava tenía un pequeño corte en la cara. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y me miraba con los ojos como platos, visiblemente angustiada. Tenía el brazo lleno de moratones de los agarrones del militar y me pareció verle la piel roja e irritada en las muñecas donde le habían atado la cuerda.

Ava. Herida.

Una furia salvaje me sacudió el estómago hasta invadir cada centímetro de mi ser.

Miré al militar y me devolvió la mirada, que rezumaba insolencia.

No por mucho tiempo.

Hoy iba a morir. Lentamente. Dolorosamente.

Me alegró ver que él también tenía unos cuantos cortes y moratones. Era evidente que Ava y Bridget se habían defendido, pero no importaba.

Se había atrevido a tocar lo que era mío, y por eso pensaba hacerle suplicar por favor que lo matara.

¿Y el escolta que había contratado para que vigilara a Ava en caso de que mi tío llegara a este punto? También moriría por no haber hecho su trabajo.

Al lado de Ava, Bridget se movió, con la cara pálida. El pequeño movimiento incitó al militar a amenazarla levantando el brazo, pero ella no se inmutó. En lugar de eso, le retó con una mirada de piedra.

Era una princesa real, incluso secuestrada.

Y por cierto, ¿dónde coño estaba su guardaespaldas? Rhys era un exmiembro de las fuerzas especiales de la Marina. Tendría que haber sido más competente que el idiota que había contratado yo.

No tenía tiempo de mortificarme con esa duda. Dirigí la atención a mi tío, que me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—A mí no me engañas, Alex —dijo con la voz aflautada—. Vi cómo la mirabas. Ella es la razón por la que te has achantado con tu plan de venganza. La quieres. Pero ¿te querrá ella cuando descubra lo que has hecho?

Sentí una presión alrededor del cuello que me apretaba. Se me aceleró la respiración.

Sabía lo que mi tío estaba a punto de hacer. Me estaba obligando a confesar la mayor mentira que había contado, lo peor que había hecho nunca. Quería que Ava me odiara.

Y lo peor era que tenía que hacerlo. Renunciaría a ella si eso significaba salvarla.

—Ahí te equivocas —dije arrastrando las palabras, con la mirada clavada en Ivan—. Me subestimas, tío. Nunca fue más que un peón en mi tablero. ¿Por qué crees que me retiré cuando su padre entró en prisión? Ya no me servía para nada después de aquello. Pero lo admito, el sexo era muy bueno. —Me encogí de hombros—. Ese fue el único motivo por el que no corté con ella.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ava volvía la cabeza de pronto.

—Lo siento, Rayito. —Me obligué a inyectar un deje de burla en aquel apelativo—. La cosa ya se ha salido de madre, así que debería contarte toda la historia. El hombre del que te hablé, el que asesinó a mis padres... Era tu padre... Bueno, tu falso padre: Michael Chen.

A Ava se le salieron los ojos de las órbitas y Bridget se revolvió y su respiración se oyó incluso por debajo de la mordaza.

—Siempre lo he sabido. —Me separé de la pared y caminé hacia ella. El militar se acercó a mí, muy tenso, pero Ivan le hizo un gesto con una sonrisa de satisfacción—. ¿Crees que fue una coincidencia que Josh y yo compartiéramos habitación en nuestro primer año de carrera? Un jugoso soborno a la persona adecuada puede llevarte lejos, y no hay forma mejor de destruir al enemigo que desde dentro. Jugué la carta de los «padres muertos» para ganarme su compasión hasta que me invitó a pasar las vacaciones con vosotros, y mientras todos dormíais, me dediqué a husmear. Busqué por toda tu casa, entre los archivos de tu padre... Encontré mucha información interesante. ¿Por qué crees que sus negocios se han visto tan afectados a lo largo de los años?

Una lágrima recorrió la mejilla de Ava, pero continué. «Lo siento, Rayito.»

—Desmantelé su imperio pieza por pieza, y Josh y tú ni os disteis cuenta. —Dejé escapar una risa débil a pesar de que me ardía el pecho—. Este año iba a ser la gran final. El año en que completaría mi plan de destruir su empresa y humillarlo públicamente. Pero necesitaba algo más de información, una excusa más para buscar en su despacho. Fue cuando Josh, mi tique de entrada en tu casa en todas las cenas de Acción de Gracias, me anunció que se iba a Centroamérica. Muy poco conveniente. Necesitaba entrar de otra manera. —Le sostuve la barbilla con una mano, sabiendo que sería la última vez que la tocaría—. Ahí es donde entraste tú. Josh hizo casi todo el trabajo cuando me pidió que te cuidara, pero ya tenía la idea de mudarme a su casa. Después de todo... —sonreí con el corazón haciéndose jirones—, era mucho más fácil hacer que te enamoraras de mí si me veías todos los días. Y lo hiciste. Fue tan fácil que casi me dio vergüenza. La dulce e ingenua Ava, tan ansiosa por reparar todo lo que está roto. Tan desesperada por hallar el amor que era capaz de tomarlo de cualquier sitio.

Negó con la cabeza, jadeando. Había parado de llorar, pero sus ojos brillaban de furia y de traición. Esa es mi chica. Ódiame. No llores por mí.

Nunca llores por mí. No me lo merezco.

—¿Y esa noche después de la cena de Acción de Gracias? Encontré la información que buscaba —dije—. Tu padre llevaba años desesperado viendo cómo se derrumbaba su empresa, y cometió el error de hacer los tratos equivocados con la gente equivocada. Lo tenía todo organizado, el arresto del FBI, el circo mediático... —Me salté la parte en la que había planeado mandar asesinar a Michael en prisión—. Pero imagina mi sorpresa cuando recuperaste tus recuerdos. Fue como un regalo de Navidad anticipado. Si no podía acusarlo de temas corporativos, al menos sí podía hacerlo de intento de asesinato. Y funcionó. Excepto por... —Me volví hacia mi tío, cuyos ojos brillaban de maldad—. Me equivoqué. No fue Michael. ¿Verdad, tío?

Los labios de Ivan dibujaron una sonrisa. No guardaba ningún parecido con el hombre que me había acogido en su casa y me había criado como a su propio hijo, o al menos eso pensaba. Llevaba años construir una relación, pero solo un segundo destruirla, y la nuestra ya estaba rota sin solución posible.

«No te fíes de nadie, Alex. Siempre te apuñala por la espalda el que menos te esperas.»

—Eso es lo más bonito de todo —dijo mientras se estremecía. Disfruté del placer de ese pequeño movimiento (ya habían pasado dos semanas, tendría que estar sufriendo serios dolores); aunque mi corazón se desgarraba por la forma en la que me miraba Ava. Como si no me conociera en absoluto.

En algunos aspectos no me conocía.

—Michael era uno de los competidores empresariales de tu padre cuando Anton empezó a expandirse a Maryland. Nunca se habían llevado bien; Anton odiaba la forma en la que Michael gestionaba sus negocios, y Michael odiaba a todos los que se atrevían a invadir su territorio. Al final llegaron a una tregua, pero Michael se convirtió en un chivo expiatorio fácil. No costó mucho trabajo incriminarle con «pruebas» que un adolescente impresionable como tú sin duda se creyó. —Ivan tosió—. Eres un chaval listo, pero tu deseo de venganza te ciega. De cualquier forma, siempre había odiado a ese hombre. Me había humillado más de una vez en alguna fiesta, cuando tu padre lo invitó como gesto de «buena voluntad» (y

eso que le pedí a Anton que no lo hiciera), y luego no me sorprendió descubrir que Michael también era un psicópata.

—Mira quién fue a hablar —dije con frialdad. Mi tío estaba lo suficientemente trastornado como para guardar rencor a alguien por algo que pasó en una fiesta hace varias décadas.

Había puesto un cuidado extremo para asegurarme de que Michael no se enteraba de mi conexión con Ivan o con mi padre, porque no creía que estuviera por la labor de acoger al hijo del hombre al que había asesinado (o eso pensaba yo entonces) en su propia casa. Nos cambiamos el apellido y borré cualquier rastro de mi conexión con Anton Dudik. Mi tío y yo, nacidos Ivan y Alex Dudik, ahora éramos Ivan y Alex Volkov. Tenía suerte de que mi tío fuera tan paranoico, había pocas fotografías publicadas de él antes de fundar el Grupo Archer, lo cual me facilitó el trabajo.

Al parecer, todo aquello no había servido para nada, porque Michael ya conocía a Ivan y sabía su relación con mi padre. Yo no le había caído bien, pero tampoco le importaba acogerme en su casa, ya que él no era el asesino.

No podía creer que mi tío me hubiera estado engañando durante tantos años. Se supone que yo era un genio. Un estratega. Pero había sido presa de los mismos errores que otros humanos: pensar bien de alguien solo porque me apoyó en mi peor momento. Era el único pariente vivo que me quedaba, y dejé que eso me nublara la percepción que tenía de él.

Y ahora, por culpa de mi error, Ava estaba herida.

Se me encogió el estómago. Aparté la mirada de ella, porque si la miraba perdería el control, y no podía permitirme perder el control. No con el militar apuntándola con una pistola y con la mirada de mi tío clavada en cada uno de mis movimientos. Aunque se estuviera muriendo, no le iba a subestimar hasta que no estuviera bajo tierra.

—Puedo decir lo mismo de ti. —Ivan se retorció otra vez, aunque intentó ocultarlo. Esperaba que el hijo de puta sufriera hasta su último aliento—. Tú, yo, Michael. Todos estamos cortados por el mismo patrón. Somos capaces de hacer lo que sea para conseguir lo que queremos. Sabía que hice bien en acogerte —dijo—. Estabas muy agradecido, y no podía dejar que desperdiciaras ese intelecto que tienes. Lo hemos hecho bien, ¿no crees? —Señaló con el brazo a su enorme despacho.

—Yo lo hice bien. Tú me has chupado la sangre como un parásito.

Ivan se rio con decepción.

—¿Es esa forma de hablarle al hombre que evitó que te metieran en un orfanato espantoso? En serio, creo que deberías estar más agradecido.

Realmente estaba trastornado.

—No me extraña que mi madre no te quisiera ver ni en pintura —dije—. Debió de oler la locura a kilómetros.

La sonrisa de Ivan se esfumó y su cara se llenó de ira.

—Tu madre era una zorra estúpida —espetó—. La quería, pero me rechazó, a mí, al único que la había apoyado desde mucho antes de conocer a tu padre... Por el ingenuo y blando de Anton. Esperé mucho tiempo a que entrara en razón, pero no lo hizo. —Resopló—. Cuando le contó a Anton que le había estado escribiendo, dejó de hablarme. No era lo suficientemente hombre para enfrentarse a mí cara a cara, pero se lo fue contando a nuestros amigos comunes, que también me dejaron de hablar. —Sus ojos brillaban de odio—. Nadie me trata así. Me quitó lo que más quería, así que yo le quité lo que más quería él.

—Lo que, no. A quién —dije apretando los dientes—. Mi madre no era un objeto.

Ivan soltó una carcajada.

—Vaya, Alex, resulta que sí que te has ablandado con el amor.

Apreté la mandíbula.

—No estoy enamorado.

—Eso no es lo que me ha dicho un pajarito. —Una tos se escapó de los pulmones—. He tenido algunas conversaciones interesantes con una rubita guapísima llamada Madeline. Tiene mucho que decir sobre la reacción que tuviste cuando empujó a Ava a una piscina.

Me atravesó la furia. Madeline. No sabía que mi tío y ella se habían conocido, pero mi tío debía de llevar espiándome más tiempo del que pensaba.

Una vez más, me maldije por haber bajado la guardia.

En un mes, las Industrias Hauss estarían acabadas. Me aseguraría de ello. Ya había encendido la mecha después del incidente de la piscina; ahora solo faltaba verlos arder.

—Lo único que tienes que hacer es darme el dinero y el cargo, firmar un contrato que diga que no vas a volver a acercarte a mí ni vas a tener nada que ver con la empresa, y dejaré que Ava y su amiguita se marchen —dijo Ivan—. Es un trato muy sencillo.

Me pregunté si sabía que Bridget era la princesa de Eldorra. Si lo sabía, era idiota por haberla metido en esto. Si no lo sabía, era idiota por no haberlo investigado.

Y si pensaba que yo creía que nos iba a dejar marchar después de haber admitido un asesinato delante de nosotros, es que me tomaba por idiota.

Sopesé mis opciones. Ivan no me haría nada a mí, a Ava o a Bridget hasta que le transfiriera el dinero y le devolviera su cargo, pero eso no llevaría mucho tiempo. Sabía que yo tenía el control de la junta. Podía devolverle a su cargo de director ejecutivo con una sola llamada.

—Quiero aclarar que no es una petición —dijo Ivan.

Sonreí, poniendo en marcha todos los engranajes de mi cerebro.

—Claro. Puedo aceptar tu petición. —Mi tío sonrió—. O puedo salvarte la vida. Tú eliges.

La sonrisa se esfumó.

—¿De qué coño estás hablando?

Me puse delante de él. El militar levantó la pistola como advertencia, pero Ivan le hizo un gesto. Entornó los ojos llorosos mientras le señalaba la piel, el pelo y la mano que le temblaba de dolor mal disimulado.

Se dio cuenta.

—¿Cómo? —gruñó.

Una sonrisa me iluminó el rostro.

—Tenías mucha sed después de venir a mi casa hace unas semanas.

—El té. —Se le desencajó la cara—. Fui al médico después de empezar con los síntomas. Me dijeron que...

—¿Que tenías síndrome de Guillain-Barré? —suspiré—. Es una pena que los síntomas sean tan parecidos. Pero no, me temo que no es Guillain-Barré.

—¿Qué has hecho, pedazo de mierda?

De pronto un movimiento fugaz detrás del militar me llamó la atención. No mostré reacción, aunque mis cálculos mentales se prepararon para ajustarse al curso de los acontecimientos.

—Hoy en día se puede comprar cualquier cosa en el mercado negro —dije mientras jugaba distraídamente con el pisapapeles del mono que tenía en el escritorio—. Incluso venenos letales. El que te está destrozando por dentro ahora mismo es parecido al talio. Es transparente y no sabe ni huele a nada. Difícil de identificar porque es muy raro, y sus síntomas a menudo

se confunden con los de otras enfermedades. Pero a diferencia del talio, no tiene un antídoto muy conocido. Por suerte para ti, tío, sí que hay un antídoto secreto, y tengo un vial guardado.

Mi tío tembló de furia.

—¿Cómo sé que no es un farol?

Me encogí de hombros.

—Supongo que no te queda otra que creerme.

Tres cosas pasaron a la vez. Ava se abalanzó sobre el militar y le arrancó la pistola de la mano, el guardaespaldas de Bridget le hizo un placaje desde atrás y le agarró del cuello; y yo saqué la pistola que llevaba escondida en la cartuchera dentro del abrigo y apunté a mi tío. Con la otra mano envié un mensaje rápido con un solo número desde mi teléfono, sin quitarle ojo a Ivan.

—¡Basta! —gritó.

Todo el mundo se quedó congelado. Entre todos formábamos un cuadro bastante cómico: Rhys con un brazo alrededor del cuello del militar y el otro apretándole en la sien; Ava y Bridget retorciéndose para liberarse de las correas, yo apuntando a mi tío en medio del pecho.

—Alex —dijo Ivan con una risa nerviosa—. Mi querido sobrino, ¿crees que esto es necesario? Somos familia, al fin y al cabo.

—No, no lo somos. Asesinaste a mi familia. —Amartillé la pistola y él palideció—. Ava, Bridget, salid afuera.

No se movieron.

—Ahora.

El militar no les había amarrado las piernas, así que pudieron salir corriendo a pesar de tener las manos atadas.

—Piensa en los buenos momentos que hemos pasado juntos. —Mi tío intentó persuadirme, recuperando su máscara más afable—. Cuando te llevé a tu primera clase de krav magá, cuando fuimos a Kiev en tu decimosexto cumpleaños...

El disparo calló sus súplicas.

Ivan se quedó congelado, con la boca abierta de estupor. Una mancha carmesí le brotó en medio del pecho.

—Por desgracia para ti, no soy uno de esos que empieza a divagar antes de apretar el gatillo —dije. No sentí ni un atisbo de lástima por el hombre que me había criado. Era un asesino y un mentiroso. Yo también, pero ya

me había condenado al infierno hacía mucho tiempo—. Hoy morirás, tan desagradable por fuera como lo eres por dentro.

—Maldito desagradecido...

Sonó un segundo disparo. Su cuerpo se retorció.

—Eso por mi madre. El primero era por mi padre. Y este... —un tercer disparo— es por Nina. Por Ava. Por Bridget. Y este... —amartillé la pistola por última vez— es por mí. —Le disparé justo entre los ojos.

Llegados a este punto mi tío ya estaba más que muerto. Tenía el cuerpo lleno de agujeros y los pies metidos en un reluciente charco de sangre, pero mis palabras, al igual que mis balas, no eran para él, sino para mí. Y aquella era mi particular forma de cerrar un capítulo.

Me volví hacia el militar, que tenía la cara blanca como la tiza. Rhys todavía lo tenía inmovilizado contra el suelo.

Cogí la pistola del militar del suelo y la examiné.

—Puedes soltarlo —le dije a Rhys—. Es mío.

El guardaespaldas ni siquiera parpadeó. Había mantenido la misma expresión estoica desde que entró por la puerta. Tenía la impresión de que ese hombre no parpadearía ni aunque un puñado de alienígenas vestidos con tutú aparecieran de pronto delante de sus narices y empezaran a bailar la «Macarena».

—¿Estás seguro? —Le apretó con la pistola en la sien.

—Estoy seguro. Tu princesa te está esperando... —Esbocé una pequeña sonrisa—. Deja que yo me ocupe de la basura. —Apunté al militar con la pistola mientras cogía la otra arma con la mano libre.

Rhys se separó, con el arma todavía en el militar, pero la mirada en mí.

Un hombre sensato.

Se notaba que quería encargarse él mismo del militar, pero su prioridad era Bridget, y la labor de un guardaespaldas era proteger, no enfrentarse.

En cuanto desapareció, le pegué al militar dos tiros en las rodillas, no para matarlo, simplemente para retenerlo mientras me ponía a trabajar. Ignoré sus gritos de dolor y cerré la puerta con llave.

—Hoy has cometido un error —dije educadamente, arrodillándome a su lado. Me acordé de los moratones de Ava y de su cara de pánico, y endurecí la expresión—. Has tocado lo que es mío... —Me saqué de la bota una navaja bastante amenazadora. El militar me miró aterrorizado—. Le has hecho daño a lo que es mío... —Un olor a orina invadió el aire mientras se

lo hacía encima. Para tener esa pinta, se asustaba con facilidad. Hice una mueca de asco—. Y ya es hora de que me las pagues. No te preocupes. — Le levanté la camiseta y le clavé la punta de la navaja en el abdomen—. Será lento y dulce.

Si Ava y Bridget habían llamado a la policía (cosa que seguramente habían hecho) solo me quedaban unos preciosos minutos antes de que llegara. Pero ¿teniendo a mano algunas herramientas y creatividad? Un minuto podía convertirse en una eternidad.

No pasaron ni diez segundos antes de que el militar empezara a gritar otra vez.

Ava

La hora siguiente pasó como un borrón. Llegó la policía y la ambulancia y me acribillaron a preguntas, chequeos médicos y caras de preocupación. Les di lo que querían en respuestas monocordes y robóticas.

Cuando terminaron, solo quería arrastrarme a la cama y no salir nunca más, eso si es que lograba moverme.

—¿Ava? —Bridget me puso la mano en el brazo con cuidado—. La policía dice que nos podemos ir. Rhys nos lleva a casa.

El enorme guardaespaldas rondaba tan cerca que estaba prácticamente encima de nosotras, pero había sustituido su habitual máscara estoica por una expresión de pura ira.

No lo culpaba. Nos habíamos metido nosotras solas en aquel lío.

La noche anterior, Bridget y yo habíamos ido a un concierto en Washington de uno de nuestros grupos favoritos. Los grupos *indies* no siempre visitan la ciudad, y cuando lo hacían, aprovechábamos. Aunque esta vez... Rhys le había prohibido rotundamente a Bridget que fuera porque no era seguro, y en lugar de ponerse a discutir con él (lo cual todas sabíamos que era inútil), Bridget se escapó en mitad de la noche. Todo estaba yendo según nuestro plan hasta que el psicópata militar vestido de camuflaje nos abordó en la calle a la salida del concierto y nos metió a la fuerza dentro de su furgoneta. Pasó tan rápido que no tuvimos tiempo ni de gritar. Nos resistimos como pudimos, y gracias a mis nociones de defensa personal le pude dar unos cuantos golpes, pero al final nos dejó inconscientes. Cuando nos despertamos, ya estábamos en Filadelfia.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Nuestro secuestrador debía de haber estado siguiéndonos quién sabe por cuánto tiempo antes de cogernos,

lo cual me daba más miedo aún que el propio secuestro.

—¿Estás lista? —A pesar de su tono calmado, detecté un ligero temblor en los hombros de Bridget, y sospeché que era la razón por la que Rhys aún no nos había dirigido la palabra. De hecho, solo había dicho que nos había encontrado gracias a un chip que había puesto en el teléfono de Bridget y que activó al ver que no estaba en su cuarto esa mañana. Que Bridget no dijera ni pío sobre el hecho de que él la hubiera estado controlando en secreto confirmaba lo mucho que la habíamos cagado.

Posé la mirada en Alex, que parecía bastante sereno para alguien que acababa de disparar a su tío, matar a nuestro secuestrador y estar al borde de la muerte.

Hablaba con el agente de policía sin un solo signo de inquietud en su rostro.

No eras más que un medio para llegar al final de mi plan.

—Un momento —dije. Mi voz sonó extraña en mis oídos. Débil y vacía, casi sin vida—. Tengo que hablar con él.

Bridget y Rhys intercambiaron una mirada, y su preocupación común por mí aplacó su hostilidad.

—Ava, no creo que sea una buena idea...

La ignoré. Me levanté, la rodeé y me dirigí hacia Alex, envuelta en la manta que los médicos de la ambulancia me habían dado.

Un pie detrás de otro.

Todo el día había sido surrealista. Me parecía un nuevo tipo de pesadilla de la que podría despertarme en cualquier momento, pero de la que aún no había despertado. Incluso mientras le contaba a la policía lo que había ocurrido, me parecía estar contando una película, no mi vida real.

La historia había salido a la luz a través de fragmentos y medias verdades. Le conté a la policía que el tío de Alex había contratado a alguien para que nos secuestrara porque Alex le había destronado como director ejecutivo, pero no mencioné la retorcida historia familiar. No era cosa mía contarla. Podía decir con honestidad que no sabía lo que había pasado después de que Bridget y yo saliéramos de la sala: cómo el tío de Alex había acabado con seis balas en el cuerpo o cómo el secuestrador, según un agente con aspecto de haberse mareado, tenía más agujeros en el cuerpo que una calabaza de Halloween. Técnicamente yo no lo sabía, pero tampoco hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que había ocurrido.

No estaba segura de qué le había contado Alex a la policía, pero teniendo en cuenta que aún no lo habían arrestado por matar a dos personas, supuse que habría argumentado de manera convincente que todo fue en defensa propia.

Después de todo, era un mentiroso compulsivo. ¿No? ¿O había mentido sobre que había mentido?

Solo había una forma de averiguarlo.

Alex me vio primero. Le dijo algo al policía, que asintió y se fue.

Me quedé quieta a su lado, con la manta agarrada con fuerza.

Parecía otra vez el viejo Alex: sereno e indiferente, con los ojos como pedazos de hielo color jade. No vi ni un atisbo del Alex que había conocido en los últimos meses. El que había cancelado una cita para quedarse conmigo viendo películas, el que se había comido una de las galletas más asquerosas que jamás había hecho y había dicho que estaba buena para no herir mis sentimientos, el que me había enseñado a nadar y el que me había enseñado un mundo que solo existía en mis fantasías. Un mundo en el que amaba y era correspondida. Nunca me lo había dicho, pero creía... De verdad creía que me quería y que solo tenía miedo de decirlo.

Ahora me preguntaba si el Alex que yo «conocía» había existido alguna vez. Tal vez solo había sido una pantomima, un papel representado por un psicópata cegado por la venganza que se había aprovechado de mi ingenuo corazón.

O bien... había mentido y había dicho todo aquello delante de su tío para salvarme porque no quería que él descubriera que sí le importaba. Su historia era demasiado elaborada para ser falsa, pero Alex era un genio. Era capaz de cualquier cosa.

Me aferré a los desgastados restos de esperanza con los dedos ensangrentados.

—Creía que ya te habrías ido. —Se metió las manos en los bolsillos, con expresión de indiferencia.

—Antes quería hablar contigo.

—¿Por qué?

Me subió un calor a las mejillas. «¡Vete antes de rebajarte todavía más!», me gritó mi orgullo, pero ese horrible rayo de esperanza me insistió para que me quedara hasta el final.

—Quería saber.

Levantó una ceja.

—Tú y yo. —Me daba miedo preguntarlo, pero necesitaba saberlo—. ¿Ha sido real?

Alex se quedó inmóvil y aguanté la respiración, esperando, rezando...

—Traté de advertirte, cariño —dijo, con la cara impávida—. Te pedí que no me romantizaras, que endurecieras ese corazón frágil que tienes. Fue un acto de cortesía por la amabilidad que me habías mostrado a lo largo de los años. Pero te enamoraste de mí igualmente. —Apretó la mandíbula—. Considéralo una lección para el futuro. Las palabras y las caras bonitas no equivalen a almas bonitas.

Mi esperanza se consumió en cenizas.

¿Mi corazón frágil? No. Ya ni siquiera tenía corazón. Me lo había arrancado del pecho y lo había hecho trizas con las cuchillas de sus palabras, y había tirado los jirones a la basura sin pensárselo dos veces.

Debería decir algo. Cualquier cosa. Pero no se me ocurría absolutamente nada.

Ojalá hubiera recuperado algo de la ira y el dolor que estaba sintiendo antes, pero no vino nada. Estaba bloqueada.

Podría haberme quedado allí para siempre de no ser porque unas manos me guiaron dulcemente al coche de Rhys, que nos estaba esperando. Me pareció que Bridget le susurraba algo a Alex, pero no estaba segura. Y ya daba igual.

Todo daba igual.

Bridget no intentó charlar conmigo ni llenar el vacío con tonterías. Solo habría empeorado las cosas. En lugar de eso, me dejó tranquila en silencio mirando por la ventanilla mientras pasábamos árboles muertos, uno tras otro. No era capaz de recordar por qué me gustaba el invierno. Todo estaba apagado y gris. Inerte.

Llegamos a la frontera con Maryland. Allí empezó a llover, y las pequeñas gotas salpicaban las ventanillas como cristales dispersos. Me acordé del día en el que Alex me recogió cuando me quedé tirada en mitad de la tormenta, y entonces me derrumbé.

Todas las emociones que había estado conteniendo en las últimas horas (en los últimos meses), estallaron al mismo tiempo. Me sentía como una hormiga engullida por una ola, y no me molesté en luchar contra ella. Dejé que me pasara por encima: el dolor, la ira, el desamor, la traición y la

tristeza, hasta que me ardieron los ojos y me empezaron a doler los músculos de la fuerza del llanto.

De alguna forma, me acurruqué en el regazo de Bridget mientras ella me acariciaba el pelo y murmuraba una melodía suave. En otro momento me habría dado mucha vergüenza llorar encima de una princesa real, pero ya no me importaba nada.

¿Por qué siempre a mí?

¿Qué tenía yo que era tan odioso? ¿Tan ingenuo?

Mi color favorito.

El amarillo.

Mi sabor de helado favorito.

Menta con chocolate.

Eres la luz de mi oscuridad. Sin ti, estoy perdido.

Mentira. Todo mentira.

Todos los besos, todas las palabras, todos los segundos que había atesorado... estaban sucios.

Me ardieron los ojos con fuego líquido. No podía respirar. Todo me dolía, dentro y fuera, mientras sollozaba con unas lágrimas amargas y desdichadas.

Michael me había mentido. Alex me había mentido. No durante días, semanas o meses, sino durante años.

Algo dentro de mí se rompió, y ya no lloraba solo por mi corazón hecho pedazos, sino también por la chica que había sido, la que creía en la luz y en el amor y en la bondad del mundo.

Esa chica había muerto.

Alex

Miré cómo Ava se marchaba y sentí un vacío en el pecho, y empezaron a arderme los ojos con una emoción desconocida y contenida.

Quería correr detrás de ella y arrancarla de los brazos de Bridget. Arrodillarme y suplicarle que perdonara lo imperdonable. Que se quedara a mi lado para el resto de nuestros días para que nada ni nadie pudiera volver a hacerle daño.

Salvo que no podía, porque era yo el que le había hecho daño. Era yo el que la había mentido y manipulado. Era yo el que la había puesto en peligro con mi sed de venganza y mis retorcidos planes para acabar con mi tío.

La única forma de proteger a Ava era dejándola ir, incluso aunque eso significara destruirme a mí mismo.

El coche que se llevaba a Ava de vuelta a Maryland y lejos de mí desapareció de mi vista y dejé escapar un suspiro tembloroso, tratando de darle sentido al dolor que se me estaba clavando en las entrañas. Me sentía como si alguien rompiera en pedazos mi corazón y mi alma y después los pisoteara. Nunca había sentido nada igual, nada tan doloroso.

Lo odiaba. Echaba de menos la helada indiferencia de la insensibilidad, pero tenía miedo de que esa fuera mi penitencia: arder en las llamas de mi agonía autoimpuesta por el resto de la eternidad.

Mi propio infierno en vida. Mi propia condena.

—Alex. —El jefe de mi equipo de Filadelfia se acercó a mí, con movimientos calculados y precisos. Llevaba un uniforme de policía de Filadelfia, y su placa brillaba con el sol de la tarde, pero no era agente de la ley—. La casa está lista.

—Bien. —Noté que Rocco me miraba con expresión extraña—. ¿Qué? —espeté.

—Nada. —Carraspeó—. Parecía que estaba a punto de... Da igual.

—Termina la frase. ¿A punto de qué? —Mi voz alcanzó un volumen amenazante. Tenía varios equipos a mi disposición en varias ciudades, listos para actuar en caso de que cualquiera de mis planes se torciera. Nadie sabía de su existencia, ni siquiera mi tío cuando estaba vivo. Eran discretos, eficaces y parecían gente normal con trabajos normales, no matones capaces de enterrar cualquier cadáver, borrar cualquier prueba y bloquear cualquier comunicación..., incluyendo las llamadas a la policía de la zona.

Todos los «agentes de policía» y los «médicos» de la ambulancia que había allí eran de mi equipo, y sabían interpretar muy bien sus papeles.

Parecía que Rocco se estaba arrepintiendo de abrir la boca.

—Como si estuviera a punto de... Bueno, de llorar. —Se estremeció, sin duda consciente de que aunque hubiera bloqueado la llamada de Ava a la policía y hubiera reunido al equipo en un tiempo récord, eso no le haría librarse de mi ira.

El fuego de mis venas se mezcló con el que me ardía en la mirada. No me molesté en responder a Rocco, simplemente lo fulminé con la mirada.

—¿Alguna otra observación estúpida que quieras compartir conmigo? —Mi voz podría haber congelado el Sáhara.

Tragó saliva.

—No, señor.

—Bien. Yo me ocupo de la casa.

Hubo una pausa.

—¿Personalmente? Está... —Se calló al ver mi cara—. Por supuesto. Informaré a los demás.

Mientras convocaba al resto del equipo, entré en la mansión donde había pasado la mayor parte de mi vida. Era mi casa, aunque nunca la había sentido como un hogar, ni siquiera cuando mi tío y yo nos llevábamos bien.

Eso hizo que fuera mucho más fácil lo que estaba a punto de hacer.

Rocco me dio la señal desde la entrada.

Saqué el mechero del bolsillo y lo abrí. El olor del queroseno inundó el aire, pero no dudé mientras me acercaba a las cortinas más próximas y prendía fuego a la gruesa tela dorada.

Es impresionante la velocidad con la que el fuego se extiende por un edificio de tres mil metros cuadrados. Las llamas lamían las paredes y los techos, con ansia de destrucción, y estuve tentado de quedarme para que también me consumieran a mí. Pero el instinto de supervivencia se me activó en el último momento y escapé por la puerta principal, con el olor de toda aquella vida carbonizada impregnado en las fosas nasales.

Mi equipo y yo nos quedamos a una distancia prudencial mirando arder la imponente mansión de ladrillo hasta que llegó el momento de extinguir el fuego antes de que se descontrolara. Alrededor se extendían varias hectáreas de propiedad privada, y nadie se enteraría del incendio hasta varias horas después, o incluso varios días. A menos que yo informara.

En algún momento lo haría. Sería una trágica historia sobre cómo un cigarrillo mal apagado había prendido sin querer y cómo el dueño enfermo de la mansión, que vivía solo porque se había negado a contratar a empleados, no pudo apagarlo a tiempo. Solo ocuparía una pequeña franja de los informativos o una esquina en la sección de sucesos del periódico local. Me aseguraría de ello.

Pero de momento simplemente me quedé mirando cómo las llamas incineraban los cadáveres de mi tío, del militar y de mi pasado hasta arrasar con todo.

Alex

El puño de Josh me reventó la cara, y escuché un siniestro *crac* antes de caer de espaldas. La sangre me empezó a brotar de la nariz y los labios, y a juzgar por el dolor que irradiaba el lado derecho de mi cara, seguro que al día siguiente me despertaría con un ojo morado.

Aun así, no hice ningún intento de defenderme mientras Josh me daba una paliza.

—Maldito cabrón —dijo entre dientes, con la mirada desatada mientras me daba un rodillazo en el estómago. Me doblé de dolor y se me cortó el aliento de los pulmones en mitad de un grito ahogado, teñido de rojo—. ¡Maldito cabrón! Hijo de puta. ¡Confiaba en ti! —Otro puñetazo, esta vez en las costillas—. ¡Eras mi mejor amigo!

Los golpes continuaron hasta que me caí de rodillas, con el cuerpo hecho un manojo de cortes y moratones.

Pero abracé el dolor. Me recreé en él.

Era lo que me merecía.

—Siempre supe que tenías mal gusto —dije con la voz ronca. Nota mental: trabajar desde casa hasta recuperarme de las heridas. No quería que la oficina se llenara de rumores. Todo el mundo seguía hablando de la muerte de mi tío, que oficialmente se había atribuido al incendio que había reducido a cenizas la mansión y todo lo que había dentro.

Josh me agarró del cuello de la camisa y me levantó, con la cara llena de dolor y furia.

—¿Te parece gracioso? Ava tenía razón. Sí que eres un psicópata.

Ava. El nombre me atravesó como una cuchilla afilada. Ninguna paliza física dolía más que pensar en ella. Su cara antes de alejarse me perseguiría

hasta el fin de mis días, y gracias a mi maldita memoria, recordaba cada detalle de cada segundo. El olor de la sangre y el sudor sobre mi piel, la manera en la que le temblaban los hombros mientras se envolvía con la manta con las manos blancas... El momento en el que aquel débil destello de esperanza murió en sus ojos.

Se me revolvieron las tripas.

Quizás no la había matado físicamente, pero había matado su espíritu, su inocencia. La parte de ella que creía en la bondad de las personas y veía belleza en el corazón más oscuro.

¿Ha sido real?

«Sí, Rayito. Todo ha sido real. Más real de lo que jamás creí posible.»

Eran las palabras que habría querido decir, pero no había dicho. Había resultado herida y estuvo a punto de morir por mi culpa. No había podido protegerla, igual que tampoco pude proteger a mi hermana o a mis padres. Quizás mi maldición era ver sufrir a todos los que me rodeaban.

Era un genio, pero había sido tan arrogante que había pasado por alto una debilidad crucial dentro de mi plan. Había anticipado que mi tío iría a por Ava, pero debería haber tenido a un equipo vigilándola las veinticuatro horas, en lugar de solo por el día. Ese error de cálculo por poco me cuesta la única persona sin la que no era capaz de vivir.

Pero la había perdido igualmente. Porque aunque yo fuera un hijo de puta egoísta, lo único que me atormentaba más que no tenerla a mi lado era ver cómo sufría otra vez. Me había ganado unos cuantos enemigos a lo largo de los años, y una vez descubrieran mi debilidad (porque ella era mi debilidad, la única que había tenido) no dudarían en hacer lo mismo que había hecho mi tío. Ava nunca estaría segura mientras estuviera conmigo, y por eso la dejé marchar.

Era mía..., pero la dejé marchar.

Antes de conocerla creía que yo no tenía corazón, pero ella había demostrado que sí lo tenía. Ahora estaba hecho pedazos a sus pies.

—Defiéndete —gruñó Josh—. Defiéndete para que pueda matarte, hijo de puta.

—No. Y no porque tenga miedo a morir. —Joder, me habría encantado. Esbocé una siniestra sonrisa. El gesto me provocó otra punzada de dolor—. Te la regalo. Una paliza ilimitada por ocho años de mentiras.

Torció el gesto y me empujó con desdén.

—Si crees que una paliza va a compensar lo que has hecho, estás delirando. ¿Quieres usarme? Bien. Pero has metido a mi hermana en esto, y eso jamás te lo perdonaré.

Ya somos dos.

—No voy a gastar más energía contigo. No te la mereces. —Josh apretó la mandíbula—. Eras mi mejor amigo —repitió, con la voz quebrada en la última palabra.

Otro tipo de dolor me atravesó de nuevo. Al principio me acerqué a Josh porque era el hijo de Michael, pero con los años se había convertido en mi mejor amigo de verdad. Mi tío era mi único pariente vivo, pero Josh había sido un hermano para mí. No tenía nada que ver con la sangre, sino con la elección.

Lo cierto era que podría haber acabado con Michael mucho tiempo atrás, pero lo había postergado por lealtad a Josh. Me había inventado excusas para retrasar el plan, incluso me las había dicho a mí mismo, pero en el fondo, todo era porque no quería hacerle daño.

Tú también eras mi mejor amigo.

Josh volvió a endurecer la expresión.

—Como te vuelva a ver acercarte a mí o a mi hermana, te mataré. —Me dirigió una última mirada de asco antes de irse.

Sonó un portazo y me quedé allí, mirando al techo durante lo que me parecieron horas. La empresa de mudanzas ya había recogido mis cosas y las había llevado a mi nuevo ático de Washington. No podía quedarme ni un minuto más en aquella casa llena de recuerdos, de risas apagadas y conversaciones que se sumergían en lo más profundo de la noche. No solo con Ava, sino también con Josh. Habíamos vivido allí juntos durante la carrera, y aquellos habían sido algunos de los mejores años de mi vida.

Cerré los ojos y por una vez me permití sumergirme en un recuerdo bonito en lugar de en uno doloroso.

—Canta una canción. Solo una —suplicó Ava—. Será mi regalo de cumpleaños.

La fulminé con una mirada apática, aunque me estaba conteniendo una carcajada al verla hacer pucheros con ojos de cachorrito. ¿Cómo alguien tan sexi podía ser también tan adorable?

—Tu cumpleaños no es hasta marzo.

—Será mi regalo de cumpleaños anticipado.

—Buen intento, Rayito. —La rodeé por la cintura desde atrás y le besé el cuello, sonriendo al sentir su profunda respiración. Mi polla encajaba perfectamente en la curva de su culo, como si estuviéramos hechos a medida el uno para el otro—. Pero no pienso cantar.

—¿Qué tienes en contra de la música? —resopló, aunque se arqueó contra mí cuando le rocé el pezón duro con el pulgar. No me cansaba de ella. Quería atarla y devorarla todo el día, todos los días. El resto del mundo no se la merecía. Yo tampoco, pero ahí estaba, y era mía, así que qué más daba lo que mereciera o no. Yo conseguía lo que quería.

—No tengo nada en contra de la música. —Le pellizqué el pezón y se restregó contra mi polla, que volvió a ponerse dura en respuesta—. Pero no me gusta cantar.

Lo había hecho una vez en un estúpido karaoke al que me había arrastrado mi tío, y desde entonces no había vuelto a cantar. No porque pensara que no se me diera bien (era Alex Volkov, podía hacerlo todo), sino porque cantar era demasiado personal, como si desnudara mi alma con cada nota que salía de mi garganta. Y era algo auténtico, aunque solo fuera una estúpida canción pop. Toda la música, no importaba lo cursi que fuera, estaba llena de emociones y yo había construido mi reputación a partir de la ausencia de ellas, menos cuando estaba con Ava.

Las venas me bombearon con deseo.

La tenía toda para mí antes de que Jules llegara a casa de trabajar dentro de una hora, y estaba dispuesto a aprovechar cada segundo.

—Si de verdad quieres un regalo de cumpleaños anticipado... —Le di la vuelta y soltó una carcajada que llenó de calor el cuarto—. Se me ocurre una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿El qué? —bromeó, abrazándome el cuello con los brazos.

—Te lo puedo decir o... —Bajé dándole besos por el pecho y el vientre hasta llegar a la dulce perfección entre sus muslos—. O te lo puedo enseñar.

Salí repentinamente del recuerdo, con el corazón a mil por hora. Como todos mis recuerdos, era tan vívido que parecía que estuviera ocurriendo en ese momento. Excepto que no lo estaba, y lo único que tenía alrededor era vacío y aire helado.

Sentí una punzada en el pecho. Ahora recordaba por qué había retrasado el momento de revivir los buenos recuerdos: porque cada vez que volvía a la realidad, era como perder a Ava una y otra vez. Era un Prometeo destrozado, condenado a sufrir para toda la eternidad, salvo que en lugar de tener un águila devorándome el hígado, era mi corazón lo que se rompía constantemente.

Me quedé allí tirado hasta que las sombras se alargaron y la espalda empezó a dolerme por culpa del suelo de madera. Solo entonces me obligué a levantarme y a cojear hasta el coche.

La casa de al lado estaba silenciosa y oscura, igual que el tiempo. Había estado tan inmerso en la miseria que no me había dado cuenta de que se había desatado una tormenta. La lluvia caía con furia, y los rayos partían el cielo en dos, iluminando los árboles pelados del invierno y las grietas del asfalto.

No había en el cielo ni un solo atisbo de los rayos del sol.

Ava

Dos meses después

Bridget convenció a Rhys para no contarle a la casa real lo sucedido en Filadelfia. No sabía cómo, porque Rhys era muy estricto con las normas, incluso aunque decir la verdad le metiera en un lío a él mismo, ya que Bridget había sido secuestrada bajo su supervisión. Pero lo consiguió.

La prensa tampoco se enteró nunca de la verdadera historia, aparte del breve apunte sobre un «incendio accidental que acabó con la vida del antiguo director ejecutivo del Grupo Archer, Ivan Volkov». Era como si las peores seis horas de mi vida no hubieran sucedido.

Sospechaba que Alex había tenido algo que ver con el incendio y la falta de cobertura en los medios, pero intenté no pensar en él aquellos días.

Lo logré una o dos veces.

—He traído pastel. —Jules me extendió un *cupcake* de *red velvet*—. Tu favorito. —Su cara brillaba de esperanza mientras esperaba a que respondiera.

Mis amigas se esforzaban al máximo para estar animadas a mi alrededor, pero era consciente de sus cuchicheos y sus miradas de reojo: estaban preocupadas. Muy preocupadas. También Josh, que había dejado el programa de voluntariado y había vuelto a Hazelburg para darme «apoyo moral». Aterrizó unos días después del incidente en Filadelfia para pasar unas vacaciones tardías, y cuando se enteró de lo que había pasado, se volvió loco. Eso fue hacía casi dos meses.

Agradecía mucho el apoyo de mis amigas, pero necesitaba más tiempo. Y espacio. Tenían buena intención, pero no podía respirar con ellas

merodeando constantemente a mi alrededor.

—No quiero. —Hice un gesto para retirar el *cupcake* de mi vista. *Red velvet*. Como las galletas que le hice a Alex como regalo de bienvenida al barrio hacía tanto tiempo.

Ya no soportaba nada que fuera de *red velvet*.

—No has comido nada, y ya es casi la hora de merendar. —Por una vez, Stella no estaba pegada al teléfono. En lugar de eso, me miraba con una expresión llena de preocupación.

—No tengo hambre.

Jules, Bridget y Stella intercambiaron miradas. Me había mudado con Bridget porque ya no soportaba vivir al lado de Alex. Incluso aunque él se hubiera mudado poco después que yo, no podía mirar a la casa sin pensar en él, y cada vez que pensaba en él sentía que me ahogaba.

Sin remedio. Sin aliento. A la deriva.

—Falta poco para tu cumple. Deberíamos celebrarlo. —Bridget cambió de tema—. ¿Qué tal un día de *spa*? Te encantan los masajes. Yo invito.

Negué con la cabeza.

—¿O simplemente una noche de pelis? —sugirió Stella—. Pijamas, comida basura y pelis basura.

—Pelis que son tan malas que son casi buenas —añadió Jules.

—Vale. —No me apetecía celebrar nada, pero tampoco me apetecía discutir, y seguirían insistiendo hasta que aceptara algo—. Voy a echarme un rato.

No esperé a que me contestaran, empujé la silla y subí la escalera hasta mi cuarto. Eché el cerrojo y me tumbé en la cama, pero no podía dormir. Después de recuperar los recuerdos había dejado de tener tantas pesadillas, pero ahora tenía miedo de las horas en las que estaba despierta.

Me quedé tumbada en la oscuridad, escuchando la lluvia y mirando las sombras que bailaban en el techo. Los últimos dos meses habían pasado volando y al mismo tiempo parecía que nunca se iban a acabar, y cada día se fundía con el siguiente en un eterno lodazal de letargo. Todos los días me despertaba sorprendida de haber sobrevivido un día más. Entre las traiciones de Michael y las de Alex, se me había agotado la capacidad de llorar.

No había derramado una sola lágrima desde que volví de Filadelfia.

En la mesilla sonó una notificación de mi móvil avisando de un correo entrante. Lo ignoré. Probablemente era un cupón del diez por ciento en algo que no necesitaba.

Aunque tampoco es que pudiera dormirme, y el sonido se había quedado flotando en el aire.

Suspiré y agarré el teléfono, abriendo el nuevo correo con el mismo entusiasmo que un preso camino al corredor de la muerte. Era la guía completa de orientación del programa de la beca World Youth Photography, con el calendario de las clases y actividades de todo el curso, un listado de alojamientos recomendados y una pequeña guía de Nueva York.

En mayo me graduaría y me mudaría a Manhattan. Había sido mi sueño desde los trece años, pero ya no era capaz de reunir ni un poco de entusiasmo ante aquella idea. Nueva York estaba demasiado cerca de Washington para sentir alivio, y a decir verdad, llevaba semanas sin coger la cámara. Incluso había cancelado la sesión de compromiso con Elliott y su prometida porque no me creía capaz de estar a la altura. Fue una decepción para ellos, pero les puse en contacto con otro fotógrafo que los ayudaría. Mis clientes merecían algo más de lo que yo podía ofrecerles, porque en ese momento tenía cero inspiración ni motivación para hacer fotos.

Dentro de dos meses y medio iba a disfrutar de la beca más prestigiosa del mundo, y mi creatividad estaba más seca que el desierto de Kalahari. Otra cosa bonita más de mi vida echada a perder.

Dentro de mí se despertó una ira, salida de no se sabe dónde, que me sacó del estupor.

Esta debería ser la época más emocionante de mi vida. Era mi último año de carrera, y había obtenido la beca de mis sueños. En lugar de celebrarlo, estaba deprimida como... como una adolescente con el corazón roto. Y aunque en parte fuera así, ya estaba harta. Harta de dejar que hombres a los que les importaba una mierda tuvieran ese poder sobre mí. Harta de ser objeto de miradas de compasión y cuchicheos.

Tal vez en el pasado había sido esa persona, pero ya no.

La rabia y la indignación me corrían por las venas y me impulsaron a salir de la cama y rebuscar en los cajones hasta que encontré lo que estaba buscando. Me lo puse, lo cubrí con una sudadera y unos vaqueros y me enfundé unas botas en los pies. Bajé la escalera y vi a mis amigas apiñadas

en un corrillo en el salón. Rhys estaba en el rincón, con expresión hierática y vigilante.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó Bridget cuando vio cómo iba vestida—. Está diluviando.

—No, tengo paraguas.

—¿Adónde vas? —preguntó Stella—. Voy...

—Tranquila. Necesito hacer algo. Yo sola.

Frunció ligeramente el ceño.

—No creo que...

—En serio. —Suspiré profundamente—. Aprecio mucho todo lo que habéis hecho, chicas, pero necesito hacer esto por mí. No voy a hacerme daño ni a cometer ninguna locura. Tenéis que confiar en mí.

Se hizo un largo silencio que finalmente Jules rompió.

—Claro que confiamos en ti —dijo con suavidad—. Eres nuestra mejor amiga.

—Pero si nos necesitas, aquí estamos. —La mirada cálida y llena de empatía de Bridget me provocó un nudo de emoción en la garganta—. No tienes que hacerlo sola si no quieres.

—Nos puedes mandar un mensaje, una paloma mensajera, lo que sea —añadió Stella—. Mi buzón de Instagram a veces es una locura, pero también puedes escribirnos por ahí.

Me tragué el nudo de la garganta y dejé escapar una pequeña risa.

—Gracias. Volveré pronto. Lo prometo.

Cogí un paraguas de la entrada, sintiendo en la nuca el calor de las miradas de preocupación de mis amigas, y salí a la tormenta. Mis botas rechinaban por las aceras mojadas mientras caminaba hacia un edificio del campus al que no había entrado durante todos los años que había ido a Thayer. En primer lugar, porque me daba pereza, y en segundo lugar, porque tenía miedo de... un recinto concreto.

Deslicé mi carnet de estudiante en la entrada y miré el plano antes de retroceder en mi camino. Era un domingo lluvioso de marzo, así que no había mucha gente. La gente que había hecho propósitos de año nuevo y los que habían prometido hacer más ejercicio ya se habían rendido a esas alturas, y los asiduos al gimnasio debían de haberse tomado el día libre.

Empujé la puerta del recinto de la piscina y suspiré de alivio al ver que también estaba vacía. Era un espacio magnífico, con azulejos de un

turquesa pálido y una cristalera sobre el agua.

Me quité las botas y la ropa hasta quedarme en bañador.

El olor del cloro ya no me revolvía el estómago como antes. Me había acostumbrado a él después de las clases de natación con Al... Después de las clases de natación. Aun así, la piel se me erizó de inquietud al mirar las ondas en el agua turquesa, que parecían estirarse hasta el infinito en aquel recipiente de cemento de proporciones olímpicas.

Llevaba meses sin dar clase de natación. Creía que me acordaría de lo básico, pero ¿y si no me acordaba?

Sentí una presión en el pecho, y me costó más esfuerzo del debido llenarme los pulmones de aire.

Era peor cuando Al... Cuando estaba sola. Si me ahogaba, nadie me encontraría hasta mucho rato después. No había nadie que pudiera salvarme.

Pero ese era el sentido de este ejercicio, ¿no? Hacerlo sola.

«Respira, Ava. No te vas a ahogar. Sabes nadar.»

Abrí los ojos y di unos cuantos pasos temblorosos hasta el borde de la piscina. Parecía no tener fondo, aunque los marcadores indicaban que la profundidad máxima era de dos metros y medio.

Antes de perder el control, me detuve, intentando no estremecerme con el tacto del agua en los tobillos. Las rodillas. Los muslos. El pecho. Los hombros.

Vale. No estaba tan mal. Ya me había metido en una piscina decenas de veces. Podía hacerlo.

Pero no sola, me dijo la vocecilla de mi cabeza. «¿Qué te hace pensar que puedes hacerlo sola?»

—Cállate ya —espeté, con la voz reverberando por todo el recinto vacío.

Tomé aliento y después de rezar fugazmente, sumergí la cabeza en el agua. Me resistí ante el impulso de un ataque de pánico. «Estás bien, estás bien.» Aún estaba en el lado menos profundo de la piscina, podía sacar la cabeza en cualquier momento.

Cerré los ojos, y mi mente empezó a proyectar imágenes de todo lo sucedido en los últimos seis meses.

Josh diciéndome que se iba a Centroamérica. Yo tirada en medio de la nada bajo la tormenta. Alex (bueno, ya he dicho su nombre completo) yendo a buscarme. Alex mudándose a la casa de al lado. Alex...

Sentí que me iba a estallar la cabeza, y salí a tomar aire. Me permití un minuto de descanso antes de volver a sumergirme.

El cumpleaños de Alex. Nuestro primer beso. Nuestro fin de semana en el hotel. Acción de Gracias. Mi padre. Mi secuestro.

La dulce e ingenua Ava, tan ansiosa por reparar todo lo que está roto.

¿Ha sido real?

Una y otra vez. Metí y saqué la cabeza. Era la primera vez que me permitía pensar en Alex y en nuestro tiempo juntos desde lo de Filadelfia. Sentía como si mil cuchillas se me clavaran en el pecho al recordar su voz, su mirada, su tacto... Pero aún estaba ahí. Estaba viva. Y por una vez, el agua no parecía mi enemiga. Sino una amiga que se tragaba mis lágrimas y me limpiaba los restos del pasado.

No podía cambiar lo que me había ocurrido ni controlar lo que habían hecho otros, pero sí que podía controlar lo que hacía yo. Podía dar forma al futuro que quería tener.

Cuando me vi superada por aquella energía incansable, dejé de aguantar la respiración bajo el agua y empecé a nadar. No tenía intención de ganar ninguna medalla olímpica próximamente, pero era capaz de mover mi cuerpo de un extremo a otro de la piscina, lo cual era mucho más de lo que podía hacer justo un año atrás.

Durante toda mi vida, todos me habían tenido entre algodones. Josh. Mis amigas. Alex. O al menos, habían fingido preocuparse por mí. Les había dejado, porque era más fácil apoyarse en los demás que en una misma. Creía que era libre porque no estaba encerrada en ninguna jaula física, pero sí que estaba atrapada en mi propia mente, por los miedos que me habían asolado por el día y las pesadillas que me habían asolado por la noche. Escogí las opciones seguras porque no creía tener fuerza suficiente para nada más.

Pero había sobrevivido no a una ni a dos, sino a tres experiencias cercanas a la muerte. Me habían roto el corazón y lo habían pisoteado, pero aún podía respirar. Había sufrido pesadillas casi toda mi vida, y aun así encontré el valor para soñar.

Nadé hasta que me dolieron los pulmones.

Después de aquello, me quedé en la piscina un rato más, disfrutando de mi logro. Yo, nadando sola durante (miré el reloj) una hora entera sin sufrir un ataque de pánico. Más de una hora.

Miré hacia arriba con la primera sonrisa real que había mostrado en meses iluminándome la cara. Era pequeña, pero estaba ahí.

Pasito a pasito.

Sobre mí, la tormenta se había disuelto y las furiosas nubes grises dieron paso a un cielo azul. Y a través de la cúpula de cristal, vi con claridad los pálidos destellos del arcoíris.

Alex

Dos meses y medio después

—Tienes un aspecto horrible. —Ralph se sentó en la silla frente a mí y me examinó cuidadosamente—. ¿No has oído hablar del cuidado de la piel?

No aparté la vista de la pantalla.

—¡Carolina!

La puerta de mi despacho se abrió de pronto y mi secretaria asomó la cabeza.

—¿Sí, señor Volkov?

—¿Cómo cojones ha entrado este aquí? —Señalé a Ralph.

—Está en su lista de visitas que no necesitan concertar cita.

—Quítale de la lista.

—Sí, señor. —Carolina dudó—. ¿Quiere que...?

—Puedes retirarte.

Se esfumó en un segundo. No la culpaba. Había estado de un humor de perros durante meses, y ya sabía que era mejor apartarse de mi vista.

Ralph levantó las cejas.

—Alguien se ha levantado gruñón.

—¿No tienes un negocio que mantener? —Salí de la ventana de la hoja de cálculo que había estado mirando y me incliné hacia atrás, con el estómago retorcido de irritación. Hoy no tenía tiempo para tonterías. Casi no tenía tiempo ni para comer.

Desde que había asumido el cargo de director ejecutivo, las acciones de la empresa habían subido como la espuma. Probablemente porque trabajaba

sin parar, más de lo que nunca había trabajado. Apenas salía de mi despacho. El trabajo me mantenía ocupado, y la ocupación era buena.

—Ah, sobre eso... —Se frotó la nuca—. Quería decírtelo en persona.

—Sea lo que sea, dímelo rápido. Tengo una llamada con el vicepresidente en una hora. —Cogí el vaso de *whisky* y apuré todo el Macallan.

Sí, solo era mediodía. No, no me importaba una mierda.

—El vicepresidente de Estados... —Ralph agitó la cabeza—. Da igual, no quiero saberlo. Pero ya que me preguntas, te lo cuento. Me voy a jubilar y me voy a mudar a Vermont.

—Muy gracioso.

—No estoy de broma. Me voy a jubilar y me voy a mudar a Vermont —repitió.

Me quedé mirándolo. Ralph me sostuvo la mirada, tranquilo.

—Me estás vacilando.

Ralph era uno de esos tíos a los que imaginaba trabajando hasta el último día de su vida, simplemente porque amaba su trabajo. Estaba muy orgulloso de haber convertido la academia de krav magá en el mejor centro de entrenamiento de la ciudad, y no había dado ni una sola pista de querer jubilarse hasta ahora.

—No. Llevo un tiempo pensándolo. Me encanta la academia de krav magá, pero ya no soy ningún pollito, y Missy y yo hemos ahorrado bastante para la jubilación. Además, la parienta lleva mucho tiempo queriendo salir del país. —Ralph tamborileó en el escritorio con los dedos—. Ella se crio en Vermont. Siempre ha querido volver.

Necesitaba otra copa.

—¿Qué coño pintas tú en Vermont?

—Y yo qué sé. Supongo que encontraré algún pasatiempo. —Ralph me dirigió una sonrisa de medio lado antes de añadir—: Sé que es muy repentino, pero hasta ayer no tomé la decisión. Quería contártelo a ti primero. No se lo digas a los demás alumnos, pero... tú siempre has sido mi mosca cojonera favorita.

Eso era lo más cercano a una declaración de cariño que Ralph era capaz de expresar.

Me reí.

—Gracias. Entonces... —Lo examiné con los ojos entornados—. ¿Qué va a pasar con la academia?

—Mi sobrino se quedará con ella. Lo hará bien. —Ralph se rio al ver mi gesto—. Sé que no eres su mayor fan, pero lleva años gestionando las cosas a mi lado. Tiene lo que hay que tener.

—Ya veremos. —Tal vez su sobrino tenía lo que hay que tener, pero Ralph era Ralph—. ¿Cuándo te mudas?

—A finales de agosto. Para tener tiempo de ponerlo todo en orden, y además Vermont en otoño es bonito de narices. —Mi mentor relajó la expresión—. Puedes llamarme o venir de visita cuando quieras. Mi casa es tu casa.

—Vale. —Coloqué los papeles en el escritorio—. Comemos antes de que te vayas.

—Lo digo en serio, Alex. Y no me vengas con la monserga de «Soy un gilipollas y no me importa nadie». Sé que llevas un par de meses duros con lo de Ava...

—No. —Apreté la mandíbula—. No vamos a hablar de ella. Punto.

Ava había dejado de ir a las clases de krav magá en la academia, lo cual no me sorprendió, pero Ralph no había dejado de preguntarme por ella desde que se enteró de nuestra ruptura. No le di ningún detalle, simplemente le dije que no había funcionado.

Lo cual no le impidió seguir husmeando. Era un cabrón insistente.

—Nunca creí que fueras uno de esos que huye de los problemas —dijo.

—No huyo de nada.

—Entonces, ¿por qué tienes tan mal aspecto? Por no mencionar que llevas de mal humor desde enero. Sea lo que sea que hayas hecho...

—No-vamos-a-hablar-de-eso. —Me palpitó una vena de la sien. Por esto aborrecía la compañía humana. La gente no sabía cerrar la boca—. Y ahora, si me disculpas...

—¿Señor? —Carolina asomó la cabeza otra vez, con la cara pálida y no sin terror—. Eh..., tiene otra visita.

—Si no tiene cita, no quiero ver a nadie.

—En cuanto a eso, es...

—No te preocupes, yo me presento. —Una escultural rubia se coló en mi despacho como si fuera suyo. La vena de la sien me palpitó aún más fuerte

—. Princesa Bridget de Eldorra, vengo a ver a Alex Tonto, perdón, Alex Volkov. —Me dedicó una sonrisa cortés y amenazadora al mismo tiempo.

Estaba impresionado, por no decir molesto.

¿Cómo era tan difícil encontrar trabajadores competentes que no dejaran entrar a los intrusos en mi oficina estos días?

—Princesa. —Ralph agitó dos dedos en el aire.

—Ralphie —asintió ella.

¿Ralphie? Mejor no preguntar.

El matón que tenía Bridget por guardaespaldas se colocó detrás de ella con su mirada fulminante de siempre. Debía de ser la única persona del mundo con mejor cara de póker y peor humor que yo.

—Lo siento. —Carolina estaba a punto de sufrir un ataque de pánico—. La princesa...

—Déjalo. Yo me encargo. —Quedaban cuarenta minutos para mi llamada con el vicepresidente, y ya había perdido tiempo suficiente.

—Esa es mi señal. —Ralph se levantó—. Ya quedaremos para comer, que parece que antes tienes varios asuntos de los que ocuparte. —Señaló a Bridget con la cabeza sin quitarme la mirada—. Piensa en lo que te he dicho.

—Claro. —Prefería comer uñas roñosas antes que visitar Vermont. No me iba la vida rural.

Cuando la puerta se cerró detrás de Ralph y Carolina, me incliné en la silla y me entrelacé los dedos en el pecho.

—¿A qué debo el placer, alteza? —dije con expresión impávida, tratando de no pensar en la última vez que vi a Bridget: en el coche, llevándose a Ava lejos de mí.

Incluso aunque hubiera sido yo el que apartó a Ava, odiaba a Bridget por eso. Por haberle dado consuelo cuando yo no podía.

La rubia me miró por encima del hombro.

—Sé lo que has hecho.

—Tendrás que ser más concreta. He hecho muchas cosas en mi vida, como ya sabes.

—Déjate de gilipolleces. —Bridget se acercó a mi escritorio y se apoyó en él, presionando la mesa con las manos. Le brillaban los ojos de fría perspicacia—. Has contratado a un tío para que vigile a Ava.

Se me tensaron los hombros y me obligué a relajarlos.

—Las princesas no deberían decir «gilipolleces». No es nada diplomático.

—No te escaquees. Rhys... —Volvió la vista hacia el guardaespaldas, cuya mirada férrea se oscurecía cuanto más me miraba—. Rhys le pilló. Resulta que el mundo es un pañuelo y que sirvieron juntos en el ejército. De hecho, Rhys le salvó la vida, así que no costó mucho que él se fuera de la lengua. Ahora quiero que me expliques exactamente por qué le has contratado para que vigile a Ava. ¿Es que no has hecho suficiente?

Maldito cabrón. Ya entendía por qué el tío que había contratado ignoraba mis llamadas.

Medalla de honor de la Marina, mis cojones. La incompetencia y la deslealtad eran la mayor lacra del mundo.

—Tal vez deberías revisar los hechos, porque yo no he hecho eso —dije con frialdad—. ¿Igual estás delirando?

—No mientas, Alex. No eres tan bueno como te crees. —Bridget me atravesó con la mirada—. Nos ha dicho que le contrataste para que la siguiera. No para hacerle daño..., sino para protegerla.

Sentí en la base del cuello una presión familiar que se extendió por todo el cráneo con una punzada.

—¿Y le creíste? —Me alisé la manga de la camisa—. No dice mucho de un guardaespaldas que se crea cualquier mentira con tanta facilidad. Ya sé por qué te secuestraron.

Un leve gruñido salió de la garganta de Rhys. Dio un paso hacia mí, con expresión amenazadora, pero Bridget le lanzó una mirada de advertencia.

—Otra vez estás desviando la atención. —Se relajó, con la dureza transformada en algo más amable que hizo que se me erizara aún más el vello de la nuca. Deslizó la silla que había dejado libre Ralph y cruzó las piernas.

—No te he ofrecido asiento. —Me importaba una mierda que fuera una princesa. Ese era mi despacho. Mi reino.

Bridget me ignoró.

Ya había descolgado el teléfono para llamar a seguridad cuando dijo:

—Has contratado a alguien en secreto para que vigile a Ava porque todavía te importa.

¿Por qué coño todo el mundo quería hablar de ella? ¿Era el Día Nacional de Torturar a Alex con el Nombre de Ava?

Solté el auricular y me levanté. Ya había visto a bastante gente por hoy. El vicepresidente podría esperar un día más o una semana más para la llamada.

—No tengo tiempo para esto. Yo...

—Todavía te importa —repitió Bridget.

—Tómame una pastilla para las alucinaciones, princesa. Yo la usé. Conseguí lo que quise. Se acabó. Se acabó hace meses. —Me encogí de hombros—. Ahora vete a la mierda.

—Para alguien que suele mantener la compostura, estás muy inquieto —dijo—. Me preguntó por qué.

—¿Qué te parece ocuparte de tus propios asuntos? Y yo me ocuparé de los míos. —Miré a Rhys, que me devolvió la mirada con sus peligrosos ojos grises.

Bridget se puso tensa.

—¿Qué significa eso?

—Ya sabes lo que significa.

—Muy bien. Sigue negándolo. —Bridget se levantó, con la cara de un tono más pálido que antes—. Supongo que entonces no quieres saber lo de Ava.

—¿El qué de Ava? —se me escapó preguntar sin querer.

Mierda.

Bridget dejó asomar una pequeña sonrisa de triunfo. Entre ella y Jules, parecía que ser una «pesada de narices» era un requisito para ser amiga de Ava.

—No he dicho nada. Obviamente te da igual —dijo.

—Dímelo y ya está —solté.

—No, a menos que lo admitas.

Se me dispararon los niveles de presión. Estaba muy cerca de soltarle una patada a una princesa, si no fuera por su maldito guardaespaldas.

—No hay nada que admitir.

—Para ser un genio, estás espeso. —Bridget se las había ingeniado para mirarme por encima del hombro a pesar de que yo era más alto que ella—. No has contratado a alguien para que siga a Ava durante meses sin razón. Que quede claro que te detesto por lo que hiciste, y no quiero que te perdone. Pero la quiero más de lo que te odio a ti, y no ha sido la misma desde lo de Filadelfia. —Se le ensombreció la expresión—. No he dicho

nada al principio porque no te importaba, pero ahora que sé que te importa... No me insultes volviendo a negarlo —dijo cuando abrí la boca—. Puede que yo no tenga un cociente intelectual digno de Mensa, pero no soy tonta. Odio admitirlo, pero eres el único que podría abrirle los ojos. Yo lo he intentado, Jules y Stella también, Josh ha puesto todo su empeño... Pero no funciona.

Intenté no estremecerme al oír el nombre de Josh.

—Ava está bien. Está sana y cada vez saca mejores notas. Incluso está yendo a nadar sola.

No tenía sentido seguir fingiendo. Bridget me había desenmascarado todas las mentiras.

—Por fuera, Ava está bien —dijo—. Pero no por dentro. Está... No sé cómo explicarlo. Es como si le faltara la chispa que la hacía ser ella.

Sabía exactamente a qué se refería, porque yo había visto morir esa chispa justo delante de mí.

Dejé escapar un suspiro e intenté poner en orden mis pensamientos enmarañados. Normalmente estaban claros como el agua, colocados en un patrón perfecto para que pudiera analizarlos y desarrollar mis estrategias, pero apenas había dormido en los últimos meses, y llevaba casi veinticuatro horas sin comer. Estaba hecho un despojo.

Llevaba siendo un despojo desde que perdí a Ava.

—No sé si ella te perdonará por lo que hiciste —dijo Bridget—. O si quiero que te perdone. Pero no se trata de mí. Sino de ella. Imagínate cómo debió de sentirse al descubrir que su «padre» y su «novio» le habían mentado durante tanto tiempo, y descubrirlo prácticamente a la vez. Dice que ya lo ha superado, pero algo así no se «supera» tan fácilmente. —Me fulminó con la mirada—. Al menos dile lo que sientes. Ahora mismo no confía ni en sí misma, mucho menos en otras personas. Y una Ava que no confía ni cree en el amor... En fin, no es realmente Ava, ¿no?

El corazón se me hizo un nudo que me bloqueó el aire de los pulmones.

—No puedo.

—¿Por qué no? Ella te importa. Puede que... —Hizo una pausa, con la cara pensativa mientras me examinaba el gesto rígido y lleno de tensión—. Puede que incluso la quieras.

—Fuera.

—Eres un cobarde. Creía que no le tenías miedo a nada, pero te da miedo decirle lo que sientes de verdad...

—Porque está mejor sin mí, ¿vale? —exploté, y varios meses de emociones contenidas estallaron en una ola gigante de agua hirviendo.

Rhys dio un paso adelante, pero Bridget le hizo un gesto para que retrocediera, con la mirada repleta de fascinación. No la culpaba. Nunca había estallado así delante de nadie. Jamás.

Era extrañamente catártico.

—No podía protegerla. Acabó herida por mi culpa. Mi tío la secuestró por mi culpa. Y no pude impedirlo. —Apreté los labios, intentando calmar la respiración desbocada.

Cinco meses después, me seguía despertando en mitad de la noche, aterrado por que le hubiera pasado algo a Ava. Visualizaba todo lo que podría haberle ocurrido si las cosas no se hubieran desarrollado así en el despacho de mi tío. Por eso había contratado a un investigador privado, al mismo tiempo guardaespaldas; yo mismo no era capaz de cuidar de ella sin ponerla aún más en peligro, pero me mataría si la dejara indefensa o sola por ahí.

Por supuesto, iba a despedir al tío por no haber cerrado la boca, pero esto era Washington. Por todas partes había exmilitares y exmiembros del servicio secreto.

La expresión de Bridget se apaciguó.

—Le salvaste la vida.

—Yo fui el que la metió en esa situación desde el principio —dije con amargura—. La gente que me rodea siempre acaba sufriendo por mi culpa —señalé con el brazo a la oficina— y no puedo garantizar su seguridad. —Me pasé la mano por el pelo con frustración, agradecido de que mi despacho estuviera insonorizado y rodeado de cristal tintado. Lo último que me faltaba era que mis empleados me vieran perder los nervios.

—No hay nada seguro en esta vida, pero tú eres Alex Volkov. Tu tío te pilló con la guardia bajada porque era tu tío, pero ahora que está fuera del mapa, ¿crees que hay alguien más que quiera hacerte daño? —Bridget negó con la cabeza—. Si así lo crees, puede que sí sea mejor que te alejes de Ava. Como he dicho, odio lo que le hiciste, pero también creo que la quieres... Y que eres demasiado cabezota o estúpido para darte cuenta...

—Tengo un cociente intelectual de 160 —me defendí.

—La inteligencia intelectual no equivale a inteligencia emocional —replicó—. Y no interrumpas a una princesa. Es muy poco protocolario. Como decía, eres demasiado cabezota o estúpido para darte cuenta, y ahora ya es tarde.

Hice una pausa, intentando asimilar sus palabras. El terror se apoderó de mi estómago.

—Explícate.

Bridget y Rhys intercambiaron una mirada antes de que me respondiera con cautela:

—Ava se muda a Londres. Ha cambiado el destino de su beca. Su avión sale dentro de... —miró el reloj— una hora.

Londres. Otra ciudad, otro país, otro continente. Estaría a miles de kilómetros de mí.

Put. Mierda.

El terror se convirtió en pánico.

—Dime la información de su vuelo —rugí.

—No la sé.

Quería estrangularla. Me daba igual que Rhys fuera armado y estuviera más que dispuesto a placarme si me pasaba de la raya.

—Te juro por Dios, Bridget...

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó—. Tampoco es que vayas a ir detrás de ella. Has dicho que...

—¡Porque la quiero! —Le di un golpe a la mesa con las manos—. ¿Estás contenta? La quiero tanto que prefiero renunciar a ella antes que hacerle daño. Pero si crees que voy a dejarla irse a otro país sola, sin protección, estás flipando. Y ahora dame la información de su puto vuelo.

Bridget me la dio, con una chispa de triunfo en los ojos.

Estaba convencido de que me recordaría esto siempre, pero me daba igual. Solo me importaba llegar al aeropuerto en menos de una hora, o mierda, en menos de cincuenta y seis minutos. Luego me ocuparía de todo lo demás: la protección de Ava, mis enemigos. Solo necesitaba verla. Abrazarla.

Pasé como un rayo al lado de Bridget y Rhys y me tiré al ascensor, ignorando el sobresalto de Carolina.

—Cancela mi llamada con el vicepresidente, dile que lo siento y que me ha surgido una emergencia de última hora. Y resérvame un billete para

Europa que salga en las próximas tres horas —le pedí mientras pasaba a su lado. —Aeropuerto Dulles.

—¿Quiere que cancele la...?

—Hazlo.

—Sí, señor. —Carolina se puso en acción, tecleando con los dedos en el teclado—. ¿A qué ciudad quiere...?

—Me da igual. Solo hazlo.

—Ahora mismo, señor.

Solo quería el billete para pasar por el control de seguridad.

En un día normal se tardaba media hora en llegar al aeropuerto, pero por supuesto, hoy tenían que ponerse en marcha todas las obras de Washington. La carretera estaba llena de controles policiales y carriles cortados, además de un montón de conductores empeñados en ganar el Premio al Conductor Más Lento del Mundo.

—Quítate del medio —le grité al Lexus delante de mí. Dios, ¿es que nadie sabe conducir en esta ciudad?

Me salté unas mil normas de circulación, pero llegué al aeropuerto en treinta y cinco minutos. Aparqué, pasé el control de seguridad (por suerte Carolina me había hecho la facturación *online*) y ya estaba dentro, corriendo a la terminal en busca de la puerta de embarque de Ava.

Me sentí como el mayor cliché del mundo. Corriendo por el aeropuerto intentando que la mujer que amaba me diera otra oportunidad... Qué original. Pero con tal de llegar a tiempo de ver a Ava, lo haría hasta en horario de máxima audiencia.

Ava y yo llevábamos meses sin hablar, pero había un hilo que nos mantenía unidos a pesar de lo ocurrido en Filadelfia. Algo me decía que si subía a ese avión, eso cambiaría. Nosotros, o lo que quedaba de nosotros, cambiaríamos. Y eso me aterraba.

Aunque detrás del miedo había un destello de orgullo. La chica que tenía miedo del agua hace un año, que soñaba con viajar por el mundo, pero que pensaba que nunca sería capaz de hacerlo, iba a coger un vuelo transoceánico por primera vez. Iba a volar sobre el mar. Se enfrentaría a sus miedos. Siempre supe que era capaz de hacerlo, y que no necesitaba que ni yo ni nadie la cogiéramos de la mano.

Me pregunté si otras personas tenían sentimientos como estos todos los días. Si era así, casi me daban lástima. Era un puto horror.

Esquivé a una madre con un carrito y a un grupo muy lento de estudiantes con camisetas feísimas de color verde fosforito. Las puertas de embarque pasaron a toda velocidad unas tras otras hasta que llegué a la que estaba buscando.

El estómago me dio un vuelco cuando vi la sala de espera vacía y la puerta de acceso cerrada.

—El vuelo 298 ¿ha salido? —pregunté a la empleada detrás del mostrador.

—Sí, me temo que el avión ha despegado hace unos minutos, señor —dijo en tono de disculpa—. Si quiere reservar otro vuelo...

Dejé de escucharla, con el corazón latiendo desesperada y solitariamente dentro del pecho.

El avión se había ido.

Ava se había ido.

Ava

Me encantaba Londres.

Me encantaba su energía, los acentos sofisticados, la expectación por cruzarme con alguien de la familia real en cualquier momento. No me los crucé, pero podría habérmelos cruzado, aunque le juré a Bridget que ella era mi miembro de la realeza favorito. Y sobre todo me encantaba empezar de cero. Allí nadie me conocía. Podía ser quien quisiera, y enseguida recuperé la llama creativa que había perdido en aquellas semanas oscuras después de Filadelfia.

Mudarme a una ciudad donde no conocía a nadie me había puesto nerviosa, pero el resto de los alumnos del programa World Youth Photography y los profesores eran geniales. A las dos semanas de vivir en Londres e ir a los talleres, ya tenía un pequeño grupo de amigos. Aprovechábamos la hora feliz de los bares, hacíamos sesiones de fotos juntos los fines de semana y actividades de turistas, como montarnos en el London Eye o navegar por el Támesis en un barquito.

Echaba de menos a mis amigas y a Josh, pero hacíamos videollamadas a menudo, y Bridget prometió venir a visitarme cuando fuera a Eldorra en verano. Además, estaba muy ocupada con todos los talleres y actividades, y emocionada por descubrir una ciudad nueva. No tenía tiempo para estar en mi propia cabeza, gracias a Dios.

Llevaba muchos meses metida dentro de mi cabeza, y no era el mejor lugar para pasar el tiempo. Necesitaba cambiar de aires.

También necesitaba mandarle una cesta de agradecimiento a la alumna inglesa que había accedido a intercambiar me el puesto; ella fue a Nueva

York y yo a Londres. Era la única forma de que la organización me permitiera cambiar la ubicación tan tarde, pero funcionó.

—¿Estás segura de que no puedes venir? —preguntó Jack, un fotógrafo de vida salvaje australiano que también estaba en el programa de ese año—. Hoy hay copas a mitad de precio en El Jabalí Negro.

El Jabalí Negro, situado a pocos minutos del edificio de World Youth Photography, era uno de los *pubs* favoritos de los alumnos.

Negué con la cabeza y sonreí a modo de disculpa.

—Otra vez será. Tengo que editar unas fotos.

Quería asegurarme de que el resultado final era de primera, porque no eran para ningún taller normal, sino para el de Diane Lange. La mismísima Diane Lange. Casi me da un infarto cuando la conocí en persona. Era todo lo que había imaginado que era, y más. Era inteligente, incisiva y talentosa hasta decir basta. Dura pero justa. Cada poro de ella irradiaba pasión por el arte, y me di cuenta de que se preocupaba por nosotros. Quería que llegáramos lejos y fuéramos los mejores. En una industria despiadada llena de puñaladas traperas y zancadillas a los demás, su empeño por ayudarnos a perfeccionar nuestro arte sin espacio para el ego decía mucho de su carácter.

—Lo entiendo —dijo Jack—. Pues nos vemos mañana.

—Hasta luego. —Le dije adiós con la mano y rebusqué en el bolso para sacar los cascos mientras bajaba la escalera. Era lo malo de llevar un bolso tan grande: nunca encontraba nada más pequeño que un portátil.

Atrapé los finos cables blancos con los dedos cuando sentí un cálido cosquilleo en el cuello. Una descarga eléctrica que no había sentido en meses.

No.

Tenía miedo de mirar, pero me pudo la curiosidad. Se me aceleró el pulso mientras levantaba la mirada. Un poco más... Un poco más... Y allí estaba, a menos de un metro, con camisa y pantalón negro, con aspecto de un dios recién bajado del cielo dispuesto a desatar el caos en mi todavía frágil corazón.

Juraría que el pobre había dejado de latir.

No le había visto en persona desde lo de Filadelfia, y la imagen fue demasiado. Demasiado vívida, demasiado abrumadora, demasiado bella y espantosa. Esos ojos, esa cara, la forma en la que me acerqué a él por puro instinto antes de darme cuenta...

Me faltaba el oxígeno. El pecho me empezó a doler como cuando me sumergía debajo del agua. Sentía que se avecinaba un ataque de pánico, y sentí la necesidad de irme antes de colapsar allí mismo en medio de la acera, pero no podía mover los pies.

Es una alucinación. Tiene que serlo.

Era la única explicación que tenía sentido. ¿Por qué si no Alex iba a aparecer en Londres delante del edificio donde estudiaba después de medio año de silencio?

Me froté los ojos cerrados, conté hasta diez y los volví a abrir.

Seguía ahí. En Londres. Delante de mí.

El pánico se agudizó.

—Hola —dijo con suavidad.

Me estremecí al oír su voz. Si mirarlo era como un puñetazo en el estómago, escucharlo era como ser arrollada por un camión.

—No puedes estar aquí. —Era estúpido decir eso, porque estábamos en la vía pública y no podía prohibirle venir a Londres, pero, ay, ojalá hubiera podido. Ya estaba ahogándome en él, y no habían pasado ni cinco minutos—. ¿Qué haces aquí?

Alex se metió las manos en los bolsillos y tragó saliva. Los ojos le brillaban de incertidumbre mientras buscaban en mí algo que todavía no estaba preparada para darle. Desde que lo conocía, nunca lo había visto tan nervioso.

—He venido por ti.

—Ya no me necesitas. —Casi no me oía a mí misma por encima del sonido de mis latidos. Me arrepentí de haberme comprado un sándwich de falafel para comer, que ahora amenazaba con reaparecer dramáticamente—. Ya tuviste tu venganza, y a mí no me interesa el juego al que estés intentando jugar. Así que... Déjame-en-paz.

Hizo una mueca de dolor.

—Esto no es un juego, te lo prometo. Solo soy yo, pidiéndote... No, perdón, ahora mismo no. Pero espero que algún día no me odies y podamos tener una segunda oportunidad. —Volvió a tragar saliva—. Siempre te necesitaré, Rayito.

Rayito. La palabra me partió en dos, me arrancó la costra de las heridas hasta que empecé a sangrar otra vez.

«Deja de llamarme Rayito.»

«¿Por qué?»

«Porque no me llamo así.»

«Ya lo sé. Es un mote.»

—Tus promesas ya no significan nada para mí. —Me crucé de brazos, muerta de frío a pesar de que el sol brillaba con fuerza en el cielo—. Incluso si lo hicieran, llegan seis meses tarde.

Aquellos meses había estado viviendo a menos de media hora de la casa de Alex, pero no se acercó ni una vez. ¿Y ahora aparecía en otro país pidiendo una segunda oportunidad? Increíble.

Casi tan increíble como la pequeña y ridícula parte de mí que deseaba darle esa segunda oportunidad.

«Sé fuerte.» Había sobrevivido a varios intentos de asesinato. Había superado la hidrofobia. Era capaz hablar con el hombre que me había roto el corazón sin derrumbarme.

Eso esperaba.

—Ya lo sé. —Alex suspiró, tembloroso, con el ceño fruncido. Parecía menos arreglado que de costumbre, con el pelo despeinado y sombras púrpuras debajo de los ojos. Me pregunté si habría estado durmiendo, y al momento me arrepentí de preocuparme por eso. Sus hábitos de sueño ya no eran asunto mío—. Creía que te estaba protegiendo. Que estabas mejor sin mí. Después de lo que pasó con mi tío, no podía arriesgarme a volver a hacerte daño por estar cerca de mí. Pero nunca te dejé sola. Tuve a alguien echándote un ojo...

—Espera. —Levanté la mano—. ¿Has ordenado que alguien me siguiera?

—Para protegerte.

No podía creerlo.

—¿Cómo es posible? Es... ¡es una locura! ¿Cuánto tiempo...? Oh, Dios. —Abrí los ojos como platos—. ¿También tienes a alguien siguiéndome en Londres?

Me miró imperturbable.

—No puede ser verdad —suspiré—. Eres un verdadero psicópata. ¿Dónde está? —Miré alrededor con espanto. No vi a nadie sospechoso, pero la gente más peligrosa es aquella que aparenta todo lo contrario—. Despídelo. Ahora mismo.

—Ya lo he hecho.

Entorné los ojos. Era demasiado fácil.

—¿En serio?

—Sí, porque voy a ocuparme yo de sus funciones. Por eso me ha llevado tanto tiempo. He tenido que... gestionar mi ausencia en Washington. —Alex hizo una mueca al ver mi expresión—. Me verás mucho más de aquí en adelante.

—Y una mierda. —La idea de verlo todos los días me provocó una descarga de pánico—. Voy a pedir una orden de alejamiento contra ti. Te detendrán por acoso.

—Puedes intentarlo, pero no te garantizo que mis amigos del Gobierno británico te la concedan. —Se le oscureció la expresión—. Y si crees que te voy a dejar sola y desprotegida en cualquier sitio, es que no me conoces.

—No te conozco. No tengo ni idea de quién eres. Solo conozco a la persona que me has mostrado, y era una ilusión. Una fantasía. —La congoja se me agarró a la garganta—. Aquel día te pregunté si había sido real. Me miraste a los ojos y me dijiste que era una lección para el futuro. Pues que sepas que he aprendido la lección.

Alex se estremeció.

—Fue real —dijo con la voz ronca—. Todo.

Negué con la cabeza, el pecho me ardía tanto que me costaba respirar.

—Me he dado cuenta de que eres tan poderoso que no puedo impedir que hagas lo que quieras, pero pierdes el tiempo si crees que voy a caer en tus mentiras otra vez.

—No son mentiras. Rayito...

—¡Que no me llames así! —No pude detener el torrente de lágrimas que me inundó los ojos. Lo había hecho muy bien, pero cada segundo al lado de Alex dinamitaba la muralla que había construido alrededor de mi corazón, hasta dejarlo otra vez desnudo y vulnerable—. Has arruinado todo lo que creía que era bello. Los rayos del sol. El amor. Incluso la puta tarta *red velvet*, porque me recuerda a ti. Y cuando pienso en ti... —Se me escapó un lamento de la garganta—. Pienso en cada momento bonito que hemos vivido y que ahora está contaminado por el hecho de que me estabas usando todo el tiempo. Pienso en lo estúpida que fui por enamorarme de ti y cómo debiste de reírte cuando te dije que te quería. Y pienso en todas las veces que me dijiste que era demasiado ingenua, pero te ignoré porque creía que el mundo era un buen lugar por naturaleza. Pues enhorabuena. —Me limpié

las lágrimas de las mejillas, pero resbalaban demasiado rápido como para que sirviera de algo. Gracias a Dios, la mayoría de mis compañeros ya se habían ido y la acera estaba vacía—. Esa fue la única verdad que dijiste. Sí que era demasiado ingenua, y el mundo no es el lugar que creía. Es cruel y es feroz y no hay sitio para los corazones frágiles.

—Rayi... Ava, no. —Alex me alcanzó, pero retrocedí instintivamente. Me miró lleno de dolor. Apretó el puño, se lo metió en el bolsillo y se le tensaron los tendones del cuello. Me pareció que le temblaban los hombros al hablar. —Eso era lo que creía porque no conocía otra cosa, pero tú me mostraste que sí que hay belleza en el mundo. La veo cada vez que te miro, o veo tu sonrisa, o te oigo reír. Siempre ves lo mejor de las personas y eso es una fortaleza, no una debilidad. No dejes que nadie, y menos yo, te quite eso. —Clavó su mirada, llena de fuego en la mía, llena de dolor—. Una vez me dijiste que había algo bonito esperándome, algo que me haría recuperar mi fe en la vida. Y lo he encontrado. Eres tú.

Quería sumergirme en sus palabras hasta que se convirtieran en mi realidad, pero ya me había quemado una vez. ¿Quién sabía lo que podía pasarme ahora?

—No dejas de hablar de protegerme —dije—. Pero me has hecho más daño que nadie en toda mi vida, incluso más que Michael. Aun cuando sabía que eras un cabrón, confié en ti para que me contaras la verdad, y resultaste ser el mayor mentiroso de todos. Por favor... —Tomé aire profundamente, incapaz de mirarlo de lo mucho que me dolía—. Déjame en paz.

Alex jadeaba como si no pudiera llenarse los pulmones de aire.

—No puedo hacer eso, cariño. Esperaré lo que haga falta, pero nunca estaré bien en un mundo en el que estás sola.

—¿Quién dice que estaré sola? Quizás encuentre a otra persona.

Los ojos se le oscurecieron con un furioso tono de esmeralda, y tensó los hombros aún más. En algún lugar, sonó un trueno. No me había dado cuenta de que había cambiado el tiempo y el sol se había transformado en un cielo gris plomizo, pero no me habría sorprendido que Alex hubiera tenido el poder de controlarlo con sus emociones.

—Y una mierda —rugió—. Mataré a cualquier hombre que se atreva a tocarte.

—No tienes derecho —mascullé—. No te pertenezco.

Le tembló el músculo de la mandíbula.

—Ahí te equivocas. La he cagado. Masivamente. Pero algún día me ganaré tu perdón, y eres mía. Siempre. No importa cuánto tiempo o distancia nos separe.

«Pero ¿sabes lo que significa que yo te lo haga? Significa que eres mía.»
Expulsé el recuerdo no deseado.

—No voy a discutir más contigo. —Iba a ser imposible concentrarme esa noche para editar, pero al menos me podía ir a casa a llorar hasta quedarme dormida como una idiota patética. Viva yo—. Puedes perder el tiempo que quieras en Londres, que no servirá para nada. Hemos terminado.

Me alejé caminando antes de que Alex pudiera responder. Decidido, me siguió, y cada uno de sus pasos se correspondía con dos míos. Mierda. ¿Por qué no podía ser alta como Bridget o Stella?

Agaché la cabeza y apreté el paso, intentando ignorar al hombre detrás de mí mientras las gotas de lluvia me mojaban la cara y el pelo.

—Ava, por favor.

Me apreté el bolso contra el pecho, usándolo de armadura mientras caminaba por la acera.

—Al menos déjame llevarte a casa —suplicó Alex—. No es seguro que camines en la oscuridad.

Llevaba dos semanas caminando hasta casa y no había tenido ningún problema. No vivía en el mejor barrio, pero tampoco era una zona de guerra. Solo tenía que mirar bien por dónde iba. Además, tenía el spray de pimienta y había retomado las clases de defensa personal en el gimnasio de artes marciales del barrio.

Aunque no le dije nada de eso a Alex.

—Hace frío y está lloviendo y vas con vestido. —Daba igual lo rápido que caminara, que no me lo quitaba de encima—. Cariño, por favor, vas a enfermar. —Se le quebró la voz en la última palabra.

Apreté los dientes tan fuerte que me hice daño en la mandíbula. Mantuve la cabeza gacha, desesperada por alcanzar la seguridad de mi piso. Al final, Alex dejó de hablar y simplemente caminó a mi lado, una presencia amenazadora que hacía que todo el mundo me esquivara.

Después de lo que pareció una eternidad, llegamos a mi casa. No lo miré mientras rebuscaba la llave en el bolso y la metía en la cerradura. El agua me resbalaba por la cara, no pude distinguir si de la lluvia o de las lágrimas.

Alex no me siguió hasta el interior del edificio, pero noté el calor de su mirada mientras me deslizaba dentro.

«No mires. No mires.»

Había llegado a la mitad de la escalera cuando caí. El cristal de la puerta dejaba ver toda la acera, y aunque yo ya estaba dentro, Alex permaneció fuera, calado hasta los huesos. Tenía la camiseta pegada al torso y el pelo a la frente, de un castaño que se había vuelto casi negro debido a la lluvia. Alzó la vista hasta que nuestras miradas se encontraron a través del cristal y vi su expresión de angustia y determinación a partes iguales.

A pesar de que nos separaba el cemento, el metal y casi cuatro metros de distancia, emitía un impulso magnético que casi me convenció para volver a abrir la puerta y refugiarme del frío.

Casi.

Me obligué a darme la vuelta y a subir corriendo el resto de la escalera del edificio antes de que mi frágil y estúpido corazón me volviera a meter en un lío. Incluso después de quitarme la ropa y meterme en la ducha temblando, sus susurros me seguían acariciando los oídos, incitándome a rendirme.

«Dile que entre. Fuera hace frío y está oscuro... ¿Y si se pone malo? ¿Y si le atracan? ¿O le hacen daño?»

—No le pasará nada —dije en voz alta, frotándome la piel con tanta fuerza que se me puso roja—. A Alex Volkov no le hacían daño. Él hacía daño.

Volví a recordar su triste figura de pie bajo la lluvia y me tambaleé antes de seguir frotando aún más fuerte. Yo no le había obligado a seguirme o a quedarse ahí. Si pillaba un resfriado o... una hipotermia, era cosa suya.

Cerré el grifo con las manos temblorosas.

Pasé las siguientes dos horas comiendo ramen instantáneo e intentando editar las fotos, pero al final me rendí. No lograba concentrarme y me dolían los ojos de tanto llorar. Solo quería fingir que esta tarde no había sucedido.

Me metí en la cama, resistiendo el impulso de mirar por la ventana. Habían pasado horas. Seguramente Alex ya no estaba ahí fuera.

Ava

Alex se aferró a su promesa-amenaza de venir todos los días. Todos. Ahí estaba por la mañana, cuando me iba a clase, normalmente con un café de vainilla y un bizcocho de arándanos, mis favoritos. Ahí estaba para acompañarme andando a casa después de los talleres. Otras veces, especialmente si yo estaba con gente o me iba a explorar la ciudad los fines de semana, intentaba llamar menos la atención, pero ahí estaba también. Sentía su presencia aunque no pudiera verlo.

Nunca creí que Alex Volkov se convirtiera en mi acosador, pero a eso habíamos llegado.

Además, todos los días llegaban regalos. Toneladas.

Al final de la primera semana, mi apartamento parecía un jardín interior. Doné todo a un hospital cercano: rosas de todos los colores, orquídeas púrpuras y lilas blancas, alegres girasoles y delicadas peonías.

Al final de la segunda semana, tenía tantas joyas como para poner celosa a la duquesa de Cambridge, al menos hasta que las empeñé. El dinero que me dieron por la pila de pendientes de diamantes, pulseras de zafiros y colgantes de rubíes hizo que se me saltaran las lágrimas, pero doné la mayor parte a varias ONG y ahorré el resto para mis gastos. Londres no era barato y la beca tampoco era demasiado generosa.

Al final de la tercera semana, los bombones, las cestas de regalos y los postres caseros me llegaban hasta la rodilla.

No me gustaban especialmente las joyas o las flores, por lo que esos regalos me habían dado igual. Eran las cosas pequeñas las que me llegaban al corazón: *cupcakes red velvet* donde ponía «Lo siento», una cámara *vintage* japonesa muy rara que llevaba años buscando, pero que nunca la

había encontrado a la venta, la foto enmarcada de Alex conmigo en el Festival de Otoño. No me había dado cuenta de que se había quedado una copia.

«¿Para qué quiero poner fotos?»

«Por los recuerdos. ¿Para recordar a gente y momentos?»

«No necesito fotos para eso.»

Al final de la cuarta semana, me debatía entre tirarme de los pelos de la frustración o derrumbarme como un castillo de arena en marea alta.

—Tenemos que hablar —le dije el viernes por la tarde al salir del taller de técnicas de iluminación. Alex estaba apoyado en una farola delante del edificio, insoportablemente atractivo con vaqueros y una camiseta blanca. Llevaba gafas de aviador, pero la intensidad de su mirada las atravesó y se me clavó en la carne.

Un grupo de colegialas se quedaron mirándolo al pasar, entre risas y cuchicheos.

—Está buenísimo —dijo una de ellas cuando creía que ya no se la oía.

Spoiler: Se la oía.

Ojalá hubiera salido corriendo detrás de ella para darle un consejo no solicitado de hermana mayor. «No te enamores de tíos que tengan pinta de romperte el corazón, porque, con toda probabilidad, te lo romperán.»

—Claro —dijo Alex, sin inmutarse ante la atención de las chicas. Seguramente estaba acostumbrado. Mientras me seguía por Londres, las mujeres lo seguían a él hasta que parecía que estábamos bailando la conga entre todos—. Podemos hablar después de cenar.

Esbozó una media sonrisa cuando lo fulminé con la mirada.

—Ni se te ocurra. —Miré alrededor y vi un pequeño hueco bajando la calle. No era un callejón, pero ofrecía suficiente privacidad. No quería que mis compañeros lo vieran y me hicieran más preguntas. Muchos ya habían visto cómo Alex me esperaba todos los días y habían asumido erróneamente que era mi novio—. Vamos allí.

Me dirigí al hueco y esperé hasta que nos metimos los dos dentro para volver a hablar.

—Tienes que parar ya.

Alex levantó una ceja.

—¿Parar...?

—Los regalos. La espera. Los juegos. No van a funcionar. —Mentira. Estaban a punto de funcionar, y por eso estaba tan inquieta. Como continuara así, no sabía cuánto tiempo más iba a poder resistir.

Se le borró la sonrisa.

—Ya te lo dije, no estoy jugando. Si quieres que pare con los regalos, pararé. Pero no dejaré de esperarte.

—¿Por qué? —Me estaba desesperando—. Podrías tener a la mujer que quisieras. ¿Por qué sigues aquí?

—Porque ninguna eres tú. No... —Alex tragó saliva y recuperó la expresión de nerviosismo—. No quería admitirlo, ni siquiera a mí mismo, pero...

—No. —Mi corazón empezó a galopar. Sabía lo que iba a decir, y no estaba ni medio preparada para oírlo—. No lo digas.

—Ava, te quiero. —Parpadeó de emoción y sentí una punzada en el pecho hasta que creí que me iba a estallar—. Cuando me dijiste que me querías, no te respondí porque no pensaba que mereciera tu amor. No conocías aún la verdad sobre mi plan, y no creí que... Joder. —Se frotó la nuca, extrañamente aturdido—. No era así como había planeado decirlo —murmuró—. Pero es cierto. Y puede que no te merezca, pero pienso trabajar hasta merecerte.

—No me quieres. —Negué con la cabeza y los ojos se me llenaron de lágrimas. Había llorado tanto en las últimas semanas que lo odiaba, pero no pude evitarlo—. Ni siquiera sabes lo que es el amor. Nos mentiste y nos usaste a mí y a Josh durante ocho años. Ocho años. Eso no es amor. Es manipulación. Es de enfermo.

—Empezó así, pero Josh se convirtió en mi mejor amigo de verdad, y me enamoré de ti de verdad. —Alex dejó escapar una risa breve—. ¿Crees que quería que ocurriera? No. Me trastocaron todos los planes. Durante años retrasé el plan de acabar con Michael por ti y por Josh.

—Muy generoso por tu parte —dijo con sarcasmo.

Apretó la mandíbula.

—Nunca quise ser el príncipe encantador, y mi amor no es propio de ningún cuento de hadas. Soy una persona jodida con principios jodidos. No te escribiré poemas ni te cantaré una serenata bajo la luna. Pero tú eres la única mujer para la que tengo ojos. Tus enemigos son mis enemigos, tus amigos son mis amigos, y si tú quieres le prenderé fuego al mundo por ti.

Se me rompió el corazón en dos. Estaba deseando creerle, pero...

—Aunque fuera verdad, no se trata de amor. Se trata de confianza, y ya no confío en ti. Has demostrado ser un maestro del juego a largo plazo. ¿Y si esto es otro juego? ¿Y si un día, dentro de diez años, me despierto y me rompes el corazón otra vez? No sobreviviré a una segunda vez.

Si me hubiera roto el corazón otra persona, tal vez. Pero no Alex. Se me había clavado no solo en el corazón, sino también en el alma, y si lo volvía a perder por cualquier motivo, no lo superaría.

—Ava. —La voz de Alex se quebró. Tenía los ojos rojos, y habría jurado que estaba a punto de llorar. Pero era Alex. Él no lloraba. No era capaz—. Mi amor, por favor. Dime qué debo hacer. Haré lo que sea.

—No sé si hay algo que puedas hacer —susurré—. Lo siento.

—Pues entonces lo intentaré todo hasta que encontremos algo —dijo con expresión férrea y el tono resolutivo.

Alex no se rendiría hasta conseguir lo que quería. No estaba en su naturaleza. Pero si yo me rendía ante él, como quería mi corazón, pero como mi mente me gritaba que no hiciera, ¿cómo podría vivir conmigo misma? Una relación sin confianza se construía sobre un terreno de arena, y después de una eternidad a la deriva, yo necesitaba cimientos sólidos.

—Vuelve a Washington, Alex —dije, exhausta. Mental, física y emocionalmente—. Tienes una empresa que dirigir. —Mientras decía las palabras, se me encogió el estómago ante la idea de que nos volviera a separar un océano.

Estaba hecha un lío. No tenía ni de lo que quería, mis pensamientos iban demasiado rápido como para detenerme en ninguno de ellos, y...

—Dimití como director ejecutivo hace un mes.

Me sacó de mi ensoñación.

—¿Qué? —Era la persona más ambiciosa que conocía, y llevaba en el cargo de director ejecutivo menos de un año.

¿Por qué no me había enterado de eso? Bueno, tampoco es que leyera las noticias financieras y, además, había evitado cualquier información sobre Alex.

Alex se encogió de hombros.

—No podía ocupar ese cargo mientras pasaba el tiempo contigo en Londres, así que dimití —dijo como si fuera lo más lógico, como si no hubiera tirado por tierra el trabajo de una vida por un capricho. Excepto que

Alex no hacía nada por capricho. Siempre meditaba todos los movimientos, y este último no tenía ningún sentido. A menos que...

—¿Y qué pasa con el dinero y los gastos? —Me di cuenta de lo estúpida que era esa pregunta al segundo de hacerla.

—Tengo suficiente en acciones, inversiones y ahorros para el resto de mi vida. He trabajado porque quería hacerlo. Pero ahora quiero hacer otra cosa.

Tragué saliva, con el pulso disparado.

—¿El qué?

—Reconquistarte. Da igual el tiempo que tarde.

Ava

El programa de la beca terminó con una gran exposición a la que asistió toda la gente influyente del mundo artístico de Londres. La exposición se realizó en Shoreditch, y cada alumno tenía su propia sección en la galería.

Era emocionante, estresante y completamente surrealista.

Me quedé mirando mi parcelita de paraíso y a la gente que pasaba por delante, vestidos de punta en blanco y examinando cada obra con lo que esperaba que fueran miradas de admiración.

Había mejorado a grandes pasos como fotógrafa en el último curso, y aunque aún me quedaba mucho por aprender, estaba muy orgullosa de mi trabajo. Me especialicé en retratos de viaje como Diane Lange, pero con mi toque personal. Por mucho que la admirara, no quería ser ella; quería ser yo misma, con mi propia visión y mis propias ideas.

La mayoría de fotos las había tomado en Londres, pero lo bueno de Europa era la facilidad para viajar a otros países. Los fines de semana tomaba el tren Eurostar a París o hacía excursiones a la campiña inglesa. Incluso volé a países vecinos como Irlanda u Holanda y no me dio ningún ataque de pánico en el avión.

Mi obra favorita era un retrato de dos hombres jugando al ajedrez en un parque de París. Uno tenía la cabeza inclinada y reía con un cigarro en la mano mientras el otro examinaba el tablero con el ceño fruncido. Las emociones de ambos se salían de la foto, y nunca nada me había hecho sentir más orgullosa.

—¿Cómo te sientes? —Diane se acercó a mí. Su cabello pálido le llegaba a los hombros, y sus gafas de pasta iban a juego con su chaqueta y sus pantalones negros. Había sido la mejor mentora que habría podido

imaginar durante el programa, y ahora la consideraba una amiga y un ejemplo a seguir.

Yo, amiga de Diane Lange.

Surrealista.

—Me siento... Todo a la vez —admití—. Aunque te advierto que igual vomito.

Inclinó la cabeza para reírse, con un gesto parecido al hombre de la foto. Era una de mis cosas favoritas de Diane. Ya fuera alegría, tristeza o miedo, expresaba sus emociones sin reservas. Se mostraba ante el mundo con la confianza de alguien que se negaba a esconderse para no hacer sentir incómodos a los demás, y por eso brillaba con fuerza.

—Es normal —dijo, con los ojos chispeantes—. De hecho yo vomité en mi primera exposición. Le poté encima a un camarero y a un asistente que resultó ser uno de los mayores coleccionistas de arte de París. Me quería morir, pero se lo tomó bien. Al final de la noche me compró dos obras.

Me mordí el labio inferior. Esa era otra. Todas las fotos de los alumnos estaban a la venta. En mi grupo competían para ver quién vendía más y para demostrar quién era «el mejor», pero yo me conformaba con vender una.

Y saber que a alguien, a quien fuera, le gustaba mi trabajo tanto como para pagar por él, hacía que el estómago me diera saltitos de alegría.

—Espero que se me dé igual de bien —dije, porque todavía no había vendido nada.

A Diane le chispearon aún más los ojos.

—Ya se te ha dado. Y mejor, incluso.

Ladeé la cabeza, muy confusa.

—Alguien ha comprado todas tus obras. Todas y cada una.

Casi me atraganto con el champán.

—¿Que qué? —La exposición solo llevaba una hora. ¿Cómo era posible?

—Parece que tienes un admirador. —Me guiñó el ojo—. No te sorprendas tanto. Tu trabajo es bueno. Muy bueno.

Me daba igual lo bueno que fuera mi trabajo; era una desconocida. Una novata. Las novatas no venden toda su colección tan rápido, a menos que...

El corazón me dio un salto, aunque no estaba segura de si era de emoción o de alerta.

Miré frenéticamente por toda la galería, buscando un cabello negro y unos ojos verdes.

Nada.

Pero estaba allí. Él era mi comprador secreto. Lo sentía en mi interior.

Alex y yo habíamos desarrollado una nueva... Bueno, no estaba segura de si llamarlo amistad, pero era algo más de lo que teníamos cuando llegó a Londres un año antes. Me seguía esperando en la puerta de casa todas las mañanas y me acompañaba de vuelta todas las tardes. A veces hablábamos, a veces no. Me ayudaba a practicar los movimientos de autodefensa, me montó la mesa del comedor después de que se me rompiera la anterior y me hacía de asistente en algunas sesiones de fotos. Había costado mucho llegar hasta ese punto, pero habíamos llegado.

Lo estaba intentando. Mucho más que intentar. Y mientras recuperaba una pizca de confianza en él, todavía algo me impedía perdonarle del todo. Era consciente del daño que le hacía cada vez que lo apartaba de mí, pero las heridas de su traición y la de Michael, aunque estaban sanando, habían sido muy profundas, y si todavía me costaba confiar en mí misma, mucho más en los demás.

Josh, que se había graduado en Medicina el mes anterior, había venido de visita varias veces en las que le pedí a Alex que se mantuviera fuera de nuestra vista. Josh seguía furioso con Alex, y no me apetecía verlos pelearse a puñetazos en medio de Londres. Jules, Bridget y Stella también me habían visitado. No les había contado lo de Alex, pero me daba la impresión de que Bridget se olía algo, porque no paraba de mirarme con un destello de complicidad.

El eco del micrófono sonó en el aire, y la gente guardó silencio. La directora del programa subió al escenario y dio las gracias a todos por asistir, dijo que esperaba que se lo estuvieran pasando bien, bla, bla, bla. Dejé de escucharla, a pesar de mis esfuerzos por prestar atención.

¿Dónde estaba?

Alex no era de los que se escondían en las sombras a menos que no quisiera que lo vieran, pero no se me ocurría ningún motivo para que no quisiera ser descubierto esa noche.

—... una actuación especial. ¡Por favor, un fuerte aplauso para Alex Volkov!

Era indignante. Había algo... Espera, ¿qué?

Me estalló la cabeza y se me cayó la mandíbula al suelo.

Ahí estaba. Con un esmoquin negro, expresión estoica, el pelo brillante bajo los focos. Había casi doscientas personas en la sala, pero su mirada encontró la mía inmediatamente.

Se me aceleró el pulso de expectación.

¿Qué estaba haciendo en el escenario?

Recibí la respuesta al minuto siguiente.

—Sé que esto ha sido una sorpresa, ya que no había programada ninguna actuación en directo esta noche —dijo Alex—. Y quien me conozca sabe que no soy famoso por patrocinar las artes, ni por mis dotes como cantante. —Entre la multitud hubo risas y miradas cómplices. Alex esperó a que se disiparan las risas antes de continuar, con la mirada clavada en mí—. Ya sea música, fotografía, cine o pintura, las artes reflejan el mundo que nos rodea, y del que por demasiado tiempo, yo solo vi el lado oscuro. Los puntos débiles, las verdades incómodas. Las fotografías me recordaban que había momentos que no perduraban en el tiempo. Las canciones, que las palabras tienen el poder de partirte en dos el corazón. ¿Por qué, entonces, me iba a importar el arte si era tan terrible y destructivo? —Era una declaración muy valiente para hacer delante de todo el mundo artístico de Londres, pero nadie dijo nada. Todos contenían la respiración. Alex nos tenía a todos hechizados con el poder de sus palabras—. Entonces alguien entró en mi vida y tiró por tierra todo lo que creía que sabía. Ella era todo lo que yo no era: ingenua, optimista, de corazón puro. Me mostró que la belleza del mundo existía, y a través de ella descubrí el poder de la fe. De la alegría. Del amor. Pero tengo miedo de haberla corrompido con mis mentiras, y espero, con todo mi corazón, que algún día descubra el camino para salir de la oscuridad y regresar a la luz.

La sala se quedó en un silencio abrumador cuando Alex terminó de hablar. El corazón me bombeaba con tanta fuerza que lo sentía en la garganta. En el estómago. En los dedos de los pies. Lo sentía en cada centímetro de mi cuerpo.

Después volvió a abrir la boca, y el corazón se me paró. Porque la voz que salía de él y llenaba la sala era lo más bonito que había oído en mi vida.

No era solo yo, sino que todos se quedaron mirando a Alex completamente embelesados, y estaba convencida de que muchas mujeres estaban a punto de desmayarse.

Me presioné la boca con el puño mientras me sumergía en la letra de la canción. Era una canción de amor y desamor. De traición y redención. De perdón y de arrepentimiento. Cada palabra me partió en dos, igual que el propio hecho de que Alex estuviera cantándola. Por mucho que en el pasado le hubiera intentado persuadir o suplicar, era lo único que siempre se había negado a hacer.

Hasta ahora.

Entendía por qué se negaba. Alex no solo cantaba, sino que cantaba muy bien. Con emoción, con belleza, con tanta crudeza que me quedé sin aliento. Desnudaba su alma con cada nota, y para un hombre con el alma dañada irrevocablemente, la idea de hacer algo así en público debía de ser inconcebible.

Cuando Alex terminó se produjo una estruendosa ovación. Su mirada permaneció unida a la mía durante unos segundos más antes de salir del escenario, y la multitud comenzó a cuchichear con emoción.

Mis pies se movieron antes de poder pensar, pero solo pude dar dos pasos antes de que Diane me interceptara.

—Ava, antes de que te vayas, quiero que conozcas a alguien —dijo—. Ha venido el editor de *World Geographic*, y siempre está buscando jóvenes fotógrafos con talento.

—Eh..., vale. —Miré alrededor, pero no vi a Alex por ninguna parte.

—¿Va todo bien? Pareces distraída. —Diane me miró con preocupación—. Llevas todo el año hablando de *World Geographic*. Pensaba que te haría ilusión.

—Sí. Estoy bien. Perdona, solo estoy un poco abrumada. —Normalmente me habría vuelto loca por conocer al editor de *World Geographic*, una revista de viajes y cultura famosa por sus impresionantes fotografías y reportajes, pero en ese momento solo podía pensar en Alex.

—Ha sido una pedazo de actuación, ¿no? —Diana me condujo con una sonrisa hasta un hombre mayor con el pelo canoso y una espesa barba. Laurent Boucher. Lo reconocí inmediatamente—. Si me hubiera pillado con veinte años menos...

Forcé una risa débil.

—Aunque no creo que me hubiera ido muy bien con él. Por lo que parecía, solo tenía ojos para ti. —Me guiñó un ojo.

Me puse como un tomate y murmuré una respuesta incoherente antes de llegar hasta Laurent.

—Diane, me alegro de verte. —La profunda voz de Laurent retumbó con un encantador acento francés mientras la besaba—. Estás guapísima, como siempre.

—Y tú sigues hecho un galán. —Diane me señaló con la cabeza—. Laurent, quiero que conozcas a Ava. Es la alumna de la que te he hablado.

—Ah, claro. —Laurent volvió sus ojos negros hacia mí—. He estado hablando con Diane de tu exposición. Tienes mucho talento; todavía eres joven y tal vez podrías perfeccionar un poquito la técnica, pero tienes un potencial extraordinario.

—Gracias, señor. —Entre la actuación de Alex y los cumplidos del mismísimo Laurent Boucher, la noche estaba siendo surrealista.

—Por favor, llámame Laurent.

Charlamos durante quince minutos más, en los que Diane se disculpó para irse a hablar con el director del programa. Al final de la conversación, Laurent me dio su tarjeta y me dijo que contactara con él si quería trabajar como *freelance* para un puesto júnior en *World Geographic*. Eh, sí. La oportunidad casi me hace dar un salto de alegría, pero no pude evitar un suspiro de alivio cuando Laurent se distrajo con otra persona.

Le di las gracias y busqué a Alex, pero una vez más fui interceptada por un grupo de alumnos que se habían enterado de que había vendido toda mi colección y querían saber a quién. Les dije que no lo sabía, lo cual técnicamente era verdad.

Durante toda la noche siguió pasando lo mismo. Terminaba una conversación y me atrapaban en otra. Estaba muy agradecida a todos los que querían conocerme y felicitarme, pero, joder, la única persona con quien quería hablar era Alex.

Cuando acabó la velada aún no lo había visto ni una sola vez desde la actuación. Me dolían los pies y también las mejillas de tanto sonreír, y me rugía el estómago por no haber cenado. En los eventos nunca podía comer debido a los nervios.

Los invitados se fueron marchando hasta que yo fui la única que quedó junto con un puñado de personas, incluyendo al servicio de limpieza.

No podía creer que Alex se hubiera ido sin decirme nada después de haber hecho eso, pero no cabía duda: allí no estaba.

—Hola, Ava.

Levanté la mirada, pero enseguida me llevé una decepción al ver quién me había hablado.

—Hola, Jack. —Sonreí otra vez—. Creía que te habías ido.

—No. Me he quedado rezagado, como tú. —Le brillaron los ojos azules—. ¿Quieres ir a picar algo? No he podido comer nada en toda la noche de los nervios —explicó.

—Yo igual.

—¿Tú, nerviosa? Venga, si has vendido toda la colección. ¡Es increíble! Lo nunca visto en toda la historia de World Youth Photography. —Jack me abrazó—. Deberíamos celebrarlo. ¿Con una cena en condiciones y unas copas? No tiene que ser esta noche si estás muy cansada —añadió.

Parpadeé, intentando averiguar si le había entendido bien.

—¿Me estás... pidiendo salir?

Jack se había convertido en un buen amigo en el último año, y me gustaba quedar con él. Tampoco era nada feo, tenía una media melena rubia, acento australiano y piel de surfista. Pero cuando lo miraba, mi estómago no daba ningún vuelco ni se me aceleraba el pulso.

Jack se ruborizó.

—Sí. —Esbozó una sonrisa tímida—. Llevo un tiempo queriendo pedírtelo, pero no quería incomodarte durante el curso. Pero ahora que se ha acabado, he pensado, ¿por qué no? Eres guapa, divertida, tienes talento y nos llevamos bien. —Hizo una pausa—. Creo.

—Sí. —Le puse una mano en el hombro—. Eres uno de mis mejores amigos aquí, y me alegro mucho de haberte conocido. Eres un tío genial...

—Oooh. —Jack hizo una mueca—. Creo que eso no es muy bueno en este contexto.

Me reí.

—No, créeme, es muy bueno. Eres muy mono y también tienes mucho talento, y cualquier chica que salga contigo tendrá mucha suerte.

—Percibo que va a venir un pero —dijo con sorna.

—Pero...

—Pero está ocupada —interrumpió una voz aterciopelada—. Desde esta noche en adelante.

Me di la vuelta con el pulso acelerado y vi a Alex a menos de dos metros. Su mirada se clavó en mi mano, que todavía seguía en contacto con

el brazo de Jack. La retiré, pero era demasiado tarde. En el aire casi se podía saborear el peligro.

El hombre que había desnudado su alma en el escenario había desaparecido, y en su lugar estaba el ejecutivo despiadado que no dudaría en destrozarse a cualquier enemigo hasta hacerlo polvo.

—Tú eres el tío que ha actuado antes y que siempre espera a Ava a la salida del programa. —Jack entornó los ojos—. Perdona, ¿quién eres exactamente?

—El que te va a arrancar las tripas y estrangularte con ellas como no le quites las manos de encima —dijo Alex con tono calmado.

Solo en ese momento me di cuenta de que Jack todavía tenía la mano sobre mi espalda de cuando nos habíamos abrazado antes.

—Eres un psicópata. —Jack me apretó más fuerte y de pronto temí por su vida—. Voy a llamar a seguridad...

—No, no pasa nada. Lo conozco —solté antes de que Jack se metiera en más líos—. Es... propenso a la hipérbole. —Di un paso atrás para liberarme de su mano—. Tengo que hablar con él, pero luego nos vemos, ¿vale?

Me lanzó una mirada de incredulidad.

—Ava, es...

—Estaré bien —dije con decisión—. Te lo prometo. Es un viejo conocido de Washington.

Alex emanaba desagrado en oleadas. Su mirada me atravesó con la intensidad de un láser, pero lo ignoré todo lo que pude.

—Vale —recluyó Jack—. Escríbeme cuando llegues a casa. —Me dio un beso en la mejilla y sonó un rugido.

Jack se estremeció y lanzó otra mirada de recelo a Alex antes de irse.

Esperé hasta que estaba muy lejos para oírnos antes de fulminar a Alex con la mirada yo también.

—Ni se te ocurra.

—¿Ni se me ocurra qué?

—Hacerle algo a Jack. O contratar a alguien para que se lo haga —añadí, porque siempre había que cubrirse las espaldas con Alex. Era el rey de los vacíos legales.

—No sabía que te importaba tanto —dijo Alex con frialdad.

Apreté los dientes.

—¿Cómo es posible que seas la misma persona que estaba cantando hace un rato? Uno es un gilipollas, el otro es...

—¿Es qué? —Alex se acercó a mí y se me secó la boca de pronto—. ¿Es qué, Ava?

—Ya lo sabes.

—No lo sé.

Dejé escapar un suspiro.

—Has cantado. En público.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué hago lo que hago últimamente? —Me acarició la mejilla con los dedos, y me recorrieron mil escalofríos de placer—. Yo... —Hizo una pausa y dijo con cuidado—: No soy el mejor expresando mis emociones. Por eso nunca me ha gustado cantar. Es todo emoción, y me siento muy vulnerable. No lo soporto. Pero como dije, estoy dispuesto a hacer todo para merecerte otra vez, y va en serio, igual que iba en serio todo lo que he dicho en la canción. La canción era para ti. Pero ya me estoy quedando sin ideas, cariño. —Alex me rozó la mandíbula con el pulgar y me dedicó una sonrisa triste—. ¿Sabes que es la primera vez que me dejas tocarte en más de un año?

Abrí la boca para discutir, porque no podía creer que fuera verdad... Pero lo era. Me vino a la cabeza un torrente de imágenes mías retrocediendo o volviendo la cabeza cada vez que Alex se había acercado a mí en los últimos doce meses. No porque no quisiera que me tocara, sino porque no confiaba en que no fuera a derrumbarme si se acercaba tanto. Nunca me dijo nada, pero había reconocido el dolor en sus ojos.

—Te he estado buscando antes —dije, con la barbilla temblorosa—. No te encontraba. Has desaparecido.

—Es tu gran noche. No quería quitarte eso.

—Creía que te habías ido. —No sabía por qué, pero empecé a llorar. Las lágrimas me corrían por las mejillas y mis sollozos retumbaban por toda la galería. Me moría de vergüenza, pero al menos estábamos solos. En alguna parte del edificio tenía que haber alguien porque si no, nos habrían echado, pero no estaban allí.

—Nunca te dejaría. —Alex me atrajo a su pecho y me sumergí en su abrazo por primera vez en lo que parecía una eternidad. Era como volver a

casa después de un largo viaje en solitario en el extranjero. Me había olvidado de lo segura que me sentía entre sus brazos, como si nada ni nadie pudiera hacerme daño. Que me sintiera así después de lo que había hecho decía mucho.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó de pronto.

Enterré la cara en su pecho y negué con la cabeza. Olía a calor y a especias, era tan familiar que me dio una punzada el corazón.

Lo echaba de menos. Le echaba de menos a él. Aunque había visto a Alex todos los días en el último año, no era lo mismo que tocarlo y estar con él de verdad.

—¿Me echas de menos, cariño? —preguntó con suavidad.

Asentí, con la cara aún enterrada en su pecho.

Todo aquel tiempo había tenido miedo de dejarle entrar de nuevo, en parte porque no confiaba en él, y sobre todo porque no confiaba en mí. Después de que dos personas a las que quería me hubieran mentido durante tanto tiempo, había empezado a pensar que mi corazón era mi enemigo, no mi amigo. ¿Cómo podía confiar en mis instintos si en el pasado me habían llevado por tan mal camino?

Pero cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de que no me había equivocado. Había creído que Michael era mi verdadero padre y que me había salvado la vida, pero siempre me había sentido incómoda a su lado. Nunca había creado una conexión como la que cualquier hija debería tener con su padre. Creía que era él quien estaba incómodo a mi lado, y aunque eso fuera en parte verdad, sobre todo había sido mi sexto sentido, que me estaba advirtiendo de no acercarme demasiado a él.

En cuanto a Alex, nos había engañado a Josh y a mí. Pero en lo más profundo de mi corazón le creía cuando decía que nuestra relación y sus sentimientos habían sido reales.

¿Había alguna probabilidad de que me equivocara, y que esto fuera también un retorcido juego a largo plazo? Sí, aunque no sabía qué más podría querer de mí. Había puesto a Michael en el punto de mira basándose en información falsa, y aunque no hubiera sido así, Michael ya estaba fuera del mapa: le habían declarado culpable de múltiples delitos, de intento de asesinato y fraude corporativo, y pasaría el resto de su vida en prisión.

Pero prefería dar un salto de fe antes que pasarme el resto de mi vida viviendo con el miedo de que algo pudiera pasar. Estaba harta de dejar que

mis miedos se apoderasen de mí, ya fuera con el agua, con el amor o con cualquier otra cosa.

La única manera de vivir la vida era viviéndola. Sin miedos, sin arrepentimientos.

Alex me separó de él, pero mantuvo el brazo alrededor de mi cintura. Me levantó la barbilla y nuestras miradas se juntaron.

—¿Quieres que me quede?

No estaba hablando de la galería, y los dos lo sabíamos.

Tragué saliva y volví a asentir.

—Sí —susurré.

La palabra no había salido de mi boca cuando Alex me atrajo hacia él y hundió sus labios en los míos. No fue un beso pausado y dulce. Fue feroz y desesperado y todo lo que necesitaba. Una descarga de alivio lo sacudió debajo de las palmas de mis manos, que me hizo darme cuenta de lo tenso que había estado hasta ese momento.

—Sabes que ahora no habrá manera de que te libres de mí —me advirtió, agarrándome con fuerza de las manos.

—No iba a permitirlo, de cualquier forma.

Se le escapó una risa.

—Así me gusta.

Su boca se fundió con la mía una vez más y me perdí tanto en su beso, su olor, su tacto, que no me di cuenta de que nos habíamos movido hasta que toqué la espalda con la pared.

—¿Alex?

—¿Mmm? —Atrapó mi labio inferior con los dientes antes de meter la punta de la lengua. Me recorrió una descarga eléctrica por todo el cuerpo, de la cabeza a los pies.

—No me vuelvas a romper el corazón.

Alex relajó la expresión.

—No lo haré. Confía en mí, cariño.

—Confío en ti. —Era verdad. Esa noche había visto al Alex de verdad, despojado de todas sus máscaras, y confiaba en él con todo mi corazón.

Me dedicó una sonrisa auténtica, de las que podrían desatar una explosión nuclear y destruir a toda la población del planeta en un instante.

—Por cierto... —Me ruboricé—. Echo de menos que me llames Rayito.

A Alex le brillaron los ojos.

—¿Sí? —Me subió la falda centímetro a centímetro, hasta que sentí el aire en la parte alta de los muslos y en el culo—. ¿Y qué más echas de menos? —Me metió la mano en las bragas ya empapadas y rozó el punto más sensible entre mis piernas—. ¿Echas de menos esto?

Se me escapó un gemido.

—Sí.

—¿Y esto? —Presionó su cuerpo contra el mío hasta que sentí su erección como una roca contra el muslo. El calor me chisporroteaba en las venas. Llevaba un año y medio sin acostarme con nadie, y mi frustración sexual era un volcán a punto de estallar.

—Sí, por favor —gemí.

—Le he dicho a todos los empleados que se fueran antes de venir a verte. Estamos solos, Rayito. —Su aliento me hizo cosquillas mientras arrastraba la boca por mi cuello hasta llegar a la base de mi garganta, donde mi latido bombeaba con fuerza—. Te voy a follar contra esta pared hasta que no te acuerdes ni de tu propio nombre, pero antes de eso... —Me agarró de la garganta, con la voz convertida en un suave rugido. Di un pequeño espasmo en respuesta—. Dime quién es el rubio gilipollas que te ha pedido salir. ¿Has dejado que te toque, Rayito? ¿Has dejado que toque lo que es mío?

Negué con la cabeza, casi jadeando de excitación.

Alex me agarró más fuerte.

—¿Estás intentando protegerlo?

—No —gemí—. Lo juro. No le veo de esa forma.

Ahugué un grito cuando me dio la vuelta y presioné la mejilla contra la pared. El cemento me heló la piel templada, y los pezones se me pusieron duros.

Alex me arrancó la falda y me retiró las bragas con la mano libre.

—No vuelvas a pensar en él nunca más —dijo con la voz ronca. Escuché cómo se desabrochaba el cinturón y se bajaba la cremallera de los pantalones—. Yo soy el único hombre en tu mente. En tu boca. En tu pequeño coñito. ¿Entiendes?

—¡Sí! —Estaba delirando de lujuria hasta tal punto que habría dicho que sí a cualquier cosa.

—Dime a quién perteneces. —Deslizó la polla entre mis pliegues y estuve a punto de sentir un pequeño orgasmo con esa acción tan simple.

—Te pertenezco a ti.

Alex tomó aire y fue el único aviso que recibí antes de que me penetrara. Me tapó la boca con la mano, amortiguando mis gritos, pero estaba tan extasiada que apenas me di cuenta. Solo podía centrarme en la sensación de su polla embistiéndome y en el placer invadiéndome en oleadas.

Las fotos enmarcadas de la exposición temblaban contra la pared a cada empujón, y me pareció escuchar cómo alguna se caía al suelo. Estaba a punto de correrme cuando Alex me dio la vuelta otra vez para mirarnos el uno al otro. Tenía la piel sonrojada del esfuerzo y los ojos oscuros de excitación.

Era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Me dio un beso intenso y desafiante. Yo me rendí sin oponer resistencia, dejando que entrara en cada parte de mí: mi corazón, mi alma, mi vida.

¿Y sabéis qué?

Alex y yo encajábamos a la perfección.

Epílogo

Ava

—Te he dado una paliza.

—No me has dado ninguna paliza —gruñó Ralph—. Has tenido suerte en el último golpe.

—No pasa nada. —Alex se ajustó las mangas de la camisa, con los ojos brillando de una mezcla de triunfo y diversión—. Todos los alumnos superan a sus maestros en algún momento.

—Chaval, como no dejes de decir chorradas te arranco la cabeza. —A pesar del tono agresivo, Ralph sonreía.

—¿Qué he dicho de discutir en la mesa? —La mujer de Ralph, Missy, alzó las cejas—. Dejad de reñir y tengamos la fiesta en paz.

Se me escapó una sonrisa cuando Alex y Ralph cuchichearon algo en voz baja y obedecieron.

—¿Qué ha sido eso? —Alzó la ceja un poco más.

—Nada —dijeron a coro.

—Tienes que enseñarme —le susurré a Missy cuando los chicos se pusieron a comer el pollo asado con puré de patatas—. ¿Cómo lo haces?

Se rio.

—Cuando llevas más de treinta años casada aprendes unas cuantas cosas. Además... —Le brillaron los ojos de malicia—. Por la manera en que te mira Alex, no creo que tengas problema para meterle en vereda.

Alex se volvió mientras yo lo miraba. Me guiñó el ojo y me dirigió una sonrisa pícara que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Sabía lo que significaba esa sonrisa.

Me puse roja y fingí estar fascinada con mi plato mientras la risa suave de Alex rodaba por la mesa.

Missy no se perdió ni un detalle.

—Oh, quién fuera joven para seguir así de enamorado —suspiró—. Ralph y yo nos casamos con veintipocos años. Y he disfrutado de cada minuto, salvo cuando deja la ropa sucia por todas partes o cuando se niega a ir al médico, pero no hay nada como la pasión de la juventud. Todo es tan nuevo y fresco. Y qué aguante, ¡guau! —presumió—. Éramos como conejos, así lo digo.

Mis mejillas ya iban por un color parecido al de la salsa de arándanos de la mesa.

Adoraba a Missy. La había conocido una semana antes, cuando Alex y yo llegamos a la granja que tenía con Ralph en Vermont para pasar las vacaciones de Acción de Gracias, pero inmediatamente me quedé deslumbrada con ella. Era amable, cariñosa y campechana, cocinaba una tarta de calabaza increíble y tenía debilidad por las anécdotas picantes.

Esa mañana, sin venir a cuento, me había preguntado si alguna vez había hecho un trío (cosa que no había hecho) y por poco escupo el zumo de naranja por toda la mesa de madera.

—No pretendía avergonzarte. —Missy me pasó la mano por el brazo, pero mantuvo la chispa de picardía en la mirada—. Es que estoy tan contenta de que Alex tenga novia. Lo conozco desde hace un montón de años y nunca le había visto mirar a nadie como te mira a ti. Siempre he dicho que solo necesitaba encontrar a la mujer adecuada para abrirse. Estaba más cerrado que un corsé victoriano.

Me incliné hacia ella y le dije en un susurro:

—A decir verdad, creo que no ha cambiado mucho.

—Sabes que te oigo perfectamente, ¿no? —dijo Alex.

—Muy bien. Tenía miedo de estar a un volumen muy bajo.

Entornó los ojos mientras Missy se reía. Incluso Ralph se rio mientras yo sonreía con descaro.

—Rayito, tu volumen nunca ha sido un problema —dijo Alex con suavidad.

El puré de patatas se me fue por el otro lado y lo acabé escupiendo en un torrente de toses. La risa de Missy se convirtió en un ataque. El pobre Ralph se puso rojo como un tomate, murmuró algo sobre ir al baño y desapareció.

Una vez controlé la tos, le lancé una mirada fulminante a Alex, que seguía imperturbable.

—Me refiero al volumen de tu voz en las conversaciones, claro. —Se llevó la copa de vino a los labios—. ¿A qué creías que me refería?

—Tengo la impresión de que no vas a escuchar mi voz en las conversaciones durante un tiempcito —resoplé.

—Ya lo veremos. —Sonaba insoportablemente engreído.

—Os dejo solos, tortolitos, y voy a buscar a Ralph —dijo Missy—. El pobre es un león en la cama, pero un gatito cada vez que alguien habla de sexo en público, directa o indirectamente.

Era un dato que podría habernos ahorrado.

Cuando se fue, miré a Alex.

—¿Has visto lo que has hecho? Has echado a nuestros anfitriones de su propia cena.

—Ah, ¿sí? —Se encogió de hombros con elegancia—. A lo mejor también aprovechan la situación. Ven aquí, Rayito.

—Me parece que no.

—No era una petición.

—No soy un perro. —Le di un sorbo desafiante al vaso de agua.

—Como no te sientes en mi regazo en los próximos cinco segundos —dijo Alex con calma— te tumbo en la mesa, te arranco la falda y te follo tan duro que a Ralph le dará un ataque al corazón al oír tus gritos.

El cabrón estaba tan loco que era capaz de hacerlo. Y yo debía de estar loca también, porque se me mojaron las bragas al oírle y lo único que podía pensar era justamente con lo que me estaba amenazando.

Alex me miró con ojos ardientes mientras yo echaba la silla para atrás, caminaba hasta él y me sentaba en su regazo.

—Buena chica —murmuró, rodeándome la cintura con el brazo y apretándome contra su pecho. Su excitación presionaba contra mi culo, y se me secó la boca—. No era tan difícil, ¿a que no?

—Te odio. —Si no hubiera dicho las palabras entre jadeos habría sido más convincente.

—El odio es otra manera de llamar al amor. —Me metió la mano por dentro del jersey y me tocó un pecho mientras me llenaba el cuello de besos.

—No creo que eso sea así... —dije, entre risas y gemidos. Dios, sus manos eran mágicas.

Eché un vistazo rápido a la puerta del comedor. Missy y Ralph no habían vuelto... todavía. Pero la posibilidad de que nos pillaran hacía que todo fuera mucho más sexi. Estaba tan mojada que tenía miedo de dejar un charco en el pantalón de Alex al levantarme.

—¿No? Ah, vale. —Alex me mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Pero se parecen. —Me cogió de la barbilla con la mano libre para que lo mirara—. ¿Te lo has pasado bien esta semana?

—Sí. Ha sido la mejor celebración de Acción de Gracias en mucho tiempo —dije con suavidad.

Me sentía culpable porque aunque todas mis cenas de Acción de Gracias con Michael estaban contaminadas, el año anterior la había pasado con Josh. Fue a Londres y nos pusimos hasta arriba de comida (del restaurante, porque no sabíamos cocinar un pavo) mientras veíamos series inglesas. Pero ahí no estaba segura de mis sentimientos por Alex y Josh estaba muy cabreado con su mejor amigo.

Y todavía lo estaba.

Cuando se enteró de que Alex y yo habíamos vuelto, se volvió loco. Me retiró la palabra durante semanas, e incluso ahora nuestras conversaciones eran muy tensas. Josh se había quedado en Washington para hacer la residencia, así que seguíamos viviendo en la misma ciudad, pero se negó a quedar conmigo si iba con Alex. Había ignorado todos los intentos de Alex y míos de arreglar las cosas. Le había invitado a celebrar Acción de Gracias con nosotros, pero como era de esperar, había declinado la invitación.

—Me habría gustado que Josh hubiera venido —admití. Echaba de menos a mi hermano.

—Y a mí. Pero ya entrará en razón. —A pesar de la seguridad de sus palabras, tenía el ceño ligeramente fruncido. No lo dijo, pero sabía que también echaba de menos a Josh. Habían sido como hermanos.

Por desgracia, Josh era terco como una mula. Cuanto más lo presionabas, más resistencia ofrecía. Lo único que podíamos hacer era darle tiempo y esperar.

—Seguro que sí —suspiré, y rodeé el cuello de Alex con los brazos—. Si no fuera por eso, esta semana habría sido perfecta.

Llevábamos seis días en Vermont, y todo el viaje había sido como un sueño otoñal sacado de Pinterest. Ferias de artesanía, carreras de pavos, la mejor sidra de cerveza que había probado en mi vida... Incluso Alex se lo

pasó bien, aunque se negaba a admitirlo. Había oído de refilón su conversación telefónica con Ralph en la que lo invitaba a pasar allí Acción de Gracias, y me costó horrores convencerlo de que aceptara.

—Bien. —Alex me puso las manos en la cintura y me dio un beso en los labios—. Alégrate de que haya alquilado nuestra propia casa en lugar de alojarnos aquí con Ralph y Missy —susurró—. Porque luego vas a pagar por tu insolencia.

El corazón me dio un vuelco de excitación. Antes de poder responder, escuchamos las voces de Missy y Ralph en el pasillo y di un bote tan rápido que me golpeé la rodilla con la mesa.

Me volví a mi silla con la cara roja justo cuando nuestros anfitriones entraban en el comedor.

—Perdón por haber tardado tanto —canturreó Missy—. Espero que no os hayamos interrumpido.

—No —dije con voz de pito—. Solo estaba disfrutando de este delicioso pollo. —Le di un mordisco a la carne fría—. ¡Ñam!

Alex dejó escapar una carcajada y le volví a fulminar con la mirada.

—La mayor parte de la comida ya se ha quedado fría, cielo —dijo Missy con decepción—. ¿Quieres que te la caliente o pasamos directamente al postre? He hecho pastel de nueces, pastel de calabaza, pastel de manzana...

—¡Postre! —gritamos Ralph y yo a la vez.

—¿Alex? —Missy alzó las cejas.

—Una rodaja de pastel de nueces, gracias.

—Qué tontería. Te pongo una rodaja de cada uno —dijo con firmeza—. Para algo los he hecho, ¿no?

Lo que Missy quería, lo conseguía.

Cuando nos fuimos de su casa, estaba a punto de explotar.

Me apoyé sobre Alex mientras caminábamos hasta nuestra casita alquilada, a unos quince minutos de distancia.

—Deberíamos venir todos los años en Acción de Gracias —dije—. Si nos invitan.

Me miró escéptico.

—No.

—¡Si te lo has pasado muy bien!

—No. Odio las ciudades pequeñas. —Alex me puso la mano en la espalda y me movió para evitar un charco que no había visto.

Hice un mohín.

—Y entonces, ¿por qué has venido este año?

—Porque tú nunca habías estado en Vermont y te hacía mucha ilusión. Ahora que ya lo conoces, no tenemos que volver.

—No intentes hacerte el duro. Vi cómo comprabas ese perrito de porcelana en la feria de artesanía cuando creías que no te estaba mirando. Y me has arrastrado todas las tardes al puesto de sidra caliente al final de la calle.

Alex se sonrojó.

—Se llama hacer limonada con los limones que te da la vida —gruñó—. Esta noche te la estás buscando.

—Puede ser. —Di un chillido y salí corriendo cuando Alex me alcanzó. Tardó cinco coma dos segundos, pero tampoco es que intentara escaparme, y no era exactamente Usain Bolt después de todo lo que me había metido entre pecho y espalda.

—Vas a ser mi perdición —dijo, dándome la vuelta hasta que estuvimos cara a cara. La luz de la luna le perfilaba los rasgos, y hacía que los pálidos contornos de sus pómulos cortaran la oscuridad como cuchillas. Bello. Perfecto. Frío, a excepción del calor de su abrazo y el destello provocador de sus ojos.

Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Así que vamos a volver el año que viene en Acción de Gracias, ¿no?

Alex suspiró.

—Quizás.

En otras palabras, sí.

Sonreí ampliamente.

—A lo mejor podemos venir pronto e ir a coger manzanas...

—Deja de tentar a la suerte.

De acuerdo. Ya iríamos a coger manzanas al año siguiente. Unos setecientos días serían suficientes para convencerlo.

—¿Alex?

—¿Sí, Rayito?

—Te quiero.

Relajó la cara.

—Yo también te quiero. —Me besó otra vez antes de susurrar—: Pero no creo que eso te salve de los azotes que te voy a dar en cuanto llegemos a

casa.

Me recorrió un escalofrío de deseo.

No podía esperar.

ALEX

Al contrario de lo que decía Ava, odiaba Vermont. Había algunas cosas que no eran tan horribles, como la comida o el aire fresco, pero ¿yo, disfrutar del campo? No sabía qué estaba diciendo.

De ninguna manera.

Pero sí que echaba de menos pasar tiempo con Ava cuando volví al trabajo después de las vacaciones de Acción de Gracias.

Casi me daba vergüenza lo rápido que me habían devuelto el cargo de director ejecutivo del Grupo Archer cuando volví de Londres. No me sorprendió; era el mejor. El tipo que me había sustituido no era malo como parche provisional, pero incluso él supo que su labor había llegado a su fin en cuanto pisé mi despacho cuatro meses atrás.

Ese despacho siempre había sido mío, fuera quien fuese el que se sentara en la silla.

La junta había estado encantada de reincorporarme, y las acciones de Archer subieron un veinticuatro por ciento cuando se hizo oficial mi regreso.

Ahora que Ava se había mudado conmigo al ático de Logan Circle podía equilibrar mejor la vida personal y laboral, sobre todo porque prefería quedarme en la cama con ella que comiendo comida precalentada en mi escritorio. Solía salir de la oficina sobre las seis, para alivio de mis empleados.

—¿Rayito? —la llamé mientras cerraba la puerta de entrada tras de mí. Colgué el abrigo en el perchero y esperé respuesta.

Nada.

Ava, que trabajaba de fotógrafa *freelance* júnior para *World Geographic* y alguna otra revista, ya solía estar en casa a esa hora. Una descarga de preocupación me revolvió el estómago antes de oír el chirrido del grifo y el lejano pero inconfundible sonido del agua de la ducha.

Relajé los hombros. Aún estaba paranoico con su seguridad y había contratado a un guardaespaldas para vigilarla, muy a su pesar. Habíamos tenido una pelea de órdago al respecto, seguida de un polvo de reconciliación también de órdago, pero al final habíamos acordado mantener el guardaespaldas siempre que se quedara fuera de su vista y no interfiriera en nada a menos que se encontrara en peligro real.

También había tomado otras precauciones para asegurarme de que mis enemigos se lo pensaban dos veces antes de ir a por ella... Incluso había esparcido el rumor de lo que le había pasado al último chico que se había atrevido a hacerle daño.

Púdrete en el infierno, militar.

Los rumores funcionaron. Algunos estaban tan acojonados que no se atrevían ni a mirarme a los ojos.

Las Industrias Hauss también estaban acabadas, gracias a la estúpida decisión de Madeline de conchabarse con mi tío. Había recopilado bastantes pruebas para chantajear al padre de Madeline. Malversación, blanqueo de capitales, tratos con tipos de dudosa reputación... Ese hombre no había perdido el tiempo. Lo único que tenía que hacer era dejar una propina anónima y algunos datos concretos a la competencia de Hauss y ellos se encargarían de hacer el trabajo sucio por mí.

Lo último que oí fue que el padre de Madeline se enfrentaba a algunos años de prisión, y Madeline estaba trabajando en un restaurante de mala muerte en Maryland después de que el estado congelara todos los activos de su familia.

La única persona que me preocupaba era Michael, que según Ava seguía escribiendo a Josh para pedirle que fuera a verlo. Hasta el momento, Josh se había negado.

En un esfuerzo por no mancharme las manos con más sangre, había descartado el plan de eliminar a Michael en la cárcel, pero tenía a gente dentro controlando todos sus movimientos y haciéndole la vida un poco más incómoda. Como se atreviera siquiera a pronunciar el nombre de Ava, me enteraría y me aseguraría de que no volvería a hacerlo nunca más.

En contra de mi costumbre, encendí el televisor de plasma de nuestro dormitorio y escuché de fondo las noticias mientras me quitaba la ropa de trabajo. Pensé en unirme a la ducha de Ava. ¿Para qué servía una ducha

enorme con efecto lluvia y un conveniente banco si no era para follar en ella al menos una vez a la semana?

Mi ático era grande pero no tenía apenas decoración hasta que Ava lo llenó de cosas después de mudarse. Y con «llenar de cosas» me refiero a cuadros, flores y fotos enmarcadas de nosotros y de ella con sus amigas, por todas partes. Jules y Stella se habían quedado en Washington después de graduarse, mientras que Bridget dividía su tiempo entre Eldorra, Washington y Nueva York. Sus amigas parecían llevar mejor que Josh nuestra nueva relación, pero eso no significaba que quisiera verles las caras veinticuatro horas al día en mi propia casa. Solo había dejado que pusiera las fotos porque Ava no dejaba de ponerme ojitos de pena hasta que me ablandaba.

—Tendrías que haber dicho que no —murmuré mirando una foto mía con Ava en un partido de béisbol de los Nats del verano anterior. Estaba colgada junto a una mucho más artística de su exposición de Londres, una de las que había comprado en lote en la exposición de World Youth Photography.

Últimamente me había obligado a hacer todo tipo de locuras, como dejar el café y regular mis horarios de sueño. Dijo que me ayudaría con el insomnio y sí, dormía más horas de lo habitual en mí, pero tenía más que ver con estar cerca de Ava que con otra cosa. Además, todavía seguía tomándome alguna taza de café en la oficina.

Estaba a punto de entrar al baño cuando oí algo en las noticias que me llamó la atención. Me detuve, convencido de que había entendido mal, pero el rótulo en la parte inferior de la pantalla confirmó lo que había oído.

El sonido de la ducha se apagó y desde el dormitorio se oyó el chirrido de la puerta de la ducha.

—¿Ava?

Se hizo el silencio y entonces oí:

—¡Qué pronto has llegado!

Ava salió del cuarto de baño en una nube de vapor, con el pelo y la piel empapados, únicamente envuelta en una toalla que le tapaba la esbelta figura. Resplandeció de alegría al verme y relajé la expresión.

—Un día tranquilo en la oficina —dije mientras le daba un beso. Mi polla se levantó con interés, y estuve tentado de arrancarle la toalla y

hacerle de todo ahí mismo contra la pared, pero había algo que debía saber antes de empezar un polvo.

—¿Has sabido algo de Bridget hoy?

—No. —Ava frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Mira las noticias. —Señalé al televisor con la cabeza, donde la presentadora hablaba a toda velocidad.

Ava hizo una pausa y escuchó las noticias con la boca abierta.

No la culpaba. Porque era algo que no había ocurrido en los doscientos años de historia de Eldorra.

La voz aguda de la presentadora llenó la habitación, tan emocionada que temblaba un poco.

—El príncipe heredero Nikolai ha abdicado del trono de Eldorra para casarse con Sabrina Phillips, la azafata estadounidense que conoció hace un año en un vuelo diplomático a Nueva York. La ley del Eldorra estipula que los monarcas del país deben casarse con alguien de la nobleza. Su hermana, la princesa Bridget, es ahora la primera en la línea de sucesión. Cuando sea reina, será la primera mujer en el trono de Eldorra en más de un siglo...

En la pantalla aparecieron imágenes de una Bridget impávida saliendo del hotel Plaza de Nueva York, seguida de su guardaespaldas y rodeada de un enjambre de reporteros.

—Hostia puta —dijo Ava.

Hostia puta era correcto. Por lo que recordaba (que era todo), Bridget había roto todas las normas que se supone que tenía que cumplir una princesa normal. ¿Y ahora era la primera en la línea de sucesión? Debía de estar flipando.

En la pantalla, Rhys condujo a Bridget al coche y apartó a los reporteros con una mirada tan amenazadora que retrocedieron en masa. No creo que casi nadie captara el detalle, pero me fijé en el ardor de los ojos de Bridget cuando miraba a Rhys y en la forma en que la mano de él se quedaba un segundo más de lo debido sobre la de ella antes de cerrar la puerta.

Me guardé esa información para el futuro. Bridget era amiga de Ava, así que estaba a salvo, pero nunca estaba de más tener material para chantajear a una futura reina.

Según lo que acababa de presenciar, las sensaciones de Bridget por su inminente reinado eran el último de sus problemas.